ROSARIO SANSORES

RUTAS DE EMOCIÓN 1939-1953

Codirección
Clara Ramírez
Claudia Llanos

Selección e introducción
Alejandra Vela Martínez

Edición
Carolina Narváez Martínez

ESCRITOS DE MUJERES | IX

La colección Escritos de Mujeres tiene como propósito poner a disposición del público lector, en cuidadas ediciones, las obras que escribieron las mujeres del pasado.

Presentamos la selección de algunas columnas de Rosario Sansores. Originaria de Mérida, Yucatán, nació el 25 de agosto de 1889, y murió el 7 de enero de 1972 en la Ciudad de México. Cronista, periodista y poeta, entre 1939 y 1972 publicó diariamente una columna en el periódico *Novedades*, titulada Rutas de emoción. Más de treinta años de escritura inauguraron la voz pública de las mujeres en el siglo xx mexicano, y abrieron las puertas a lo que conoceremos como sección de sociales. Rosario Sansores es conocida por su poema "Cuando tú te hayas ido", convertido en el famoso pasillo titulado "Sombras", musicalizado por el ecuatoriano Carlos Brito Benavides, en 1935. La escritura de Rosario Sansores refleja la vida de la Ciudad de México y la cotidianidad de quienes la transitaron, y trata temas como el urbanismo, la ética, el amor, el matrimonio, las relaciones, la amistad, el racismo, el clasismo, el movimiento sufragista, el feminismo y la libertad.

La autora fue una de las primeras mujeres periodistas, genealogía en la que muchas se han inspirado. Orgullosas y felices de dar a conocer a Charito, este libro es un homenaje a ella y a todas las lectoras que la acompañaron durante tantos años.

ROSARIO SANSORES
RUTAS DE EMOCIÓN
1939-1953

COLECCIÓN ESCRITOS DE MUJERES

Dirección
Clara Ramírez
Claudia Llanos

Diseño de la colección
Jonathan Girón Palau

Diseño del logotipo
Israel Pretel, a partir de una obra de Ana P. Palacios

Integrantes actuales
del grupo de investigación escritos de mujeres

Clara Inés Ramírez González*, Claudia Silvia Llanos Delgado*, Carolina Narváez Martínez*, Christiane Benhumea Rebollo, Jonathan Girón Palau, Mariana Abreu Olvera*, Sari Meléndez Barrera*, Daniela Curiel Maldonado*, Monserrat Calihua Valentín*, Ángeles Pérez Martínez*, Oriana Delgado Valdepeñas, Oderay García Carrasco, Alejandra Galicia Chora. Servicio social: María López Zárate, Evelin Vázquez López.

**Participantes en esta edición*

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
Escritos de Mujeres

ROSARIO SANSORES
RUTAS DE EMOCIÓN
1939-1953

Codirección
Clara Ramírez
Claudia Llanos

Selección e introducción
Alejandra Vela Martínez

Edición
Carolina Narváez Martínez

Universidad Nacional Autónoma de México
Universidad de Harvard
México, 2025

Catalogación en la publicación UNAM
Nombres: Sansores, Rosario, 1889-1972, autor. | Vela Martínez, Alejandra, editor, prologuista.
Título: Rosario Sansores : rutas de emoción : 1939-1953 / selección e introducción, Alejandra Vela Martínez.
Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2025. | Serie: Colección Escritos de mujeres siglos XVI al XVIII.
Identificadores: LIBRUNAM 2274541 | ISBN 978-607-642-036-2.
Clasificación: LCC PQ7297.S37.R67 2025 | DDC 863.6—dc23

Esta obra es producto de investigación del proyecto "Maestras de maestras. Conferencias científicas de las alumnas de la Escuela Normal para Profesoras 1891-1904" y contó con el apoyo del PAPIIT IN402325 de la DGAPA de la UNAM.

Coordinación Editorial
Jonathan Girón Palau

Cuidado de la edición
Edwin Rojas Gamboa

Edición digital
Jonathan Girón Palau

Primera edición impresa: 2025
Primera edición digital: 2026

©Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
Centro Cultural Universitario, Ciudad Universitaria,
Coyoacán, 04510, Ciudad de México
http://www.iisue.unam.mx
Tel 5556226986

Esta obra se realizó con el apoyo de la Universidad de Harvard

DOI: https://doi.org/10.22201/iisue.9786076420362p.2025
ISBN (PDF): 978-607-647-200-2
ISBN (Colección en PDF): 978-607-02-5913-5
ISBN (impreso): 978-607-642-036-2

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Hecho en México/Made in Mexico

ÍNDICE

9 Presentación

15 Criterios de transcripción

17 introducción

37 Ruta de lectura para la columna de Rosario Sansores

49 Rutas de emoción: 1939-1953

51 *1939*

67 *1940*

91 *1941*

121 *1942*

157 *1943*

191 *1944*

203 *1945*

245 *1946*

283 *1947*

309 *1948*

341 *1949*

373 *1950*

397 *1951*

421 *1952*

431 *1953*

455 Índice onomástico

PRESENTACIÓN

Hace un par de años tuvimos la oportunidad de conocer la escritura de Rosario Sansores gracias a Alejandra Vela, con quien compartí la estancia posdoctoral en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en 2021. No dudamos en proponerle publicar a Sansores con el Grupo de Investigación Escritos de Mujeres pues, así como nosotras, Alejandra recuperaba la voz y el tono de una escritora de indudable trayectoria. La publicación ininterrumpida durante 33 años de la columna "Rutas de emoción" nos dejó admiradas.

Alejandra recibió con mucho entusiasmo la propuesta, por lo que empezamos a soñar la forma de llevarla a cabo. En ese transcurrir, le propusimos hacer una selección considerando el número tan amplio de columnas que había escrito Rosarito, como la llamamos desde que empezamos a relacionarnos con ella. Alejandra, quien llevaba varios años investigando su obra, nos presentó una selección que agrupaba los años 1939 a 1972, pero debido a la extensión del material elegido, optamos por publicar la recopilación de los años 1939 a 1953, que recoge 153 columnas. Se trata de la época inicial de la columnista, en la que se muestra su escritura más innovadora. Esta edición forma parte de la colección Escritos de Mujeres, y es la primera obra con la que damos a conocer textos de mujeres mexicanas producidos durante el siglo XX.

Los temas desarrollados en la selección de las columnas de Rosario Sansores de 1939 a 1953 corresponden a diversos tópicos: el matrimonio y las relaciones; la autopercepción como periodista, escritora y lectora; la vida en la ciudad, la libertad y el feminismo. Asimismo, esta selección reúne asuntos de carác-

ter autobiográfico, al igual que opiniones sobre el derecho, las percepciones acerca de la existencia como mujer, el trabajo, la maternidad, el sufragismo y los roles de género.

En la edición que ahora presentamos, nuestro trabajo como grupo de investigación consistió en la edición de las columnas seleccionadas por Alejandra Vela, aplicando con rigor los criterios de edición propios de nuestra colección.

Rosario Sansores llega a nosotras para continuar con la intención de indagar y encontrar a las escritoras del siglo xx mexicano que por múltiples motivos desconocemos. Nacida en Mérida, Yucatán, en 1889, Rosario Sansores fue poeta y periodista, considerada la creadora de la "nota de sociales". Conocerla ha sido una experiencia fascinante, pues la autora presenta permanentemente desafíos a nosotras lectoras contemporáneas que solemos tener pocos matices para advertir las experiencias de las mujeres en el pasado, juzgando, en muchas ocasiones, sin ningún reparo la forma como éstas se relacionaron con la realidad y construyeron su libertad.

De ahí que podamos encontrar en Rosario Sansores la coexistencia de una opinión en defensa de la libre elección de las mujeres por opciones de vida que no solo eran el matrimonio, al mismo tiempo que desdeña de las mujeres seguras de sí mismas y de las que se jactan de ser conocedoras. Para ella, las mujeres deben ser humildes por encima de todo, pues esa seguridad de mujer letrada fastidia a los hombres: "La cualidad esencial de la mujer debe ser la femineidad, la bondad, la ternura y la adaptación. Ser inteligente sin alardes. Ser culta sin aparentarlo. Los hombres no quieren bachilleras". Rosario es tajante al plantear que "La sabiduría excesiva es pedante" y que "Cada sexo tiene demarcados sus límites. Tiene señaladas sus funciones".[1]

Su posición respecto al movimiento feminista, al cual le tenía "poca fe" por considerarlo un movimiento sostenido solo en la contraposición, puede impactar a las mujeres de hoy. Para Ro-

[1] Rosario Sansores, *Novedades*, 23 de enero de 1948.

sario hacer feminismo o ser feminista consistía, principalmente, en ayudar a las demás mujeres, opinión muy cercana a expresiones actuales del feminismo que consideran que ser feminista es amarnos entre nosotras. Amor como experiencia relacional y primera. Esta "poca fe" habla de su postura crítica y reflexiva, más que de un antifeminismo recalcitrante, asunto que, también, es observable frente a las preguntas que plantea en su columna respecto del sufragismo y la participación política de las mujeres.

Como periodista, Rosario fue una gran observadora de su entorno, lo cual nos permite acceder a un tipo de radiografía visual y cultural del México que recorrió y sintió. Su columna, "Rutas de emoción", tiene las características de un diario de impresiones. Esta pionera de la voz pública de las mujeres ofrece descripciones de la cotidianidad que se acompañan de crítica social y análisis político; sus análisis incluyen la situación de las mujeres y los estereotipos que primaban para la época. En este sentido, se refiere, por ejemplo, a la imposición del maquillaje y de la maternidad, reconociendo el poco valor que se asigna culturalmente a ésta y la ingratitud social a la que son sometidas las mujeres al asumir este designio.

"Rutas de emoción" es un indicio de la indudable transformación que estaban viviendo las mujeres de la época. Manifiesta la paradoja en la que se hallaba el deseo femenino entre ser madres y ser creadoras, en muchos casos sin posibilidad de elección, y el desafío por construir nuevas formas de vida en las que una profesión podía llegar a convertirse en la ruta hacia la libertad; eso sí, una libertad solitaria llena de advertencias.

Rosario Sansores se autopercibe como una escritora y una cronista del amor. Sabemos que desde su infancia tuvo íntimo contacto con la escritura y, como ella misma lo refiere, escribió más de 10 mil versos, varios de ellos convertidos en piezas fundamentales de la música contemporánea, como es el caso del poema "Cuando tú te hayas ido" que hizo parte del poemario *La novia del sol* publicado en 1933 y que se convertiría en un

éxito universal. Este poema fue musicalizado por el pianista y compositor ecuatoriano Carlos Brito Benavides, quien lo retituló "Sombras".[2]

Sus letras permiten conocer aquel México de principios de siglo xx en el que las mujeres diseñaban un nuevo espacio en lo público: algunas usaban sombrero, otras mascaban chicle de manera "ordinaria", mientras que unas más "copiaban" los vicios de los hombres.

La figura de Rosario Sansores fue significativa para quienes la leyeron, como también para quienes vieron en ella un modelo de mujer fuera de las restricciones del destino de la familia y del hogar. La columnista mostrará que, pese a encontrarse en pleno siglo xx, su trabajo no había sido valorado, especialmente el realizado en la poesía; los críticos decían que la escritora sólo hacía "crónica social", aunque para 1947 ya había publicado 13 obras.

Como ocurrió con gran número de escritoras, a Rosario Sansores le interesó poco la crítica, como lo expresa en su columna cuando dice: "Me basta la admiración de los humildes. Ellos me entienden. Y mi mejor recompensa es saberlo".[3]

Rosario se adelantará a uno de los planteamientos de la crítica literaria feminista en años posteriores, pues denunciará con su propia voz: "No me consideran digna de figurar en las antologías".[4] Al mismo tiempo que dará cuenta de su autenticidad al decir: "No he podido jamás prescindir de mi manera de ser. No quise entrar en la moda del lenguaje retorcido y alambicado, de las metáforas absurdas".[5] Su potencia radicaba en un lenguaje modesto: "Mi lenguaje es sencillo, claro y transparente, para que

[2] Esta canción ha sido ampliamente interpretada en la música universal; recordemos la versión del ecuatoriano Julio Jaramillo en 1965, de la venezolana Soledad Bravo, y recientemente de la cantante de origen africano español Buika.

[3] Rosario Sansores, *Novedades*, 12 de octubre de 1947.

[4] *Idem*.

[5] *Idem*.

lo entiendan no aquellos que presumen de supersabios, sino las gentes humildes y sencillas que tienen un corazón para sentir".[6]

Es interesante ver cómo la sinceridad de la escritora se muestra en cada columna. En muchas ocasiones deja emerger una voz que dialoga, duda e imagina, otra Rosario a la que ella se refiere como "la loca de la casa", para, a partir de ahí, mostrar una voz más sincera y espontánea, algo desparpajada, un lado en el que deja ver sus más avezadas interrogantes.

El texto que tienen en sus manos hace parte de la genealogía de la labor periodística que desempeñaron muchas mujeres a lo largo de los años siguientes, es una muestra del camino que emprendieron amantes de las letras que después nutrirán la poesía y la prosa del siglo. Ciertamente lo más entrañable de Rosario Sansores es que compartió, como ella misma lo dijo, "confidencias sencillas que se escapan de mi alma […] recuerdos lejanos que saco del archivo de mi memoria".[7] Sin lugar a duda se siente el tono poético que recoge "la emoción del verso y la devuelve convertida en estrofas".[8]

La simpleza de la voz de "Charito" es producto de una gran observadora que ha "vivido siempre escuchando los mil murmullos de la Naturaleza. Mirando el vuelo ingrávido de las mariposas y de los insectos. Observando a las arañitas cuando tejen su tela sutil".[9]

Hemos elaborado una ruta de lectura del contenido de cada columna seleccionada para el periodo 1939-1953, y así ofrecer a nuestras lectoras un breve inventario que permita identificar las fechas y los temas abordados por Rosario Sansores en cada una de ellas. Esperamos que la lectura sea amena e inspiradora y que disfruten tanto como nosotras de esta auténtica pionera de la crónica emocional del México del siglo xx.

Carolina Narváez Martínez

[6] *Idem*.

[7] Rosario Sansores, *Novedades*, 20 de junio de 1943.

[8] *Idem*.

[9] *Idem*.

CRITERIOS DE TRANSCRIPCIÓN

Para la edición de esta obra se han seguido ciertos criterios generales de transcripción, propios de la colección Escritos de Mujeres, que aplican al caso del impreso del siglo XX y se han agregado otros. Así, hemos conservado en la mayoría de las veces la escritura original, siguiendo las siguientes pautas:

- En el caso de palabras repetidas o con aparentes errores se anota después de éstas el término [*sic*], entre corchetes.
- Se incluye entre corchetes cualquier palabra sugerida para la cabal comprensión del texto.
- Se moderniza la ortografía a los usos actuales.
- Se moderniza la puntuación; sin embargo, en los casos en que la autora coloca coma entre sujeto y verbo lo hemos conservado para mantener el estilo de la escritora.
- Se retira la firma de Rosario Sensores que en la versión del periódico aparece al inicio de cada columna.
- Se ha mantenido la identificación original de las páginas, la que aparece con números y en otras ocasiones con letras, por ejemplo, página 6 frente a página seis.

Rosario Sansores revisando su columna en el periódico *Novedades*. Agustín Casasola, Colección Casasola, cortesía del Archivo Histórico de la UNAM. Disponible en: <https://www.iisue.unam.mx/escritoras/archivos/items/show/804>.

INTRODUCCIÓN

Genealogías de una cursi inolvidable

> Recuerdo que me preguntaban vendedoras, secretarias, telefonistas, señoras de la caridad '¡Ah! ¿Usted trabaja en *Novedades*? ¿Qué no le podría entregar esta carta a Rosario Sansores?' '¿No podría saludarla de mi parte?' '¿No le molestaría llevarle el siguiente mensaje?'
>
> Elena Poniatowska
> *Ida y vuelta*

Cada vez que alguien me pregunta sobre cómo llegué a Rosario Sansores y su columna periodística "Rutas de emoción", intento simplificar la respuesta, pero siempre termino contando la historia completa. Era 2013, acababa de terminar la tesis de licenciatura en Letras Hispánicas en la UNAM, y estaba en ese momento de transición entre terminar un proceso y decidir cuál era el siguiente paso. Fui, como suelo hacer, a visitar a mi abuela Irma (Amieva De Vela, como le gustaría a ella que agregara en su presentación), y mientras platicábamos sobre mis pasos futuros y sobre lo que deseaba hacer, la abuela me preguntó para qué había estudiado Letras: "¿Quieres ser escritora, *mija*? ¿Escribir novelas?". "No, abuela, lo que quiero es analizar la literatura, y sobre todo la literatura escrita por mujeres". La abuela abrió grandes los ojos, sentadas como estábamos en el jardín de la residencia donde vive en la colonia Del Valle. Después de una exclamación que mezclaba la sorpresa y la comprensión, se quedó un segundo pensando y me dijo con voz de sabia: "Ah, entonces debes cono-

cer a Rosario Sansores, ¿no?". La que abrió grandes los ojos en ese momento fui yo. No, no la conocía.

En los cuatro años que llevaba de estudiar literatura, su nombre nunca había aparecido en un programa de curso, en una anécdota de pasillo, en alguna remembranza coloquial. Pero la abuela estaba convencida de que yo tenía que leer a Sansores porque me iba a gustar mucho, me dijo. Le pregunté entonces qué era exactamente lo que escribía Rosario Sansores. Sin un resquicio de duda en su voz, la a veces desmemoriada abuela me dijo que escribía para el periódico *Novedades*, "el que compraba mi suegra, hija, porque a mi viejo no le gustaba, prefería el *Excelsior*". Sansores tenía una columna que se llamaba "Rutas de emoción", siguió la abuela: "mi suegra me las guardaba todos los días y los domingos que íbamos a comer con ellos, me daba los recortes para que no me la perdiera". Fascinada, le pregunté sobre el contenido de la columna, qué tipo de texto era. La abuela, una excelente hermeneuta de la Biblia y muy buena lectora por eso mismo, me dijo sencillamente: "Pues imágenes hija, como cuadros, cartas…".

Con tiempo entre mis manos y una curiosidad exacerbada por esta mujer que había logrado mantenerse en la frágil memoria de mi abuela Irma, decidí ir a la Hemeroteca Nacional. Recuerdo que el primer año que revisé en los microfilmes del periódico *Novedades* fue en el que la abuela se hizo madre, 1956. Al hojear el material, descubrí que la abuela no sólo tenía razón, sino que de pronto estaba frente a días y años de producción literaria de una escritora que el México del siglo XXI no recordaba. Fue así que empezó mi relación con Rosario, y ésta ha sido la historia germinal de la presente edición.

Como bien demuestra esta anécdota, a Rosario Sansores la gente la quería. Los testimonios que se pueden encontrar sobre su vida siempre hacen referencia al amor que sus lectoras y lectores le tenían, tal vez un aprecio similar a aquel que se tiene a una abuela simpática o a la tía un tanto chismosa que siempre tiene

caramelos para dar. Como recuerda una de sus colegas, Elena Poniatowska, "Rosario Sansores recibía un verdadero aluvión de cartas. Alguna vez me las enseñó. [...] Todas las misivas eran personales, de esas a las que hoy en día casi nadie da respuesta".[1] Porque doña Charito, como le decían algunos con cariño, era vista como una figura fundamental en el periódico *Novedades*. Su columna diaria, "Rutas de emoción", que empezó a publicar en 1939, gracias a la invitación del entonces director René Capistrán, y que no dejó de escribir sino hasta unos días antes de su muerte en 1972, representaba un espacio de encuentro para todas aquellas románticas empedernidas y cursis desvergonzadas que buscaban textos que les permitieran dar rienda suelta a sus emociones, sintiéndose vistas y conectadas con aquella que blandía la pluma en nombre de los floripondios y de las noches llenas de jazmines y hueledenoche.

Consistentemente nos dedicamos a estudiar a aquellas mujeres que rompieron parámetros y límites, que llegaron a nuevas fronteras o de algún otro modo se alejaron de lo convencional. Nos gusta hablar de mujeres liberadas, emancipadas, que pelearon en contra del *statu quo* y el poder. Sansores no es así. Ella invita a escuchar a aquellas que en su momento huyeron de estas reconfiguraciones, precisamente porque percibían de forma muy clara las pérdidas que estos cambios conllevaban. Como buena conservadora, Sansores tenía un gran ojo para analizar lo que se quedaba atrás cuando se abrazaban, sin cuestionar, nuevas formas de concebir la división sexo-genérica, el trabajo, los espacios, y es ahí donde radica uno de los elementos más impor-

[1] Elena Poniatowska, *Ida y vuelta. Entrevistas*, México, Era, 2017, p. 118. Esta entrevista tiene varias iteraciones, siendo la inicial el texto del 9 de enero de 1972 en el periódico *Novedades,* titulado "Rosario Sansores: Última exponente de un romanticismo candoroso", que Poniatowska publicó junto con otros textos de colaboradores del periódico en honor a la escritora yucateca, aparecidos unos días después de su muerte, ocurrida el 7 de enero de 1972. Este texto también está, con el título "El arte de ser cursi", en el libro de Poniatowska *Todo México/IV,* México, Diana, 1998.

tantes sobre ella. Nos permite entender a qué se enfrentaban las mujeres, cuáles eran los parámetros contra los que peleaban y por qué es necesario leer a mujeres que, como ella, representan una ventana a lo que implicaba escribir siendo mujer en aquellos años. En ese sentido, Sansores se puede entender desde la lectura de alguien como Albert Hirschman en su libro *La retórica reaccionaria*,[2] quien defiende que su interés en las retóricas conservadoras es un intento por reestablecer la comunicación, una búsqueda por responder a la pregunta ¿Cómo es que llegaron a ser así? Este texto también busca sumarse a los intentos por reestablecer la comunicación entre los estudios de género y aquellos sujetos que no cumplen con nuestras expectativas presentistas de disidencia o, mejor dicho, no lo hacen en los parámetros que solemos entender como deseables desde el aquí y el ahora.

Sansores es, en su permanencia a lo largo del tiempo, el mejor barómetro sobre cuáles eran los puntos de negociación imprescindibles en la batalla por conseguir mayor presencia y autonomía por parte de las mujeres en un espacio público y masculino, como es el periódico. Fue el trabajo de periodistas y escritoras como ella el que hizo posible imaginar siquiera la participación en el espacio público de las mujeres en cuanto autoras, elemento fundamental al momento de pensar en las genealogías femeninas y feministas que existen en México. El caso de Sansores permite asimismo cuestionar cuál es la tradición que cierta corriente feminista creó y cuál fue el papel que tuvo ese discurso en la invisibilización de personajes que, como Sansores, se constituían como sus enemigos acérrimos, aquellos que estaban dispuestos a vivir tanto su género como su sexualidad en una forma considerada normativa, convencional y, no sobra decirlo, sentimentalmente afectada.

Sansores es también un excelente estudio de caso al momento de pensar en la eficacia de estas cursilerías en la creación de un

[2] Véase Albert Hirshchman, *La retórica reaccionaria*. 2020. El libro fue publicado originalmente en 1991 con el título *The rhetoric of reaction: perversity, futility, jeopardy.*

público íntimo[3] que le fue fiel a lo largo de los años. Esto se debió a que la columna de la autora, "Rutas de emoción", movilizaba deseos nostálgicos de clase, ya no en su sentido aspiracional de lo que se desea ser, pero no se logra (modo en que se entiende lo cursi en otras latitudes),[4] sino como reflejos melancólicos de lo que se tuvo y se perdió, de un pasado glorioso que no será más. Porque Sansores había nacido en buena cuna, una cuna yucateca de familia terrateniente que, si bien había gozado de los favores del porfiriato, había también sufrido las consecuencias de la incipiente Revolución y la muerte de su padre cuando ella tenía 13 años. Tan fue así, que su matrimonio con el cubano Antonio Sanjenís se dio en parte, sólo un año después de la muerte del patriarca, para ayudar económicamente a su familia, incluso si esto implicaba para la joven Rosario mudarse a La Habana.

La persistencia en el gusto del público evidencia la nostalgia por lo que había tenido en la infancia (añoranza que además en términos formales se vincula con el Modernismo, y la creación de un México burgués y afrancesado) e ilumina sobre cómo el rápido proceso de desarrollo del denominado milagro mexicano es percibido por Sansores como una amenaza hacia lo que fue valioso, peligro que una autora como ella, junto con otro tipo de producciones culturales cursis que se enclavan en estas mismas matrices conservadoras, busca paliar con ayuda de su columna. Sansores es pues una escritora de la posrevolución que, en su constante deseo de preservación, refleja y deja prueba de la pre-

[3] Lauren Berlant entiende estos públicos íntimos en cercana relación con el mercado, como públicos anclados en una cultura de circulación en donde lo que une a los sujetos involucrados es la sensación de que tienen ciertas emociones en común que se ven reflejadas en los productos que consumen. En el caso específico de los públicos que analizaré de Sansores, lo que interesa es la hermandad que se encuentra en lo femenino y la cursilería como un vocabulario compartido, una nostalgia por tiempos mejores que informa sus decisiones en el estanquillo.

[4] Véase por ejemplo el estudio que hace Noel Välis del caso español en su *La cultura de la cursilería. Mal gusto, clase y kitsch en la España moderna*, 2010.

tensión que había en aquellos años (evidenciado en el número de seguidoras que tenía) por aprehender un México que se les escapa. A través del análisis de sus posiciones con respecto a la labor de la mujer y los paradigmas de género que se estaban renegociando entonces, lo que se evidencia es la simultánea imposibilidad de detener el cambio y la persistencia en el tiempo de diversas retóricas y estéticas conservadoras que generan vínculos a través de épocas, clases y generaciones, a partir precisamente del deseo de mantener vivo un mundo que parece desaparecer. Es decir, las cursilerías de Sansores son retóricas de lo colectivo, un encuentro comunitario a partir de la nostalgia, en un mundo que parece avanzar sin perdonar a nadie.

La presente edición de su columna es una invitación a conocer una pequeña muestra de la obra de Sansores y ha sido seleccionada a partir de una pregunta fundamental para la propia Rosario: ¿quién es ella como escritora? A lo largo de los 33 años en que escribió para el periódico (además de publicar en muchos otros espacios del estanquillo, varios libros de poesía y algunos de narrativa),[5] hay una pregunta recurrente sobre el por qué escribir, para quién y desde dónde. La relación de Sansores con la escritura es un elemento que atraviesa su ser en el mundo y en muchos sentidos pareciera definirla. Sus columnas están llenas de momentos en los que establece claros paralelismos entre la vida y la literatura. Pienso por ejemplo en su columna del 17 de agosto de 1939, cuando habla de un país extranjero, probablemente Cuba, de donde vino alguien que pronunció el nombre de un viejo amor, al que describe sensualmente:

[5] Sansores era una colaboradora asidua de la reconocida revista para mujeres *La Familia,* en la que fue parte fundamental del consejo de redacción. Entre sus libros de poesía destacan *Del país del ensueño*, de 1911; *Las horas pasan*, de 1921; *Mientras se va la vida*, de 1925; *Cantaba el mar azul*, de 1927; *La novia del sol*, de 1933; *Polvo de olvido*, de 1951. A estos se suma el libro de cuentos *Diez años de juventud*, que la Secretaría de Cultura de Yucatán reeditó en 2011.

> Volví a recordar tus grandes ojos melados, que las negras y espesas pestañas, sombreaban voluptuosas, tu figura arrogante de gladiador, tus hombros anchos, tu boca, gruesa, deliciosa y fresca como un clavel recién abierto […] todas las novelas tienen un prólogo y un epílogo. La nuestra lo tuvo también.[6]

Vivir es insertarse en una forma de la escritura y viceversa. Los textos periodísticos sansorianos están repletos de momentos en los cuales su vínculo con el acto de escribir es precisamente lo que le permite descansar, reconocerse, ser. Para la voz narrativa que construye a lo largo de los años, es siempre importante establecer su vínculo con el trabajo literario, demostrar que éste es su personaje público principal: Rosario Sansores, la autora. A esto se suma su enorme capacidad de producción. Como ella misma declara en una de sus primeras columnas en *Novedades*, en agosto de 1939, "Tengo y de ello me he preciado siempre, una indomable voluntad y una energía insospechada tratándose de una mujer sentimental y romántica".

Su columna fue publicada diariamente a partir de agosto de 1939 hasta enero de 1972,[7] cuando a dos días de su muerte entregó su última colaboración. Son 33 años de columnas casi ininterrumpidas, que eran publicadas como parte de la sección de sociales y cosas femeninas del diario. En esta edición, también, se presenta una muestra que busca ser representativa de los diferentes tonos, gustos e intereses que Rosario Sansores desplegó en sus columnas periodísticas a lo largo de su carrera. Concentrado este volumen, como está, en las columnas escritas entre 1939 y 1953, considero útil pensar en una suerte de líneas generales sobre las transformaciones que la lectora puede encontrar. En un inicio, el contenido muestra el lento proceso

[6] Rosario Sansores, "Rutas de Emoción", *Novedades*, 17 de agosto de 1939.

[7] Cabe decir que ya hacia el final de su vida, las columnas eran más esporádicas, producto principalmente de problemas de salud que le impedían seguir trabajando al mismo ritmo.

de adaptación que Sansores vivió en su transformación de poeta a columnista, haciendo uso de recursos estéticos y estilísticos que la adscribían a una escritura más bien poética, el que era, hasta su inserción como columnista en *Novedades*, el género literario que mejor conocía. Estas primeras columnas son más bien de carácter personal, muchas de ellas escritas en una segunda persona gramatical, en formato epistolar, con tintes que varios críticos han identificado como románticos, a lo que yo añadiría un claro tono modernista tardío. Sin embargo, más allá de esas etiquetas, lo que considero fundamental es la invitación a leer a Rosario Sansores desde sí misma, desde la cursilería de la que se sentía orgullosa como una marca de estilo que la acompañó siempre. No obstante, no le tomó mucho tiempo convertirse en una verdadera dueña del espacio periodístico que le habían asignado. Su voz autorial se empieza a consolidar, al tiempo que su relación con lo concreto del mundo se hace más evidente. A esto se suma que el periódico mismo tuvo una transformación importante a partir de 1944, cuando *Novedades* precisa llevar a cabo ciertos cambios tras el asesinato de su fundador, Ignacio F. Herrerías. Éste es el estilo que marca las "Rutas de emoción" sansorianas y da fe de una Sansores dueña de su espacio en el periódico, que habla ya desde una poderosa primera persona (no escondida en lugares comunes modernistas que apelan a un tú epistolar, como lo haría en sus primeros años) y que se dedica a comentar sobre diversos aspectos de la vida cotidiana en la Ciudad de México. En términos de selección, esta iteración de la columna es la más extensa y marca el momento de mayor relevancia pública que vivió Sansores siendo escritora del periódico *Novedades*.

En aras de insertarla en un contexto más amplio, es relevante mencionar que el diario *Novedades* se definía como una publicación conservadora y más bien gobiernista, posición que informa a su vez los paradigmas de género que regirán la selección de sus colaboradores y colaboradoras. En ese sentido, no resulta inocuo el hecho de que el jefe de redacción que contrató a Sansores,

René Capistrán Garza, fue uno de los miembros fundadores de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana y uno de los grandes defensores de la libertad de credo que desembocarían en la Guerra Cristera. Esto es relevante, no sólo porque Sansores es sin duda una autora conservadora en su modo de entender el papel de las mujeres en el panorama público, sino porque Capistrán es probablemente quien, durante su exilio del país en la década de los treinta, conoció a Sansores en La Habana como colaboradora en diversos diarios de la isla.

El panorama político de la prensa mexicana del momento es sin duda complejo, ya que a la lucha ideológica posrevolucionaria se le suman progresos tecnológicos y el crecimiento de una incipiente clase media que, ya a principios de los años cuarenta, será sin duda la más grande consumidora de periódicos y revistas.[8] Estos dos aspectos resultan fundamentales en la comprensión de la carrera y la trayectoria profesionales de una mujer como Rosario Sansores. Su posicionamiento ideológico, si bien no siempre evidente, estaba más bien alineado con los paradigmas del pensamiento conservador, católico y un tanto aristocrático, todos los cuales tienen sentido siendo ella hija de una familia cuyo bienestar porfiriano había caído en decadencia después de la Revolución. Sin embargo, Sansores de alguna manera representa un deseo por democratizar esa cultura aristocrática. En un gesto que parece querer aproximar los espacios de interacción de la alta sociedad a la creciente audiencia de estas publicaciones, la columnista está siempre al pendiente de lo que cree que desean encontrar. Ello se observa, por ejemplo, en un pequeño aviso que bajo su seudónimo de Solange de Morván escribe el 20 de septiembre de 1939, donde dice:

[8] Para una muy buena introducción a las diversas aristas de esta reinvención del mundo del periodismo en México, véase el libro editado por Yanna Haddaty y Viviane Mahieux, *Las culturas de la prensa en México (1880-1940)*, México, UNAM, 2022.

> A mis Lectores:
> Esta sección de 'Sociales', está a la disposición de todos los lectores de 'NOVEDADES'. Cuantas solicitudes me lleguen, serán atendidas con toda la rapidez necesaria. Bodas, bautizos, recepciones, bailes... bastará enviarme la correspondiente invitación o una pequeña nota. Nuestro periódico es el periódico de la Clase Media. En la Clase Media -la más sufrida y la más extensa ocurren también muchas de estas fiestas y yo deseo que no se queden sin reseña pues me anima el mejor espíritu de complacencia. Diríjanse pues a Solange de Morván en la seguridad de que todos serán atendidos con el mayor placer.[9]

El doble énfasis en su interés de demostrar que tanto ella como el periódico están pensando en la Clase Media (con unas muy importantes y significativas mayúsculas) ayudan a entender el panorama de la esfera pública en la que se insertaba. El título mismo que eligió la autora yucateca para el espacio que se convertiría en su hogar y fuente de financiamiento lo dice todo: se trata de un espacio, en principio poco definido (en cuanto no era específicamente una columna de consejos ni un lugar de recetas ni un espacio dedicado a la moda, por poner algunos ejemplos) en donde lo que busca es canalizar, poner en alguna ruta para hacer visibles sus afectos, sus sentimientos. Así, tenía que entenderse desde un principio y a vuelo de pájaro que la columna estaba dirigida a públicos femeninos, lo cual se sabía no sólo por el título, que la inserta en el reino de las emociones, sino por la sección misma en la que se encontraba la columna y el tipo de textos que la rodeaban, y esto tiene particular relevancia cuando se analiza la forma de participación en el espacio público que el propio periódico *Novedades* tenía durante los años treinta del siglo XX.

[9] Solange de Morvan, "A Mis Lectores" en *Novedades*, 20 de septiembre de 1939.

Cuando en 1938 Rosario Sansores decidió cambiar de residencia y se muda a la Ciudad de México, cuenta con más experiencia periodística bajo el brazo[10] que el mismo diario *Novedades* que la acoge y le da trabajo. Así, hay que pensar la contratación de Sansores por parte del consejo editorial como una forma ya de reconocimiento de su escritura en el reino de la sección femenina, debido a la experiencia que había acumulado durante su estancia en Cuba, en donde participó como colaboradora de publicaciones como *Bohemia* y *El Fígaro,* probablemente durante los años veinte e inicios de la década de los treinta. Sansores era ya una conocedora no sólo de la forma cubana de hacer crónicas de sociales, sino de lo que implicaba escribir para una audiencia concretamente femenina, en muchos sentidos un público más que deseable para una incipiente publicación que necesitaba construir una audiencia fiel. Sansores se torna así en una perfecta embajadora de la escritura cursi, adjetivo con el que se autodenominaba, reconociendo la necesidad de su instrumentalización en el proceso de consolidar una base de lectores.

Esta legitimidad en el reino de las estéticas femeninas es el primer paso en la paulatina pero segura consolidación de Sansores en el mundo de la prensa. Su primera aparición en *Novedades* ocurre tan sólo unos cuantos días después de que el periódico alcanzara su estatus de diario de la mañana. El miércoles 9 de agosto de 1939, en la página seis del diario, se publican juntas las secciones "México Social" y "Rutas de emoción", la primera

[10] Esto lo explica con amplitud Rusquin Chádez en su tesis doctoral "Epistemología de lo cursi: Género, sexualidad, identidad y nación en el mundo hispano, XIX-XXI", Houston, Universidad de Houston, 2018. Asimismo, Rubén Reyes Ramírez en su estudio introductorio a la antología poética *El crisantemo y la alondra: (antología esencial, 1921-1951)* también ofrece una panorámica fundamental sobre las características de la lírica sansoriana. Por último, el libro fundamental de Helia D'Acosta *Veinte mujeres*, publicado en 1971, ofrece una colección de entrevistas a mujeres periodistas del siglo XX, entre las cuales está por supuesto Sansores, quien le cuenta a D'Acosta en qué revistas cubanas publicó.

adjudicada a Solange de Morván y la segunda a nuestra Rosario Sansores. Ambas secciones son en realidad escritas por Sansores y entre ambas no se ocupa más de una cuartilla, pero el tono de la que eventualmente sería una sección de alrededor de cuatro páginas del diario se marca desde este momento, en donde la crónica social que escribe Sansores muestra su habilidad para retratar de forma narrativa los acontecimientos de la sociedad mexicana, al tiempo que su columna sentimental ofrece a los lectores un constante espacio de catarsis emocional a lo largo de los años.

Sansores es consciente de los diferentes tipos de público a los que se enfrenta, mientras reconoce el modelo de feminidad, responsable de la reproducción de sujetos-ciudadanos y del cuidado del hogar, concebido como espacio profesionalizado, que ha ido consolidándose en los últimos años. Este conocimiento será utilizado de forma estratégica en la apropiación de un público fiel. En el caso de la crónica de sociales, la autora yucateca aporta a la sección dedicada al hogar y a la audiencia femenina una visión nueva de este tipo de textos, en donde se abandona el uso de la enunciación consecutiva de personajes y ocupaciones y se privilegia la creación de un ambiente en el cual el lector o la lectora se puede insertar, intentando así revivir el instante para su audiencia, invitándolos a participar de esa vida que es para la mayoría inalcanzable.

Su cursilería, entendida como esa adscripción a modelos literarios anquilosados y ligados formalmente con el pasado, si bien se deja ver y permea las crónicas, toma plena fuerza cuando aparece en el espacio de "Rutas de emoción", en donde Sansores da rienda suelta a diversas formas de sentimentalismo en aras de despertar en su lectora, ya no el deseo de formar parte de esos acontecimientos que relata en las crónicas, sino su capacidad de verse afectada por una multitud de sucesos vinculados con el corazón. Esta misma cursilería y afectividad, que en un principio será utilizada por Sansores para relatar historias de amores

truncados, es precisamente lo que crea las condiciones para que la columna devenga en un espacio de empatía y ayuda colectiva, elemento fundamental para entender cuál fue el papel social que Sansores llevó a cabo y cuánto lo recuerdan sus aficionados. Sansores es así el modelo de mujer que ese Cardenismo de los años treinta, sin necesariamente saberlo, busca impulsar: liberada, pero no tanto como para olvidar su condición de mujer, pues no se trata de una de esas "chicas modernas",[11] sino una mujer con tintes modernos y modernistas, con la formación y la educación, esta última entendida sobre todo en términos de clase, suficientes como para insertarse en los espacios laborales que está creando este renovado crecimiento económico posrevolucionario.

El espacio que ocuparon tanto "Rutas de emoción" como su sección de sociales fueron modificándose a lo largo del tiempo, siendo así una muestra diacrónica de los diferentes procesos de negociación que la propia sección femenina de un periódico de tiraje nacional tuvo que llevar a cabo a lo largo de esas décadas, fundamentales en la formación de una nueva idea del sujeto *mujer*. Si en un principio únicamente tenían el espacio de una página, tan sólo 10 años después cuenta con dos páginas enteras, en donde la constante es "Rutas de emoción" y en las que ya Solange de Morván ha pasado a mejor vida, no por falta de público, sino por la cada vez mayor demanda, dejando la puerta abierta a una multitud de colaboradoras y colaboradores que irán aprendiendo las técnicas que Sansores brinda a este género discursivo ya como editora de la sección. Durante 1949 nos encontramos con que las columnas de Sansores comienzan a estar acompañadas del retrato de la autora, sombrero y collares incluidos.

[11] Para una aproximación a la imagen de la chica moderna en el México de la época, véase Joanne Hershfield, *Imagining la chica moderna. Women, nation, and visual culture in Mexico, 1917–1936*, Duke University Press, 2008; como un buen contraejemplo de quién era Sansores en la prensa, el libro de Viviane Mahieux, *Cube Bonifant, una Pequeña Marquesa de Sade: crónicas selectas 1921-1948*, México, Conaculta/Dirección de Literatura-UNAM/DGE-Equilibrista, 2009.

Convertida en una figura reconocible para el público, su condición de celebridad y su imagen abonan a la figura de autoridad autorial que ya tiene Sansores a inicios de los años cincuenta. Cabe destacar que el uso de la fotografía al lado del autor o de la autora no es algo generalizado en el periódico en la época, ya que implicaba más tinta, más trabajo y, por lo tanto, más gasto, y es así que solo aparecen las imágenes de las figuras importantes de la publicación, aquellas que el público reconoce y busca en el diario. La manera en que se enmarca el encabezado de Sansores hace también fácilmente reconocible la columna frente a todo lo demás que se presenta en el periódico, señalando con la elección de los elementos formales —el enramado floral, la cursiva— el tipo de contenido que se puede esperar. Los primeros años de la columna y su consolidación en el gusto del público, evidenciada en su recién adquirida cualidad de *celebrity,* hacen de esta oriunda de Mérida una figura paradigmática del medio siglo xx en México.

"Rutas de emoción" continuará siendo un espacio relevante de encuentro para sus lectores durante varios años más. En 1953, año hasta el cual abarca la presente edición, se puede leer como una coyuntura que muestra las primeras evidencias de fractura en la relación de Sansores con sus lectoras, en la que inicia un lento proceso de aceptación —al principio derrotada y posteriormente serena— con respecto a su propia cursilería, aquella que pasa, como diría Monsiváis, de un anacronismo orgulloso a una pretensión derrotada. Rosario Sansores irá paulatinamente abandonando la voz de autoridad intelectual y de caridad que caracteriza muchas de sus columnas hasta este momento, y comenzará a mostrar signos de desencuentro con respecto a los cambios que llegarían en las décadas de los cincuenta y sesenta.

La última columna de Rosario Sansores, aparecida el 31 de diciembre de 1971, incluía casi proféticamente una reflexión sobre el pasar de la vida y cómo es preciso despedir todo lo bueno que nos ha tocado vivir en cada año; Sansores murió ya inserta

en un relativo olvido por parte del público. Pero su presencia fantasmal nunca dejó de tener un lugar relevante. Las bases que la propia Sansores sentará con respecto a su figura, su personaje y su relación afectiva con sus lectores de alguna manera le garantizaron un nicho de memoria y de recuerdo. La columnista fue un elemento fundamental de lo que se puede entender como un archivo propio de literatura femenina o escrito de mujer, como la llama la colección que hoy da acogida a sus textos. Esta permanencia en la memoria de su audiencia se hace evidente también cuando observamos que, al día siguiente de aparecer la noticia de su muerte en los periódicos, el 9 de enero de 1972, se presenta un texto más sobre su vida, pero ahora ya no de su jefe de redacción, sino de una joven escritora que siendo una principiante en el mundo del periodismo había entrevistado a Sansores.

Elena Poniatowska, que siempre fue bien recibida en la sala de redacción por la autora de "Rutas de emoción", publicó en primera plana el que se convertirá *a posteriori* en el texto biográfico definitivo sobre la yucateca: "Rosario Sansores. Última exponente de un romanticismo candoroso". Se le da la oportunidad así a la autora de presentarse en sus propias palabras vía esta entrevista de la que fuera su colega y, en muchos sentidos, discípula en la sala de redacción. Para principios de los años setenta, cuando muere Sansores, es más bien Poniatowska la que cuenta con el capital simbólico más considerable, por lo que el texto es una despedida que busca reafirmar a las jóvenes generaciones la importancia de un personaje como la autora de "Rutas de emoción" en la profesionalización de la escritura periodística por parte de mujeres como ella. Es en esta entrevista en donde nos encontramos la que considero la frase más representativa de Sansores y que reaparece una y otra vez en los textos que sobre ella se han escrito:

—Pero ser como usted… dicen que es muy cursi. Me lo dijo Elvira Vargas y a Rosario Castellanos le pudre que la confundan con usted.

—Sí, sí, las gentes dicen que soy cursi. Imagínate si no voy a saberlo. Pero no me preocupa… Por lo contrario, me halaga. Las gentes que saben que soy cursi demuestran que me han leído, y eso es lo único que importa.[12]

Esta declaración de intenciones con respecto a su labor como escritora y su autoconciencia acerca de cómo se le trataba de denigrar con un calificativo que en el fondo escondía el secreto de su muy verdadero éxito, muestran la habilidad que siempre tuvo Sansores de reconocer el poder que yacía en su adscripción a lo femenino, a estas estéticas cursis que siempre le sirvieron como espacio de acción y agencia con respecto a su vida y las posibilidades de subsistencia profesional y personal. Poniatowska sabe que esta frase es lo que mejor representa a la autora de *Sombras*, y es por eso que decide empezar así su texto. Pero el tono general de la entrevista es más bien como el de una nieta que visita a su abuela, tratando de entender cómo fue su vida y cuáles son los momentos clave de la misma.

Lo que hace aquí Sansores es reconstruir para la posteridad su propia tradición literaria, su propia genealogía; un gesto que aparece continuamente en sus columnas por medio de la reflexión en torno a diversas autoras. Y lo hace con una inicial crítica a lo que se hacía antes en México, antes de que ella llegara, por supuesto, pues eso es lo importante, como explica a la joven Elena: "Porque yo me propuse decir a los lectores cómo se presentaban las señoras a las fiestas: 'Julita guapísima con su traje

[12] Tomado de la primera página del periódico *Novedades*, en su número del domingo 9 de enero de 1972. La sección inicial de la columna de Poniatowska dedicada a Sansores apareció en la primera plana, y después se continuó el texto en la página 6 del mismo diario. Las citas que aquí aparecen hacen referencia a ese texto.

azul eléctrico y un sombrerito de plumas de colibrí', me trataron de cursi",[13] para después reafirmar que ahora (1952, momento en que se está haciendo la entrevista) ya todo el mundo usa ese estilo que ella introdujo en el país.

Poniatowska parece querer dejarse contagiar por el estilo cursi y romántico de Sansores cuando la describe: "va por la vida vestida de sinceridad, lleva un gran sombrero de amor por los demás y le brillan por todas partes joyas y moños de alegría, de esa alegría suya que va repartiendo en todas partes como si fuera confeti de felicidad".[14] Lo maravilloso es que la primera en reaccionar desfavorablemente a una descripción así es la propia Sansores cuando le responde: "Por amor de Dios, chiquita, no vayas a poner esto en la entrevista".[15] Como si se tratara de una especie de demarcación con respecto a la figura que representa en esa descripción que hace Elenita (como la llamaba Sansores en la sala de redacción) de ella, lo que parece evidenciar este momento de la entrevista es la división que la propia Sansores concibe entre su *performance* de autora, aquella que escribe "Rutas de emoción" y crónicas de sociales con ese tono afectado que tan bien imita su entrevistadora, y por otro, su personaje un poco más privado, aquel que en ese momento se ha sentado a dialogar con una joven periodista a la que insistente e íntimamente llama con el sobrenombre de "chiquita". Así, deja ver su posición como mentora y experta en el mundo del periodismo al decir lo siguiente:

> No, chiquita, yo prefiero salir diciendo un disparate y no una de esas frases que se lleva uno media hora pensando… Por favor, no vayas a decir que yo te recibí 'con una amable son-

[13] Elena Poniatowska, "Rosario Sansores. Última exponente de un romanticismo candoroso", *Novedades. El mejor diario de México*, domingo 9 de enero de 1972, p. 6.

[14] *Idem*.

[15] *Idem*.

> risa', ni describas mis libros como una 'espléndida biblioteca', ni mucho menos se te vaya a ocurrir: 'Hallamos a la escritora sentada ante su mesa de trabajo'… Una entrevista debe ser interesante, rápida y valiente, no importa que la persona quede puesta en evidencia… Mientras más en evidencia se le ponga, mejor para los lectores que tratan realmente de conocer a las gentes.[16]

Sansores es crítica y clara con respecto a lo que espera obtener en una buena entrevista, y fundamenta esa posición en la experiencia que tiene y los años que lleva haciendo este tipo de trabajo. Como una profesora que busca impartir una lección, explica los elementos de una buena labor periodística, al tiempo que se inserta a sí misma como el parangón a partir del cual deben medirse quienes vengan después de ella. Poniatowska ve en Sansores una forma de posicionar la cursilería y el gusto o placer de vivir integrada al periódico. Este afán por cuestionar a su colega sobre sus cursis gustos no deviene nunca en un desdén, sino que busca rescatar la agencia que estas decisiones estéticas representaban para la propia Sansores. El hecho mismo de que mencione a esas jovencitas que la desestimaron por cursi en aras de formas serias e intelectuales de participación política, lo que demuestra es la enorme autoconciencia con que la propia Sansores llevaba a cabo su papel en el periódico. Esta especie de autoobituario en voz de la misma Sansores es un último acto de amor y respeto por parte de la autora de *Lilus Kikus* hacia una forma de ser periodista y mujer en el espacio tan masculino que era el periódico. Así, las estrategias afectivas y de creación de un público que utilizó la autora yucateca por nacimiento, cubana por adopción, para consolidar una audiencia y, en consecuencia, un rol en el periódico, son incluso más efectivas de lo que se podría predecir incluso al momento de su muerte.

[16] *Idem*.

La presencia fantasmal de Sansores en el imaginario colectivo no se reduce a la constante acción de rescate que Poniatowska ha llevado a cabo. Su invocación aparece y reaparece en la voz de aquellos que la recuerdan como símbolo de un "mejor" México, un país en donde el romanticismo candoroso y la crónica de sociales eran los aspectos más relevantes de la crónica. Es el caso por ejemplo del famoso periodista Jacobo Zabludovsky, quien en 2008 escribió en el periódico *El Universal* sobre Rosario Sansores:

> Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que Agustín Barrios Gómez, el duque de Otranto y Rosario Sansores describían las fiestas de la juventud dorada. [...]. Hemos pasado, en medio siglo, de la frivolidad al miedo. Los cronistas de sociales han sido sustituidos por los de policía y los nombres mencionados en las primeras planas son otros, distintos los lugares, diferentes los ánimos y los oficios.[17]

El modelo que ella creó sentó así las bases de lo que eventualmente se convertiría en un cliché, el lugar común de quién era y, sobre todo, cómo era una columnista de la sección femenina. Ella es una voz clave en la consolidación de lo que será el mercado de las publicaciones femeninas en el estanquillo, habiendo cultivado un público que, a raíz de sus aprendizajes, continuará reproduciendo estos hábitos de consumo. En un universo de gente buscando cubrir la primera plana con la última primicia, luchando por el espacio de las ocho columnas, Rosario Sansores supo reconocer la importancia de crear un espacio íntimo en la luz pública para todas aquellas que, como ella, querían conversar sobre el lado cursi de la vida, incluso cuando ésta no era necesariamente agradable, garantizando así su presencia en la

[17] Jacobo Zabludovsky, "Nueva ensalada 'popof'", *El Universal*, 26 de mayo de 2008, <https://archivo.eluniversal.com.mx/columnas/71580.html>, consultado el 2 de diciembre, 2024.

posteridad. Esta edición crítica que presentamos a continuación es la reafirmación de su logro.

Quiero aprovechar las siguientes líneas para agradecer a quienes están detrás de la obra que ahora se presenta. La búsqueda de las columnas de Rosario Sansores, en donde el estimado de textos inicial posible era de alrededor de 12 000 columnas, considerando una columna diaria durante 33 años, por ejemplo, implicaba un importante tiempo de investigación en archivo, y fue preciso solicitar el apoyo y el trabajo rigurosos de muchas personas. Quiero agradecer a la doctora Adriana de Teresa, quien me recibió como becaria posdoctoral en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y quien también me ayudó a hacer oficial el apoyo, mediante servicio social, de varias alumnas: Daryen Karen Hernández Mancilla, Sandra Valeria Perales Almaraz, Luis Esteban Herrera De Anda, Aleida Pérez, María Paula Piña Vela. A ellas les agradezco el cuidado y la atención que pusieron en la selección, recopilación y transcripción de las columnas de Rosario Sansores, tomando en cuenta las, a veces vagas y meramente intuitivas, líneas temáticas que les iba pidiendo y que fueron la base de la selección final. En particular a María Paula le quiero agradecer su ayuda en la sistematización de todos los archivos recopilados, y el haberme ayudado a efectuar el primer cotejo entre imagen de archivo y su transcripción.

Finalmente, quiero dedicarle unas líneas a Caro, por ver desde un inicio todo el potencial que Rosarito Sansores representa, y a Clara y a Clau por acogerme en el grupo y ayudarme a ser fiel, en la medida de lo posible, a la esencia sansoriana.

Queda ahora en manos de las lectoras.

Alejandra Vela Martínez

RUTA DE LECTURA PARA LA COLUMNA DE ROSARIO SANSORES

Año	Mes	Día	Tema
1939	Agosto	9	*Amor / Relaciones* El engaño de un hombre / Un porvenir más luminoso
		10	*Matrimonio / Relaciones* Recuerdos de una relación amorosa que la autora terminó; bifurcación del destino
		12	*Matrimonio / Relaciones* Nostalgia de un amor pasado
		13	*Amor / Relaciones* Recuerdo de un amor juvenil
		14	*Amor / Relaciones* Recuerdo de la despedida de un amor
		15	*Divorcio* Reflexión sobre un relato de la escritora francesa Colette y la libertad
		16	*Amor / Ruptura* Descripción de la llegada del desamor
		17	*Amor / Relaciones* Recuerdos de un viaje con un hombre amado a la playa de Cojímar
		18	*Amor / Relaciones* Recuerdo de un hombre amado que conoció en Cuba y partió hacia Australia
1940	Enero	2	*Autorreflexión* Meditaciones sobre las buenas y malas acciones por el año nuevo
		6	*Rosario Sansores como lectora* A propósito del Día de Reyes. Recuerdo de su experiencia pidiendo libros como regalo; relato sobre sus momentos de lectura infantil

1940	Enero	13	*Rosario Sansores como relatora de historias* Un hombre le comparte su drama
		18	*Rosario Sansores como relatora de historias* Una mujer joven le comparte la historia de traición de su esposo
		29	*Rosario Sansores y su migración* Recuerdos de su llegada, procedente de La Habana
	Marzo	25	*Mujer / Educación femenina* Sobre la corrección, las buenas maneras, la educación refinada
		29	*Amor / Relaciones* Sobre un amor no correspondido
		30	*Amor / Soledad / Libertad* Reflexión sobre el amor a la libertad
	Abril	3	*Amor / Añoranza* Recuerdo de un amor
	Diciembre	2	*Conciencia sobre su origen de clase* Reflexión sobre el dinero y las elecciones vitales
1941	Enero	2	*Amor / Relaciones* Recuerdos de un amor
		5	*Celos* Reflexiones a partir de una película protagonizada por Bette Davis sobre los celos en las mujeres
		7	*Estereotipos de género* Sobre hombres sensibles y poetas, con versos de un lector
	Junio	6	*Amor / Relaciones* Recuerdos de un amor con un hombre que era mal poeta
		7	*Rosario Sansores como escritora* Sobre las transformaciones de su poesía en relación con su experiencia de vida, reunidos en *Del país del ensueño* y *Las horas pasan*, así como cinco poemarios más
		9	*Rosario Sansores fuera del contrato sexual / Libertad* Sobre la libertad que permite vivir en soledad y no casarse
		11	*Autobiográfico* Recuerdos de su vida tras mirar retratos suyos
		16	*Rosario Sansores como lectora* Reflexiones sobre autores antiguos y contemporáneos y sobre lo que significa escribir poesía

	Octubre	4	*Matrimonio* Sobre los problemas del amor libre, a raíz de las conversaciones con una mujer que puso en práctica ideas como las de *madame* de Kollontay
		12	*Rosario Sansores como escritora* Sobre cómo sus lectoras y lectores la imaginan
1942	Enero	2	*Rosario Sansores como escritora* Sobre la relectura de su propia escritura y la conciencia de errores pasados
		4	*Vida cotidiana* Sobre su visita a la casa de una descendiente de Ignacio Mariscal (del gabinete de Porfirio Díaz)
		8	*Rosario Sansores como escritora* Sobre la experiencia de escribir poesía
		13	*Rosario Sansores como escritora* Sobre la carta de un lector y otras misivas que elogian su escritura
	Marzo	12	*Rosario Sansores como escritora* Sobre su máquina de escribir
		23	*Feminismo-maternidad* Sobre la vida de su madre y la de su abuela
	Agosto	3	*Rosario Sansores en la ciudad* Sobre la moda femenina y el adorno en el pasado y en el presente
		7	*Maternidad / Matrimonio* Sobre hombres que se alejan de sus madres cuando se casan
		14	*Mujer / Vida íntima* Sobre los hogares y lo que dicen sobre el alma de las mujeres que los habitan
		16	*Política México-Cuba* Sobre crisis en La Habana, comparación con la situación en México
		21	*Rosario Sansores como lectora* Sobre Gustavo Adolfo Bécquer
		30	*Amor / Relaciones* Sobre un hombre que prefirió quemar las cartas de amor que le escribieron mujeres a venderlas y revelar sus secretos

1943	Enero	2	*Amor / Libertad* Sobre una relación que terminó, su idea de amor, la experiencia a partir de que tomó la decisión de vivir sin pareja
		5	*Percepciones sobre el ser mujer / Matrimonio* En este texto Sansores argumenta que el problema de una mujer es problema de todas. Sobre la necesidad de ser mujeres inteligentes
		28	*Experiencia en México* Aquí cuenta cómo dejó La Habana y cómo tomó la decisión de regresar a México
	Febrero	6	*Rosario Sansores como lectora* Cuenta sobre su experiencia de ser una niña lectora
		13	*Rosario Sansores como escritora* Narra una entrevista que le hicieron. Se autopercibe como periodista y como escritora
	Marzo	14	*Matrimonio / Relaciones* Habla sobre el matrimonio, cómo ser buena esposa y buen marido, también menciona que no está de acuerdo con las ideas de las feministas sobre el ser mujer
		28	*Autobiográfico* Cuenta cómo debido a los infortunios atravesados ha tenido que ganarse la vida siendo periodista y escritora
	Abril	4	*Percepciones sobre el ser mujer* Argumenta que las mujeres en la historia deben ser validadas por su inteligencia. Culpa a los hombres por los defectos de las mujeres
	Mayo	10	*Autobiográfico* Evoca sus recuerdos de la infancia y habla de su madre
	Junio	8	*Percepciones del ser mujer* Ser mujer no es un castigo
		20	*Rosario Sansores como escritora* Se defiende como autora de sus columnas ante la duda de una lectora al plantear que ella no escribe sus textos, sino alguien más
	Agosto	25	*Experiencia en la Ciudad de México* Recuerdos de cómo consiguió su primer empleo

1944	Diciembre	1	*Divorcio / Estereotipos de género* Argumenta sobre la responsabilidad de las mujeres en el incremento de divorcios, debido a nuevas costumbres y libertinajes importados del Norte
		3	*Vida en la ciudad* La crisis de vivienda en la Ciudad de México afecta a los más pobres, quienes son desplazados de sus vecindades que son demolidas para construir nuevos edificios de departamentos caros
		6	*Rosario Sansores como lectora* Elogio a la obra de la poeta cubana Caridad Bravo Adams, quien era amiga de Rosario y con la que perdió contacto
		7	*Trabajo femenino* Crítica al trabajo femenino como una expresión de la confusión e inversión de los deberes de cada género, reforzada por las guerras y la ausencia de los hombres
1945	Enero	2	*La gracia* Experiencia femenina
		9	*Matrimonio* Maltrato masculino / hombres mexicanos
		10	*Mujeres poetas* El silencio y la inactividad de las poetas latinoamericanas
	Marzo	11	*Feminismo* Convicciones antifeministas
		17	*Recuerdos / Cartas* La labor del cartero
	Junio	17	*Memoria por fallecimiento* María Luisa Ross, feminista
	Agosto	1	*Sufragismo* Cuestionamiento frente al voto femenino
		2	*Vida en la ciudad* Apreciaciones sobre la Ciudad de México
		6	*Modas femeninas* La mujer de ayer y la mujer moderna
	Octubre	9	*Relato de viaje* Crónica de viaje por Acapulco
		13	*Mujer culta vs. Mujer ignorante* Conferencia de Adela de Obregón

1945	Octubre	16	*Periodismo* La labor periodística
	Diciembre	6	*Enfermedad de Rosario Sansores* La labor periodística, el amor por el periódico y su profesión.
		28	*La escritura* La crónica social
1946	Enero	8	*La soledad* Sobre cómo las mujeres necesitan a un hombre a su lado
		18	*Solidaridad con otra mujer* Sobre una mujer que donó dinero para que otra pudiera estudiar y profesionalizarse. La importancia del trabajo y cómo la gente rica se olvida de su origen humilde
	Marzo	11	*Moda femenina* Crítica a que las mujeres ya no usen sombreros ni medias y hayan perdido la elegancia y el decoro
		13	*El comunismo* Sobre la vestimenta que se usa según las ideas políticas, como un disfraz sin trasfondo
		16	*Rosario Sansores como lectora* Fragmento del libro de Mariblanca Sabás Aloma que habla sobre las diferencias entre mujeres según su origen social
	Junio	14	*Rosario Sansores como escritora* Sobre la experiencia de trabajar en la redacción de un periódico
		24	*La soledad* Recuerdos nostálgicos sobre la noche de San Juan y la soledad en que lo vive en ausencia de su familia
	Octubre	2	*Crónica de viaje* Recorrido por Nueva York
		3	*Crónica de viaje* Termina el viaje a Nueva York
		4	*Familia* Despedida de su hija Blanca y retorno a México
		5	*Vida en la ciudad* Llegada a la Ciudad de México, comparación con Nueva York

1946	Octubre	6	*Vida en la ciudad* Reincorporación a la Ciudad de México y a sus problemas
		18	*Mujer y guerra* Reflexión sobre las mujeres en la guerra tras el fin de los juicios de Núremberg
		24	*Percepciones sobre el ser mujer* Sobre su gusto por la coquetería y la moda
1947	Enero	5	*Homenaje a Amparito Guerra Margáin* Habla sobre esa artista
		8	*Homenaje a Chayo Uriarte* Habla sobre esa escritora
		17	*Vejez* Visita de una lectora al periódico. "Casa del reposo"
		27	*Autobiográfico* Visita a Veracruz
		31	*Cartas* Un lector comparte su situación de desempleo
	Marzo	3	*Percepciones sobre el ser mujer* Uso del maquillaje
		13	*Mujer moderna vs. mujer antigua* Teorías de la igualdad
	Octubre	12	*Rosario Sansores como escritora* Opiniones sobre su trabajo como cronista y poeta
		21	*Cartas* Una lectora comparte su tristeza por su vida marital
		22	*Dos jóvenes solicitan ayuda a Rosario Sansores* Continuación de estudios de ballet
1948	Enero	8	*Autobiográfico* Su vida, su experiencia y la capacidad femenina de soñar
		9	*Autobiográfico* Su vida. Lecturas de infancia
		12	*Autobiográfico* Su vida amorosa
		23	*Percepciones sobre el ser mujer* Femineidad
	Marzo	8	*Percepción sobre el ser mujer* Mujeres en la literatura

1948	Marzo	27	*Chismografía social* La mala crónica social
	Junio	3	*El destino* Sobre la paz y el sosiego
		5	*Percepciones sobre el ser mujer* Ambiente cultural y espectáculos en México. Desnudos femeninos
		25	*Cartas* Un/a lectora escribe sobre el favoritismo en México
	Octubre	4	*Vida cotidiana* Anticuarios en México
		7	*Percepciones sobre el ser mujer* Belleza
	Diciembre	29	*Rosario Sansores como escritora* Periodismo, experiencia como escritora
1949	Enero	2	*Celos* Injusticias; crimen; asesinato
		7	*Autobiográfico* (La loca de la casa) Su vida, opinión sobre joyas antiguas
		11	*Viajera* Experiencia de la lectora Stella Suárez Olivos
	Marzo	5	*Reseña de película* Película sobre el Quijote de la Mancha
		10	*Cartas* Un lector escribe lamentando que las mujeres trabajen y que por ello han aumentado "los sin trabajo"
		27	*Percepciones sobre el ser mujer* La tarea de la mujer
	Junio	3	*Autobiográfico* La juventud y la madurez
		7	*Crítica social* La práctica de la censura en México
		8	*Experiencia de una lectora* Cuando el amor se muere
		13	*Percepciones sobre el ser mujer* Las mujeres, la casa, la calle y la vida pública

1949	Junio	30	*Cartas* Sobre el comportamiento de las mujeres mexicanas
	Octubre	11	*Dr. Atl* Personaje mexicano
1950	Enero	5	*Comportamiento de las mujeres* Mujeres alcohólicas
		6	*Homenaje a Catalina D'Erzell* Vida y obra
		9	*Autobiográfico* Recuerdo de su boda
		13	*Percepciones sobre el ser mujer* La vanidad
		19	*Carta* Una mujer deja una misiva abandonada en el bus donde va Rosario Sansores
		21	*Amistad* Reflexión sobre la amistad
		22	*Vida cotidiana* Libertad de cultos
	Agosto	1	*Derecho / Política* Opinión sobre la pena de muerte
		7	*Percepciones sobre el ser mujer* Comportamiento de las mujeres; matrimonio; infidelidad
		26	*Percepciones sobre el ser mujer* Comportamiento de las mujeres, clases sociales
1951	Enero	10	*Vida en la ciudad* Crítica al descuido y negligencia que existe en la ciudad para reparar diversos detalles como postes caídos, alumbrado público que no sirve, etcétera
		11	*Percepciones sobre el ser mujer* Matrimonio. Aboga por el respeto que deben tener los padres hacia las elecciones matrimoniales de los hijos
	Marzo	11	*Matrimonio* Analiza algunas de las causas del divorcio
		30	*Rosario Sansores como escritora* Expone la relación que existe entre sus columnas y sus lectores y lectoras, quienes la inspiran a abordar diversos temas

1951	Junio	1	*Critica al movimiento feminista* Critica al movimiento feminista debido a las inconsistencias en su actuar respecto a la defensa de las mujeres o la actitud masculina de sus afiliadas. Resalta, además, la labor de la jueza María Lavalle Urbina, destituida sin razón de su cargo
		2	*Novela de folletín* Hace una equiparación entre la novela de folletín y la violencia, inseguridad y fracaso del sistema carcelario
		30	*Vida en la ciudad* Club Rotario de la ciudad
	Octubre	7	*Amor* Con los años, se ha dado cuenta que a veces las decepciones amorosas pueden beneficiar a las mujeres
		17	*Percepciones sobre el ser mujer* La importancia de ser conscientes de nuestros defectos personales, con el fin de disimularlos
		29	*Rosario Sansores como escritora* Labor como escritora. Critica el abuso y poca ética que existe por parte de algunos periodistas
1952	Marzo	9	*Rosario Sansores como lectora* Aborda la vida de la poeta Nicte-Ha
		22	*Autobiográfico* Narra algunos recuerdos de su vida e infancia en su natal Mérida
		23	*Vida en la ciudad* La quinta de los alemanes
		24	*Mujeres y violencia* Analiza el abandono de mujeres por parte de sus maridos o novios y las consecuencias sociales y personales de esto
1953	Enero	3	*Rosario Sansores como escritora* Rememora su escritorio y su formación como escritora
		4	*Percepciones sobre el ser mujer* Recorre diversos ejemplos de remedios para detener el paso del tiempo en la piel de las mujeres
		5	*Memoria de Catalina Erzell* Homenaje a la periodista recién fallecida

1953	Enero	7	*Rosario Sansores como escritora* Reclamo ante el plagio y uso sin consentimiento de su poema "Cuando tú te hayas ido"
	Marzo	5	*Matrimonio* Crítica a la infidelidad masculina
		9	*Mujer y trabajo* Critica los malos tratos que ciertas mujeres tienen para con sus empleadas domésticas
	Octubre	3	*Homenaje a la vida de Delfina Gay* Una de las primeras periodistas y quien inventó el folletín
		11	*La función de la prensa* Libertad de prensa
		12	*Percepciones sobre el ser mujer* Las mujeres esposas de grandes hombres
		25	*Matrimonio / Violencia* Acoso por parte del marido a la "criada"

Rutas de emoción
1939-1953

Miércoles 9 de agosto[1]

Esta mañana después de dos semanas de no asomarme a la ventana, divisé en ella, la pequeña planta de "no me olvides" que tú, ¡oh ironías del destino!, sembraste la víspera de marcharte definitivamente de mi lado…

Recuerdo que la trajiste envuelta en un pedazo de papel y cuidadosamente, removiste la tierra de la maceta y la regaste.

—La recogí en el camino —me dijiste por todo comentario.

Yo te miré sembrarla y no sé qué extraño presentimiento asaltó mi corazón, fue algo así como si una sombra cruzara por él y ensombreciera su clara alegría.

Dos días más tarde tú ya no estabas conmigo. Alguien vino a contarme la verdad de tu incalificable felonía, tu traición cobarde, tu engaño ruín. Entonces preferí establecer entre ambos el abismo de la separación. ¿Para qué te quería ya? Mientras creí en ti, mientras te juzgué tal como te soñara, significaste en mi vida algo. ¡Ahora no eres ya ni sombra, ni fantasma, ni recuerdo, porque no eres más que olvido!

Nunca he acostumbrado volver los ojos hacia el pasado, sino para entresacar de él las enseñanzas necesarias. Así, este episodio en mi existencia, suma uno más. Nuevo capítulo, nuevas emociones y el porvenir, a semejanza de un gran abanico abre ante mis ojos su varillaje complicado de paisajes y de flores.

Tú que me conoces, sabes que mi orgullo me ha impedido siempre claudicar. Tengo y de ello me he preciado siempre, una indomable voluntad y una energía insospechada tratándose de

[1] *Novedades*, p. 6.

una mujer sentimental y romántica. No recuerdo nunca haber vuelto sobre mis pasos ni haber perdonando las injurias. No he pretendido imitar a Jesús el humilde nazareno que ofreció su mejilla para recibir el golpe.

Fuí siempre leal para evitar que conmigo fueran desleales. No acostumbro mentir, porque detesto la mentira y cuando las circunstancias me forzaron a hacerlo, he sentido rubor de mi pecado y me he avergonzado profundamente. Por eso, te desprecio tanto, y por eso arranqué de mi alma la estimación que te profesé mientras imaginé que eras un hombre de honor. Cuando comprobé que eras un rufián y un canalla, el mismo golpe de mi descubrimiento, se encargó de borrar tu imagen de mi memoria al extremo de que ahora si quisiera no podría definir el óvalo de tu rostro ni la expresión de tu mirada. Dejaste de ocupar en mi vida el lugar que te había destinado. Ahora, he dejado el hueco vacío en espera de que otro amor lo llene, porque otro amor vendrá forzosamente a embellecer mis horas que tú ensombreciste con tus arbitrariedades y tus felonías sin nombre…

Hace años —he perdido la cuenta— que una sibila me predijo todo lo que me ha ocurrido. Sonreí entonces despreciativa y burlona. Ya no me río. Ella me dijo, todo lo que me sucedería en el transcurso de este lustro, que yo juzgo el más desagradable de mi vida…

Pero el porvenir, es un abanico, y yo, he abierto el varillaje…

Jueves 10 de agosto[2]

Quisiera saber si alguna vez me recuerdas. Entre la bruma del pasado, tu rostro suele aparecérseme como una extraña visión de pesadilla y de tortura. Cuando evoco tus ojos verdes, del color de las esmeraldas, no puedo menos de pensar en esas leyendas de hechicería que aseguran que los ojos de este color, causan "daño"

[2] *Novedades*, p. seis.

al que los mira. Tus ojos eran verdes y profundos como el agua del mar en días de tormenta. Y durante el tiempo que duró nuestro idilio, me tuviste sujeto a tu capricho, como un niño. Mi voluntad se diluyó como terrón de sal en un vaso de agua. No tenía dominio sobre mí misma, porque el poder hipnótico de tus ojos me la [*sic*] había robado.

Nos quisimos mucho, ¡mucho! En las doradas tardes de la primavera, bajo la roja sombra que proyectaba la flor del flamboyan, tú y yo, con las manos tiernamente unidas, nos decíamos nuestro cariño, sin palabras. A nuestro alrededor, los chiquillos que iban al parque, jugaban al corro y cantaban aquella copla:

> Piensan los enamorados,
> piensan y no piensan bien,
> piensan que nadie los mira
> y todo el mundo los ve…

Y en efecto, ni tú ni yo, nos preocupóbamos [*sic*] de la gente. Indiferentes a la curiosidad ajena, recorríamos juntos las calles, nos íbamos a la playa y nos tendíamos perezosos al sol. Éramos tan felices, tan profundamente dichosos, que creíamos que toda la vida duraría aquel idilio. Sin embargo, duró apenas un año… lo rompió bruscamente una palabra tuya, pronunciada en un momento de ira y malhumor. Eras injusto, y yo me quedé mirándote sin responder. En mi interior, se había desplomado el palacio de oro de mis sueños. Te vi entonces tal cual eras: egoísta, duro, banal… y sentí, que te aborrecía con un odio enconado, y ardiente.

¡Eso fue todo! Te volví la espalda y me negué a seguirte escuchando. Tú esperabas de mi parte disculpas por un delito que no había cometido y la sorpresa hizo que callaras al fin; pero yo estaba ya distante y en vano intentaste llamarme con los nombres más dulces:

—¡Vuelve!... ¡Divina!...

¡Nunca volví! Súbitamente había vislumbrado el fondo de tu corazón vacío, y comprendí que nunca nos habíamos en realidad acercado el uno al otro. Como dos pasajeros de un tren, viajamos juntos: pero había llegado el momento de descender al andén y nuestras sendas se habían bifurcado para no volver a unirse nunca…

Hace meses leí en un periódico, la noticia de tu boda. Nuestro amigo Ramón, me la confirmó. Ahora sé que nos separa definitivamente el destino: pero me gustaría saber si alguna vez, cruza por tu memoria el recuerdo de aquella última tarde que pasamos juntos en el parquecito del Tulipán…

Sábado 12 de agosto[3]

Acabo de llegar de la calle y ¡si supieras qué tr[i]ste estoy! … En el asiento frontero al mío, venían dos enamorados, tan felices, tan radiantes, que sentí en el alma un dolor agudo parecido a la envidia. La doctrina cristiana califica a la envidia así: "Tristeza del bien ajeno" y en efecto, tenía yo tristeza por esa felicidad que fue mía y ya no es…

Tú y yo, en un tiempo, fuimos como esa pareja enamorada. Apretada contra ti, fuí muchas veces por la dorada playa que bañaba el sol ardoroso y rubio. Con las manos enlazadas dulcemente, íbamos a los salones de cine para decirnos nuestra ternura en voz baja y tú, reclinabas tu cabeza sobre mis hombros con un gesto amoroso y lánguido que me embriagaba de dicha…

—¡Tesoro —me decías— te amaré siempre!...

Pero el destino tiene extraños designios y un día, sin saber por qué, nuestra felicidad se rompió bruscamente como una pompa de jabón que se rompe en el aire. Eso fue nuestro amor: pompa de jabón luminosa y frágil y nosotros, los niños traviesos que la dejamos romper en nuestra loca inconsciencia…

[3] *Novedades*, p. 6.

Después, otros amores cruzaron mi senda: pero ninguno se pareció al tuyo. Traté de engañarme, de buscar en otro corazón, el calor que tú no me dabas, pero nadie pudo sustituirte realmente y nadie podrá borrarte de mi alma.

Siempre que cruzo por un parque me asalta tu imagen. Cada vez que una pareja de enamorados, cruza cerca de mí, un estremecimiento de angustia me enturbia la mirada. Aquel pedazo de mi vida el más hermoso, porque lo llenaste tú, vivirá siempre dentro de mí como en un relicario. No he vuelto a escuchar una voz tan dulce como la tuya ni jamás pude encontrar en otros labios el sabor de tus besos apasionados. Enferma de una incurable nostalgia, esperé meses enteros, curarme de la obsesión de tus caricias, sin conseguirlo.

Te quiero todavía y sé que tú a tu vez me quieres también; nos dividió la barrera del orgullo, las conveniencias sociales, los mil prejuicios inventados para amargar el alma de los que se aman. Tú y yo, éramos como esos gorrioncitos alegres y traviesos que de rama en rama, cantan desde el amanecer, su dicha y su esperanza. Muchos nos envidiaban. Las mujeres se fijaban en ti, con mirada de deseo porque admiraban tu fino perfil, tus claros cabellos, tu rostro joven y hermoso…

He colocado en la silla el traje de calle. Es verde, del color que tanto amabas. Al despojarme de él, sentí deseos de ponerme a llorar por ese pasado tan remoto y que sin embargo, me parece a ratos, tan cercano todavía…

¡Amor, amor mío! … ¿Por qué no te siento junto a mí en esta hora de angustia?...

Domingo 13 de agosto[4]

No sé por qué extraña asociación de ideas, el recuerdo de tus ojos azules como el miosotis,[5] viene a perturbarme en esta clara mañana agosteña, en que el prado ostenta su color más verde y las rosas en los jardines desbordan fragancia y lozanía. Hace muchos años que dejé de verte y olvidé para siempre tu imagen infantil, tus cabellos rubios y tu boca de labios gruesos y sensuales. Hace mucho tiempo, que nadie ha traído hasta mí el eco de tu lejana vida. Ignoro dónde estás, qué haces, dónde vives… no sé si en estos momentos resides todavía en aquella casita blanca, en el extremo del parque donde tú y yo, pasábamos las horas muertas, contemplando el fluir de una fuente que parecía cantar canciones llenas de dulzura.

En aquel tiempo, me amabas y yo creí amarte. Mi juventud impetuosa, soñaba con un amor ideal, juvenil, ingenuo… y tú encarnaste momentáneamente esa sed de ternura y acercaste a mi boca el cántaro fresco de tu juventud para saciar mis ansias…

Pero en el fondo, eras pueril, demasiado niño para mí. En mi alma, se fundieron por un instante, la ternura maternal y la pasión de la amante, pero fue como un relámpago nada más. Vuelta en mí, saciado el deseo, comprendí que nos dividía todo un mundo de incomprensión, de educación, y de sentimientos…

Éramos diferentes en todo; no había nada de semejanza entre mi corazón y el tuyo y así te lo dije en una noche plateada de luna, bajo la enramada que proyectaba sus finos arabescos en la asfaltada callecita del parque.

—¡Me voy —suspiré— necesito cambiar de aires!

[4] *Novedades*, p. siete.

[5] Se refiere a Myosotis, planta de la familia de las Boragináceas. También llamada Nomemires o Raspilla. Se conoce como la flor del amor desesperado. Véase "Raspilla", *Wikipedia. La enciclopedia libre*, <https://es.wikipedia.org/wiki/Myosotis>, consultado el 9 de octubre, 2024.

Sorprendido fijaste en mí tus grandes ojos azules que estaban en ese momento llenos de una suave melancolía y replicaste:

—¿Tendrás valor de abandonarme? ¿Me dejarás solo?

—Sí —fue mi respuesta terminante—. Estoy cansada y me voy…

Fuí demasiado cruel, lo sé; te herí en lo más sensible del alma. Desdeñé tu amor que no supo satisfacerme, tu sumisión y tu humildad. Eras sí, humilde como un perrito faldero, me seguías a todas partes, implorabas una palabra mía, una voz de esperanza que yo me negué a otorgarte porque te veía despojado ya de los velos con que mi ilusión te había envuelto. Sin ese velo, me pareciste vulgar, feo, antipático…

Esa noche bajo la luz plateada de la luna regresé a mi casa sola. No quise que me acompañaras como otras veces. Recuerdo que me acosté muy tarde, porque la temperatura era cálida y en el jardín de mi casa, los Galanes [*sic*] de noche perfumaban la brisa que soplaba a ratos, trayendo hasta mí el hechizo de su aroma turbador…

Había cerrado aquel capítulo. Me sentía liberada de un peso enorme. No representabas para mí, nada en ese instante y me dispuse a escribir en mi diario de impresiones, los pensamientos que asaltaban mi imaginación calenturienta. Tenía yo ¡25 años!... ¡25 años! Y me sentía dueña del mundo, dueña de todos los bienes que el Hacedor otorga a los míseros mortales. Me sabía rica en ilusiones, en fe y en esperanzas. Hoy, mi tesoro se ha terminado. Nada me queda de todo aquello, nada sino el recuerdo de lo que fue. Otras ilusiones han venido a posarse en el alero de mi corazón, pero no son iguales a aquellas… y tal vez por esto, hoy mirando el azul del cielo, he recordado tus pupilas del color del miosotis y he suspirado sin saber por qué…

Lunes 14 de agosto[6]

Me he levantado muy temprano, y me he asomado a la ventana de mi alcoba; un sol enfermizo y pálido, doraba apenas las copas de los árboles empapados aún por la reciente lluvia. Anoche escuché durante mucho rato el caer del agua en el alero. Sin quererlo, evoqué involuntariamente otras noches parecidas, en que tú y yo, a solas, nos poníamos a forjar proyectos para un mañana que nunca se realizaron…

En esas noches, leíamos a ratos nuestras obras favoritas; tú me hablabas de versos y me relatabas extrañas leyendas de un sabor oriental y exótico. Tenías de la vida y del amor una filosofía que al principio de conocerte me desconcertó un poco, pero que al correr del tiempo, fuí comprendiendo y adentrándome en su oculto sentido…

—Nada pasa a gusto nuestro en la vida —me repetías— y por lo tanto, es inútil que nos atormentemos; en saber esperar radica la sabiduría del hombre.

Y yo me fuí haciendo poco a poco a tu manera de ser. Mi juventud era entonces semejante a un capullo que no acababa de abrirse a la vida; tú, a semejanza del jardinero inteligente, cuidaste el rosal y el rosal dió rosas lozanas gracias a ti. Todo lo que fuí y lo que soy te lo debo exclusivamente a ti. Tenías muchos años encima de los míos, pero todavía tu corazón era ardiente y tus ojos me miraban encendidos en deseo. Cuando me tomabas entre tus brazos y me arrullabas, sonreías al decirme en voz baja:

—¡Eres una niña y te amo por eso!

Sí; yo fuí niña durante mucho tiempo. Me gustaba quedarme ensimismada, apretada contra ti; tenía miedo de muchas cosas que ahora me inspiran risa, y me encantaban los cuentos de hadas y de príncipes. Había en el fondo de mi espíritu no sé qué atavismos absurdos de los que nunca pude liberarme por entero.

[6] *Novedades*, p. seis.

Era supersticiosa y alegre, traviesa y risueña. Una mezcla de pasiones y puerilidades me absorbían.

Tú, fuiste puliéndome el alma y librándome de todo lo que pudiera estorbarme. Arrancabas la muerta hojarasca para que el tronco asomara limpio. Vigilabas mis pasos, me cuidabas con amor y me estabas agradecido, porque había perfumado tu otoño dolorido con el perfume de mi primavera feliz.

—Nacimos a destiempo —suspirabas. —Yo voy hacia la sima [*sic*] y tú empiezas a subir… Cuando estés en la altura no podrás encontrarme…

Y así fue; tus cabellos encanecieron, tus mejillas se pusieron flácidas, tus ojos perdieron su brillo. Entonces tus celos despertaron como lebreles enfurecidos. Cuando nos sentábamos a la mesa, me contemplabas tratando de buscar en mis mejillas tersas el primer surco presagiador de la vejez; yo veía clavarse tus ojos huraños en mi cabeza oscura y adivinaba tus pensamientos torturadores y procuraba suavizarlos con mi ternura que se había ido tornando casi filial…

Cuando llegó lo inevitable, cuando mi juventud reclamó su parte de amor, me alejé de tu lado silenciosamente. Me faltó valor para decirte adiós… La víspera de irme habíamos comido juntos y tú parecías presentir mis intenciones y te mostraste conmigo galante y fino, como si quisieras despertar mi compasión…

¿Dónde estás? No lo sé. Tal vez me recuerdas todavía. Acaso sueñas con un retorno que es ya imposible…

Martes 15 de agosto[7]

Nunca como hoy he podido comprender el sentido oculto de aquella crónica que Collete [*sic*][8] Wyly [*sic*] la ilustre novelista francesa escribiera a raíz de su divorcio: "Cuando mi alma era cautiva"... En esas admirables páginas, la mujer liberada del yugo de un hombre egoísta y vulgar, dió rienda suelta a su emoción, y nos relató con frases de una sencilla limpidez, los sentimientos que la poseyeran en esos años de esclavitud horrible…

Colette, se había casado siendo muy joven, con un hombre que se preciaba de artista porque escribía libros pornográficos. Ella se dejó seducir por la maraña rubia de una cabellera sedosa donde asomaban algunos hilos de plata y por la insinuante sonrisa de aquella boca sensual y sabia en amorosas experiencias.

Sin embargo, el alma de ella, se rebeló bien pronto al comprender el abismo que los dividía: distaban mucho de poseer la misma sensibilidad y la misma cultura. Colette, era además de inteligente, sensitiva, refinada, inquieta. Su marido era no solo vulgar y vicioso, sino grosero en la intimidad. Como era lógico, sobrevinieron las primeras discusiones que fueron agriándose cada vez más, hasta que sobrevino lo inevitable: Se divorciaron…

El marido continuó escribiendo novelas indecentes; durante los años que vivieron juntos, ella le había ayudado y entre los dos, dieron a la publicidad las famosas "Claudida", que conquistaron el favor del público rápidamente siguiéndole "Remanso", y muchas más, todas llenas de interés, porque Colette, poseía el don de expresar sus ideas en una forma original y novedosa… al sobrevenir el divorcio, ella, reanudó sus actividades literarias. Su primer trabajo fue "Cuando mi alma era cautiva" que yo leí hace años, porque un poeta genial la puso en mis manos…

[7] *Novedades*, p. seis.

[8] Willy era el apodo del primer marido de Colette, Henry Gauthier-Villars. Algunas de sus obras se publicaron bajo el nombre Colette Willy, como incluso ella solía firmar. Por tal razón Rosario la llama Colette Willy.

Y bien: yo, al igual que Colette me siento liberada y dichosa, desde que no te veo ni te oigo, desde que perdí de vista tu rostro, y dejé de escuchar tus injurias. Como ella, abro mi ventana todos los días, a hora temprana y saludo al sol con la más alegre de mis sonrisas. Como ella, miro la silla que ahora está vacía frente a mi mesa y saboreo las uvas paladeándolas golosa, porque sé que tus ojos no me espían, ni me torturan tus palabras.

Ahora, pienso que el mundo me pertenece de nuevo, que a mi alrededor, las cosas tienen una belleza nueva que yo había dejado de percibir porque tenía el alma amargada y el corazón ensombrecido. Ahora, al contemplarme en el espejo, descubro otra vez, la expresión que animaba mi rostro y que tú sentías un placer morboso en destruir.

¡Soy libre! Estas palabras sintetizan todo un mundo de inefables venturas, de posibilidades beneficiosas, de incontables alegrías. ¡Soy libre de ir y venir a mi antojo, de estirarme en el lecho a mis anchas, de apagar la lámpara cuando quiero, sin esperar a que tú lo hagas según tu capricho! ¡Soy libre de ir por la calle, del brazo de un amigo, de reír, de vivir en fin!…

Y he vuelto a buscar la obra de Colette y al leerla, he comprendido mejor que nunca, el sentido oculto de sus palabras.

Miércoles 16 de agosto[9]

Anoche fuí a cenar con un amigo, a aquel restorán, ubicado en la avenida del Brasil. La noche estaba un poco fría y las estrellas, en el cielo parpadeaban inquietas. La luna había intentado salir salir [*sic*] varias veces sin lograrlo, porque las nubes se obstinaban en cubrirla con su velo tenue…

Hablamos de muchas cosas y recordamos juntos otras épocas mejores. Cerca de nosotros, una pareja se había puesto a fumar; la mujer era rubia y menuda, de grandes ojos velados y una boca

[9] *Novedades*, p. seis.

tan fresca y carnosa, que experimenté no sé qué sentimiento de repulsión al mirarle el cigarrillo. Él era moreno, alto, guapo y esbelto, con anchos hombros de atleta…

A través de los cristales, vi pasar a un hombre que [s]e parecía a ti. Era moreno, grueso, vulgar… De su brazo, iba prendida una mujer tan vulgar como él… s, [*sic*] pero me fijé un poco y vi que me había equivocado. Entonces por una de esas curiosas aberraciones, recordé un instante, aquellas noches en que tú y yo, íbamos a merendar a ese mismo restorán. Era en los primeros días de nuestro idilio y tú me amabas y me repetías en todos los tonos que nunca me olvidarías.

En aquella época, eras esbelto y fino, delicado y galante; fue mucho tiempo después cuando cambiaste, tal vez por la conexión que estableciste con personas plebeyas y vulgares; cuando dejaste de interesarte por las cosas bellas, cuando dejaste de asistir a las reuniones sociales, y perdiste la amistad de la gente culta, adquiriste maneras de gente baja; tu lenguaje se hizo grosero, te volviste inclusive chismoso como una mujerzuela de casa de vecindad. Recuerdo que una noche, extrañada de oírte hablar en aquella forma desusada te interrogué curiosa:

—¿Con quién te reúnes que hablas así?

Te quedaste silencioso y comprendí inmediatamente que en tus pensamientos había una sombra y que yo, estaba ausente de tu imaginación. Sin embargo, no te dije nada más; yo también me quedé callada y pensé con pena en el daño que te estabas haciendo a ti mismo… Después, vino lo inevitable: la ruptura. Cansada de soportar tus impertinencias, tuve contigo una explicación y de común acuerdo, resolvimos, desunir lo unido. Ya no existía entre nosotros, ni amor ni comprensión. Mi deseo, se había muerto. Mi carne te repelía… Hace de esto, algunos años. No sé cuántos porque lo he olvidado. Pero probablemente nunca hubieras venido a mi memoria si aquella pareja no hubiera cruzado por la avenida del Brasil mientras en compañía de mi amigo, tomaba la merienda…

Un vendedor de periódicos entró voceando el diario de la tarde. En la primera página ví tu nombre con motivo de un accidente automovilístico… Estabas herido y viajabas en compañía de una mujer…

No experimenté al leerla emoción alguna. En mi corazón, el frío del cansancio, dejó caer sus copos de nieve. Hoy eres para mí tan indiferente como cualquier desconocido…

Jueves 17 de agosto[10]

Esta noche, alguien pronunció tu nombre en mi presencia: era un extranjero que venía de tu país. Al contemplar la expresión curiosa de mi rostro, me interrogó:

—¿Le conoce usted? Es mi amigo.

—Sí, le respondí —también lo fue mío…

No dije nada más; por un instante, volví a recordar tus grandes ojos melados, que las negras y espesas pestañas, sombreaban voluptuosas, tu figura arrogante de gladiador, tus hombros anchos, tu boca, gruesa, deliciosa y fresca como un clavel recién abierto. Volví a ver tu piel tostada por el sol del trópico, y más que nada, evoqué con angustia tu sonrisa ¡Tu sonrisa amor mío!

Cuando reías, tu semblante se iluminaba. Tenías dientes afilados, y crueles, y un perfil que hacía pensar en las medallas romanas. Cuando nos presentaron en mitad de la calle por un amigo de ambos, y estreché por primera vez tu mano, experimenté algo parecido a una corriente eléctrica. Comenzaba el mes de julio y la temperatura cálida y ardiente, hacía desear el agua fresca del mar y la brisa salobre de la playa.

Una semana después, me llamaste a mi casa invitándome a una excursión…

—Hace un día precioso. ¿No quisiera usted venir conmigo a Cojímar?...

[10] *Novedades*, p. seis.

La risueña playa de Cojímar, distaba media hora de la capital. Tomamos juntos un automóvil que nos llevó por la carretera blanca como una cinta desplegada. Los árboles que le daban sombra eran altos y coposos, y a los lados del camino crecían muchas florecitas silve[s]tres de un tenue color sonrosado.

—Este paisaje —me dijiste— se parece mucho al de mi ciudad natal. Y me contaste entonces tu infancia, y las aventuras extraordinarias, que habías corrido. Durante dos años, habías servido en el ejército, y herido en un hombro, regresaste a tu casa para curarte. Cuando la guerra terminó, habías ganado tres medallas que me enseñaste orgulloso.

Eras valiente, temerario y audaz: tenías la silueta erguida y arrogante; como tu piel esa atezada por el sol, formábamos un contraste violento que hacía volver el rostro a los transeúntes, cuando me llevabas del brazo.

—Piensan que eres árabe —exclamaba yo risueña.

Aquella mañana, cuando llegamos a la playa de Cojímar, el cielo estaba gárrulo y azul, sin una nube. Pensamos inmediatamente en un restorán que estuviera junto a la playa y nos dirigimos hacia él. Tenía una gran terraza, abierta precisamente sobre el mar y su rumor cadencioso y dulce, era como una invitación al amor…

Pediste dos "cocktailes" y como no te agradara su preparación, exigiste que te llevaran los ingredientes y los preparaste tú. Eran unos "cocktailes", que encendían la sangre en las venas y hacían mirar la vida de un modo diferente… Almorzamos juntos y la noche nos sorprendió todavía en la terraza. La luna había salido, cuando nos marchamos, caminando un rato bajo la sombra de los árboles espesos…

Después… todas las novelas tienen un prólogo y un epílogo. La nuestra lo tuvo también…

¡Y esta noche he vuelto a vivirla de nuevo en el recuerdo!

Viernes 18 de agosto[11]

Esta mañana al abrir un libro que estaba en el librero de la sala, encontré tu nombre escrito al pie de una dedicatoria. Decía simplemente: De Lucilo.

¡Lucilo! ¡Cuántos recuerdos trajo a mi memoria este nombre! Hace muchos años que nos conocimos, casualmente una noche en que cierto poeta extranjero de paso por La Habana, ofrecía un recital en el Teatro de la Comedia. Tú, estabas encargado de abrir el acto y lo hiciste con esa facilidad de palabra que te caracterizaba. Eras guapo, de grandes ojos negros, piel rosada, boca insinuante y perversa en sensualidades, y más que todo eso, tenías el don de saber cautivar a las mujeres diciéndoles al oído lindos versos de amor…

Recuerdo que durante toda la función, me miraste con insistencia y cuando fuí a estrechar las manos del artista, tú me abordaste risueño y me ofreciste tu brazo para cruzar el escenario…

Después… ¿Cómo pasó todo aquello? Casi no podría ahora reconstruir los hechos. Comenzaste a llamarme diariamente por teléfono, a enviarme libros entre cuyas páginas deslizabas misivas ardientes… y viendo mi indiferencia te mudaste en la casa que estaba inmediata a la mía… de este modo, tuviste pretextos para entablar amistad y por las noches, cuando terminábamos de cenar y salía al portal para tomar el fresco, tú acercabas tu mecedora a la mía y comenzabas a decirme ternezas y a prometerme todo ese mundo dorado que los enamorados inventan para embaucar…

Yo no me engañé. Te quise a sabiendas de que eras frágil, veleidoso y egoísta, pero me gustabas y era yo completamente libre para quererte; nada nos impedía acercarnos el uno al otro. Me había apasionado de tus ojos negros, de tu cabellera undosa donde algunas hebras de plata te prestaban un aire interesante, me enamoré de tu boca pequeña y fresca, de tu voz cálida que sabía

[11] *Novedades*, p. seis.

decirme cosas encantadoras y acepté pasar en tu compañía una tarde a la orilla del mar…

Nos fuimos a la playa. Tu figura de atleta vigorosa y esbelta, me sedujo; nos tendimos sobre la arena que el sol calcinaba y mientras las bañistas desfilaban por nuestro lado, amparados por la seda de una sombrilla roja, nos besamos con locura, con desesperación…

No, no me engañé. Tres meses más tarde, tú te embarcaste rumbo al extranjero llamado por un familiar que reclamaba tu presencia. Yo a mi vez me ausenté también y no volvimos a vernos. Una vez me llegó una carta tuya fechada en Australia. Me contabas tus impresiones y, galante y cortés, recordabas nuestros ratos de amor y me jurabas que nunca podrías olvidarme. Pero yo no te contesté. ¿Para qué? Eras el capítulo de una novela que había vivido pero que no tenía interés en repetir. Había olvidado tus ojos negros, tu boca sensual, tu palabra insinuante. Además estabas demasiado lejos y yo sabía que era difícil que volvieras.

Entre los libros que me enviaste, estaba este. Es una novela rusa titulada "Pobre gente" de tendencias comunistas. Entre sus páginas amarillentas, encontré una carta tuya, llena de promesas y juramentos y una minúscula florecita de "no me olvides"...

Y te he recordado un segundo. Después has vuelto a desvanecerte en mi memoria.

Martes 2 de enero[12]

Todos los años, al principiar uno nuevo pasamos el balance de nuestra conducta y nos percibimos con sorpresa, que las acciones malas superan a las buenas con creces. Entonces, con un poco de arrepentimiento en el corazón, nos hacemos el firme propósito de enmendar nuestros yerros, atemperar nuestras pasiones, y refrenar nuestras violencias.

Repetimos la vieja y gastada formula de "Año nuevo, vida nueva", pero al día siguiente, la noria de la vida nos obliga a reanudar las mismas vueltas. Y acostumbrados a la rutina, nos olvidamos de nuestros sanos propósitos para repetir los mismos actos.

A mí me ha sorprendido muchas veces el nuevo año, con el alma saturada de buenas intenciones, pero por algo se dice que el camino del infierno está empedrado con ellas. Cada vez que el calendario me señala esta fecha, me digo con un largo suspiro:

—Rosario, es preciso cambiar de vida. Esta mala costumbre de vivir siempre soñando, debe terminar; hay que ser práctica.

Y me lanzo a la calle, formal, seria, dispuesta como cualquiera honesta burguesita, a trabajar. "Hay que pensar un poco en el mañana", me digo en tono convincente.

Trato de grabar en mi mente esa sentencia sabia. Pero he aquí, que al salir, me deslumbra el maravilloso espectáculo del sol que brilla en lo alto, como si fuera de oro. El firmamento está azul como si fuera de cristal, los pájaros cantan en las ramas dulce-

[12] *Novedades*, p. once. N-A.

mente … El tapiz verde de la yerba invita al reposo, y todo esto, hace cambiar el curso de mis ideas rápidamente. Y en vez de tomar el camino de alguna oficina para ponerme a encimar hileras de números tediosos, tomo el primer tranvía que cruza y me voy a deambular por esas calles de Dios llenas de tráfago[13] y bullicio. Me detengo en las vidrieras para admirar los últimos trajes llegados de "la Quinta Avenida", suspiro ante un bello abrigo de pieles y pienso lo caliente que debe una sentirse con ellos… Y cuando me canso de estas cosas, me detengo sencillamente en una esquina para mirar a todos los que pasan por la calle. Oigo a los merolicos, que se empeñan en vender por unos centavos, fórmulas maravillosas u objetos fantásticos de dudosos resultados… Me fijo en las parejas que van del brazo, apretaditos y risueños, en cada pareja que a la legua se adivina que son marido y mujer por el gesto de cansancio que revelan en el rostro…

Hace muchos años, recuerdo que el día primero me sorprendió forjando una quimera de oro. Tejía la urdimbre de mis sueños y engañada por el falso espejismo de la felicidad, abrí muy temprano las ventanas de mi alcoba para saludar al sol con la más alegre de mis sonrisas.

—Bienvenido —le dije porque eres [*sic*] mensajero de paz.

Pero lo que yo esperaba, no llegó. En su lugar llamó a mi puerta ese viejo escuálido y triste que se llama Desengaño. Yo me había vestido de rosa para recibir a la dicha y tuve que convencerme de que la dicha y yo, no nos encontraremos nunca. La felicidad busca siempre las moradas de los que en vez de dejarse arrastrar de estériles sueños, se dedican a acumular monedas relucientes de oro.

El Talmud libro sagrado de los hebreos afirma: "Cuando el arca está vacía, la discordia llama a tu puerta y entra"…

Yo creí durante mucho tiempo, que la dicha era algo fácil de conseguir. Ha sido necesario que la suerte descargara sobre mis

[13] De *trafagar*: vagar, vagabundear. En *Diccionario de la lengua española*, <https://dle.rae.es/trafagar?m=form>, consultado el 9 de octubre, 2024.

hombros el peso de su iracundia. Entonces he llegado al doloroso convencimiento de que la felicidad se asienta sobre alfombras tejidas con billetes de banco.

Ayer arranqué la última hoja del calendario, y puedo balancear mis acciones, tengo que confesar que no arroja ningún saldo a mi favor. Pese a mis filosóficas reflexiones, y a mis sanos propósitos de enmienda, al abrir la ventana de mi alcoba, un tibio y dorado rayo de sol me ha besado en la frente y travieso ha descendido hasta mis labios, para detenerse después como una gran lentejuela en mis mejillas.

Y sintiéndome poeta, he olvidado mis amargas preocupaciones y me he puesto a soñar…

Sábado 6 de enero[14]

Hoy, día de los Santos Reyes, mis ojos se han vuelto insistentes hacia el ayer lejano.

He vuelto a contemplarme niña y feliz, en la casona solariega, con mis largos tirabuzones castaños cayendo sobre mis hombros frágiles, y mis ojos pensativos y tristes que hacían exclamar a mamita:

—Esta niña, me parece que no está bien…

Y no, no estaba yo "bien". Tenía extrañas inquietudes y sueños absurdos que me hacían quedarme horas enteras ensimismada y absorta frente a las ventanas de la sala…

Cada vez que un transeúnte rompía el silencio de la calle con el rumor de sus pasos, mi fantasía de niña se daba a forjar leyendas.

—¿Qué hace, a dónde irá? —me decía yo misma.

Cuando llegaba la festividad de los Santos Reyes, mis hermanas y yo preparábamos con la debida antelación la carta dirigi-

[14] *Novedades*, p. once. N-A.

da a los santos monarcas del Oriente. Ellas pedían abanicos de plumas, porque empezaban a presumir; pedían pulseras de oro.

Yo pedía libros. Pedía también muñecas. Me encantaban esas muñecas grandes de porcelana que decían "papá y mamá", apenas las tiraban de una cuerda.

Y los reyes llegaban todos los años. Eran siempre generosos conmigo y me traían lindos libros llenos de ilustraciones, con tapas de tafilete y cantos dorados.

Me traían historietas, leyendas, cuentos de aventuras…

Desde niña era yo terriblemente aficionada a la lectura. Robaba los libros de la biblioteca paterna y corría a esconderme detrás del brocal de un boco[15] [*sic*] que estaba en el tercer patio de mi casa.

Me sumía yo, feliz, en esos mundos desconocidos poblados de leyendas maravillosas. Pasaban las horas sin que yo me diera cuenta del paso de ellas. A veces solía escuchar la voz de mamita llamándome desde el corredor:

—¿Dónde estás, Rosario?

Cerraba el libro apresurada y le ocultaba debajo de mi delantal de cuadros escoceses. Después, me presentaba con mi cara ingenua, haciéndome la ignorante.

Y el día de los Santos Reyes me esmeraba en la confección de mi carta. Una vez la escribí en verso. Pedía una muñeca "de mi tamaño", y que tuviera rizos castaños y ojos azules que se cerraran…

Pedí un chal de muselina de seda rosa bordado.

Pedí también una historia de aventuras, y no recuerdo cuántas cosas más…

[15] Debe de referirse a un pozo, aunque lo más cercano es la palabra en español *bocoy*, referido a barril, tonel o cuba, recipientes donde se resguardan licores varios o vinos. Véase *bocoy*, <https://dle.rae.es/bocoy?m=form>, consultado el 19 de enero, 2025.

Me acosté tempranito, soñando con los monarcas. Habían dado las doce, y mis ojos luchaban desesperadamente contra los dedos verdes del sueño empeñado en cerrármelos.

—He de estar despierta para oír el paso de los camellos en el zaguán —me dije.

Y el menor ruido hacía que me sobresaltara y una angustia extraña me invadía.

—Ya deben haber llegado —pensaba.

Mi zapato de charol —un botín muy elegante que tenía una borla de seda en el extremo de la caña— había sido limpiado fuertemente.

La carta escrita en papel azul, colocada en el fondo. Y luego, en la ventana de mi cuarto, la había sujetado con un gran lazo de listón. ¡Ay! Esa noche los reyes me dejaron muchos regalos. ¡Muchos! Y cuando al día siguiente me desperté, mi madre entró a besarme como todos los días, en la frente.

—Hijita, ¿dormiste bien?…

Sí, yo había dormido bien, a pesar de todo. Había soñado muchas cosas bonitas, y todos mis sueños se habían convertido en realidad. Allí estaba la muñeca, de rizos castaños, a la que bauticé un mes más tarde poniéndole por nombre "Lila".

El chal de muselina de seda bordado.

El libro de aventuras. He olvidado el título. Era la historia de un viajero que fue por tierras de Judea, y describía fielmente su itinerario con pintorescos relatos de tipos y costumbres. Tenía pasta roja y cantos dorados.

También me habían dejado una caja de dulces y un cuaderno para que yo escribiera "mis versos"…

Fue mi último día de Reyes. Un año después papá había bajado al sepulcro y, convertida de súbito en mujer, olvidé colocar mi carta en la ventana.

Ese año, los reyes del Oriente deben haber extrañado mi zapato de charol…

Y anoche, sintiéndome niña, tuve la tentación irresistible de poner mi zapatilla de tafilete plateado sobre la silla. Esta mañana me desperté, y todavía con los ojos turbios abrí mi ventana.

Mi zapatilla de tafilete estaba allí. Dentro había una rosa.

Y, con ella, una carta.

Y me siento feliz, con el corazón ligero y el alma estremecida de júbilo…

Porque los santos monarcas del Oriente, se acordaron de mí…

Sábado 13 de enero[16]

Esta noche he bailado durante muchas horas; no sé qué brazos me han enlazado. No conocía a mis compañeros de baile. Me han hecho confidencias tristes. Al conocer mi nombre, se han apresurado a pedirme "un poco de atención"…

—Quiero contarle mi historia —me dijo un joven rubio.

—Quiero que sepa usted mi drama —me dijo otro…

Y yo, he escuchado paciente las historias. En todas ellas, tiembla y vibra el vocablo Amor. Estos hombres han sufrido en su vida un fracaso sentimental que los obliga a confiarme su pena…

Y en tanto que la música tocaba, yo oía…

¡Ah! decididamente, la existencia, es una comedia dramática a ratos, y a ratos cómica. Intempestivamente surge de pronto la tragedia o la nota burlesca.

—La mujer que amaba se casó con otro.

—Mi novia, me ha dejado por otro…

Y en estas confidencias, hay siempre un fondo de amargura y de despecho, hacia la eterna injusticia humana…

Después, me senté en una mesita y pedí un refresco que apuré a sorbos grandes; tenía sed. No sé qué extraños y vagos recuerdos me asaltaron de pronto… me puse a recordar pasajes lejanos,

[16] *Novedades*, p. once. N-A.

que creí desvanecidos, confidencias que me hicieron otras almas doloridas…

Y sentí deseos de ponerme a llorar.

Hace años. ¿Cuántos? No lo sé. Frente a la mesa de un café, un hombre me confió su historia. Era una historia complicada y absurda… Era extranjero y se encontraba de paso por La Habana. Junto a la orilla del mar, alguien nos había presentado. Era un colombiano amigo de ambos…

—Rosario… —Manuel…

Era una noche como esta, despejada y clara, en que los luceros, se habían asomado todos y brillaban como polvo de diamantes.

—¿Quieres aceptarme algo de tomar?

Pedí un refresco. Y mi compañero de mesa, me confió lo que él llamaba "su drama"…

—La autorizo para escribirlo —me dijo.

Escribí esa historia meses más tarde. Él se encontraba ya muy lejos, y seguramente, jamás volvió a la ciudad azul. Yo vine a México… No había vuelto a recordar sus tristes ojos verdes ni su cabellera undosa y negra. Era guapo. Al despedirnos oprimió mis manos y las besó con devoción:

—Pensaré en usted siempre…

Su nombre quedó escrito en una tarjeta que me entregó con emocionado acento:

—Si alguna vez, va usted a mi país, búsqueme…

No lo he buscado porque nunca he ido a su tierra. Tal vez un día, me marche, y nos volvamos a encontrar…

Y anoche, en tanto que estos compañeros de baile me hablaban en voz baja de sus conflictos espirituales, surgió ante mis ojos, la imagen de Manuel, con su cabellera undosa, con sus pupilas verdes como dos gotas de ajenjo…

Con su sonrisa triste y su expresión cansada.

Y lo recordé con cariño. Conservo de él, solo una visión amable.

Junto con su tarjeta me entregó una flor roja.

Está marchita y desvaída. La tarjeta se ha puesto amarilla también. La letra es clara, redonda, de rasgos elegantes. Aquel hombre era poeta y era artista. Decepciones de familia lo llevaron a viajar por países lejanos. Tenía un alma ardiente y un corazón sensible. Yo comprendí sus palabras y le di un consejo:

—Viaje y olvide.

Debe haberlo seguido. A estas horas. ¡Quién sabe por dónde andará!… Tal vez en su casa. Tal vez ha fundado un hogar y tiene hijos tiernos con los cuales juegue en las mañanas risueñas y claras…

Y si mi nombre cruza por su memoria, evocará la noche en que los dos, frente a la mesa de un café, hablamos por largo tiempo…

Nunca sospechó que cuando lo vi perderse en el recodo de la calle, suspiré por él…

Jueves 18 de enero[17]

Una muchacha sentimental y triste vino a visitarme. Tenía la piel morena y unos ojos negros y soñadores.

—Vengo a verla —me dijo— para contarle mi historia…

Y habló así:

Pertenezco a una familia pobre, pero honrada. Hace ocho años, conocí a un hombre… Era tan pobre que no tenía ni camisa. Yo me compadecí de él y le brindé mi casa. Mis padres le acogieron con simpatía, porque le amaba. Conmigo lo tuvo todo: amor, ternura, cuidados… ¡Lo tuvo todo, Rosario!... Yo le amaba con locura. Le arreglé su cuartito, poniéndole en las vidrieras cortinas de muselina blanca, y cada mañana colocaba sobre su mesa un búcaro de flores.

Le ayudé a subir. Le recomendé a mi jefe. Obtuvo un empleo lucrativo…

[17] *Novedades*, p. once. N-A.

Y a partir de entonces lo fui perdiendo poco a poco…

Una noche no vino a dormir. Le esperé hasta la madrugada asomada al balcón, y atrapé un resfriado que por poco me cuesta la vida. Al día siguiente me dió una excusa cualquiera… Me habló de compromisos con amigos.

Compró un automóvil. Fue adquiriendo vicios. Cuando lo conocí, acostumbraba embriagarse. A fuerza de consejos y de cariño, había logrado que abandonara el licor. Volvió, sin embargo, a tomar…

Llegaba ebrio. Me decía palabras duras y desagradables…

Comprendí que se me escapaba.

Y traté por todos los medios de retenerlo, pero no pudo ser…

El rompimiento surgió de pronto, por una discusión baladí. Me había pedido una cantidad de dinero, que yo tuve que pedirle a mis jefes; cuando llegó la quincena se la reclamé. Me insultó, negándose a pagarme.

—Si lo que buscas en un pretexto —le indiqué—, no lo necesitas.

Eres libre de haber [*sic*] lo que te parezca y de marcharte…

Y se fue. Se fue, tranquilamente, olvidando mis ternuras y mis cuidados. Olvidando que los años más bellos de mi vida, se los había entregado a él…

Pero los hombres son así… son ingratos por naturaleza. No reconocen su deuda. Olvidan fácilmente a la mujer que los amó y, en cambio, corren detrás de cualquier mujerzuela vulgar y tonta…

Un día vi pasar "su auto". Yo iba en un camión a mi casa; me bajé en una esquina y lo seguí de cerca…

Le vi reclinado en el fondo del asiento trasero. Con él iba una muchacha, no más joven que yo ni más bonita tampoco…

Algo se rebeló en mi interior, y sin medir mis actos, me paré de pronto frente a la portezuela.

—¿Qué muchacha es esta? ¿Cuándo vas a mandas [*sic*] por la ropa que dejaste en casa? —le dije.

Me miró con ira y, lentamente, como si meditara en la crueldad de sus palabras, me dijo burlón:

—Esta muchacha es mi novia desde hace una semana…

El automóvil echó a caminar, dejándome en la acera…

Esa noche lloré sin descanso. Cuando amaneció, tenía los ojos hinchados y el corazón roto en pedazos…

Después, he querido a dos o tres muchachos que me han pretendido… Ninguno me satisface. El último se enojó conmigo porque me dijo que no le agradaban las mujeres inteligentes…

Me quedé atónita, sin saber qué decirle. Una desilusión enorme se apoderó de mí. No he vuelto a verle…

Esta es mi historia; he venido a contársela, porque me inspira usted confianza; en sus versos hay muchos estados de alma que yo quisiera expresar. Muchas de sus "Rutas" parece que las hubiera yo escrito si tuviera esa facultad de hacerlo. Noches en que cruzan por mi mente pensamientos que al día siguiente veo escritos como si los hubiera usted adivinado…

Estreché sus manos con afecto. Estaban frías y en sus ojos había brillo de lágrimas.

Y cuando la miré perderse en la sombra de la arboleda, vine a mi salita y me puse a escribir.

La historia de esta muchacha tiene muchos puntos de contacto con otras que conozco. Y es que en la vida "nada hay nuevo bajo el sol".

Porque la traición es maleza dañina que crece en todos los predios.

Lunes 29 de enero[18]

Hace ocho años que en un día como hoy, regresé a México después de mucho tiempo de vivir ausente. Veintitrés años pasados

[18] *Novedades*, p. trece. N-A.

en la ciudad azul junto al mar arrullador y dulce, me habían llenado el alma de quimeras.

Toda mi juventud primera transcurrió allí. Cuando abandoné mi patria, era yo niña.

Y al contemplar de nuevo el nativo paisaje, recuerdo que una ola de ternura me saturó toda…

La torre de la Aduana de Veracruz… el ir y venir de la gente del pueblo, tan diferente a la del otro lado del mar…

Tristeza. Una gran tristeza encontré en el puerto donde desembarqué. El mar rugía furioso contra los acantilados y el barco se había detenido frente a un muelle donde ningún rostro familiar me aguardaba…

Nadie…

Personas extrañas. Caras melancólicas o trágicas. Yo traía conmigo la alegría desbordante de la isla antillana…

Traía su feliz optimismo.

Su visión llena de luz…

Aunque mi alma estaba desgarrada por todos los dolores, había logrado sobreponerme a ellos.

Llegaba a México, deseosa de olvido, de paz, de calma espiritual.

Estaba cansada de traiciones. Cansada de oír mentiras.

Cansada de ver rostros velados por antifaces…

Apoyada en la borda del buque que me condujo, miré el paisaje que iba descendiendo la escala…

Palabras de bienvenida. Saludos, risas y alborozo.

Y yo sola, inclinada, con los ojos perdidos en la lejanía, trataba en vano de borrar de mi retina los paisajes que habían quedado a mi espalda…

Estaban impresos dentro de mí con una fuerza que hoy, cuando los años han transcurrido, todavía siento.

El cielo estaba turbio. Soplaba viento del Norte y los empleados de la Aduana me retuvieron cerca de tres horas para revisar el equipaje.

Recuerdo que me indigné al contemplar la tranquilidad de aquellos individuos, que parecían no darse cuenta de que el tiempo es dinero. Fumaban su cigarrillo y después, comenzaban a registrarlo todo, a volcar las prendas de ropa, a reírse groseramente…

Yo estaba indignada, pero me callé y aguardé paciente a que terminara la inspección…

Era noche cerrada cuando me fui a un hotel donde dormí mal. El rumor de las olas llegaba desvanecido y lejano.

Las camas eran incómodas. Los muros, desprovistos de todo adorno. Y cuando amaneció, me lancé a la calle...

A la mañana siguiente, estaba yo en la capital. Llegué a Buenavista a las siete…

Nadie me esperaba.

El andén fue quedándose vacío. Los pasajeros se fueron acompañados de sus familiares o de sus amigos.

Yo estaba sola. Me pareció que estaba en un país extraño.

Desconocí las calles, el ambiente…

Hacía frío y la noche estaba oscura.

¡Qué distinto me pareció todo!… La Habana con sus calles alegres, llenas de una multitud heterogénea, con sus gritos, sus negritos bullangueros….

Sus pregones pintorescos, y su alegría maravillosa…

La Habana con su mar azul donde los barcos cruzan continuamente invitando a viajar.

Donde la gente ríe hasta de la muerte.

Donde la tristeza es desconocida.

La Habana, donde dejé enterrados mis sueños más hermosos, mis colmenas de oro, mis ilusiones primeras de mujer…

Sentí deseos de echarme a llorar… La gente iba y venía indiferente, sin fijarse en mí…

Y esa noche dormí de un tirón; el cansancio y las emociones me habían rendido…

Han pasado ocho años. Hoy, mi vida es otra. La ilumina una aurora radiante.

La de tu amor, dulce amigo.

Lunes 25 de marzo[19]

Mis pensamientos se revisten hoy de un suave tinte violeta. Esta mañana me he despertado con el corazón ensombrecido. No sé por qué, los recuerdos, semejantes a canes furiosos, ladran en el recinto de mi alma. Me ha parecido oír una voz dura e imperiosa llenándome de injurias.

Ver un rostro agrio. Oír unos pasos, rápidos sobre el piso de mi alcoba. He cerrado los ojos atemorizada. Durante meses enteros, sufrí el diario espectáculo de todo eso… Durante meses enteros, mi educación se rebeló contra esta grosería, contra esta falta absoluta de corrección…

De niña aprendí, el valor de las buenas maneras. En mi casa me enseñaron a emplear un lenguaje pulcro. Nunca vi a mis padres discutir en voz alta. Cuando tenían entre sí algún motivo de especial resentimiento, yo, oía en el silencio de la noche, sus voces que jamás se alteraban…

—Oye Juan… decía mamita.

Y mi padre respondía, con su voz suave y serena y luego escuchaba yo, el beso de reconciliación, dado tan quedamente, que me parecía soñarlo…

Crecí pues mirando este ejemplo. Más tarde, los sueños nimbaron mi frente con su aureola de luz. He amado siempre todo lo exquisito. He amado el perfume, la flor, el vuelo ingrávido de las mariposas.

He amado las palabras dichas en voz baja. Las miradas tiernas que no ofenden. La educación refinada. Por eso, amo tanto la vida social. Sé que es mentira y es farsa, pero no importa. Yo

[19] *Novedades*, p. doce. N-A.

nunca gusto de asomarme a las banbalinas[*sic*] de los teatros para conservar íntegra la ilusión del espectáculo.

Desde la luneta, no miro sino la bella decoración.

Lo que está detrás no me interesa.

La vida en sí no es eso que parece ser. Es una comedia, más o menos bien representada según sea el talento de los actores que en ella intervienen.

Y por eso, yo, nunca he dado crédito a nada pero tengo el suficiente sentido común para no pedir imposibles a nadie.

Tengo la suficiente observación para penetrar el misterio del pensamiento ajeno.

La necesaria comprensión para no pretender que nadie piense como yo.

Ni sienta con mi sensibilidad demasiado aguda aunque aparezca a veces encubierta con mi sonrisa indiferente y burlona.

Unos se disfrazan de mal humor. Yo visto mi tragedia con ropaje de sonrisas.

Unos creen que deben decir lo que les pasa.

Yo soy de opinión que por pudor debemos silenciar nuestras intimidades…

Hace años que en La Habana existió un alto poeta español.

Había dejado de ser joven aunque su alma lo era.

Y había forjado un personaje imaginario, que simbolizaba la galantería vieja de los grandes poetas del Renacimiento y de la corte dorada del rey Sol…

Los que no le conocían, creían seriamente que aquellas crónicas eran de un joven. En ellas aparecía Donjuanesco y galán, sahumando la vanidad femenina.

Este fue su talento: Crear un personaje que nunca fue de carne y hueso, sino que era puramente una fantasía…

Así yo. La mujer que habla en mí, no soy yo a ratos. Mi corazón se si[e]nte demasiado fatigado. Mis ojos empiezan a cansarse de avizorar en vano la lejanía azul…

Pero, vivo de vida ficticia. En ella reino. En ella, sumerjo mi alma dolorida.

Y soy feliz, aunque sé que me engaño a mí misma como Alfonsina la trágica cuando nos dijo:

"No eres tú quien me engaña, quien me engaña es mi sueño"…

¿Comprendes ahora, lo que nunca me he atrevido a revelarte?

Viernes 29 de marzo[20]

Hoy me agobia la pesadumbre de tu olvido. Las horas transcurren tediosas y monótonas sin que me llames. Cuando oigo el timbre del teléfono me parece que voy a escuchar tu voz, pero tu voz no me llama, amor mío…

Es entonces cuando me pongo a pensar en otras cosas dolorosas y amargas. Pienso en el amor de los que no me importan. En las palabras que no me interesan. Y siento odio contra mí misma porque no puedo aquietar mis ansias. Y siento odio contra mi corazón que se empeña en quererte…

¿Qué voy a obtener de ti? Nada; tengo el absoluto convencimiento de que entre tu vida y mi vida, se alza un precipicio infranqueable. No indago. No pregunto, pero tengo la intuición certera de no estar equivocada.

Y no te pregunto, porque si tú quisieras me lo hubieras dicho. Sin embargo, callas prudente. Nunca te has atrevido a explayarte. Jamás dejaste abierta la puerta de tu corazón para que yo penetrara en él. No conozco lo que encierra en su fondo. Yo no veo sino sombras, sombras y duelo, en torno mío…

Sin embargo, ¡pudimos ser tan felices!… La tarde en que te dejé traslucir mi ternura, estaba poseída de tu comprensión; creí que me entenderías. Pensé que compartirías este amor. No te pedía nada, ni te exigía nada. Me bastaba simplemente saber que me querías un poquito nada más…

[20] *Novedades*, p. cuatro, segunda sección.

Un poquito, amor mío, pero no me amas.

No me amas y me rebelo contra mí. Me rebelo contra mi orgullo. Me rebelo contra la vida mism[a] aque [*sic*] desvía la corriente de tu río, del río que es mi existencia.

Miro sus cauces.

No se unirán nunca.

Nunca. ¡Qué espantosa es esta palabra Nunca!…

El fatídico cuervo de Allan Poe, grazna en mi interior.

Oigo su graznido fúnebre.

Me repite monótono: nunca será, nunca será...

Entonces experimento una angustia sorda, un deseo violento de escapar. De tomar un barco, de irme quién sabe a qué tierras lejanas…

Donde no te vea. Donde nadie pronuncie tu nombre delante de mí. Donde nadie me cuente que te vió en la calle o que le contaron esto o lo otro…

No viéndote, tal vez logre olvidarte. La ausencia es el único remedio para los amores desgraciados.

La ausencia lo borra todo…

Todo, amor mío…

Esta mañana me detuve un largo rato frente a una peletería. En la vidriera estaban expuestas maletas de viaje y baúles…

Cerré los ojos. Me imaginé, recostada en la borda de un navío. Frente a mí, la extensión del mar…

A mi espalda tú, que quedabas, lejos de la órbita de mi vida.

Lejos de mis miradas ansiosas.

Lejos de mi desesperación.

Lejos de mi deseo imposible.

Frente a mí, el horizonte abierto. Tal vez un nuevo amor… Tal vez, eso que sueño y que tú no me darás jamás.

Eso que es complemento de toda vida: un amor…

Me sacó de mi abstracción la voz de un mendigo. Abrí la bolsa y le dí una moneda. Luego escapé aprisa para no sentir la tentación de adquirir la maleta y el baúl….

Para no realizar mi proyecto.

Pensé en ti, que indiferente y sereno, finges no ver ni entender lo que pasa por mí.

Mi drama silencioso.

Mi ansiedad loca.

Y oigo el graznido del cuervo que repite invariable: nunca será… nunca será…

Sábado 30 de marzo[21]

Ayer una amiga me detuvo en mitad de la calle para preguntarme:

—¿Es cierto que te casas?...

—Me quedé mirándola sin comprender. Después sonreí burlona.

—Hoy no lo he pensado. Mañana ¡Quién sabe, pero lo dudo…! [*sic*]

Instintivamente pensé en ti. Pensé en ti, libre y feliz que, ¡seguramente no estás enterado de semejantes rumores necios…!

La gente entretiene su aburrimiento ocupándose de las ajenas vidas. No puede mirar a nadie, sin inventar historias inverosímiles…

—Yo, he amado siempre por encima de todo, la libertad como el don más preciado del individuo. Porque amo la libertad, detesto la rutina. Porque amo la libertad no concibo a nadie forzado a ajustar su criterio al criterio de los otros… Desde niña tuve ideas personales. Tenía cinco años, cuando una mañana, me escapé de mi casa. Salí sigilosamente, burlando la vigilancia de los criados y me perdí caminando detrás de una linda mariposa azul…

Corrí tras ella, horas enteras. Corté flores. Había llegado al campo, lejos del centro de la ciudad. A mi alrededor no había sino árboles…

[21] *Novedades*, p. cuatro, segunda sección. N-B.

Y yo, sin experimentar hambre ni cansancio, me quedé absorta, sentada en una gran piedra, contemplando al cielo.

No sé cuánto tiempo permanecí así, perdida en aquellos parajes solitarios, hasta que un anciano acertó a pasar por allí, casualmente y extrañado de ver a una niña tan pequeña sola, con las manos llenas de flores, me interrogó:

—¿Qué haces aquí nena?

—Nada —respondí.

—¿Quién eres?…

—Le dí mi nombre. Mi padre era uno de los hombres más ricos y conocidos de la ciudad. Tomándome del brazo, me condujo a mi casa donde llegué ya anochecido, cuando ya mi madre angustiada había dado aviso a las autoridades de mi pérdida…

Me regañaron. No supe qué decir cuando me interrogaron por qué me había escapado…

Después he sido siempre rebelde a toda imposición. Jamás he aceptado órdenes de nadie. Cuando se me pide algo con imperio, mi primer impulso es negarlo. En cambio, con dulzura, sería capaz de hacer todo lo que se me pidiera…

Soy un ser contradictorio y extraño, lo sé. Me gusta entrar y salir, cuando me place. Dormirme a la hora que me parece…

Me gusta estar sola, y rumiar mis pensamientos…

Y tal vez por esto, nunca he pensado en modificar mi vida.

Soy como los pájaros cantores. Amo a mi nido pero lo abandono cuando me canso.

Amo el horizonte abierto. El campo, las flores silvestres y la luz de los luceros en la noche.

No sé si tú me comprendes, dulce amigo. Si me comprendes sabes que te amo soberano y dueño de ti mismo.

Jamás haría presión en ti, para pedirte nada. Tú me otorgas lo que quieres cuando quieres.

Conozco por la expresión de tu mirada lo que piensas. Sigo la trayectoria de tus ideas. Sé cuando estás disgustado y cuando te sientes contento. Sé cuando sufres. Todo lo que pasa por ti,

lo conozco con esa intuición que tenemos para observar a la persona amada.

Y porque te conozco tan bien, te quiero como eres. Nunca osaría modificarte.

Cuando te plazca, me darás tus manos para que las acaricie. Cuando te plazca me ofrecerás la miel de tu boca joven. Cuando te plazca, me dirás palabras tiernas al oído, y me contarás en voz baja, lo que piensas.

Después, te irás. Yo te dejaré ir sin tratar de retenerte. Mientras estás fuera, sueño contigo. Mientras no te veo, tu imagen acude a mi memoria como un rayito de sol.

Y espero impaciente el momento en que habré de verte de nuevo, pero no te importuno, ni te llamo…

Quiero que seas libre…

Y libre quiero ser yo también, para que sepas que si te amo, es voluntariamente. Que si te digo estas cosas es como si me las contaras a mí misma…

Miércoles 3 de abril[22]

Vengo observándote día a día… Vengo observándote. Y tú no te das cuenta de que te miro y me quedo silenciosa.

De que no te pregunto nada.

Miro tu frente. Leo a través de ella tus pensamientos recónditos.

Analizas. Eres demasiado analítico, amor mío. Te pasas la vida en este análisis que a la larga es estéril y es vano. ¿No sería mucho mejor vivir? ¿No sería mucho mejor que en vez de ponerte a cavilar, dejaras que la corriente de la vida te arrastrara en sus ondas frescas?…

¿No sería mucho mejor, que a semejanza de esas pajuelas, que caen en el agua, dejaras que ella te lleve a la ribera?

[22] *Novedades*, p. cuatro, segunda sección. N-B.

La ribera soy yo.

La ribera es mi amor que te espera inútilmente.

La ribera soy yo, que miro y miro las estrellas preguntándoles angustiada cuándo será el día en que vengas a mí.

Te detienen extraños escrúpulos pueriles.

Te detienen pensamientos absurdos.

Prejuicios. Ideas que yo no encuentro lógicas.

Te he dejado traslucir lo que pienso y lo que siento. Te he dicho muchas veces:

—No analices. Es mejor que te dejes guiar por tu intuición. Pero tú no te atreves a seguir mi consejo.

Me preguntas a veces cosas que yo dejé escapar sin darme cuenta.

Palabras que he pronunciado sin fijarme:

—¿Por qué dijiste esto? Su origen es esta frase:

Y me endilgas, porque lo sabes, el origen de cada palabra. La "etimología del lenguaje" que has aprendido en los libros…

Yo no la quiero estudiar. Yo estudio en un libro que se llama la vida.

En un bello libro rojo que se llama corazón.

Yo estudio y olvido lo que aprendo porque ya ves que nada es realmente digno de retenerse…

Nada, amor mío…

Todo es mudable. Desde la brisa que pasa y se aleja después de estremecer las ramas de los árboles.

Desde el sol que nos baña y se apaga en el horizonte.

Desde la luna que asoma y se hunde al amanecer…

Todo es cierto —vuelve a repetirse con la misma monotonía.

Sale el sol, sale la luna, salen los luceros…

Pero no vuelve a salir la misma ilusión. La ilusión de ayer no es la de hoy ni será la de mañana.

La ilusión de hoy es distinta.

No sé cómo es la tuya. La mía es radiosa.

Pero tú te empeñas en apagarla.

Te empeñas en no mirarla.

No quieres ver. No quieres oír. No quieres dejarte guiar por tu propia intuición…

Yo sé que tú me quieres. Lo sé porque tus dulces pupilas cambian de expresión cuando me miran.

El timbre de tu voz se suaviza.

Tus manos arden y se tornan frías.

Siento la presión de tus brazos cuando me enlazan entre los giros del baile…

Y sé que tu corazón palpita al ritmo del mío.

¿Qué te detiene pues? ¿Por qué esperas?

La hora que se va no vuelve, amor mío.

El momento de dicha que dejamos pasar no regresa…

La ilusión es una mariposa. ¿Por qué no has de tenderle las manos y apresarla?…

¡Yo te amaría con tanta pasión! No sabes cuántas noches me duermo soñando con estas cosas irrealizables.

Me quedo insimismada [*sic*]. Extática. Clavo los ojos en el techo de mi alcoba y pienso en ti.

Pienso y suspiro.

Tú duermes a esas horas.

Duermes y te dejas llevar de tus extraños prejuicios.

Y no vives. Te empeñas en estudiar en los engorrosos libros en vez de leer en ese libro dorado que se llama vida.

En este lindo libro rojo que se llama corazón.

Lunes 2 de diciembre[23]

Una amiga muy querida ha puesto en mis manos un cantarito mágico. Es de oro y contiene nueve gotas de un agua milagrosa, extraída de una lejana fuente de Inglaterra. Cada gota, representa un deseo que puede satisfacerse, con solo pedirlo.

[23] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-B.

Son nueve gracias que están a mi disposición.

He tomado en mis manos el cantarito. Lo he examinado a la luz del sol, llena de una extraña alegría. Mis viejas supersticiones han despertado de súbito…

—¿Qué le pediré? —me he dicho.

He pensado en ti y en tu amor, pero no quiero pedir esta gracia. Si tú espontáneamente no has de otorgármela, es inútil. No tendría para mí emoción alguna.

No la tendría. He descartado la posibilidad y he renunciado a esta gracia.

He pensado en la salud. Es el don más alto de todos. Sin ella, ni el dinero ni el amor pueden ser disfrutados. Pero soy rica en salud y no he pedido esta gracia tampoco.

Me queda el dinero…

¿Debo pedirlo?… Después de un rato de meditación, he renunciado a ser rica. Prefiero mi trabajo honrado. Prefiero la paz del alma que me permite vivir a gusto. No, no quiero ser rica. El rico vive lleno de envidias y de preocupaciones. Vive rodeado de enemigos que lo acechan para despojarlo de su riqueza….

Y he renunciado también a la fortuna.

Entonces he guardado mi cantarito mágico en su estuche. Lo he guardado con sus nueve gotas milagrosas sin atreverme a pedirle nada.

Soy dichosa así como vivo. No ambiciono nada. No me interesa nada fuera de lo que llena mi existencia. Me he amoldado a ella, como se amolda el traje al cuerpo. Vivo a gusto, levantándome temprano, cumpliendo mis deberes, soñando, escribiendo versos.

Cantando como las alondras desde el amanecer.

Y sin embargo, yo soñé mucho tiempo con un talismán semejante. Hace años escribí un cuento que titulé justamente así: "El talismán" y era la historia de una muchacha a la que una tía hermosísima, en su lecho de muerte, le hizo entrega de una flor milagrosa que contenía cinco pétalos. Cada pétalo significaba

un deseo que podía satisfacerse. Al cabo de cinco años, la flor tornaba a cubrirse de pétalos nuevos. La protagonista era pobre y ansió riquezas y lujo, y lo tuvo. Apenas insinuado el deseo, un notario se apareció en su casa a notificarle la posesión de una herencia cuantiosa…

Viajó por todo el mundo y satisfizo su sed de aventuras. Le quedaban aún cuatro pétalos y un día, sintiendo nacer en su corazón un loco amor, pidió la gracia de ser correspondida.

La pidió, sacó de su estuche la florecita y la oprimió contra sus labios…

Pero en ese instante, una ráfaga de viento la arrancó y se la llevó. En vano la buscó. En vano registró todos los rincones de su alcoba. La flor había escapado para siempre y ella había perdido todo su poder. Tornó a ser pobre y maldijo desde el fondo de su alma, a la suerte que después de haberle elevado, la dejaba caer…

Esto lo escribí hace mucho tiempo, un día en que cruzó por mi cerebro la idea de poseer un talismán…

Lo he recordado, mientras oprimía mi cantarito de oro y lo besaba como si se tratara de una reliquia. Lo besé y lo guardé en su caja de raso rojo…

Tal vez un día experimente un deseo loco. Entonces pediré la gracia. Tal vez me será concedida. Pero dentro de mis deseos, no entrará jamás tu amor. Tu amor ha de ser mío, porque tú me lo otorgues, pero nunca porque yo se lo pida a nadie como una limosna.

Y si tú no has de amarme acaso le pida a mi cantarito mágico, que me haga olvidarte. Que me limpie el alma de tu recuerdo. Que me devuelva la tranquilidad que perdí al conocerte.

Le pediré que deje mi corazón sano de nuevo.

Sería la única gracia que pediría, caso de que me resolviera a pedirle algo.

Fui rica una vez y el dinero fue el origen de mi desgracia.

Nací rica y millonaria. Mi fortuna tentó la codicia de aquellos que destruyeron mi vida. Si no hubiera nacido rica, nada de lo que fue hubiera sido. Nada.

Por eso odio el dinero.

Siempre he estimado el don de la salud como el más preciado, lo he estimado por considerarlo indispensable para vivir. El que está sano, saborea la vida como un manjar delicioso; el que está enfermo vive agobiado de penas.

Yo he sido siempre sana y fuerte porque Dios lo quiso. A cambio del bien que me arrebató, me deparó este otro, mucho más valioso.

Cuando salgo a la calle, mi paso es ágil. Cuando bailo, mi cuerpo gira ligero. Cuando me siento a la mesa, disfruto golosamente de los platillos que me sirven.

Me considero así, una mujer feliz. Feliz y libre de toda preocupación. No tengo nada digno de ser envidiado. No poseo joyas ni trajes valiosos ni palacios ni criados.

Pero poseo mi corazón sano. Poseo mi conciencia limpia. Poseo mi cerebro lleno de ideas luminosas.

Y bendigo al Señor por todo esto.

Jueves 2 de enero[24]

Anoche tuve un sueño lindo. Un sueño que me hizo despertar con los ojos turbios de dicha.

Porque la dicha nos enturbia de llanto la mirada y yo fuí feliz anoche.

Me vi de nuevo en esa isla que yo llamo la isla del Sol. Recorría la playa, de doradas arenas y veía a mis pies, deshacerse los rizos de espuma del mar.

Tú me acompañabas. Hace tantos años que no te veo, que había olvidado tus cabellos y tu boca y hasta el eco de tu voz.

Me hablabas con voz tierna como en los lejanos días que se fueron. Me enseñabas un artículo escrito por ti y pedías mi opinión:

—¿Qué te parece, Divina?…

Lo leí y estaba de tal modo confuso, que me eché a reír. Lo mismo, que antes, cuando lleno de pueril vanidad te empeñabas en ser periodista sin tener condiciones para ello…

Entonces, me pedías, que yo te arreglara los artículos. Yo lo hacía.

Me parecías un niño y yo, era tu mentora. Eras un niño caprichoso y voluble. Un niño a ratos perverso y cruel como todos los niños, pero yo te quería así. Me seducía tu crueldad infantil.

—Divina —me rogabas— ¡nunca me abandones!

—No —te respondía—, nunca me iré.

—¿Nunca, nunca?

—Jamás, si tú lo quieres...

[24] *Novedades*, p. 13. N-B.

—Entonces vivirás siempre en La Habana…

A ratos, despertaba mi nostalgia por la partida abandonada y me daba a pensar en el regreso.

—Yo iré contigo si te vas… suspirabas.

Había de mi para ti, un amor, limpio de mácula. No sé por qué, me recordabas el hijo que perdí. Tenía como tú, los ojos claros y cabello rizado. Tenía tu boca imperiosa y tu frente despejada. Te quería, así, sin perversión alguna aunque la gente nunca lo entendió.

Los que nos miraban juntos imaginaban algo distinto.

Los que nos veían horas enteras charlar en un ángulo de algún salón, creían que éramos novios. Y nunca lo fuimos, nunca.

Yo creo que en mí, amabas, a la mentora y a la mujer, pero en tu amor, había mucho de ternura. Una ternura mansa, que a mí me recompensaba del dolor sufrido. Me propuse moldear tu alma. Me propuse hacer de ti, mi "obra de arte" y te pulí y coloqué en tus manos los libros capaces de proporcionarte la instrucción que te hacía falta. Eras inculto pero tenías una enorme inteligencia natural. Aprendías rápido, y comprendías a la primera palabra…

Poco a poco mi amor materno se fue transformando en otra clase de amor; fuí queriéndote, con mi alma de mujer. Mi corazón atormentado, despertó poco a poco, como despierta la mustia rosa, a la caricia del viento suave de la mañana…

Despertó en mí, todo lo que estaba antes, adormecido.

Mis deseos resurgieron. Mi fe en la vida. Mi amor a las cosas…

Era yo un alma muerta cuando te conocí.

Pero entonces sentí vergüenza de aquella metamorfosis.[25] Sentí vergüenza y preferí escapar. No me sentía con valor para quererte de otro modo. Te había visto con ojos maternales y por lo tanto, cuando me di cuenta de que tu amor también cambiaba, sin decirte nada abandoné aquel paisaje que mis ojos habían contemplado tantos años…

[25] En el original se lee *metamórfosis*.

Nunca volviste a tener noticias mías, nunca.

Pero me fuí feliz sabiendo que tú, eras ya un hombre capaz de enfrentarte a la vida; capaz de ganarte la subsistencia, sin temor a nada.

Cuando comprendí, que eras mi obra y mi obra estaba acabada, suspiré de dicha y de tristeza.

Tenía que dejarte porque era imposible otra solución a mi tortura.

Yo veía brillar en tus oscuros ojos, los primeros destellos de la pasión loca y exaltada. Mi experiencia me había enseñado y sabía…

Sabía lo que significaba ese temblor de tus manos blancas, esa palidez súbita de tus mejillas frescas. Sabía que cuando me mirabas a mí tus pupilas se bañaban en luz…

Y desfallecía trémula, sin atreverme a huir. ¿Por qué —me pregunté yo misma— debo dejar escapar esta ofrenda maravillosa?

Y la razón habló y me dijo:

—Rosario, no te ciegues y procura ver claro.

Fue así, como huí de tu hechizo y nunca volví a saber de ti. Una película que será exhibida en los cines después de haber sido censurada antes, trajo a mi memoria tu extraño nombre: Excipión [*sic*].

Vi el anuncio en una esquina y seguramente a ello se debe que te haya soñado anoche. Anoche en sueños acaricié de nuevo tus manos queridas. Volví a contemplar tus ojos oscuros, tu rizada cabellera oscura también. Y oí de nuevo tu voz, igual que en aquellas lejanas tardes, cuando me decías:

¡Divina… nunca me abandones!

Domingo 5 de enero[26]

Hoy estuve en el cine. Pasaba una interesante película de la que era protagonista Bette Davis. El argumento original y dramático encierra una gran lección para aquellas mujeres demasiado exaltadas y celosas, que labran su propia infelicidad, exasperando los nervios del hombre que pretenden atraer. Así, una esposa enamorada ciegamente de su marido, acaba por perderlo, precisamente porque en vez de emplear la dulzura y la convicción, esgrimió el arma de la violencia, siempre inútil…

Pero llega a ese hogar una mujer que es justamente, el lado opuesto de esa esposa; dulce, tierna, inteligente y comprensiva, se adueña del albedrío y de la voluntad del hombre, que sin darse cuenta, siente que de día en día, va perdiendo su corazón. Ella no sabe tampoco qué le pasa, pero instintivamente se va sintiendo atraída hacia él…

El desenlace es perfectamente trágico. Y es justamente en él, que deberían fijarse todas las mujeres para no tratar de sojuzgar a un hombre y pretender encadenarlo. Al hombre debe dejársele en libertad de proceder siempre. Cuando no se le interroga, él mismo se siente, obligado a confesar sus actos. Cuando se le pregunta con imperio, el orgullo habla en él, y se cierra "a banda" e impide que podamos mirarle el alma en la mirada.

Nadie sabe el don inmenso que es poseer un carácter apacible y dulce, una naturaleza tierna, una inteligencia clara que nos permita, darnos cuenta de los problemas que guarda la persona amada. Pretender inmiscuirnos en su vida a toda hora, y que cada uno de sus pensamientos nos pertenezca, es pretender un imposible. El hombre tiene imaginación y gusta a veces de remontarse, lejos y escapar. Le gusta a veces ser infiel con el pensamiento y hay que dejarle esa libertad. Si nada le decimos, él sentirá el arrepentimiento de su falta. Si le exasperamos, lo con-

[26] *Novedades*, p. 2, segunda sección. N-B.

duciremos a realizarla, por ese afán morboso latente en todo ser humano, de ir contra la corriente.

A veces nosotras mismas, nos dejamos arrebatar del loco impulso y negamos una gracia cuando se nos pide. En cambio estaríamos dispuestas a otorgarla voluntariamente, si nadie nos la mendiga; la lástima, nos conduce [al] camino del desamor. Mejor es no compadecer a nadie. De la lástima a la humillación median unos pasos.

Yo, he estimado siempre en las personas, el carácter; un carácter enérgico, pero al mismo tiempo, risueño y franco; un corazón abierto a la sinceridad, un alma incapaz de felonías, me subyuga. Odio la hipocresía y la falsedad; odio, a los que mienten a sabiendas y se visten con ropajes mentirosos de virtudes que nunca tuvieron. Odio a los que dicen amar y no aman, a los que para lograr sus fines echan mano de los recursos bajos y mezquinos.

Me encantan las personas alegres y limpias de mente; me encantan aquellas que esparcen en torno suyo, bienestar y paz; me encanta hablar con las personas que nos miran de frente y no esquivan la mirada. De los que nos dicen la verdad aún a costa de su propio interés.

¡Ay yo he estudiado en los ojos, el derecho de todas las emociones! Me he pasado la vida atisbando las pupilas, y tratado de ahondar en su fondo. Y más que los ojos, he estudiado las bocas; cuando los ojos mienten las bocas son siempre sinceras. La forma de los labios indica el temperamento de cada cual. Unos labios demasiado finos y como "desdibujados", acusan siempre frialdad y a veces falsía. Una boca de labios gruesos y definidos, indica en cambio, temperamento franco y abierto, cuando hablan en mi presencia, observo el movimiento de los labios. No necesito alzar la mirada para ver lo que dicen las pupilas.

Hay sonrisas infantiles y sensuales, sonrisas pervertidas y puras, sonrisas de niño y sonrisas de hombre. Yo prefiero aquella [*sic*] que acusan desde luego la pureza de las intenciones, las que

no mienten, las que no revelan intenciones torcidas o pérfidas. Me encanta esa risa abierta y leal, que es como un trino.

Y en esa película, el contraste entre dos caracteres de mujer diametralmente opuestos, establece justamente el contraste vigoroso. Junto a un temperamento exaltado y violento, una dulce y sensible naturaleza femenina, una suave y exquisita suavidad, unas maneras dignas y una voz armoniosa, de timbre melodioso. Frente a una mujer loca de pasión y de celos, otra mujer que llena de amor, lo esconde pudorosa en el fondo de su alma sin atreverse a dejar escapar su secreto.

Y aconsejaría a todas las mujeres que la vean para curarse, caso de que adolezcan de celos tontos, de esa inútil pasión que abrasa los labios y quema las pupilas en llanto, porque los celos, semejantes al viento impetuoso del Simoun, solo siembran en torno suyo, la desolación y el vacío …

Una sonrisa, logra más conquista que todos los reproches del mundo.

Una sonrisa, es como un rayo de luz, que desvanece el furor de la tormenta próxima a estallar.

Martes 7 de enero[27]

Se dice por regla general que solo las mujeres son románticas y dadas a soñar. Esto es inexacto. A mi buzón llegan continuamente cartas, en las que muchos hombres vuelcan su sed de comprensión y de ternura. Son muchos los que se dirigen a mí, juzgándome sentimental, y creyendo que en mí se reúnen todos esos bellos sentimientos femeninos que ellos aman y buscan inútilmente en la frívola mujer de nuestros días.

Hace años, tuve a mi cargo una sección epistolar en una revista habanera; la titulé: "Ellos y yo", para darle la oportunidad a los hombres, de confiarme sus cuitas.

[27] *Novedades*, p. 3, segunda sección. N-B.

Y llovían las confidencias amargas y dolorosas. Alguno que otro solía darme bromas de mal gusto, que jamás me indignaron porque pienso que en esta vida cada cual procede como lo que es. Las personas inteligentes y educadas jamás apelan al papel para dar rienda suelta a sus pasiones. Los bajos, los groseros, los pobres de corazón, son los que apelan a tales procedimientos que a mí, lo único que me producen, es risa.

No alteran mis nervios. Como conozco, de antemano la mano que las escribe, las rompo, sin abrirlas. Me basta adivinar simplemente por el sobre el tipo de la escritura y ciertos detalles que pasarían desapercibidos para alguien que no fuera tan observadora como yo.

Anoche recibí una carta. "Hace muchos años —me dice el autor— que he venido saboreando con voracidad todo cuanto brota de su pluma. Diariamente me proporciona el halago de la expansión espiritual, al recrearme con sus Rutas. Tal parece que los sentimientos del alma al acoplarse, constituyen un solo núcleo, que hace posible la transportación de los seres a mundos ignotos. Por eso al leerla, he sentido que en mí brotaba la inspiración y el resultado en esa poesía que la adjunto, como un humilde homenaje del último de sus admiradores"…

Y con esta carta llegaron unos versos que dicen así:

Rutas de emoción

Rutas de emoción,
caminos divinos hacia el corazón,
veredas del alma, veredas benditas,
que saben mis goces y mis hondas cuitas.

Rutas que recuerdan mis ensoñaciones,
rutas que reviven muertos corazones,
rutas que transportan el encantamiento,
producto de dichas y de sufrimiento.

Senderos regados de espinas y rosas;
senderos que saben de miles de cosas,
amores, desdenes, caprichos y todo
lo que hace posible vivir de tal modo…

Rutas que transportan a todos los mundos,
sendas ilusorias, de sueños profundos,
caminos divinos, hacia el corazón,
veredas del alma: rutas de emoción…

Esta carta es una prueba de que todavía quedan en el mundo hombres soñadores y románticos. Los que se envuelven en ropaje de frivolidad, los que se burlan de todas las cosas puras y sagradas, son en el fondo amargados, desengañados, de un amor. Pero si ahondamos en su alma, si preguntamos a sus labios la verdad, ellos la confiesan entonces en un rapto de sinceridad y de ternura.

No es cierto que solo nosotras las mujeres, amamos los versos. Ellos, también los aman y los leen. Hace muchos años, que un joven murió víctima de una grave enfermedad. En sus gavetas, los familiares se encontraron numerosos libros de poesía. Cartas incoherentes, llenas de frases amorosas y dulces…

Lo que pasa es que ellos sienten vergüenza de confesar lo que estiman como una debilidad imperdonable. Les da vergüenza confesar que aman la luna y sueñan con ella. Les da vergüenza confesar que ansían un amor verdadero y puro, un hogar tibio, una esposa limpia de mácula, que los acaricie y les prodigue su bondad.

Muchos se casan por interés. Otros, por no vivir solos. La mayoría, "por casarse". Un amigo mío me dice, diariamente:

—Todos mis compañeros se van casando; yo también me voy a casar…

—Harás mal —le digo, burlona.

Pero adivino en él un deseo loco de tener un hogar suyo y un corazón que le pertenezca…

Esto es lo difícil; las mujeres han ido perdiendo su hermosa sensibilidad, arrastradas por el vértigo de las nuevas costumbres importadas de países extraños…

En cambio, los hombres, aunque tratan de ocultarlo, siguen siendo románticos y soñadores.

Los que me leen, lo son, y no se avergüenzan de decírmelo.

Viernes 6 de junio[28]

En el silencio de la noche, las notas de una vieja canción llegan hasta mí claras y sonoras. Una radiola está tocando en el piso de abajo. Toca una canción que hace mucho tiempo no escuchaba. La oí por primera vez en La Habana allá por el año de 26…

> Adiós, mi chaparrita,
> no llores por tu Pancho,
> que si se va del rancho
> muy pronto volverá...

Año del 26. Imaginación poblada de ensueños. Fantasía exuberante. Un amor que surgió, inesperadamente, un domingo de Carnaval, entre dos compases de danzón.

La orquesta tocaba justamente esa pieza.

Yo iba envuelta en un dominó de raso negro. Mi compañero también vestía igual. Era joven y tenía rubia la cabellera y azules los ojos como la flor del miosotis. Nunca me gustaron los hombres rubios; sin embargo, tal vez el hechizo de la noche hizo que a mis ojos apareciera, distinto de como era en realidad.

Bailamos sin descanso hasta el amanecer.

Yo no acudí a la cita. Mi ilusión había durado una noche.

[28] *Novedades*, p. 2, segunda sección. N-B.

La nueva luz del día la había roto como cristal.

Escudada en el incógnito, creí no haber sido reconocida, y me engañé. Una semana más tarde recibí una carta. Era de mi compañero de baile.

No di respuesta a su carta, pero él insistió tanto, que al fin logró dar conmigo en mitad de una calle.

Nos hicimos amigos. De la amistad llegamos al amor. Fue un amor extraño en el que mi corazón tomó parte integrante, es verdad, pero ignoro por qué motivo, sentí, pronto, las ráfagas heladas del hastío. Llegó a fatigarme aquella adoración constante, aquel amor que no me dejaba reposar. Era un llamar por teléfono a todas horas, un asedio terrible.

Nada nos cansa tanto como tener la certidumbre de que somos amados. Lo sé por experiencia. Cuando quise de veras, aquellos a los cuales hice objeto de mi amor, se cansaron y se fueron.

En cambio, los otros, aquellos a los cuales desdeñé, me amaron siempre. Muchos me aman todavía. Algunas veces recibo cartas de enamorados que en otro tiempo rondaron mi calle.

Nunca contesto esta correspondencia, nunca.

Mi compañero de baile era guapo y era joven. Escribía versos malos que él creía buenos. Nuestra primera discusión surgió justamente por eso. Había compuesto un "romance" en estilo antiguo que imaginó perfecto, y me lo llevó para que le dieran mi opinión.

—Es malo —le dije.

—Todo el que lo ha visto, me asegura que es magnífico —me replicó con ira.

—Es que no se atreven a buscarse tu enemistad. Les importa muy poco que hagas el ridículo, pero si no te fías de mí, haz lo que quieras.

Se marchó, desconcertado. Su amor propio había sufrido un rudo golpe.

Se olvidó, sin embargo. Tornó a buscarme con loco afán. Pero yo me había cansado de su asedio y de sus malos versos.

A veces gustaba de entrar en polémicas conmigo. Poseía cultura suficiente, pero se puede ser culto y mal poeta. El estudio no nos pone en posesión de un don que solo el Señor otorga. Hay muchos hombres que componen versos, y con un diccionario de la rima encuentran consonantes suficientes para arreglarlos. Los hay que apelan al verso libre, mucho más fácil, porque no teniendo medida ni musicalidad, se pueden decir todas las tonterías que se quiera.

Pero el verdadero poeta nació ya ungido por la Naturaleza.

El verdadero poeta no necesita estudiar las reglas del verso ni abrir los libros de retórica. Como el pájaro canta sin haber ido a un conservatorio, el poeta escribe versos, sin saber por qué los escribe. Es una especie de inquietud que lo domina. Un deseo vago que se traduce en rimas y en belleza, en emoción y en dulzura.

Mi poeta rubio y yo acabamos disgustados. Me negué a verle. Cerré mi puerta. Cuando el teléfono sonaba enviaba a la criada a contestar sus recados…

Pero no sé por qué, cada vez que oigo tocar esa canción, lo evoco. Torno a verme envuelta en mi negro dominó de raso, bailando en los salones del Castro Andaluz de La Habana. Hacía un calor sofocante…

Adiós, mi chaparrita
no llores por tu Pancho…

Año de 1926. Ilusiones en el alma. Juventud y lozanía en mi rostro. Llamarada en la sangre. Ansiedades confusas dentro de mi pecho… Año de 1926… Cierro los ojos y siento deseos de echarme a llorar…

Son quince años de mi vida que se han ido en un soñar estéril. Quince años de mi vida que no puedo recobrar, pero si por un

poder mágico pudiera recobrarlos, probablemente los viviría de muy distinta manera. Cada día que transcurre, me ha transformado. Cada hora que se va, me hace meditar en la inutilidad de los sueños.

Y por eso lloro, más que mi hermosa juventud, la muerte de mis sueños.

Sábado 7 de junio[29]

Hoy he releído las páginas de mi primer libro de versos. Lo formé, con todas las composiciones escritas en mis primeros años. Algunos, traen fechas remotas. El que le dediqué a la muerte de mi padre, teniendo doce años escasos…. luego siguen los demás. Toda mi ardiente y esplendorosa juventud, palpita en esas páginas saturadas de no sé qué rara y absurda melancolía.

El día que cumplí quince años, escribí una poesía que titulé "Cuando me muera" y que comienza así:

> Cuando me esté muriendo,
> no quiero que sollocen con tristeza,
> que el morir, no es morir sencillamente…
> Morir, es alcanzar la dicha eterna
> esa dicha sublime
> que no puede lograrse aquí en la tierra…

Versos inexplicables en una mujer que comenzaba a vivir. Sin embargo, a esa edad, ya conocía yo el sabor amargo del desencanto. Ya sabía, que mi vida estaba definitivamente rota.

Todos los demás versos que fui escribiendo, los coleccioné. Cuando cumplí veinte años, los reuní en un tomo. El título es cursi decididamente. Se llama "Del país del ensueño"…

[29] *Novedades*, p. 2, segunda sección. N-B.

Era la época de los primeros sueños de amor. La época de las primeras ilusiones. Mi imaginación era exuberante en grado superlativo. Me pasaba las horas muertas, abstraída, frente al horizonte azul. Inquiría a los astros, al viento y a las nubes. Les preguntaba ansiosa:

—¿Qué me traerá el mañana?

El mañana me trajo nuevas desolaciones, nuevas inquietudes, nuevos dolores. Hay seres predestinados a sufrir y yo fui uno de ellos. Toda mi vida no es sino un largo y doloroso calvario. Transcurrieron los años. Durante diez, permanecí silenciosa. Mi vida tomó derroteros de paz: durante diez años, mis sueños, tenían la tonalidad apacible de un crepúsculo de otoño. Tejía en silencio mi quimera de oro y avizoraba el horizonte, pero ya no le preguntaba. Dejé, que el destino se cumpliera solo. No me rebelé contra él.

Cuando cumplí treinta años, publiqué mi segundo libro "Las Horas pasan" en el cual se advierte un cambio notable. Ya no son las estrofas ardientes y vibrantes, ya no es la loca desesperación por alcanzar una felicidad relativa. Es el libro de una mujer reflexiva y serena.

El libro de una mujer que convencida de la inutilidad de los sueños, renunció a tejerlos durante largos meses.

Dejé de soñar y me conformé con vivir. Mi vida era tranquila. Nada turbaba mi reposo. Vivía en paz conmigo misma. Por las noches me entregaba a la lectura de mis obras favoritas. Cultivé mi inteligencia, poco a poco, fui dándome cuenta exacta del valor de la emoción. Aprendí a aquilatarlas.

Después casi inmediatamente de ese período de calma, publiqué mis otros libros. En total, son siete. Cada uno de ellos señala una etapa distinta. Cada uno de ellos es como un largo capítulo. A medida que he ido viviendo, mis versos se han ido saturando de una extraña y dulce filosofía. Ya no me dejo embaucar por la voz engañadora de la ilusión. Y cuando me dejo embaucar, mi engaño dura poco. La costumbre de analizar, fue segando en

mí la clara fuente de la fe. Ya no creo. Ya no espero sino aquello que mis manos labren. Ya no creo en lo misterioso ni me duermo, soñando con realizar mis sueños de ayer. Mis sueños, jamás podrán ser realizados.

Y convencida de ello, vivo ahora, quizás más serena en apariencia.

Pero mucho más dolorida en realidad.

¡Ay, la experiencia es arma de dos filos! Yo he podido comprobarlo. Si nos pone en posesión de muchos dones, nos arrebata en cambio, esa ingenua frescura de flor, que es la esperanza…

A medida que nos internamos en la senda, el camino se alarga, se hace penoso, inaccesible a ratos…

Nuestras manos, rompen el obstáculo. Arrancamos las ramas que nos impiden seguir. Avanzamos, paso a paso…

Ahora, dueña de esta experiencia, que creí poseer en un tiempo en que no la conocía, siento que me duele la vida. Me pesa. Es a ratos como un fardo, insoportable. Mis hombros se doblegan. Mi espíritu, se quiebra en lamentaciones estériles y silenciosas.

Nadie las escucha porque nunca las cuento.

Sé que uno de los más graves errores del hombre, es contarle a los demás su amargura. Nadie la remedia. Nadie la suaviza. En cambio, muchos se gozan en ella. Muchos se alegran del mal ajeno.

Hoy he releído mis primeros versos de amor. Eran puramente presentimientos puesto que en realidad, yo no lo sentí, sino cuando cumplí treinta años. Antes de esa edad, imaginé el amor, lo idealicé, pero no lo sentí ni lo comprendí en toda su dolorosa intensidad.

Mi amor de los treinta años, me duele todavía.

Siento que a ratos se vuelve como un perfume enervante que embarga mis sentidos con su aroma. Siento que vuelvo a desfallecer. Siento que mis energías se entregan sin oponer resistencia…

Luego recobro el equilibrio.

Por eso no leo mis versos de ayer. No me gusta repasar esos capítulos. Cada uno, es un pedazo de mi vida. Mi vida se ha ido rompiendo. Cuando los leo me pregunto:

—Rosario, ¿tú sentiste esto? ¿Tú estabas así de loca?

Sí, lo estuve. Todo eso fue verdad. Todo eso, lo viví. Nada de lo que he escrito en mis versos es mentira.

Lunes 9 de junio[30]

Esta noche he llegado a mi casa, muy noche, después de asistir a una fiesta. Dos amigas me han hecho preguntas:

—¿Por qué no te casas, en vez de vivir tan sola?…

—Porque creo que me sería imposible acostumbrarme.

—¿No te pesa la soledad?

—A ratos. Generalmente vivo bien así. Entro y salgo cuando me parece. Soy dueña de mis actos. No tengo que darle cuenta a nadie de ellos. No tengo que sojuzgar mi voluntad ni mi criterio.

Es cierto, que cuando llego de la calle, no me disgustaría escuchar una voz amable y cariñosa que me dijera:

—Rosario, siéntate y descansa un poco.

Pero sé que todo esto, nunca será en mi vida. Durante años enteros, me dediqué a imaginar mi hogar de esta guisa. Me di a pensar lo que sería convertida en la señora de Tal.

Probablemente mi marido me hubiera exigido:

—Abandona el oficio y dedícate a tu casa.

Y tal vez yo, que he sido siempre casera y amante de mi hogar, experimentaría un sentimiento súbito de rebelión. Tal vez, respondería violenta:

—Prefiero escribir.

De todos modos, mi vida no sería como es. Si la soledad pesa a ratos, para las almas como la mía, es preferible estar solo. Mis

[30] *Novedades*, p. 2, segunda sección. N-B.

pensamientos vienen y van libremente. Nadie los interrumpe. Nadie me pide:

¡Haz que sirvan la cena!

O bien me pida cuentas del dinero.

Tal vez porque estoy acostumbrada a ganarlo, lo gasto con prodigalidad y jamás lo escatimo cuando lo tengo. Si siento un capricho, lo satisfago enseguida. Si deseo asistir a una función de teatro o de cine, abro la puerta de mi casa y me voy tranquilamente.

Por las noches me tiendo en el lecho, y me estiro voluptuosa. Sé que nadie vendrá a reclamarme una parte de él. Que nadie encenderá la lámpara cuando yo tengo sueño. Que nadie me exigirá nada.

Soy dueña absoluta de estas cuatro paredes en las cuales me encierro, para paladear a solas mis pensamientos. Cierro los ojos y me abstraigo. Cierro los ojos e imagino, una vida que no está precisamente, pero que yo forjo a mi capricho.

Muchas noches el sueño huye de mis párpados. Entonces me envuelvo en una bata azul y vengo a mi salita a escribir. Encendo la lámpara de pie que está junto a mi escritorio. Abro mis ventanas y contemplo la avenida silenciosa y desierta…

El ir y venir de los autos.

Oigo las canciones de los ebrios que pasan en la noche rumbo a los cabarets nocturnos...

Miro a las parejas que se arrullan debajo de mis balcones.

Todo esto es, para mí, algo familiar.

Cuando me canso de escribir, cierro mi máquina y regreso a mi alcoba. Me arrebujo entre las mantas, friolenta. Apago la luz y me hundo en las tinieblas, para seguir soñando.

Hace años que mi vida no tiene cambio alguno. Años enteros de vivir sola, pero de vivir a gusto. He tenido temporadas de escasez y temporadas de bienestar. A veces me sobra trabajo y a veces me falta; pero yo trato de buscarlo, porque, además de no gustarme la ociosidad, tengo que ganarme la vida.

Pero prefiero esto, a depender de un hombre.

A tener que rendirle cuenta de mis horas. A tener que abandonar mis sueños para escuchar una orden imperiosa.

Por esto no me casé. Cuando me quedé sola era demasiado joven y pude haber elegido a mi gusto un esposo. Pude y tuve oportunidades a decenas.

Pero los estudiaba a todos. Los analizaba. Me decía:

En mi presencia se muestran así, finos, educados, generosos. A lo mejor en la intimidad son groseros y tacaños.

Siempre he odiado a los tacaños. Nada he encontrado tan ridículo, como un marido que jamás obsequia a su mujer un ramo de rosas. Conozco, en cambio, un matrimonio feliz, donde el marido le lleva a su mujer, diariamente, dos rosas encarnadas.

Le obsequia dulces. La regala continuamente.

Y para no verme en el caso de tener que pasar mortificaciones, preferí ser yo la que gane el dinero y lo gaste a mi antojo. Así, al menos, si tengo un gusto, puedo satisfacerlo enseguida, sin esperar a que un compañero poco galante me dé la cantidad necesaria para ello.

—Yo, en tu lugar —me aconsejan— buscaría un hombre de cierta edad, que tuviera dinero.

—Nunca haría tal cosa —replico indignada.

Pensar por un instante siquiera en la posibilidad de una venta semejante, autorizada por la ley, me hace estremecer de pavor y de espanto. Es triste a veces la soledad, pero es mucho más dulce que aquello que el poeta llamó en un momento de buen humor: "la soledad de dos en compañía"…

Yo prefiero vivir sola a vivir, como muchos matrimonios, soportándose por costumbre o por conveniencia…

Miércoles 11 de junio[31]

Ayer subí al cuarto de los trastos viejos, en la azotea de mi edificio. Necesitaba algo y abrí el baúl donde estaba guardado aquel objeto. Es un baúl enorme. Lo traje conmigo cuando vine de La Habana.

Una caja de cartón atada con un cordel, estaba dentro. La tomé por curiosidad y la abrí.

Estaba llena de retratos. No menos de cien. En todos ellos aparezco según las distintas etapas de mi vida. A partir de los doce años.

He sido muy aficionada a retratarme. Primero lo hacía llevada de un sentimiento de vanidad que afortunadamente ya no tengo. Luego, por exigencias profesionales. Cada vez que publicaba un libro me pedían:

—Rosario, necesito un retrato para el periódico.

Y yo posaba dócilmente y luego distribuía mi imagen. En una ocasión un artista fotógrafo quiso tomarme "una cabeza de estudio". Fui a verle. Me retrató después de mirar más de diez veces la posición. Al fin me apresó en la lente. Aparezco en este retrato con la cabeza entre las manos, en actitud pensativa. Mi boca luce amplia, tal como la Naturaleza me la dió. Los ojos están semientornados y en el dedo anular de mi mano derecha, luce uno ópalo hermosísimo, que me obsequió una amiga hace años y del cual me desvalijó un ladrón sin escrúpulos.

Este retrato fue por toda la América. Lo distribuí generosamente. Después he subido muchas veces las escaleras de los estudios fotográficos. Muchas…

Mirando estas fotografías, he reconstruido momentáneamente como si fuera un mosaico, toda mi vida.

Ha desfilado mi pubertad inquieta, mi juventud brillante…

Me he visto de nuevo festejada y rica, vestida de sedas y llena de auténticas joyas… Me he visto con mi traje de baile negro y

[31] *Novedades*, p. 2, segunda sección. N-B.

mis "boas" de plumas en torno al cuello un poco delgado. En uno de estos retratos aparezco con un talle "de avispa" tal como se usaba entonces.

En todos tengo los ojos tristes. En todos, mis pupilas parece que van a llorar.

En todos tengo expresión de inocencia y de tristeza. Y es que yo era así. Yo fui inocente muchos años. Fue necesario que la experiencia me enseñara. Fue preciso que el destino descargara sobre mí el peso de su iracundia, para que yo me diera cuenta de que en el mundo existía la maldad y la perversión, el vicio y la mentira…

Pero necesité muchos años para convencerme y a veces lo dudo aún. He procurado vivir al margen de todo eso. He tratado de vivir mi vida a gusto. Me he aislado casi siempre para tejer mis sueños.

Retratos de mi juventud… retratos de mi madurez… pedazos de mi existencia.

En algunos luzco risueña, en pocos. Recuerdo que una mañana de abril fui a retratarme. Estaba yo un poco gruesa pero lucía bien. Estaban de moda las curvas y las tenía amplias. El fotógrafo me sentó sobre una mesa. Mirándolo he reído. He encontrado ridícula mi figura. Ridícula esa "melenita" redonda, con un rizado flequillo en la frente que me daba aspecto de muñeca de bazar barato.

Mi retrato de novia me hizo llorar casi. Tengo una expresión tal de candor en él, de limpia y pura alegría, que por un momento pensé:

Rosario, ¿quisieras retroceder y volver a empezar?...

No hallé la respuesta en mi interior. No la hallé…

Tornar a vivir, significaría para mí, volver a recorrer ese largo calvario. Volver a sufrir las mismas hondas desilusiones de ayer.

Conocer de nuevo, las traiciones, las mentiras, los engaños miserables. Retroceder sería empezar de nuevo los capítulos de esa novela que fue mi vida.

Fue, porque mi vida ha dejado de ser novela.

He reconstruido con la imaginación los vestidos que luzco. Uno azul de etamina de seda, que era una maravilla. Me lo hizo una modista francesa que vivía en las calles del Espíritu Santo. Se llamaba Madame Barbizio. Cuando iba a probármelo, subía las escaleras cantando alegremente. Tenía yo talle espigado, figura gentil. Era rica y admirada y todos me halagaban no por mí sino por lo que podía pagar.

Aquel traje fue un éxito. Me costó una suma enorme pero la pagué encantada y en los paseos de la Avenida de Plateros lo lucí muchas tardes en mi berlina tirada por un tronco de caballos negros.

Esto fue hace muchos años. Lo menos veinticinco. Comenzaba yo a vivir apenas.

Mi traje negro de baile, fue de gasa. Lo hizo una modista española de mucha fama que acababa de llegar de París. Lo llevé a muchos bailes de postín.

Así uno a uno, he vuelto [a] contemplar lo que fue mi pasado, envuelto en gasas y tules. En mi cuello hay un collar de auténticas perlas. Nunca me abandonaba. En mis orejas, pendientes de brillantes que valían una fortuna.

Ahora uso alhajas falsas porque no las tengo buenas.

Y cuando me compro un traje, lo hago con el producto de mi trabajo. Y a veces me "sabe" mucho mejor lucirlo. Sé que moneda a moneda, tuve que reunirlas, escribiendo a diario frente a mi máquina de escribir.

Y los llevo con orgullo, porque sé que me ha costado mi esfuerzo.

Retratos de ayer, no sé por qué siento que el corazón me duele al contemplarlos.

Lunes 16 de junio[32]

A pesar de que vivimos una época ramplona y mezquina, la humanidad sigue soñando. En las librerías, todavía se ven libros de versos. No todo habla de destrucción y guerra.

Ayer, deambulando por la Alameda me detuve frente a una vidriera donde había muchos libros. Novelas antiquísimas, de autores olvidados. Allí estaba aquel caballero audaz del que don Jacinto Benavente dijo en una ocasión, que llevaba muy bien su nombre pues se llamaba en realidad José María Carretero. En la contienda civil de España perdió la vida. Fue vanidoso y creó una literatura morbosa, semejante a la que hizo Felipe Trigo, un mundo de perversión. Los que leyeron sus libros, se enfermaron del alma. Lo mismo pasó a los lectores de José María Vargas Villa.

Busqué entre ese montón de novelas, una que leí siendo muy joven. Se llamaba "Flor de Niza" y dejó en mi alma una huella profunda. No estaba. Entonces seguí la búsqueda. Di con muchos libros de versos. Vi los de Manuel Acuña, los de Bécquer el triste, los de Julio Flores el sentimental…

Y comparé estos versos de ayer, con los versos que ahora se escriben. Para justificar su falta de inspiración, los poetas modernos tachan de cursis a los de antaño. El verso libre, les da la oportunidad de escribir cosas sin sentido y a veces sin belleza. Pero ellos persisten. Antes existía un adagio: el poeta nace y no se hace. Y es que el poeta verdadero, no necesitó ir a una academia. ¿Fue alguna vez al conservatorio el ave que desgrana sus canciones la enramada desde el amanecer? No; nunca fue ni le hace falta.

El poeta se parece al pájaro que lanza sus trinos. Los lanza, sin advertir su sonido. Los siente brotar y nada más. La inspiración tiene que ser espontánea y nunca buscada ni artificial. Ponerse frente a un diccionario en busca de palabras absurdas, resulta

[32] *Novedades*, p. 2, segunda sección. N-B.

una tontería. Apenas pasamos la mirada por un verso, sabemos cómo nació. Si es bello, nació del corazón sin género de duda.

Muchos que presumen de ser poetas, creen que los versos se miden por metros como las telas, en lo cual se equivocan. Los versos no necesitan medida fija para ser hermosos y cautivar nuestra sensibilidad.

El poeta canta por una necesidad espiritual. Obra maravillosa de Dios, fue por esto llamado vate o adivino.

Gracias a su fantasía, puede crear mundos de maravilla. Cuando Julio Verne escribió sus obras, nadie pensó que todo lo que dijo y que fue tomado como una elucubración mental, podría convertirse en realidad. Nadie creyó en el submarino. Nadie pensó que el vuelo del pájaro, iría a ser copiado más tarde y que de él, surgiría el aeroplano que surca los aires rítmicamente.

Cuando Edison el mago inventó la luz eléctrica, a todos les pareció un milagro. Oprimir un botón y ver surgir la luz blanca y clara, les parecía mentira o invención diabólica.

Madame Curie, descubriendo en la oscuridad de la noche el resplandor azulado del radio, es otro ejemplo palpable de lo que puede producir el genio humano. Imagen y semejanza divina el hombre, podría escalarlo todo, si se lo propusiera.

Libros de ciencia, se amontonaban en esa vidriera. Libros de ciencia y de arte, de historia, y de química. Toda la sabiduría al alcance de las manos...

Yo elegi los libros de versos.

Palpé sus cubiertas. Pensé con fruición en los autores. Imaginé sus ojos preñados de sueños, sus cabelleras hirsutas, sus rostros pálidos y enfermizos...

Julio Flores, en su poema del mar y de la luna me recordó mis primeros años de juventud. Bécquer, con su melancolía incurable, me hizo recordar mis treinta años. Fue cuando le conocí. Manuel José Othón, con su poesía bucólica, en la que describe con absoluta fidelidad la belleza del paisaje verde y amplio…

Manuel María Flores, con sus Pasionarias; Núñez de Arce, con su admirable poema "Idilio", que nadie puede leer sin sentir arrasados de lágrimas los ojos…

Amado Nervo, con su "Amada Inmóvil". Los Romanceros, del siglo XVIII, llenos de romance delicioso, en los que alguna vez surge uno que otro picaresco lleno de gracia sutil…

Leí versos toda la tarde. En un rincón de la librería, mis ojos se recrearon en esas páginas encantadoras. La luz iba palideciendo. Entraban compradores y pedían libros sobre la guerra, en su mayoría. Otros, pedían libros de la historia revolucionaria de México. Estudiantes iban en busca de sus libros de texto. Solo una muchacha triste y pálida pidió un libro de versos de una poetisa mexicana. Pagó su precio sin regatear. Lo oprirmía sobre su pecho con ternura.

—¿No desea algo más? —me preguntó el librero.

Pedí una novela de Collete, mi favorita y una de Mirian Harry. No tenían "Túnez la Blanca". Entonces pagué y salí.

Afuera, en la Alameda, la lluvia había limpiado los árboles. Entre las ramas cantaban los pájaros. Me detuve a escuchar sus trinos armoniosos.

Y comprendía en su canto, al Hacedor Supremo. Y le bendije por esta dádiva de belleza que me daba.

Sábado 4 de octubre[33]

Marisabel ha venido a verme llorosa y desconsolada. Es una mujercita alta y fina, de ojos negros y cabellera de rojizos tonos. Tiene la boca de labios delgados y frescos y el talle juncal y flexible.

Hace tiempo, discutíamos ella y yo en un baile.

—Tus ideas y las mías —me dijo entonces— son distintas.

—Serán iguales cuando el tiempo te enseñe la verdad —repliqué…

[33] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-B.

Había leído libros de esa Madame de Kollontay, que, en el fondo, son perfectamente tontos, pero que envenenan las almas no preparadas.

Ella leyó a Madame de Kollontay. Se guió por sus consejos. Tenía un novio guapo, extranjero y rico.

—Pienso —me expuso— casarme con él, pero ya le expliqué mis ideas. Seremos libres ambos de entrar y salir cuando querramos. Él, no me preguntará si llego tarde. Yo, tampoco lo haré.

—¿Y crees que puedas hacer eso?

—Sí; desde el primer día, quiero que sepa que el matrimonio no es la esclavitud.

—¿Y si llegan los hijos?

—No llegarán. Eso va pasando de moda.

—Te doy el pésame —le dije.

Me miró indignada:

—Rosario, veo que a pesar de tu cultura eres decididamente retrógrada. Parece mentira que, en pleno siglo veinte, expongas ideas burguesas y tontas.

—Yo lo soy —repliqué burlona—. Creo que las leyes de la Naturaleza no han cambiado. Todo se rige igual que el primer día.

—¿Por qué lo dices?

—Porque el sol sale "a hora fija" y las cuatro estaciones, llegan y se van cronométricamente. La noche llega cuando tiene que llegar y toda la ciencia del hombre no ha podido explicarnos satisfactoriamente el misterio de la vida y la razón de la muerte…

—Son cosas que no me importa averiguar.

—Bueno, pues fracasarás rotundamente. Si amas a tu marido, no te gustará que otras se lo lleven. Si él te ama, no se sentirá a gusto al verte del brazo de otros hombres…

—No hay nada malo en ello.

—No lo hay, pero lo habrá…

Nos separamos, sin que ella me convenciera ni yo lograrà modificar esas ideas absurdas. Marisabel había leído mucho y

muchas cosas tontas sin provecho alguno. Una indigestión de lectura marxista y novelas absurdas y viciosas…

Dejé de verla. Supe [de] su matrimonio, al que no asistí. El esposo, un joven venezolano, alto, gallardo y de excelente familia, se había enamorado de ella. Accedió a sus extrañas ideas, creyendo que tarde o temprano podía convencerla y hacer de ella una esposa como la sueñan todos los hombres, desde Adán a nuestros días.

Las primeras semanas, cada cual salía cuando quería. Marisabel, con amigos, que la llevaban a cabarets, donde bebía y fumaba. Llegaba cansada al amanecer. En su alcoba, el marido hacía lo propio. Mujeres que admiraban su recia musculatura y su porte gallardo, lo buscaban...

Se veían a las horas de comer o cuando ambos la acordaban previamente. Salían juntos, alguna que otra noche.

Y esta fue su experiencia conyugal. Una noche sintió tristeza. Se sabía sola. Resolvió quedarse en casa y se puso una bata de seda tibia y elegante. Dejó las luces a medias y se quedó leyendo en la sala.

Su marido llegó, a las cinco de la madrugada. Le extrañó ver la luz encendida y entró.

—¿Por qué no saliste hoy? —preguntó.

—Estaba cansada. Pensé que tú podrías llegar más temprano y pasar la velada juntos.

—Nuestro trato no es éste. Acordamos que ninguno tenía compromiso con el otro…

—Tienes razón…

Se había quedado mirándole con ojos de ternura, esperando el beso. Él llegaba fatigado y harto. Sin mirarla casi, se marchó a dormir.

Entonces Marisabel estalló en sollozos. Comprendió demasiado tarde que su libertad no le servía de nada. Había jugado con fuego y se había quemado. Comprendió que estaba enamorada y celosa y que no podía ya retroceder…

El orgullo no le permitió tampoco humillarse ni abrir su corazón.

Probablemente su marido se hubiera burlado de ella y nada lograría….

Se encerró, pues, en este orgullo y reanudó su vida insulsa y vacía de cabaret.

Pero acabó divorciándose. A su marido se lo disputaban todas las mujeres. A ella, la enamoraban todos los hombres, juzgándola liviana y fácil.

—Soy perfectamente infeliz —exclamó estallando en lágrimas de sincero arrepentimiento.

Y yo acaricié sus cabellos rojizos y contemplé su faz demacrada y pálida. No la consolé porque no tenía palabras para consolarla. Pero comprendí que era una víctima de las malas lecturas y de las ideas modernistas que envenenan el alma de las mujeres.

Domingo 12 de octubre[34]

¿Cómo nos imagina el lector? Respecto a esto, podrían decirse muchas cosas y muy jugosas. Cada lector imagina su autor a su placer. Suele idealizarse. Suele equivocarse la mayoría de las veces.

Con raras excepciones nos imaginan tal como somos.

Hace años, en un baile, me fue presentada una muchacha muy bonita que se quedó mirándome con extrañeza.

—¿Es usted Rosario? —me preguntó.

—Sí, soy Rosario…

—¡Qué raro! Yo no la creía así como es.

—¿Y cómo me imaginaba?...

—Una señora gorda, con espejuelos…

—¿Y por qué había de llevar espejuelos?...

—Porque parece tener demasiada experiencia…

[34] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-B.

—Supongo que no sentiría desilusión ahora que me ha visto.

—¡Todo lo contrario!...

Otras personas me suponen amojamada y de aspecto grave.

Piensan que todo este cúmulo de experiencia acumulado en mí, tiene forzosamente que reflejarse en mi rostro.

Alguna vez también se equivocan.

Se equivocan cuando me atribuyen una juventud excesiva que no tengo.

No hace mucho un lector apostó que yo no era una mujer. Según su opinión, las mujeres atacan siempre al sexo contrario. "Usted defiende a los hombres", me dijo en su carta.

No. No los defiendo, pero bien mirado, del hombre he sufrido pocos desencantos.

Tal vez no he conocido a muchos, pero los pocos que conocí "a fondo", dieron lo que tenían y nada más. Un peral jamás dará uvas o viceversa, y la humana sabiduría consiste en no pedir lo que no nos pueden otorgar.

Cada sexo tiene sus características. Tal la fruta tiene su perfume y su sabor.

Pedirle a un hombre cualidades que no posee es perder el tiempo.

Pero si nos conformamos con lo que nos dan y no exigimos más, con toda seguridad que nos irá bien.

Este ha sido mi lema siempre y para no sufrir desilusiones, lo he adoptado como un sistema.

Pero por desgracia la mayoría de las mujeres no piensa como yo.

Solo una muchacha risueña me juzgó tal como soy. Estábamos en una de esas fiestas de juventud que tanto me agrada reseñar. Nada es para mí tan dulce como contemplar a las muchachas, que empiezan a vivir. Me gusta mirar sus ojos radiosos, su sonrisa alegre, su expresión feliz.

Me gusta contemplar sus frentes libres de pensamientos torturadores, su talle frágil, su paso ligero…

Una muchacha se quedó mirándome. Luego, me besó en las mejillas llena de emoción:

—Usted es Rosario, lo he adivinado…

—¿Y por qué lo adivinó? —inquirí curiosa.

—Porque no puede ser otra. ¡Es tal como yo la creí siempre!

Con los artistas de la radio, sucede otro tanto. Los que escuchan esas voces juveniles y frescas a veces, creen que su dueña es joven aún.

Una notable actriz de comedias nunca pudo trabajar en público, debido a su figura deforme.

De un grueso exagerado, y un rostro feo hasta la exageración, tuvo que actuar frente al micrófono. Cada domingo deleita al crecido número de radioescuchas que se sienten encantados de oírla.

Muchas cantantes de ópera que fueron famosas, adolecieron de un físico lamentable. Nuestro Ruiseñor Mexicano, fue un ejemplo. Tenía figura gruesa con exageración, pero su voz maravillosa le abrió las puertas de los mejores coliseos del mundo.

Siempre el lector imagina a sus autores a su gusto. Los idealiza. Les presta una personalidad distinta. Cuando los conoce en la vida real, sufre desilusiones…

—Yo creí que era linda —exclaman.

—Yo creí que era joven…

—Yo creí que era esbelta…

La fantasía es algo delicioso para revestir las cosas de una belleza que nunca tuvieron. Cuando hace años, el ilustre don Jacinto Benavente se apareció en escena, allá, en La Habana, todos sus lectores nos sentimos defraudados.

Sabíamos que era de menguada estatura pero nunca lo creímos tan pequeño. Sabíamos que su voz no era recia, pero no le creímos con esa voz atiplada y extraña.

Y salimos profundamente desilusionados todos.

Yo entre ellos. Jamás pude perdonarle a la realidad que rompiera mi sueño.

Desde entonces, he preferido, cuando admiro a un artista, no enfrentarme a él. Si es poeta lo leo imaginándomelo como deseo. Si es novelista, lo forjo a mi capricho. Cuando a Pedro Mata, el más leído novelista de su época, se le ocurrió retratarse, el número de sus admiradores disminuyó en forma alarmante. Era gordo, calvo y viejo…

La humanidad preferirá siempre la ilusión mentirosa a la verdad amarga y cruel.

Viernes 2 de enero[35]

Cuando transcurre el tiempo y volvemos a leer los artículos que escribimos antes, se nos antojan cosas ajenas a nosotros mismos. Tal me sucede a mí.

Por eso, nunca hago "refritos" como algunos escritores.

Los "refritos" nos denuncian.

Semejantes a los trajes que pasan de moda, reflejan un instante, una época, que ya no es igual.

Un traje viejo se reforma a veces con éxito. Sin embargo, la tela si no la hechura, denuncia el origen.

Porque las telas también pasan de moda. Cuando se usan telas estampadas, todo el mundo se hace vestidos así. Pasan de largo y entonces las substituyen las telas de un solo color…

También existen temporadas de determinados tonos. Hay inviernos en que el negro o el café se imponen. Hace dos años, el verde y el azul privaban y todas las personas se vistieron así…

Yo, a veces suelo leer artículos atrasados. Los escribí bajo una emoción. Dejé que mi corazón se abriera de par en par para dejar escapar su secreto.

En ese instante era en mí, una necesidad imperiosa.

Pero después, cuando ese instante dejó de ser y vuelvo a recordarlo, experimento vergüenza de mí misma. Vergüenza de mi "explosión". Me digo:

—Rosario: ¿por qué cometiste esta tontería?...

[35] *Novedades*, p. dos, segunda sección.

Y como ya no tiene remedio, me propongo no repetirla. Y la repito, a pesar de todo, porque la vida no es sino una continua repetición de hechos.

Yo he escrito muchas crónicas de amor. Creí que amaba. En realidad no estaba enamorada. Ahora que analizo fríamente mis recuerdos caigo en la cuenta de que era una falsa idea del amor la que me orilló a decir tales cosas...

He escrito muchas crónicas en las cuales mi rencor se explayó con palabras irónicas, crueles, sangrantes…

Después, cuando mi rencor se apaciguó, cuando supe que alguien se había encargado de castigar las acciones cobardes, he sentido arrepentimiento de mi crueldad.

Y he recordado la sabia sentencia árabe: "Siéntate a la puerta de tu casa y verás pasar el cadáver de tu enemigo". Porque a la larga, todo acto cobarde, toda acción baja y rastrera tiene su castigo.

Un alto tribunal se encarga de administrar justicia.

Un juez que no se deja sobornar, pesa en su balanza las acciones y luego da y quita, según lo juzgue conveniente.

Y por esto es por lo que yo siento pena y vergüenza de mi crueldad.

Si hubiera esperado un poco nada más, mi venganza se habría visto satisfecha plenamente.

No, no debemos vengarnos.

He escrito artículos de elogio, cuando creí que una persona era merecedora de ellos. Me engañaron. Había creído de buena fe en virtudes que no existían. Y al correr de tiempo, cuando comprobé que había elogiado aquello que no lo merecía he sentido también vergüenza de mi debilidad…

En cambio también he hablado mal cuando creí que debía hacerlo. Después comprobé que me había equivocado.

Y todo esto, cuando lo leo, me produce una impresión extraña.

A mi llegada a México, experimenté curiosidad por saber y conocer de cerca los problemas de mi patria. Visité sus establecimientos públicos; entrevisté a sus altos funcionarios; traté de ahondar en todas las cosas…

Lo hice de buena fe, deseosa de contarles a los demás lo que pensaba y mis crónicas de entonces aparecieron bajo el título de "El México que mis ojos ven"…

Ahora, cuando las leo nuevamente, me parece que no fui yo quien dijo tales cosas.

Mis crónicas amorosas, las leo también con extrañeza. ¿A quién le dije esas palabras preñadas de ternura? ¿A quién?...

Muchísimas veces no recuerdo quién fue el que las inspiró. Probablemente no las merecía cuando su recuerdo no perdura en mí.

Mis versos son los que me causan más emoción. Los que escribí a los doce años, a los quince…

Cuando mi corazón no sabía lo que era amar.

Cuando eran solo presentimientos y balbuceos.

Cuando yo era como la tierra virgen, aguardando la simiente.

Después, la vida se encargó de enseñarme. Abrió ante mis ojos su libro de amarillentas hojas. Y leí tanto, que acabé por cansarme. Como en los versos de la comediante, mi existencia se ha deslizado de una impresión en otra sin que perdurara ninguna hasta ayer…

Hoy, algo llena mi corazón y le mantiene dichoso.

Esta mañana, al abrir una caja, topé con una crónica escrita hace dos años. La leí y cuando la hube leído sentí pena y dolor de mí misma.

Pena y vergüenza.

¿Por qué escribí tales cosas? ¿Qué amargo sentimiento llenaba mi alma en ese instante?... Y recordé, por asociación de ideas, las palabras del sabio árabe: "No escribas nunca bajo el imperio de la emoción. Deja pasar por lo menos una noche. A la mañana siguiente no dirás ya, nada de lo que pensabas decir"…

Y esto es una verdad tan grande que si todos practicáramos la sentencia, cometeríamos muchos menos errores…

Domingo 4 de enero[36]

Ayer estuve de visita en la casa de una dama, descendiente de aquel gran político que se llamó don Ignacio Mariscal, miembro del gabinete del presidente don Porfirio Díaz. Toda una época de nuestra historia está llena de su nombre.

La dama, encantadora, distinguida, culta, abrió su librero y me enseñó varios libros antiguos de mérito.

Un libro de poesías del señor Mariscal, poco conocido bajo este aspecto. Los políticos de hoy, calificarían de tonterías los versos. El hombre insensiblemente ha ido renunciando a tantas cosas amables y hermosas, que solo sabe ya hablar de guerra y de barbarie.

El hombre de ayer fue delicado, fue exquisito, fue galante siempre. "No pegues a una mujer ni con el pétalo de un[a] flor", asegura un adagio oriental. Nuestros abuelos lo practicaron.

Un álbum, colocado sobre una mesa llamó mi atención y le abrí. Páginas amarillentas, en las cuales admiradores sinceros escribieron versos encantadores. Una letra magnífica. Se practicaba entonces este arte que la máquina de escribir ha dejado relegado al olvido. La buena letra es uno de los mejores adornos.

Hojas secas de álamo, capullos secos de flores entre esas páginas…

Y la conversación rodó, como era natural, por esos temas del ayer que yo siempre evoco con hondo placer, porque al igual que Manrique pienso siempre que "cualquier tiempo pasado fue mejor"…

Recordemos esas reuniones literarias en las cuales se hablaba de arte, de poesía, se ejecutaban al piano obra selectas, y las mu-

[36] *Novedades*, p. cuatro, segunda sección.

chachas ruborosas, cantaban en voz muy baja esas dulces "melopeas" que ya nadie escucha…

Los salones de entonces tenían siempre un pequeño teatrito, donde se representaban comedias y eran las damas linajudas quienes se encargaban de los papeles principales.

Damas linajudas, perfumadas, distinguidas, bellas, con las mejillas satinadas, sin rouge, con la boca fresca sin artificio, con las pestañas sedosas sin esa "máscara" de rímel, que ahora deja las pestañas tiesas y sin brillo…

Se jugaba a las prendas. Eran juegos inocentes que entretenían agradablemente el tiempo. Se daban en prenda varios objetos, se hacían adivinanzas y chistes de buena ley, se aguzaba el ingenio.

No se pensaba como hoy en dar vueltas al compás de una música desorbitada. Nadie tomaba la vida como se toma hoy. Era el buen tiempo del sosiego, de la vida sin prisas…

Los criados se trepaban en pequeñas escaleritas para encender las velas de las enormes "arañas" de cristal. Los candelabros, llenos de "lágrimas", adornaban las columnas.

Cuadros auténticos en los muros.

Flores en los búcaros.

Y flotando en la atmósfera ese perfume delicado y exquisito que ya nadie percibe en las cosas, porque estas cosas están envueltas en la bruma de un pasado, que la juventud de hoy desdeña burlona.

—¿Y qué hacían las muchachas si no había baile? —preguntaba una muchacha moderna en una reunión, a una dama que charlaba también de este tema…

—Se reunían en rueda y todas ellas bordaban, calaban y hacían lindas labores…

—¿Y no se sentían aburridas?...

—No, una de ellas, recitaba versos o leía alguna novela.

El buen gusto por la lectura estaba muy generalizado. Y como la mujer disponía de mucho mayor tiempo, cultivaba su inteligencia y su espíritu. Las damas de otros tiempos eran dueñas

de vastísima cultura, de la que jamás alardeaban. Hablaban dos y tres idiomas con absoluta perfección. Tenían aficiones por la literatura selecta.

Y las horas se deslizaban sin sentir en ese ambiente de refinamiento y de elegancia.

No se servían cocteles. Los sustituían los vinos legítimos o los refrescos. El chocolate, los tamales y el atole mexicano, eran platos en las mesas de los ricos.

Y acaso por eso, cuando miramos los viejos daguerrotipos, podemos fijarnos en esos rostros serenos, en esas sonrisas puras, en esos labios de fino contorno, donde no hay ironías ni burlas.

Entre miles de metros de tela, entre montañas de encajes y lazos surgen los brazos, finos, las manos breves…

Dulce poesía del pasado que te pierdes irremisiblemente… ¿Por qué nadie trata de resucitarte?…

Alguna de esas damas aristocráticas que todavía cuenta con enormes salones podía ofrecernos un "sarao" al estilo de medio siglo atrás, con representaciones teatrales y juegos de prendas…

Sería algo original y acaso nuestra juventud aprendiera, viéndola, a respetar esa poesía dulce y exquisita. Y tal vez el hombre de hoy sintiera nacer un instante en él, el amor por los bellos versos de amor y de galantería…

Pero no. Las fiestas de hoy se limitan al baile, al coctel y a la charla frívola e insustancial.

Jueves 8 de enero[37]

—¿Todavía escribes versos? —me preguntaba ayer un amigo con gesto incrédulo.

—Todavía los escribo…

—¿Y a qué hora?…

[37] *Novedades*, p. diez, segunda sección.

—Nunca sé a qué hora porque esto de escribir versos es un extraño fenómeno inexplicable. A veces en un camión congestionado de pasajeros. A veces en mitad de una función de cine o de teatro. A veces en el silencio de la noche.

Es como una voz que me ordena imperiosa:

—Escribe.

Yo obedezco dócil y tomo el lápiz. En muchas ocasiones no sé lo que he escrito hasta que mi mano se detiene.

¿Qué es y cómo puede llamarse esto? No analizo.

Pero dejo que mis manos escriban las ideas. La mayoría de las veces, mi corazón palpita acelerado y "siento" cada palabra repercutir en él…

Son estados de alma. Son momentos sentimentales. Recuerdos, que se quedan prisioneros dentro de mí y salen convertidos en estrofas.

Comencé a escribir versos a los siete años. A través de mi vida los he seguido escribiendo casi a diario. Tengo épocas largas en que no los hago. No siento deseos. Es un periodo de reposo al que sucede luego otro de continua producción…

Tengo temporadas en que escribo dos, tres y hasta seis poesías al día.

Cuando una pena me taladra el alma, escribo.

Cuando me asalta una duda, escribo.

Cuando soy feliz, saboreo mi dicha y descanso.

Tejiendo versos de amor,
pasé mi existencia entera…
Ida es ya la primavera
y en mi jardín interior,
aún suspira el ruiseñor
divino, de la quimera…

Mis primeros versos, estaban saturados de hondo pesimismo. El día que cumplí quince años, escribí una poesía, "Cuando me

muera", que hoy cada vez que la leo, me pregunto por qué dije eso…

Son versos llenos de angustia, de dolor.

Todo era puramente imaginario. Mis primeros versos de amor eran tan apasionados, que el poeta Luis Rosado Vega, cuando los leyó, me dijo:

—Rosario, esto es impublicable.

—¿Por qué?

—Porque a su edad no pueden decirse estas cosas.

—Entonces, devuélvamelos.

—No, yo veré cómo los suavizo.

Y los despojó un poco de su ardor. Así se fueron publicando en la página dominical de "La revista de Mérida".

Esos primeros versos se publicaron teniendo yo doce años.

Después, he seguido escribiendo versos. No sé cuántos he escrito; pero si los contara, pasarían seguramente de diez mil…

La mayoría no los conservo. A excepción de los que figuran en mis libros, he escrito en infinidad de álbumes cuyas dueñas no conozco siquiera. Antes me enviaban álbumes por correo. Y firmé versos a montones…

Alguien asegura que solo publico mis versos de ayer. Se equivoca.

Para mí, es una necesidad imperiosa expresar lo que siento. De no hacerlo me ahogaría.

Muchas noches despierto, llena de una inquietud extraña. Enciendo la luz, y las ideas comienzan a dar vueltas en mi cerebro. Es como una obsesión que no puedo refrenar…

Entonces busco una hoja de papel y escribo. Alguien me manda que lo haga. Cuando termino, apago la luz y me duermo sin leer lo escrito hasta la mañana siguiente en que me sorprendo yo misma de estas cosas.

Probablemente los poetas deben todos ser iguales.

Muchos necesitan para inspirarse, el alcohol o las drogas.

Verlaine escribió sus mejores versos bajo el imperio del ajenjo, al igual que Julio Flores. El autor de "El cuervo" murió de un *delirium tremens*…

¿Por qué necesitan de semejante estimulo [*sic*]?

Lo ignoro.

Yo jamás he necesitado de estas cosas para escribir versos.

Jamás.

Escribo versos como cantan los pájaros.

Y siempre he bendecido al cielo por este don magnifico [*sic*] que me permite expresar cuanto hay en mí, dolor o placer, angustia, ansiedad, deseos.

Todo esto que hace estremecer a los mortales.

Todas esas sensaciones, que la mujer conoce tan bien y no se atreve a revelar temerosa de incurrir en falta.

Y no, decir la verdad no es pecado.

Mientras no ofendamos al pudor empleando frases groseras o procaces, la poesía será siempre el medio de expresión más humano y comprensible para las almas sensibles y tiernas.

Ahora, que el culto a la poesía desaparece, los viejos álbumes familiares, con pastas de piel y monogramas de oro, se nos antojan reliquias de un pasado lejano y borroso…

Pero yo, sigo escribiendo y seguiré mientras el Señor lo quiera.

Martes 13 de enero[38]

Uno de los lectores de estas "Rutas", me ha escrito: "Más o menos vengo comprando *Novedades* desde hace un año y me arrepiento de no haberlo hecho antes, desde un principio.

["]Lo llevo todos los días a mi casa. Mi casa, que es muy humilde. Pero hay en ella alegría, esa dulzura que todos quisiéramos tener en casa. Mi madre, mis hermanas, mi muchachita, que todos la quieren y por último, usted como amiga, forman mi ho-

[38] *Novedades*, p. dos, segunda sección.

gar. De que desde un principio se nos ha metido en nuestra casa sin saber cómo… Desde que comenzamos a saber de usted, ha sido nuestra mejor consejera. Nuestra mejor amiga para orientarnos y hemos aprendido a conocer el fondo de su corazón…

[”]Mis hermanas comentan con sus amigas todos los días: ¿Ya leíste la Guía de Rosario? ¿Ya leíste sus versos, sus cuentos?… Mi muchachita me dice siempre: “¿Cómo sabe y cómo ha vivido Rosario, verdad?”

[”]Yo soy como la mayoría de los hombres que todo se lo callan, que no dicen nada… ese, es uno de los pecados que comete el hombre, quedarnos callados…

[”]Pero dejemos todo eso romántico. Ese romanticismo que usted me ha enseñado, y comencemos con el fin de “arriesgarme” a escribirle estas líneas…

[”]Mi fin al escribirle es pedirle un retrato suyo. ¿Verdad que es arriesgado mi propósito?…

[”]Todos los días nos reunimos a leer sus “Guías”. Y los domingos, su página de versos y cuando hay algún cuento suyo. Además mi novia compra todas las revistas en que salen publicadas sus poesías… Bueno, pues, todo eso quizás sea una locura, pero yo he juntado todo lo que usted ha escrito, y viendo que mi novia lo recibe todo con cariño, he copiado un libro de doscientas páginas. Todo copiado a máquina y lo he titulado “Lo que me ha enseñado la vida”, por Rosario Sansores… Y luego he añadido: “Para mi muchachita a la que quiero con toda mi alma”…

[”]Por eso quisiera que usted me hiciera el favor de regalarme su retrato, ya sea con una dedicatoria para mí o para mi novia, para que el regalo sea un poquito más feliz. ¿No le parece Rosario? Ya que soy tan pobre y no puedo comprarle un regalo mejor que este, sea el obsequio especial para ella…

[”]Naturalmente, suyo, ya que yo no me siento capaz de escribir cosas tan bellas para calmar a mi inquietable corazón.

["]Es todo lo que le digo por hoy, dándole las gracias anticipadas por la atención que no dudo dispensará a mi carta y aprovecho la oportunidad de ponerme a sus órdenes"…

Como esta carta son muchas las que llegan a mis manos. Cada una me produce una honda y sincera emoción. No es que mi vanidad se sienta halagada, porque carezco de vanidad, pero sí experimento la dulce satisfacción de saber que otras almas me comprenden y que a veces son las más humildes precisamente. Las que nunca me vieron en los salones, las que no recibieron de mí una palabra de elogio… Siempre es grato saber que nos leen, que buscan nuestros artículos, como una orientación.

En un tiempo ya lejano, cuando yo disponía de tiempo suficiente, pude sostener correspondencia con muchísimas personas. Escritores de toda la América me escribían cartas encantadoras.

Ahora el trabajo me absorbe por entero.

Las cartas se amontonan sobre mi mesa. Todos los días me hago el propósito de contestarlas, pero me es imposible…

En un hogar humilde me quieren. En un hogar humilde soy la voz amiga que llega diariamente. Y tal vez por eso, voy a comentar esta carta en estas "Rutas" contra mi costumbre.

Hace años, un prisionero, recluido en el Castillo del Príncipe, allá en La Habana, me enviaba cartas y una vez, me regaló un bello tapete confeccionado por sus manos. En eso, entretenían su tiempo los infelices privados de su libertad.

Desde una prisión americana un joven chileno me escribía también cada semana. Me contó su amarga historia, a la que yo di forma y publiqué como cuento. Años enteros me escribió. Cuando el Tribunal del Perdón, que existe en el país vecino, y me ha parecido siempre algo justo y admirable, revisó el proceso, halló que el castigo era injusto y le devolvió la libertad…

Antes de abandonar la prisión, se despidió de mí en una carta, anunciándome que regresaba a su patria, Chile, desde la cual me escribiría…

Jamás volví a saber de él. Era un joven instruido y honrado, al que la maldad de una mujer encerró en una celda.

Muchas son las almas que se acercan a mí en demanda de consuelo, de consejo, de alivio. Todas me piden que les enseñe esta ciencia de mirar la vida con ojos de optimismo.

Todos me piden que les dé algo de mi alegría.

Pero no puedo hacerlo. Yo no soy sino una discípula de la misma vida. Ella, maestra sabia y grandilocuente, es la que me ha enseñado a vivir sin rencores y sin odios, sin dolores y sin penas…

Todas las mañanas, cuando abro los ojos, trato de ahuyentar de mí los pensamientos turbios. Pienso en Dios. Le pido fe.

Y Él me la da y por eso me considero dichosa.

Jueves 12 de marzo[39]

Los que niegan que las cosas tienen alma, tendrán que convencerse de esta verdad si les cuento que mi máquina de escribir, tan disciplinada siempre, se rebela los domingos. Para ella el domingo es el día de descanso y se niega a ayudarme. Es inútil que la revise, que la limpie y la acaricie como a la mejor de mis amigas. Ella, hosca y rebelde, enreda la cinta, deja de marcar las letras, se "traba" y me pone toda clase de obstáculos para que ya no trabaje.

Este domingo, a las once de la noche, sentada frente a mi máquina, trataba de echar a volar mis pensamientos en las cuartillas. Puse la hoja blanca de papel. Encendí la lámpara de pie que está junto a mi escritorio. Cubrí la jaula de mi canario rubio, para que la luz no molestara sus ojitos negros.

Y envuelta en mi bata de lana verde, tomé asiento, dispuesta a trabajar como otras veces, hasta la una o las dos.

Pero las teclas se negaron a obedecer.

[39] *Novedades*, p. ocho, segunda sección.

La cinta se opuso, resuelta, y se hizo un verdadero nudo.

Armada de paciencia, virtud que no figura entre las pocas que poseo, traté de buscar la causa. Saqué los dos carretes. Estiré la cinta. La coloqué de nuevo.

Inútil. Continuó renuente a trabajar.

Entonces la recriminé violenta:

—¿Es posible que sabiendo que necesito trabajar no me ayudes? ¿Es posible que te niegues a escribir, sabiendo que dispongo de dos horas, y que mañana, estas dos horas me harán falta para otras cosas?…

El alma de mi máquina debió estremecerse, pero no quiso de ningún modo cambiar, y tuve que meterme en la cama contra mi costumbre, después de leer por espacio de media hora una novela.

Esto pasó el domingo. El lunes, a las siete de la mañana, el sol entraba en mi salita que era una bendición. Descorrí las cortinas y los anchos ventanales de cristal, me mostraron el paisaje.

La arboleda se esponjaba a los rayos del rutilante astro. La calle lucía limpia y los escasos transeúntes que pasaban, iban arrebujados en mantas y abrigos. La temperatura estaba un poco fría.

Mi máquina continuaba en el mismo estado, puesto que nadie la había tocado. Pero como era lunes, había mudado de parecer y, entonces, se prestó dócilmente a que yo la arreglara. Volví a sacar los carretes y a estirar la cinta que tiene un lindo color violeta. Y la máquina obedeció. Pude sentarme y escribir mi acostumbrada crónica.

El canarito, me estaba mirando, y rompió a cantar en trinos jubilosos, como si se diera cuenta de todo. Cuando yo escribo él me hace dúo...

Y suenan las teclas con su monótono tic-tac, y él, canta y canta, sin desafinar nunca. Es una escala cromática que yo escucho arrobada…

El domingo próximo mi máquina volverá a descomponerse porque así es.

Hace muchos años que la máquina de escribir representa para mí la mejor ayuda. Yo la adoro. Como otras mujeres envidian joyas rutilantes yo envidio a los que tienen una máquina de escribir de esas brillantes, que no hacen ruido casi…

Máquinas de teclas suaves como la seda, donde los dedos apenas resbalan. Máquinas de caracteres finos. Algunas tienen escritura inglesa. Otras escriben con una letra diminuta.

En La Habana fue mi compañera durante dieciocho años una máquina, en la cual mis manos se posaron día a día sin descanso casi… En ella trabajaba de sol a sol.

Anuncios, versos, cuentos, crónicas… Todo lo que ha brotado de mi cerebro, ella me ayudó a ponerlo en claro. Era una máquina flamante y activa, que jamás se insubordinó. ¡Jamás!

Nunca enredó la cinta. Nunca se trabó el carrete. Escribía con una letra clara y linda, y yo le ponía siempre cinta de color violeta…

Dieciocho años sin ir a un taller de reparaciones.

Alguna que otra vez, solía ir un empleado de la agencia a limpiármela. La aceitaban para que corriera bien. La dejaba flamante. Y ella, que comprendía cuan útil me era su ayuda, jamás dejó de trabajar.

Desde que vivo en México, he adquirido ya tres máquinas. La primera era de color rojo, y la compré con el producto de mi recital. Me pidieron una cantidad que para mí era demasiado alta, pero la dí. Mi máquina era de "segunda mano" y, por lo tanto, a los tres años de continuo trabajar, las teclas se fueron gastando.

Los caracteres no marcaban bien. El palito de la *P* se quedaba a medias. Entonces adquirí otra. Pero esta segunda máquina jamás fue dócil. Jamás. Continuamente se entorpecía. Continuamente dejaba de señalar.

La llevaba continuamente al taller y pedía:

—Vengo a la tarde por ella.

Inútil. Me la entregaban buena en apariencia. Apenas la colocaba sobre el escritorio se ponía "renuente"…

La cambié, finalmente, por esta que ahora tengo.

Esta es una máquina fuerte, de oficina. Una de esas máquinas reputadas como de las mejores. Sin embargo, a mí me desobedece. A mí no me quiere ayudar. Tal vez está cansada porque nunca la dejo en reposo. Mañana, tarde o noche, continuamente, la abro y le pongo hojas de papel.

Y ella pide descanso. Yo nunca me lo tomo.

¿Habrá quién niegue que las cosas tienen un alma?...

Lunes 23 de marzo[40]

Nuestra memoria es como un inmenso anaquel en el que conservamos guardados, muchos libros… cada uno de ellos, representa un momento de nuestra vida. Libros alegres o tristes, dramáticos, banales, tontos, vacíos…

De todo hay en él.

De vez en cuando, los abrimos y hojeamos sus páginas. Volvemos la mirada hacia todo lo que fue y sentimos miedo y tristeza… ¿Es posible —nos preguntamos— que tal cosa haya sucedido? ¿Es posible que yo, hubiera podido hacer esto y aquello?…

Y sí lo hicimos. No sabemos cómo, pero el hecho consta en uno de esos volúmenes…

Cuando los años transcurren, es cuando estos recuerdos parece que se sienten más cerca de nosotros. Instintivamente, evocamos seres y cosas desvanecidas…

Yo, por ejemplo, recuerdo continuamente mi infancia.

Es el libro que me gusta hojear. En él encuentro sabias y maravillosas enseñanzas. Cuando fuí niña, no pude comprender muchas cosas. Era imposible que penetrara su profundidad y su amargura.

[40] *Novedades*, p. doce, segunda sección.

Recuerdo que una de esas tardes en que yo acostumbraba entrar a la habitación de mi madre, para mirar cómo sus dedos blancos, tejían incansables, esas lindas labores de crochet, mi madre, lloraba en silencio.

—¿Qué tienes mamita? —pregunté abrazándome a ella.

—Nada hijita, no es nada…

Trató de enjugarse el llanto y continuó tejiendo. Pero a medida que avancé en años, comprendí que algo se encerraba en esa vida…

—Cuando seas grande —me dijo una mañana— te contaré mi pena.

Tú la escribirás. Le darás forma en un libro…

Nunca llegué a hacerlo. Pedazo a pedazo mi madre me contó los capítulos dolorosos de su existencia…

Su madre, fue una mujer hermosa, inteligente y llena de gracia. Era hija única y sus padres poseían un cuantioso capital. Pero un día, mi abuela se enamoró de un hombre de ojos azules. Era abogado y poseía un talento extraordinario. Tenía enorme afición al juego y contra los consejos que le dieron, ella se casó con él.

La dejó sin un céntimo.

Siete hijos vinieron al mundo, fruto de aquella unión. Seis nenas y un varón. Mi abuelo, tenía espíritu aventurero y un día echó a caminar olvidando a su familia.

Entonces mi abuela, se vió obligada a buscar la protección de un familiar. Era la época en que las mujeres no podían ni sabían ganarse la vida como hoy. Mi madre, era la hija mayor. Tenía escasamente siete años cuando su padre se fue por primera vez. Ella, se hizo cargo a pesar de su tierna edad, de esas hermanitas. Cosía ropa de tropa, percibiendo un peso por cada "muda" de manta, que llevaba lo menos dos docenas de ojales, para ayudarse.

No se conocía aún la máquina de coser.

La casa donde recibieron albergue, era de un hermano de mi abuelo. Su esposa, se llamaba Perfecta y era una dama de gran belleza dueña de altísimas virtudes. Mi madre creció mirando ese ejemplo admirable. Y por eso tal vez ella fue como fue, pura y delicada, exquisita y orgullosa, incapaz de una traición o de una mentira…

Un día regresó mi abuelo. Se llevó a su familia a Laguna del Carmen y durante dos o tres años vivieron en paz, pero de nuevo sintió la inquietud de escapar y se marchó otra vez, a correr fortuna...

Sus hijos habían crecido. Mi madre, era la mayor.

Todos la querían porque la conocían virtuosa y buena, porque la veían luchar para sostener su hogar donde mi abuela, un poco trastornada por las penas, era como una hija más…

Un día, mi padre la conoció. Era un joven de buena familia que gozaba fama de rico. Pero acostumbrado a vivir muy bien, gastaba sin tasa ni medida. Se prendó de esa muchacha que era admirada y querida de todos y se casaron.

Ella no fue tampoco feliz. Una suegra que se gozó en herirla y en atormentarla le hizo triste la vida. Cuando después de muchos años, mi padre a instancias y ruegos resolvió que se fueran a vivir solos, mi madre había adquirido una enfermedad nerviosa y casi había perdido el oído…

Una revista publicó en cierta ocasión, una novela tan parecida a su propia vida, que leyéndola, le parecía retroceder hacia su infancia…

Era la historia de una mujer también joven y hermosa, a la que una suegra, causó miles de disgustos. Mi padre se apresuró a borrar la suscripción, comprendiendo que ella iba a sufrir con su lectura…

—¡Un día hijita —me decía mi madre— un día, tú lo contarás!…

¡No lo conté nunca! Mientras vivieron todos esos seres que eran para mi corazón tan amados, guardé su secreto en el fondo de mi corazón.

Cuando mi padre se murió, mamita creyó enloquecer. Fue el suyo un amor abnegado y limpio, un amor como el que sentían las mujeres de ayer…

En esa vida solo entró un hombre: mi padre.

Y cuando se lo llevaron al cementerio, mi madre renunció a todo. Se vistió de luto, se encerró en su casa…

Hace ya once años que ella también duerme su sueño de paz en el cementerio Español. El día que se fue, yo no estaba a su lado. Un cable me dió la amarga noticia…

Mi abuela escribió versos que nunca publicó. Tal vez de ella heredé la costumbre de escribir. Tuvo unos maravillosos ojos negros y una gracia innata que también tuvo mi madre…

Hoy, las he recordado a las dos y siento que las lágrimas resbalan a lo largo de mis mejillas.

Lunes 3 de agosto[41]

Una información extranjera nos hace saber que las mujeres no adoptarán modas antiestéticas aunque la guerra vaya cerrando talleres y acabando con las sedas y los encajes. Ellas se han propuesto vestir coquetamente. Lucir su gracia y su hechizo.

Y he vuelto los ojos hacia la gran guerra que allá en el año catorce, obligó al sexo femenino a adoptar modas espantosas.

Aquellos talles frágiles quedaban disimulados debajo de unos vestidos sueltos que remedaban el traje de las niñas pequeñitas… un lazo en la cadera y nada más. Nadie podía adivinar si la que así vestía era esbelta o no, si tenía bellas formas o si era escuálida, porque el traje lo disimulaba y lo envolvía todo.

[41] *Novedades*, p. 2, tercera sección.

Las mangas casi no existían y los brazos, así al descubierto, revelaron muchos secretos. Pocos, poquísimos son los brazos perfectos. Tal vez por eso la misma Venus los perdió en la isla de Milo…

Las piernas pueden hermosearse con determinados ejercicios. Las norteamericanas las poseen admirables gracias al mucho andar. Las piernas se hacen esbeltas y torneadas, pero los brazos no tienen "compostura" posible y aquellas modas los dejaban al descubierto desde la parte superior.

Para colmo de males, los sombreros llamados "cloches", o sea campanas, se enterraban hasta el cuello y las mujeres lucían de lo más extravagantes. Adiós bucles, adiós rizos… La tijera de los peluqueros había destrozado los cabellos en forma alarmante.

Nada de rizos ni de moños. El pelo rapado a la garzona descubría la nuca y no siempre graciosa ni bella. Dejaba al descubierto la forma de la cabeza y solo unos mechones, que parecían patillas, era el único signo de feminidad en aquellas caras.

Cuando se miran retratos de entonces, se siente una con deseos de protestar enérgicamente contra tales modas y tales adefesios… y, sin embargo, una vez más las mujeres acataron las leyes. Obedecieron sin chistar. Ninguna se atrevía a salir a la calle con la falda larga y con el cabello peinado en trenzas… Las que todavía se defendían, lucían tan raras que tuvieron que rendirse. Cuando pasaba yo por las peluquerías en plena adolescencia aún, miraba en el suelo las matas de pelo rubio, negro, castaño, que los empleados barrían sin compasión… ¡Tanto trabajo para conservarlas así, largas y sedosas, tanto esfuerzo, para que un tijeretazo las echara abajo!

Porque el orgullo de toda mujer fue antes su cabello. Lo cepillaban con esmero. Lo lavaban con miles de precauciones. Lo tendían al sol para secarlo y dejaban que el aire penetrara en ellas [*sic*].

Y cuando una muchacha recién bañada se soltaba el cabello, era objeto de la admiración de los hombres… y de la envidia

de las mujeres que no habían sido favorecidas con semejante diadema.

Todos los poetas le cantaron a la cabellera de sus amadas. Emilio Carrere nos cuenta la historia de aquel pirata Leonardo, condenado a morir ahorcado por sus muchas trapacerías. Todas las mujeres florentinas lloraban su muerte. Y todas las que lo amaban, resolvieron sacrificar sus cabellos tejiendo con ellos la cuerda con que lo iban a ahorcar.

Y aquella magnífica cuerda, fue su último tributo al pirata hermoso y arrogante que supo seducirlas con su aureola de valor y temeridad.

> Las hermosas cabelleras
> son como negras banderas
> desplegándose guerreras
> sobre las carnes vencidas…

Tal dijo el poeta francés.

La moda de la postguerra sacrificó estérilmente este tesoro magnífico. Las mujeres no lo lamentaban. Todas sin vacilar ofrecieron su pelo para que el peluquero rapara casi, porque la parte posterior de la cabeza era un horror.

Y ¿qué decir de la ropa interior? Ni un encaje, ni un bordado, ni el más leve asomo de coquetería. Las camisas femeninas hechas de burdo jersey, carecían de adornos.

¿Cuánto tiempo duró todo esto? Muchos meses, muchos. Paul Margueritte había levantado polvaredas con su célebre "Garzona".

La flor de la juventud masculina había sido sacrificada en los campos de batalla, y un nuevo problema se dejó sentir en el mundo.

Ahora el drama se repite, pero las mujeres de esta época no quieren imitar a las que hace treinta años se rindieron a los dictados de una moda absurda y fea.

Ahora ellas prefieren seguir siendo bonitas y luciendo sus trajes coquetos, confeccionados no importa en qué material, pero femeninos.

Y yo creo que hacen muy bien.

Viernes 7 de agosto[42]

Ayer al entrar al templo para rezar, me saludó una dama vestida de negro. Tenía las mejillas pálidas y el semblante alterado.

—¿Está enferma?, le pregunté.

—Sí, del alma. ¿Recuerda usted a mi hijo? Usted escribió la reseña de su boda.

—Sí, le recuerdo…

—¿Se acuerda que le relaté mi doloroso drama en esa ocasión?

—Sí, lo recuerdo…

—Pues ayer pasó por mi lado y no me saludó... Es inaudito.

—No la habrá visto.

—Sí, me vió muy bien, Rosario. Pero fingió no verme, para el caso, es igual…

Esta madre angustiada fue engañada en sus mocedades. Un hijo vino al mundo. Ella era maestra y ejercía su profesión para ganarse la vida. Careció de valor para hacerle frente a la situación y educó a este hijo haciéndole creer que era un sobrino.

Lo educó esmeradamente con el producto de su esfuerzo. Lo hizo hombre. Le dió una carrera. Y él creció, sin saber su origen hasta la víspera casi de su boda en que, al recoger el acta en el juzgado se enteró de la verdad.

Se había enamorado locamente de una extranjera rubia y bonita.

La boda se realizó rumbosamente. Hubo "buffet", brindis y todo lo necesario. Y la pareja formó su nido aparte.

[42] *Novedades*, pp. uno y cuatro, tercera sección.

Poco a poco, la nuera separó al hijo. Esto es frecuente. Lo primero que hacen las mujeres es olvidar que ellas lo son y que el caso puede repetirse en ellas… No piensan que cuando tengan hijos pueden esperar la misma recompensa. El error máximo de una nuera es distanciar a su marido de su madre. Su madre debe ser "la primera," por encima de los demás. Por encima de todas las mujeres debe reinar la madre que le dió vida, que lo alimentó y lo cuidó con amor…

Pero los hombres olvidan esto. Olvidan los afanes maternales, las lágrimas derramadas al pie de la cuna, las noches de insomnio, las penalidades infinitas…

Todo lo olvidan cuando una mujer los arrastra y se los lleva consigo. Este hijo dejó de visitar a su madre. Dejó de ayudarla económicamente. Para subsistir, sigue trabajando en su profesión de maestra.

En su vejez, pobre, solitaria, triste, solo tiene ahora recuerdos.

Estreché sus manos y continué mi camino una vez que hube rezado un instante. En la calle todo era alboroto y bullicio. Pasaban los autos charolados…

Pasaban el vicio y la virtud tan juntos que no se distinguían uno de la otra…

Pasaron ricos y pobres y sanos y enfermos.

Ciegos y mendigos, inválidos que imploraban dolientes "una limosna por el amor de Dios"…

Me fuí poniendo filósofa. Me puse a recordar casos similares al de esta madre abandonada…

Hace dos meses, otra, en las mismas condiciones sufrió el mismo pago. También le nació un hijo sin padre.

Lo educó con miles de sacrificios. Y cuando le vió hombre y esperó, al fin el descanso y la paz, el hijo se enamoró y se fue también… La esposa lo apartó de la madre.

Y ella llora sin consuelo. Cosía, para vivir, trajes ajenos. Ha vuelto a coserlos a la luz de una lámpara, donde trabaja hasta las altas horas de la noche.

Como éste, miles de ejemplos parecidos…

Y yo pienso también en las mujeres que se quedaron solteras, en aquellas que soñaron inútilmente con tener un hogar donde hijos hermosos alegraran su vida.

En tantas esposas fracasadas que lamentan su esterilidad.[43] // En tantas mujeres santas, puras, que no se vieron bendecidas por el Señor y jamás acaban de resignarse a ello…

—Miren —les digo.

Miren la recompensa amarga de las madres…

Pero el Señor quiere que la Humanidad continúe. Que siga la cadena… Él permite estas cosas y Él sabe por qué…

También, a cambio de estos ejemplos, he visto otros contrarios. Hijos buenos, obedientes, que no se casaron para poder sostener a su madre anciana…

Hijos que vieron llegar a su madurez y comprendieron que era tarde para formar un hogar, pero se resignaron ante la necesidad de sostener a su familia…

Para estos hijos tengo siempre una sonrisa de gratitud porque yo agradezco todo lo que se hace por las madres.

Yo agradezco todos los sacrificios que los hijos buenos realizan por sus madres…

Porque yo lo soy. Lo he sido.

Y estoy sola, irremediablemente sola ante la vida, porque ellas se fueron un día, como se van todos los hijos… Se fueron a formar su hogar… Un hombre se las llevó del brazo…

[43] A partir de este año de 1942, las columnas escritas por Rosario Sansores son más largas, por lo que se continúan en las páginas interiores del diario. Como en este caso, la columna comienza en la página 1 y se continúa en la página 4.

Viernes 14 de agosto[44]

A fuerza de entrar y salir de los salones diariamente, a fuerza de visitar las casas más lujosas de las familias pudientes, he llegado a identificarme con el alma de sus moradores. Nada habla con tal elocuencia como el hogar.

En ninguna otra parte la mujer se muestra como es.

Un detalle, el más simple, nos revela cómo es la dueña de la casa.

Cuáles sus gustos, cuál su refinamiento espiritual.

Yo no me fijo en las obras de arte, solamente. Ni en los ricos cortinajes ni en los muebles más o menos cómodos.

Me fijo… en las bibliotecas.

Entrar en una casa donde no hay un libro me causa tristeza.

Pasear la mirada por esos muros, en los que alguno que otro cuadro vulgar o falso, los adorna, me entristece.

Nada me es tan amado como los cuadros "autenticos". No importa que sean de pintores cuya fama no ha alcanzado aún alturas fantásticas.

Muchos son los pintores que exhiben sus obras en salones destinados a este fin y que son cuadros valiosos. Saberlos elegir es lo difícil.

Las porcelanas antiguas, los espejos… ¿Hay nada que nos revele tanto el alma de una mujer como el espejo? No. El espejo parece guardar en su cristal, la visión de todo eso, y lo copia.

Las flores. Los búcaros, el modo de arreglarlas.

¡Cuán expresivas son las flores!... ¡Cómo nos dicen de los gustos y aficiones de una mujer!...

¡Cómo nos revelan su alma los cuadros que adornan su casa!

Hay casas ricas. Casas donde todo habla de bienestar.

Criados uniformados. Ostentación. A veces una ostentación insolente, que molesta. A veces, descuido en los detalles.

[44] *Novedades*, pp. uno y cuatro, tercera sección.

Hace noches, que la casualidad me llevó al apartamiento de una dama que goza justa fama de bella. Tuve que ir al mismo edificio y subí al apartamiento que ella habita para saludarla. Había salido y una camarera, amable me indicó:

—Si quiere esperarla un rato, tal vez no tarde.

No tenía prisa y me senté en una silla pequeña. La alcoba estaba en penumbra. El lecho descuidado y poco limpio mostraba las sábanas, con un tono que hablaba no mucho, en favor de la limpieza de quien dormía en él. Polvo en todas partes. Cuadros arrumbados contra las paredes.

Esencias costosas en el tocador y prendas de ropa colgadas en los percheros, con abandono...

Experimenté malestar físico.

Evoqué por un instante a esa mujer hermosa que viste siempre con elegancia. Esa mujer por la que muchos hombres suspiran. Recordé sus ojos, dulces y claros, su sonrisa angelical, su cuerpo de líneas gallardas...

No había libros. No había revistas. Nada que hablara el deleite del espíritu.

¿Por qué este olvido? La mujer que no cultiva su inteligencia, acaba por carecer de conversación. Una vez agotados los temas, no encuentra de qué hablar. El chisme social, cansa.

La murmuración fatiga.

Toda mujer inteligente, sabe que no existe ningún amigo mejor que un libro.

Toda mujer moderna, debe estar enterada de cuanto ocurre en el mundo.

Enterarse de lo que pasa, para poder externar su opinión cuando llegue el momento.

El comedor, es otro detalle que acusa inmediatamente a la dueña de una casa. Los adornos, la colocación de la vajilla. Los cuadros de naturaleza muerta.

Nada me seduce tanto como entrar en una casa elegante y constatar que lo que hay en ella halaga mi gusto, pienso muchas veces con un poco de nostalgia:

—¡Qué hermoso sería poder escribir frente a esta ventana, descansar en este diván, sentarme junto a esta chimenea, y cerrar los ojos o quedarme ensi-[45]//mismada mirando las chispas rojas que se me antojan gnomos traviesos!...

Las chimeneas me encantan. Me encantan esos anchos ventanales abiertos sobre un jardín, un poco descuidado, donde las trepadoras se enredan libremente en el tronco de los árboles. Me encantan esos divanes, llenos de cojines fonges, donde una mano femenina bordó flores o pájaros.

Me encantan esos tapices donde los pies se hunden.

Esos cuadros que representan imágenes sagradas. Me encantan las esculturas. Los viejos relojes cuya péndula oscila monorrítmicamente… Me pongo a divagar cuando los oigo y pienso:

—¿Cuántas horas dulces o tristes, marcaron estas manecillas de acero?

—¿Qué ojos impacientes vigilaron su esfera?...

Yo suspiro siempre por un jardín. Suspiro por un libro. Suspiro por un hogar.

Todo lo que no tengo. Todo lo que sé que no tendré nunca.

Domingo 16 de agosto[46]

Una carta llegada de La Habana me cuenta que, en la ciudad azul, reinan ahora la oscuridad y la tristeza.

A l[a]s diez de la noche, las luces se apagan.

Los edificios quedan sumidos en la oscuridad.

No hay gasolina. Los cubanos que se pasaban la vida corriendo por las carreteras tendrán que quedarse quietos.

[45] La columna comienza en la página 2 y se continúa en la página 4.

[46] *Novedades*, p. dos, segunda sección.

No más cafés al aire libre en las noches.

No más música de conga.

La Habana, ciudad que vivió siempre de noche, está convertida en un cementerio…

Y yo cierro los ojos para evocar esa otra Habana que conocí.

La Habana alegre de ayer, llena de turistas rubios, que cruzaban el parque Central luciendo sus trajes de Palm Beach y sus sombreros de jipi.

Los artistas de Hollywood, que iban a veranear a sus playas románticas.

Tomás Meighan, Paulette Goddard, Norma Talmadge… Norma Shearer…

Restaurantes donde por setenta centavos se servía espléndida comida.

Playas llenas de bañistas hermosas que se refugiaban a la caída de la tarde bajo las anchas sombrillas de lona…

Ahora no hay un solo barco que salga del puerto de La Habana.

La miseria reina, como es lógico. Ya no se oye el estrépito de los claxons ni el grito jubiloso de los negritos que se tiraban al mar para atrapar las monedas que los pasajeros lanzaban, cuando entraban las naves de gran calado…

La Habana es otra. Así me lo cuentan los que en ella viven.

Y recuerdo el Malecón, largo como una gran serpiente que se despereza al sol. Recuerdo sus palmas de erguidos troncos que un poeta comparó:

> Semejante a un ejército que avanza.
> desplegando a los vientos, sus banderas…

Así, los verdes penachos de las palmas parecían banderas desplegadas bajo el fondo, claro y luminoso, del paisaje.

No hay turismo. Los grandes hoteles están desiertos.

Los cabarets tuvieron que cerrar sus puertas en vista de que no se podía encender la luz.

Marianao, Jamainitas… El Yate Club…

Terrazas abiertas sobre el mar.

Velas desplegadas que eran como palomas albas surcando el océano de un azul cobalto, en las mañanas risueñas…

Las calles estrechas y retorcidas del barrio colonial, con sus grandes almacenes llenos siempre de mercancía. Ahora, los barcos no arriban y todo se va acabando.

Ondulan los verdes campos de la caña. Los cubanos olvidaron que la vez anterior sufrieron escasez de muchas cosas por su falta de previsión. La caña alcanzó precios extraordinarios. Y todos se pusieron a sembrar caña. Con el dinero ganado podían adquirirlo todo en Estados Unidos…

Pero ahora la caña está ahí, desafiando al horizonte con sus varas erguidas y jugosas. No hay modo de transportar el azúcar. Barco que sale del puerto, barco que puede ser hundido por los submarinos…

Y el hambre, el más trágico de los fantasmas, amenaza a la isla de corcho.

Nadie aprende.

Nadie escarmienta.

El terreno es fértil en Cuba. La tierra es generosa y devuelve mil por cien si se la cultiva con amor.

Güines produce las viandas más ricas. Las patatas más exquisitas.

Pero los cubanos solo sembraron caña. Llevados de su ambición se olvidaron de que la caña no se come.

¿Será suficiente esta nueva y amarga experiencia? Tal vez la lección sea provechosa para el futuro. El día en que los hombres se den cuenta de que la tierra es lo primero, de que ella es la única que nos da el sustento, tal vez se dediquen a sembrarla.

México afronta ahora un problema igualmente pavoroso. A nosotros nos salva la enorme extensión de territorio. La diversidad de climas, la fertilidad del suelo.

Tenemos, además, minas de todos los metales.

Riquezas por doquier…

Pero los mexicanos somos despreocupados también.

Vivimos dejándolo todo para "mañana".

Un "mañana" cuyo misterio nadie puede prever…[47] // ¿Imitaremos a los cubanos? Dejaremos que la miseria entre en México, y que el fantasma pavoroso del hambre, se enseñoree de los hogares?…

México, la capital, ha crecido en los últimos años de modo sorprendente. Palacios lujosos se alzan en todos los barrios de la ciudad…

El dinero tiene miedo de salir. Se esconde. Y es precisamente el dinero el que habría que derramar pródigo sobre la tierra para hacerla germinar.

La Habana está a oscuras. El ojo rojo del Morro vela como prudente centinela, para avisar el peligro.

El mar azul llora hoy sobre los acantilados de la costa.

Un puerto sin barcos. Un puerto sin canciones…

Oscuridad y silencio. Oscuridad y tristeza…

Y siento deseos de echarme a llorar…

Viernes 21 de agosto[48]

Hay regalos que nos producen una dulce satisfacción al recibirlos. Figuran entre estos, los libros.

Las muchachas del siglo pasado fueron románticas y amaban los versos. Reunían poesías y coleccionaban autógrafos.

[47] Comienza en la página 2 y continúa en la 5.

[48] *Novedades*, p. cuatro, tercera sección.

Era costumbre, entonces, regalar libros. Una buena novela, un libro escogido de algún poeta famoso…

Hoy, una carta y un paquete vinieron a mis manos.

La carta la firma un amigo excelente. Un amigo, que conociendo mis aficiones me envía un regalo espiritual, las obras completas de Gustavo Adolfo Bécquer.

Precede a esta obra una biografía de los hermanos Quintero. Uno de ellos se fue ya al reino de las sombras y queda el otro, que debe, sentirse muy solo. Juntos habían colaborado durante toda su fructífera existencia.

Gustavo Adolfo Bécquer fue hombre infortunado.

Quedó huérfano muy niño. Sus padres se marcharon, dejándole solo.

Un tío le recogió y le educó. Otra tía, terminó su educación.

Había nacido inquieto, con la inquietud característica en todos los poetas. Soñaba con la Gloria, esa deidad esquiva y hermosa.

Y para realizar sus sueños de gloria abandonó su provincia, que era Sevilla, y se fue a Madrid, a luchar.

La Suerte no le quiso ayudar.

El dolor fue su inseparable compañero.

Bécquer, como todos los hombres románticos, amó el ideal.

Nunca buscó la materia, sino el espíritu.

Amó a una mujer que nunca existió sino en su loca fantasía.

A través de todos sus versos, se la "siente" y se la encuentra.

> ¿Qué es poesía? me dices, mientras fijas
> en mi pupila tu pupila azul…
> ¿Qué es poesía? ¿Y tú, me lo preguntas?
> ¡Poesía, eres tú!

Bécquer fue pobre. Los palacios de pérfido que fabricó su imaginación jamás se hicieron tangibles para él. Culto, educado, guapo, con una cabeza en la que la oscura cabellera caía forman-

do rizos sobre la nuca, con un exquisito, hubiera sido un hombre ideal... si hubiera sido rico.

Él no podía ofrecer a las mujeres sino sus estrofas.

> Me ha herido recatándose en las sombras,
> sellando con un beso su traición.
> Los brazos me echó el [*sic*] cuello y por la espalda
> partióme a sangre fría el corazón…

¿A quién le dijo estas palabras amargas?… Sus amigos, los que le vieron y le amaron —porque nadie lo trató que no lo quisiera— confiesan que las amadas de Bécquer no existieron. No fueron de carne y hueso, sino hechas de rayos sutiles de luna, de pétalos de nardos; mujeres irreales, cuyo corazón era frío…

¡Frío porque no latieron jamás!

> Al brillar un relámpago, nacemos
> y aún dura su fulgor, cuando morimos…
> ¡Tan corto es el vivir!
> La gloria y el amor tras que corremos,
> Sombra de un sueño son que perseguimos…
> ¡Despertar, es morir!…

Bécquer murió joven como los elegidos de los Dioses.

Eran sedosos y negros aún, sus cabellos. Tersas sus mejillas, fresca su boca y firme su andar, cuando se fue del mundo.

La suerte, cansada de mostrarse esquiva, le había mostrado su primera sonrisa. Comenzaba a ganar dinero con su esfuerzo.

Se había casado con una mujer con la que jamás pudo entenderse. Tal vez era prosaica y grosera. Tal vez no intentó jamás asomarse al abismo de esa alma.

El artista encuentra, muy pocas veces, la compañera ideal.

Por una extraña coincidencia, los hombres de más talento suelen casarse con mujeres tontas y vacías. ¿Es el destino? Sí, es el destino el que lo decreta así…

El hombre huye de la mujer inteligente, casi siempre. La busca sencilla; pero a veces la aparente sencillez no encubre sino la vaciedad.

Y buscando el remanso, y la paz, suele darse con el desengaño.

Gustavo Adolfo Bécquer se casó. No fue feliz. No lo entendieron.

> Olas gigantes que os rompeís bramando
> en las playas desiertas y remotas,
> envuelto entre la sábana de espumas,
> ¡Llevádme con vosotras!…

El poeta, además de escribir los versos más bellos, que fueran escritos por poeta alguno, dirigió periódicos de vida efímera. Escribió obras teatrales y estudios críticos.

La muerte se lo llevó un 22 de diciembre. Ese día hubo en Madrid un eclipse de sol. Los astros lloraban su muerte.

En la casa que habitó, fue colocada una placa con esta inscripción:

AQUÍ MURIÓ EL POETA DEL AMOR Y DEL DOLOR.[49]

¡Ay el amigo que hizo llegar a mis manos este libro, conoce mi amor por los versos de Bécquer…!

[49] La placa original de la casa donde murió Gustavo Adolfo Bécquer en la calle de Claudio Coello, en Madrid, España, dice: "EN ESTA CASA MURIÓ // El dia 22 de Diciembre de 1870 // GUSTAVO ADOLFO // BECQUER // El poeta del amor y del dolor" //. En Flickr, <https://www.flickr.com/photos/madridlaciudad/3694252710>, consultado el 9 de octubre, 2024.

Domingo 30 de agosto[50]

El amor no está siempre exento de interés; hace algún tiempo, que en una revista se publicaron cartas escritas a un célebre personaje, y que este vendió por una suma de dinero al verse necesitado.

Se cuenta que Brummel, el hombre más hermoso de su tiempo, se encontró también un día, tan necesitado de dinero, que un editor, se llegó a él, para hacerle una proposición:

—Usted ha sido el hombre más afortunado con las mujeres y debe poseer por lo tanto muchas cartas de amor…

—Sí —respondió él— tengo miles de cartas.

—Yo le ofrezco una suma crecida, que usted mismo podrá fijar, por su venta.

—¿Usted me propone que yo las dé a la publicidad?…

—Sí, podríamos cambiar los nombres si a usted le parece para no comprometer a esas damas…

Brummel ofreció meditarlo, y resolver al día siguiente.

Esa noche, pasó en vela todas las horas releyendo aquellas perfumadas misivas. Era el buen tiempo en que la máquina de escribir no había sustituido a la pluma. En que los "billetes" se deslizaban, en la enguantada manecita de las mujeres, ocultos entre rosas. Era el buen tiempo romántico del amor prohibido. Del amor que para expresarse apelaba al abanico, a las miradas, a los ramilletes.

Y Brummel había logrado reunir la colección más grande de cartas de amor. Enamoradas de su arrogancia, de su elegante apostura, de su rostro y de sus modales refinados, las mujeres caían, rendidas a la primera insinuación…

Toda la historia galante de sus aventuras estaba encerrada en esa[s] cartas. Entre ellas había rizos de cabellos rubios, negros, castaños… Había lazos de cinta devaída… Había hojas secas,

[50] *Novedades*, p. cuatro, segunda sección.

carnets de baile y miles de objetos pueriles, pero que los amantes gustan de guardar como preciado tesoro…

Brummel podía volver a ser rico.

Bastaba aceptar la oferta del editor y hacer entrega de aquel paquete de cartas en las que las mujeres habían volcado toda su locura en frases ardientes, en cálidas promesas…

Y la luz del nuevo día sorprendió todavía a Brummel leyendo las cartas. Una a una, había revivido en ellas, su vida amorosa… una por una… y habían desfilado en su memoria, esas sombras femeninas, delicadas, pálidas, apasionadas, risueñas, coquetas, frívolas, burlonas, pero todas ellas, enamoradas de él...

Todas lo habían amado.

Y él, no se atrevió a vender aquel puñado de cartas.

Cuando el editor se presentó para saber su resolución, él, había encendido la chimenea de su alcoba.

Y con gesto desdeñoso, tomó las cartas y las lanzó a la hoguera para que el fuego las consumiera… Y así, en un puñado de cenizas quedó convertida toda aquella larga historia de amor, dividida en tantos capítulos interesantes.

—Es usted un tonto —le dijo el mercader.

—Tal vez lo sea, pero los secretos de tantas mujeres no deben ser entregados a la voracidad del público…

Y Brummel prefirió su pobreza.

Cuando murió Victor Hugo, Julieta, la depositaria de sus cartas de amor, recibió un día también la visita de un editor para hacerle una oferta semejante.

Las cartas del gran poeta, llenas de frases extraordinarias estaban encerradas en una caja de raso. Eran muchas, muchas… Ellos se habían adorado largos años y el correo, había llevado y traído muchas misivas… Con ellas, se hubiera podido formar el más interesante libro de amor, la más bella novela sentimental.

Pero Julieta, tampoco quiso medrar con las reliquias de su amor.

Ella había amado a Victor Hugo. Había sido toda para él. Desde el día en que entró a su vida en ella se quedó, hasta su muerte…

Y esas cartas eran la historia de su idilio.

Julieta las arrojó al fuego también y prefirió que éste las devorara con sus lenguas rojas y voraces…

En cambio los herederos de hombres ilustres no vacilan en registrar las gavetas y hurgar en ellas buscando manuscritos para venderlos. Fue así, como los hijos de Eca [*sic*] de Queiroz, entregaron a editores sin conciencia, páginas que aquel, no había querido publicar. Algunas, tenían defectos… Otras representaban simplemente un placer espiritual… La muerte sorprendió al novelista sin darle tiempo de destruirlas…

Y salieron a la luz, muchas cosas que carecían del mérito de sus demás obras y motivaron no poca crítica de los periodistas…

La explotación del sentimiento, es despreciable.

Aprovecharse de una "debilidad" femenina para explotarla en provecho propio, es una acción cobarde y baja, indigna de los hombres de honor.[51] // Antes un hombre se dejaba matar antes que revelar el nombre de la dama que le había otorgado sus favores.

Hoy, los tiempos son otros. En primer lugar, es difícil que nadie se arriesgue ya a escribir cartas manuscritas…

Y si aquella que las escribe vale algo, puede estar segura que su poseedor al igual que otros muchos, preferirá, venderlas para sacarles provecho…

"Cualquier tiempo pasado fue mejor"…

[51] Comienza en la página 4 y continúa en la página 13.

1943

Sábado 2 de enero[52]

Hoy me he puesto a releer versos viejos. Versos que escribí hace muchos años llevada de sentimientos que yo creí verdaderos y firmes y eran solo imaginarios... Versos de amor. ¿A quién? En realidad se los escribí a una sombra: la sombra que yo había soñado.

La sombra que nunca fue realidad en mi vida.

Cuando te conocí, recuerdo que una vez me miraste al fondo de los ojos y me dijiste:

—Rosario, ¿por qué dices estas cosas? En todo lo que escribes hay un fondo de pesimismo amargo y doloroso. Hablas del amor, como si el amor fuera algo efímero, que se escapara de las manos. Hablas de olvido, continuamente; hablas de todo eso que yo estimo imperecedero, como si fuera pasajero y fugaz.

—Lo es —te respondí—; el amor es niño y tiene alas. El amor, rehúye toda esclavitud. El amor vive donde quiere y permanece el tiempo que le parece. Un día alza el vuelo y no lo volvemos a encontrar.

Tú trataste de estrecharme las manos. Te rechacé, burlona.

—No eres el amor y no me interesa lo que pienses de mí.

—Quiero hacerte como yo, confiada.

—Perderás tu tiempo.

No sé cuántos años se han ido desde aquella mañana soleada de julio. No lo sé, pero los versos que he escrito en estos meses me producen un sentimiento de extrañeza.

[52] *Novedades*, p. 6, segunda sección.

¿Qué amor perfumaba mi vida cuando escribí estos? ¿En quién pensé al escribir estos otros? No lo sé. A fuerza de cultivar la ciencia maravillosa del olvido, acabé por olvidarme de todo. Convencida de que recordar es volver a sufrir lo sufrido, me esforcé por alejar de mi corazón toda sombra que me recordara el pasado.

Ahora, cuando mis ojos recorren estas líneas, procuro en vano evocar nombres y fechas. No sé en qué tarde sucedió esto que dije. No sé si, en efecto, la luna era tan bella como yo la imaginaba. Lo probable es que fuera una noche igual a las otras y mi fantasía de poeta la revistió de una belleza que no tenía.

"El hombre que quiero es mío, y es suya mi libertad".

Esto lo escribí una vez. Creí que era así. Creí que había alguien capaz de obtener de mí el don preciado de mi libertad. Estuve casi dispuesta a entregársela. Casi dispuesta. Recuerdo que, como las novias ingenuas, tejí sueños blancos. Idealicé la vida. Soñé en tener ese hogar que fuera mío, en el que un hombre me esperara para ser mi apoyo y mi sostén en el mañana.

Pero un día comprobé que yo era más fuerte que él.

Comprobé que no tendría ni el apoyo ni el sostén y, en cambio, tendría al carcelero dispuesto a encerrarme como a los pájaros en una jaula de dorados barrotes.

Y rompí mi sueño y preferí marchar sola por la vida.

No me ha pesado, aunque a veces experimenté un vago sentimiento de nostalgia. Cuando miro a los demás matrimonios y me doy cuenta de que la mayoría son víctimas de su imprudencia, y de que en la mayoría de los casos se sienten prisioneros ansiosos de libertad, respiro satisfecha.

Yo sé que cuando llego a mi solitario hogar nadie me espera. Pero sé también que nadie me impone su autoridad. Que nadie me pide cuentas de mi tiempo. Que nadie me lanza al rostro acusaciones injustas. Que, al menos, puedo tenderme en el lecho, cansada de trabajar, pero tranquila, porque mi conciencia está en paz. Y el recuerdo de aquel sueño fugitivo que acaricié

hace años, se perfila en mi memoria como una sombra pálida y borrosa. ¿Qué fue de aquel que cruzó por mi vida y se detuvo en el dintel un instante? No lo sé...

Olvidé su nombre. Olvidé su rostro. Olvidé el eco de su voz. Solo sé que era autoritario y duro. Que era cruel y cobarde. Que era más débil que yo.

Estos versos debí escribírselos a alguien a quien creí amar. Era mentira. Yo forjé una imagen. Idealicé un sueño. Creí que podría llegar a ser feliz. Y una noche tuve un extraño presentimiento. Sentí que una voz misteriosa me advertía:

—Rosario, reflexiona antes. Piensa un poco. Analiza. Después, será tarde y te arrepentirás.

Yo escuché la voz. Y fue por esto que preferí continuar sola la azarosa ruta.

En la arboleda de mi senda no trinan los ruiseñores.
Pero tampoco aúllan los lobos carniceros y crueles.
Mi senda está limpia de huellas. Está limpia de sombras.
Yo releo estos versos y, sin querer, suspiro.
¡Soñar era bello! Ahora he olvidado cómo se sueña.

Martes 5 de enero[53]

Yo he dicho y sostengo siempre que el problema de una mujer e[s] el problema de todas las mujeres. No importa la posición social de cada una. En el fondo, el mismo corazón late en todos los pechos. Los mismos sentimientos más o menos elevados, según el grado de sensibilidad y de cultura, pero iguales en todo. Pasión, celos, dudas, violencia... todo esto es perfectamente "nuestro" y ninguna mujer debe avergonzarse de confesarlo.

Vanidad, coquetería, deseos de agradar, deseos de ser amada, deseo de oír palabras dulces bajo la luz de la luna...

[53] *Novedades*, p. 2, segunda sección.

Se nos llama románticas cuando decimos esto, pero aun las mujeres que orgullosas proclaman su independencia de criterio y su libertad de acción, se sienten perfectamente "mujeres" en muchos momentos, y suspiran por todo eso, que es herencia recibida de nuestras madres y abuelas.

De no ser así, llenas de frivolerías y llenas de contradicciones, seríamos perfectamente aburridas para el hombre.

Desde luego, que no es igual la mujer inculta que la culta en materia de conversación, por ejemplo. La mujer que ha leído, puede hablar de todo, sin fatigar. La mujer ignorante solo tiene un tema y es el que toca y gasta hasta agotar la paciencia de quien la escucha.

El hombre vive entre luchas y negocios.

Entre números y cuentas.

Cuando llega a su hogar desea que todo este panorama cambie.

Entonces, desea una mujer risueña y linda, perfumada y coqueta, que lo reciba, sin hacerle preguntas necias.

Una mujer a la que no haya que pedirle que sirvan la comida.

Hace noches en un programa de radio, una dama, hablaba de su felicidad conyugal y como le preguntaran cuál era el secreto, respondió:

—Nunca le pregunto a mi marido de dónde viene ni a dónde va.

—¿Y es posible que una mujer haga eso?

—Sí, si se empeña en hacerlo.

Y este es otro de los motivos, que el hombre repudia. Las preguntas continuas y los celos justificados o no. Pero que él no quiere ver de cerca.

¿Es posible contener nuestros celos cuando amamos? Hace falta una fuerza de voluntad extraordinaria y una energía espiritual inmensa.

Ver al hombre amado arreglarse frente al espejo la corbata. Ver que se ha peinado con especial esmero, que el pañuelo lleva

unas gotas de colonia, que se contempla satisfecho, y se pone el sombrero con una despedida simple:

—Buenas noches, acuéstate, y no me esperes...

La esposa lo mira irse. En vez de tomar un libro y distraer su imaginación, se da a pensar a dónde irá. Si alguna mujer le habrá dado una cita... si en el cabaret donde acaso vaya a bailar, otra, le insinuará palabras tentadoras y perversas...

Eduardo Zamacois, en una crónica que leí siendo niña y que él titula "La noche, cómplice de la infidelidad", nos describe con lujo de detalles esta escena. Pero cuando esta crónica fue escrita, la mujer distaba mucho de haber obtenido las ventajas de que disfruta ahora. El cabaret era para ella sitio "de pecado". Tenía que quedarse en su casa encerrada, en tanto que su marido se divertía y llegaba al [a]manecer pasado de copas y oliendo a perfumes femeninos...

Muchas veces lucía sobre los hombros el resto de los polvos de arroz de alguna coqueta que había reclinado en ellos su rostro empolvado.

Y la esposa sollozaba y gritaba y alborotaba y le daban ataques de nervios y crisis espantosas...

Todo eso pasó. El frasco de sales no se usa ya.

Ninguna dama lo lleva en su bolso de mano. Ha desaparecido el corsé de duras ballenas causante de tales desarreglos nerviosos.

Todas las mujeres deseamos lo mismo.

Todas las mujeres tenemos las mismas debilidades.

Las mismas virtudes más intensificadas en unas que en otras.

Todas por igual, amamos el lujo, la seda de los trajes fastuosos, las joyas rutilantes, los perfumes caros.

Amamos todo lo que aumente nuestra belleza y nos preste lo que necesitamos para triunfar y conquistar el corazón del que amamos.

Por una joya, la virtud de muchas mujeres se vende en el bazar de la vida.

Por unas medias de seda, como en el lindo tango argentino, una muchacha entregó lo que era más preciado.

Por la vanidad se pierden todas.

Pero bueno es controlarnos un poco. Bueno es ser mujeres sensatas.

Bueno, es cultivar nuestra inteligencia, para no ser simplemente muñecas de tocador, frágiles y bonitas únicamente...

Ser mujer, con nuestras innatas cualidades, y al mismo tiempo, ser mujeres inteligentes. ¿No sería muchísimo mejor?

¿Ser compañera del hombre no es mejor que ser su esclava o su "objeto" de diversión?...

Ser culta sin ser "marisabidilla". ¿No es también muy grato para el hombre que tenga la suerte de poseer una mujer así?...

Los hombres me darán la razón, si me leen.

Jueves 28 de enero[54]

El calendario señala una fecha. Mi corazón ha suspendido un momento sus latidos. Es una fecha que me recuerda muchas cosas amargas.

Hace once años, un día como hoy, llegué a México.

Veintitrés falté de él. Veintitrés años durante los cuales, mi alma se plasmó en el ambiente de la ciudad azul. Mi sensibilidad se agudizó frente a ese mar rumoroso y azul que me saludaba por las mañanas con su voz siempre acariciadora.

Yo lo amaba locamente.

Todos los días iba a recorrer el Malecón que como una serpiente, se tendía bajo el rayo dorado de un sol que era fuego vivo.

Y mi juventud se fue así. Y los días magníficos pasaron estériles.

[54] *Novedades*, p. 7, segunda sección.

Soñando dejé pasar esos años que ahora se me antojan no vividos.

Años que malgasté en esperanzas vanas.

En tejer quimeras que nunca se hicieron verdad.

Fue en un mes de enero cuando me cansé de todo eso. De ver el mismo panorama. De contemplar los mismos rostros, las mismas calles, el mismo sol. Ansié ver mi patria. Los que iban de aquí, me contaban:

—Rosario, estás desperdiciando tu vida. Vuelve a México. Es lindo, es rico, y allá podrías vivir mucho mejor. Además, te debes a tu patria. Todos te conocen y todos te leen...

Yo suspiraba. Mi corazón quería desligarse y no podía.

Quería escapar y manos invisibles lo sujetaban.

Pero era preciso. Lo resolví una noche después de cavilar horas enteras sin poder dormir.

Nunca el mar me arrulló con más dulzura, como si adivinara mis pensamientos.

Nunca me pareció más limpio el cielo, más rubio el sol, más hermoso el panorama...

Escapar, ¿podría hacerlo? ¿Podría resignarme a no ver más todo esto, que había formado mi vida por espacio de veintitrés años?

En México la Revolución lo había cambiado todo.

Yo leía los periódicos y estaba enterada de todo. De las leyes nuevas y del adelanto general que todo alcanzaba. Sabía que había nuevas colonias y nuevos palacios...

—¡Rosario —me dije— prepara las maletas y vete!...

Me acosté muy tarde la víspera de embarcarme. Cuando llegaron los empleados del Express, no había arreglado el único baúl que formaba mi equipaje y con ojos somnolientos fuí metiendo en él todo lo que encontré. Retratos, vestidos que me recordaban horas de felicidad... objetos variados, abanicos, bolsos, pañuelitos de encaje… cintas, flores de seda desvaídas que lucí en un baile del Club San Carlos. Mi lindo traje de gasa amarillo

adornado con flores rojas de cretona... Todavía se desprendía de él el olor de las mimosas que usé en un tiempo...

Cerré los ojos. El reloj avanzaba. Los empleados me llamaron:

—Señora, dese prisa. No va a alcanzar el tiempo.

Acabé de meter todo lo que cabía y cerré el baúl. Le puse la etiqueta con un cordoncito que traía atado en el extremo y se lo llevaron en hombros.

La mañana se fue en un soplo. A las tres de la tarde, tomé en el muelle el vaporcito que debía conducirme a bordo del "Siboney".

Soplaba un viento helado del norte y el cielo estaba gris y turbio. Gris y turbio como mi alma.

El mar se encrespaba furioso batiendo los acantilados.

Un grupo muy reducido de amigos que supo la noticia me acompañó.

Subí la escala. Agité en el aire mi pañuelo como una banderita blanca. Me recliné en la borda del buque y sentí que el llanto me nublaba los ojos. Entonces experimenté el tardío arrepentimiento de mi resolución. ¿Podría yo vivir lejos de todo eso? ¿Podría yo olvidar el pasado doloroso y absurdo?...

Los pañuelos me despidieron desde el minúsculo barquito. Yo lo vi esfumarse en la sombra y perderse como una manchita gris.

El vapor empezó a andar. Sonó la sirena.

Se soltó el ancla.

La quilla del "Siboney" empezó a romper el espejo de las aguas que se habían ido apaciguando momentáneamente como si quisieran despedirme. Yo oí la voz del mar que me decía:

—Rosario, vete y trata de ser dichosa. Pero no me olvides. Vuelve para que yo arrulle tu último sueño. ¡Regresa!

Me quedé turbada y acallé mi llanto. Los demás pasajeros cruzaban en dirección a sus camarotes.

Y dos días después llegué a Veracruz. Me pareció sucio, feo, pobre.

Estaba acostumbrada a La Habana, a su puerto siempre limpio y alegre, México me mostró su rostro un día más tarde.

Y me quedé aquí. No estoy arrepentida. Los brazos que se me tendieron fueron cordiales. Las voces de bienvenida me hicieron esperar y confiar en el destino.

La Habana me espera. ¿Cuándo volveré a verla?...

Cuando pienso en la muerte, recuerdo, la voz del mar:

"Rosario, quiero arrullar tu último sueño".

Y suspiro nostálgica y doliente.

Hoy hace once años que no veo la ciudad azul. Once años que se han ido como un sueño dichoso.

Sábado 6 de febrero[55]

De niña era yo muy aficionada a los cuentos de hadas. Nada me encantaba tanto como imaginar que existían las hadas que con sus varitas mágicas lo transformaban todo. Leía el cuento de La Cenicienta y me hacía la ilusión de ver el hogar encendido y a la niña triste con sus rotos zapatitos mirando las lenguas rojas de fuego. Me parecía ver entrar al hada y convertir la humilde calabaza en carroza dorada y los ratoncitos traviesos en briosos corceles.

Los cuentos de Calleja eran mi encanto y todo el dinero que me sobraba de los libros del colegio lo gastaba en ellos. Camino del Colegio Teresiano había una librería y en sus aparadores de cristal estaban los tomos tentadores con sus lomos dorados y sus cubiertas ilustradas. Yo pedía permiso para comprar lápices y libretas. Papá me miraba entonces con asombro:

—Charito, si ayer te di tres pesos.

—Los gasté, papacito.

—Escribes mucho...

[55] *Novedades*, p. 8, segunda sección.

Yo me quedaba callada. Era cierto que gastaba en libretas mucho, porque a escondidas de todos, escribía versos llenos de pasión que ocultaba para evitarme regaños.

Tenía escasamente nueve años. Y ya mi fantasía divagaba.

Compraba los libros pequeñitos. Me costaban en esa época feliz a diez centavos los cuadernitos. De este modo leí la "Pelusa" y la "Caperucita Roja", "El Caballo Volador" y "El Ladrón de Bagdad"... Leí todo lo que se ponía a mi alcance.

Más tarde, cuando fui creciendo, solía entrar de pronto al cuarto de mi madre que leía invariablemente de cinco a seis de la tarde, sentada junto a su ventana. Ella leía novelas enormes y yo me acurrucaba a sus pies y le pedía:

—Mamita, cuéntame lo que estás leyendo.

Ella sonreía y acariciaba mis cabellos con sus dedos pálidos y finos. En el dedo anular de su mano derecha brillaba una marquesita de brillantes. Tenía las uñas rosadas y pulidas y suspiraba al escucharme. Después, comenzaba su relato. Trataba de contarme las novelas empleando el lenguaje más sencillo y ocultándome la parte escabrosa de ellas.

De este modo, mi infancia se fue así, oyendo relatos. Leyendo cuentos. En vez de irme a jugar con mis vecinas como lo hacían mis hermanas mayores, prefería quedarme en un rincón leyendo, y cuando nadie podía verme, sacaba mi libreta y escribía versos.

Mi fantasía nunca descansó.

Y hoy, que todo eso está tan lejano ya, sigue trabajando como la araña laboriosa que teje su tela inconsútil en los rincones oscuros del desván.

Mis sueños de hoy, ya no tienen color ni forma.

No podría precisar exactamente con qué sueño ni qué deseo.

A fuerza de ver morir todas mis ansias, a fuerza de ver que se rompían entre mis manos las ilusiones como muñecas de porcelana, acabé por sentir miedo de soñar. Pero el miedo no es bastante a evitarlo.

Estoy enferma de ese mal crónico de soñar.

Ya no divago como antaño. Ya no acaricio sueños de amor. Ya no pienso en tener un hogar mío y en él al hombre que hubiera compartido mi vida y alimentado mis sueños.

Es demasiado tarde para imaginar estas cosas.

Es demasiado tarde para entregarme a pensar lo que sé que es ya irrealizable.

La vida, bien mirado, no es injusta aunque lo parezca.

A cada cual le otorga un don.

A los tontos les suele dar el dinero.

A los inteligentes, les da ideas.

Les da precisamente el modo de conquistarlo todo por medio de su talento.

A las mujeres feas les da la gracia mil veces superior a la belleza.

A las demasiado hermosas, las hace vacías porque considera que con la cara es suficiente ya.

Muchos mortales no tienen nada. Si analizamos esto nos sentimos defraudados. Por ejemplo: los miles de seres aquejados por taras hereditarias que arrastran su mísera existencia, huérfanos de todo bien. Los ciegos, los jorobados, los inválidos, los que nacieron señalados y condenados a no vivir sino a vegetar por el mundo.

Pero es inútil ponernos a hacer filosofías sobre esta enorme injusticia de la Naturaleza, porque solo Dios posee el secreto de todo.

¡Solo Él sabe por qué hace las cosas!

Mi fantasía, en esta mañana soleada y rubia del mes de febrero, es como un pájaro de alas ligeras que alza el vuelo y se remonta muy lejos de las miserias humanas. Y es cuando quiero imaginar que un hada buena me tocará con su varita mágica, y yo, como aquel muchacho de "El Ladrón de Bagdad", echaré a volar por el espacio azul y me perderé entre las nubes con solo desearlo...

¡Ah, si los cuentos pudieran hacerse realidad!...

Sábado 13 de febrero[56]

Una periodista estuvo a visitarme para hacerme una entrevista. Se trata de una obra en la que figurarán nada menos que cuatro siglos de literatura mexicana, y, por lo tanto, se incluirán en ella todos los que han escrito o realizado alguna labor que merezca la pena de darse a conocer.

Frente a frente, la muchacha y yo nos contemplamos. Era menuda y dulce con los cabellos sueltos sobre la espalda.

—Pregúnteme —le dije.

Y empezó a preguntarme. Las mismas fáciles preguntas que todos los días se hacen. ¿Cuál es el lugar de su nacimiento y la fecha y el día? ¿Qué estudios ha cursado? ¿Qué suceso extraordinario le ha ocurrido? ¿Qué cargos ha desempeñado? ¿Qué honores le fueron dispensados?, etcétera...

Yo no tengo honores porque nunca fuí a buscarlos.

No he cursado como puede creer alguno, "Estudios Superiores". Podría presumir como presumen otras, de haber desempeñado tales y tales cargos, pero yo no he desempeñado ninguno, afortunadamente. A nadie se le ha ocurrido pensar que podría yo valer algo. Y no estarían equivocados los que así piensen porque yo soy la primera en saberlo.

No me ha ocurrido nada extraordinario digno de contarse.

Mi vida es una vida de mujer igual a la de todas las mujeres.

Una vida en la que el dolor y la alegría fueron mariposas que revolotearon un día.

Una vida sencilla, sin grandes complicaciones.

Las complicaciones que haya podido tener, las tuvieron, como yo, las otras mujeres. No podría decir que me ha sucedido nada que fuera diferente. Muchas mujeres imaginan que su drama es único y que lo que a ellas les sucede a nadie más podría ocurrirles.

[56] *Novedades*, p. 5, segunda sección.

Yo soy más modesta y, por lo tanto, pienso que soy exacta a las demás. Tal vez un poco más soñadora que otras. Tal vez un poco más ilusa. Tal vez un poco más honrada. Pero nada más. Y como no me parece que sea mérito pensar así, no se me ocurrió anotarlo como sobrenatural.

—¿No ha desempeñado ningún cargo de importancia? —me preguntó extrañada mi colega.

—No, no he desempeñado ningún cargo oficial. Nunca he devengado sueldos fantásticos por realizar una labor que nadie conoce a última hora. Lo poco que he hecho, está a la vista y puede comprobarse. Es la vida anónima del periodista. La vida silenciosa del poeta que teje en el rincón apartado de su mundo interior el poema de su vida, sin hacer partícipe de ella a los demás...

Podría presumir de muchas cosas. Bastaría un poco de imaginación y un poco de desvergüenza. Un mucho de audacia. Y con esta mezcla batiría un cóctel para servírselo a los lectores plagado de exageraciones, porque a veces hay cosas sencillas que no tienen otra importancia que la que queremos darle...

No tengo ambiciones.

Nunca he aspirado a que se me rindan honores.

Nunca me he acercado a los poderosos para pedirles nada.

Tampoco me lo darían probablemente. Para obtener estas "gracias", precisa realizar cosas que yo nunca podría realizar.

Precisa inclinar la cerviz.

Plegarnos al capricho del que nos paga. Obedecer ciegamente.

Negar hoy lo que hicimos ayer. Proclamar méritos que no son nuestros. Elogiar aquello que en el fondo comprendemos que no lo merece.

Despreciar al amigo que cae en desgracia.

Mostrarnos obsequiosos con los que logran escalar la altura y disfrutar del poder.

Ser ciegos para no ver y sordos para no oír.

Con tales, tan flamantes cualidades, podrían adquirirse todos esos bienes materiales que la mayoría de los mortales persigue.

Pero a mí me han parecido siempre deleznables.

Nunca he soñado con recobrar lo que el destino me quitó de las manos un día.

Fatalista convencida, he aceptado mi parte de bien y de mal.

Me he dicho a mí misma que, bien mirado, no soy de las peor dotadas.

Otros muchos, son menos favorecidos.

Otros muchos, tienen que sufrir cuando cruzan, las murmuraciones de los que, conociendo sus manejos, se divierten, haciendo trizas de su reputación.

De mí, podrán hablar porque esto es irremediable, pero por mucho que la maldad humana invente, nunca se acercará a la verdad y es lo que me interesa para paz de mi conciencia.

Y como la entrevista había terminado, mi colega, se inclinó y nos despedimos, mientras un sol rubio y ardiente entraba por las ventanas abiertas de la redacción.

Y yo me senté a escribir frente a mi máquina como todos los días, sin una inquietud y sin un remordimiento.

Domingo 14 de marzo[57]

¿Son felices los que se casan?... ¿Obtienen en realidad aquello que soñaron y ambicionaron?...

Se dice que el matrimonio es "el estado perfecto" y acaso lo sería de veras, si los que se casan lo hicieran, pensando detenidamente en el acto que van a realizar. Si en vez de dejarse llevar de una pasajera ilusión, estudiaran mutuamente sus caracteres, sus sentimientos y su educación. Un matrimonio en el que uno de los dos está más alto o más bajo que el otro, no marcha bien. La igualdad en este caso, se impone.

[57] *Novedades*, p. 5, segunda sección.

Cientos de mujeres desoladas vienen a mí. Cientos de esposas defraudadas, amargadas, adoloridas me confían sus penas:

—Rosario, sufro esta humillación.

—Rosario, se me hace intolerable la vida.

—Rosario, dichosa tú que eres dueña de tu voluntad y de tus actos...

Yo suelo quedarme pensativa un rato. Escucho las amargas confidencias y a veces no sé qué recomendarle a estas mujeres que vienen para depositar en mi corazón feliz, la dura carga de sus preocupaciones.

—No te divorcies—les recomiendo—; el divorcio es lo menos cómodo del mundo aunque muchas crean que es la libertad. El estado civil de una mujer en tales condiciones resulta muy difícil de soportar. Los hombres se consideran con derecho a faltarles al respeto. La sociedad duda de su conducta. Muchos se preguntan: ¿Por qué se divorció? ¿Es ella la culpable? Las esposas miran con recelo a las mujeres divorciadas. Les tienen miedo. Las creen vampiresas capaces de arrebatarles a sus maridos...

Pocas veces reconstruyen su hogar. Pero el divorcio, siendo como es, arma peligrosa, es siempre preferible a soportar humillaciones y a dar a los hijos el ejemplo de una pareja siempre en discordia perenne...

Los hijos que crecen oyendo disputar a sus padres, les pierden el respeto. Acaban a la larga por imitarlos y repetir sus injurias.

Y para continuar viviendo en este infierno, es mejor, mil veces, echar a caminar cada cual por su lado. Sin embargo, si antes de casarse, los enamorados se estudiaran a fondo, si en vez de soñar con besos kilométricos estilo de Hollywood, las muchachas midieran las responsabilidades que van a echar sobre sus hombros y estudiaran sus propias cualidades, no se verían tantos fracasos ni tantos divorcios.

Algunas veces, la dicha es compañera fiel de los que se casan, pero esto ocurre cuando la esposa es inteligente y abnegada, cuando está dispuesta a sacrificar muchos de sus gustos y aficio-

nes. Yo tuve una prima encantadora, inteligente y pura, que se casó locamente apasionada de su novio. Ella cultivaba la poesía y el canto, era culta y dada a la lectura de los buenos libros. Pero apenas casada, su marido le prohibió todo aquello que constituía su placer.

—¡Detesto a las mujeres que escriben! ¡No me gusta oír a todas horas canciones!

Ella renunció sin esfuerzo. Prefirió la paz de su hogar y prefirió retener el corazón del que amaba, y gracias a esto, fueron aparentemente felices, y digo "aparentemente" porque no creo que ella lo fuera del todo, obligada a sacrificar sus aficiones artísticas y teniéndose que conformar con su papel de esposa que es también la mayoría de las veces el de una ama de casa o el de una criada, según las circunstancias.

Cuando el marido no tiene dinero para pagar servidores, ella tiene que desempeñar los menesteres de su hogar, y cuando es rica, tiene el deber de vigilar para que se obedezcan sus órdenes. De todos modos, la esposa está llena de obligaciones siempre.

El hogar donde sus moradores viven felices, se conoce apenas se cruza el umbral. Todo en derredor respira armonía y paz. Todo es atractivo aunque no siempre sea lujoso. A menudo, la gente equivoca estas cosas y cree que decir "una casa bien puesta" es decir una casa lujosa. Los hogares más bellos que he conocido, fueron humildes. Pero una mujer inteligente y gentil, había sabido convertirlo en un paraíso. Una mujer que simplemente piense un poco en su marido y trate de halagar sus gustos y complacerlos sin que le represente esfuerzo alguno.

Yo siempre he creído que el matrimonio sería ideal, si los que se casan se amaran con bastante espíritu de sacrificio.

El marido sabe que a partir de ese instante en que cruza el umbral del templo llevando prendida de su brazo a la mujer elegida, se debe íntegramente a ella, y está obligado a respetarla, defenderla, ampararla y guiarla a lo largo de la vida. Las mujeres somos siempre niñas y siempre estamos necesitadas de protec-

ción aunque otra cosa propaguen las "feministas" de nuevo cuño que se sienten capaces y suficientes para no necesitar de la ayuda del hombre. Y porque somos niñas hasta el sepulcro, Campoamor, el cantor de todas, dijo aquello:

> Jamás mujer alguna
> ha salido del todo de la cuna...

Niñas siempre y, sin embargo, ¡con qué valor y energía sabemos a veces enfrentarnos a los más graves problemas para resolverlos rápidamente, a veces con mayor inteligencia que el hombre...

Domingo 28 de marzo[58]

Ayer, un individuo modestamente vestido, que ostenta el poco poético nombre de Prisciliano, me hablaba de sus versos...

—Yo estoy estudiando declamación y literatura —me dijo.

—Léame sus versos.

—No los traigo encima, pero le recitaré uno que es muy largo.

Allí, en medio de la acera, aquel buen hombre me recitó una estrofa que además de estar "coja" adolecía de enormes defectos de gramática...

Yo le escuché risueña. Después le dije.

—No está bien.

—Pues así y todo, voy a debutar en una estación de radio. Pienso decir mis poesías por las noches.

—Tal vez tenga éxito.

Me marché tranquilamente pensando en la infinita vanidad humana que no permite a nadie mirarse tal cual es, con sus defectos y sus "fallas"...

[58] *Novedades*, p. 5, segunda sección.

Hace tiempo recibí una poesía. Era malísima. Adolecía de defectos que hubiera podido descubrir el más ignorante. Me negué a publicarla. Dos días más tarde me llegó una carta llena de injurias en la cual se censuraban precisamente mis versos exponiendo sus "innumerables" defectos.

Pero, afortunadamente, yo soy de las que nunca presumieron de ser "sabias". Podía, como hacen otras, decir que pertenezco a doce sociedades culturales "imaginarias", la mayoría de las veces, y contar que colaboro en cuarenta revistas y diarios del extranjero. Podría decir que he cursado tales y tales "materias". Mentiras.

No tengo títulos universitarios. No poseo ninguna "medalla" especial con la cual me hayan honrado. No desempeño ningún puesto de "importancia" en ninguna oficina gubernamental y dudo que los que ocupan las altas esferas del poder sepan que existe una mujer que lleva mi nombre y escribe versos románticos en una época como la presente en la que priva el interés y en la que el tanto por ciento es el tema dominante.

Nunca pensé, y lo confieso honradamente, que un día tendría que ganarme el pan frente a una máquina de escribir. Tuve un padre que labró una fortuna para que sus hijas no carecieran de nada. En mi ciudad natal adquirió toda una calle entera para fabricar en ella una casa destinada a él y a mi madre.

Tres casas para cada una de nosotras con el nombre de cada cual en la puerta, señalada con iniciales.

—Así viviremos todos juntos y no estaremos separados —nos dijo papá una mañana en que la última casa había sido terminada.

Era yo niña entonces y me gustaba cuando salía de mi casa contemplar mis iniciales sobre el zaguán de las que debían pertenecerme cuando yo fuera grande. Crecí sabiendo que estaba resguardada del hambre y la pobreza y que tendría lo suficiente para vivir con holgura.

Como, por desgracia, el destino es el que dice "la última palabra", nada de lo que papá pensó pudo realizarse. Una enferme-

dad dolorosa y violenta se lo llevó a la tumba cuando yo apenas traspasaba el umbral de la adolescencia.

Mis hermanas se casaron con extranjeros y cada una se marchó a países lejanos. Laura se fue a Barcelona donde vivió diez años. María se fue a Cuba. Quedamos mamita y yo, solas.

Las casas edificadas con tanto amor, se vendieron todas.

Quedaron tan solo las iniciales colocadas en las puertas.

La casona solariega se vendió también. Ahora pertenece a un abogado y él es el que disfruta de sus grandes comodidades.

Toda mi familia se disgregó.

Durante años enteros, no vi a ninguna de mis hermanas.

Ahora han muerto también. Duermen en su lecho de paz y de olvido.

Papá reposa en mi ciudad natal. Sobre su tumba un ángel de mármol llora.

Mi madre reposa en el Panteón Español.

Laura duerme en la ciudad de Puebla.

Yo soy la única superviviente de mi familia. Y como no tengo fortuna, me gano la vida escribiendo y nada más. No he concedido a esto importancia alguna porque, en realidad, amo mi profesión con un amor sincero y firme. Desde que fuí pequeña, me acostumbré a escribir sin sospechar que me serviría alguna vez. Cuando papá descubrió mis aficiones poéticas trató de impedir que siguiera por ese camino.

—Charito va a volverse loca —le dijo a mi madre.

Y me prohibieron hacer versos, pero mi vocación fue más fuerte que la prohibición, y en vista de que me despojaron de papel y de lápiz, me di a embadurnar los muros de mi casa que eran blancos y quedaron por mi manía, hechos una lástima.

Esto fue lo que decidió a mis padres a dejarme en paz.

Y por miles de extrañas y duras circunstancias, no entré a una universidad, cosa que me ha hecho muchísima falta. Sé lo necesario y nada más. Y no me vanaglorio de ser gloriosa.

No presumo de ser genio.

Soy una modesta periodista, nada más. Una mujer que frente a su máquina de escribir, se siente feliz como ante una amiga a la que puede contárselo todo, sabiendo que recogerá mi confidencia...

Y por esto, las críticas no me duelen.

Domingo 4 de abril[59]

Cuando se habla de las mujeres famosas de la historia, se alude casi siempre a su hermosura física, a sus gracias y a sus hechizos. Poquísimas veces se les hace justicia reconociéndoles talento. El talento en la mujer es para el hombre cosa secundaria e inútil.

—Yo no quiero tener esposa demasiado inteligente —confiesan muchos.

Y la buscan sencilla, a veces torpe e ignorante, y a la larga son víctimas de su error porque una mujer tonta nunca puede acarrearle a su marido más que penas y calamidades.

Se dice de la reina Cleopatra que de no haber tenido la linda y respingada naricita que tuvo, el destino del mundo habría sido otro. Cleopatra fue además de una reina inteligente, una mujer bellísima de sangre ardorosa. Se sabía lo suficientemente hermosa para despertar amor y seducir y aprovechó este don para lograr sus fines.

Marco Antonio fue su esclavo como lo fue César.

Los hombres se rendían ante ella deslu[m]brados por el encanto que emanaba de su persona, pero ninguno pensó si tenía o no talento. Les bastaba recrear sus ojos en ella...

Cuando la hora del fracaso llegó, Cleopatra prefirió morir a caer en manos del vencedor. Se bañó y perfumó de sutiles esencias, se vistió con el más bello y vaporoso de sus trajes y se tendió en su lecho colocando en su desnudo pecho un áspid que al morderla le inoculó su veneno, matándola. Cuando el triunfador

[59] *Novedades*, p. 4, segunda sección.

entró a sus habitaciones para hacerla su presa, la reina Cleopatra era ya un cadáver…

Catalina de Rusia fue considerada como una mujer de instintos violentos. Casada con un hombre de carácter débil, al que odiaba precisamente por esta misma debilidad, hizo de su imperio uno de los más poderosos de la tierra. Por ser mujer se le atribuyen infinidad de aventuras amorosas. ¿Verdad o mentira? Tenía talento suficiente para enfrentarse a todas las situaciones y desafiar los peligros.

Inglaterra, bajo las hábiles manos de Isabel, aquella reina perversa y envidiosa, acrecentó su poderío y sus riquezas. Isabel de Inglaterra engrandeció su imperio y dilató sus dominios. La historia no podía eximirla de amar y le atribuye aventuras con uno de sus favoritos.

Victoria de Inglaterra, la reina que fue ejemplo de honestidad y de inteligencia, la reina que fue amada por el último de sus súbditos, ejerció su poder con liberalidad y con benignidad. Bajo su gobierno, Inglaterra afrontó situaciones y guerras peligrosas. Ella supo salir bien de todas las penalidades y murió a una avanzada edad, siendo esposa modelo, madre ejemplar y mujer de admirable hermosura y gracia.

De María Estuardo no puede decirse por desgracia sino que su demasiada belleza fue su enemigo peor. Antes que reina fue mujer y se dejó arrastrar de su ardiente y sensible corazón. Sus dotes de estadista quedaron ignoradas tal vez porque no le dieron oportunidad de ejercitarlas.

Holanda, el poético país de los tulipanes y de los molinos de viento, ha sido regido siempre por reinas. Todas supieron gobernar con discreción y con talento. Todas se granjearon el amor de los holandeses. Holanda, con sus puentes y sus molinos, es el tema de muchos pintores. Los quesos y la mantequilla formaban su industria más grande. En la actualidad, Holanda gime bajo la bota del invasor y la reina tuvo que emigrar a suelo extranjero en espera de mejores días.

La reina Guillermina gobernó sabiamente su reino y fue para todos sus súbditos una madre amorosa y buena.

Las favoritas que gobernaron la Francia bajo el reinado de los Luises, fueron en su mayoría mujeres de gran inteligencia. Intrigaron y lograron que el rey las obedeciera ciegamente. Pero de haber sido tontas no hubieran conseguido mantenerse tantos años en el corazón de sus señores.

El Talmud, libro sagrado de los hebreos, asegura: Dios se ha servido conceder mayor inteligencia a la mujer que al hombre.

Pero la mayoría de los hombres no lo cree ni lo acepta.

Sin embargo, los que escalaron grandes puestos, es porque tenían a su lado a mujeres de talento que los impulsaron y los ayudaron impartiéndoles fuerza. El hombre más fuerte que la mujer físicamente, al menos en apariencia, es esencialmente débil ante el dolor. Mientras una mujer soporta con verdadero estoicismo dolores espantosos, ellos gritan y se lamentan desesperadamente por el más ligero malestar.

Mezcla extraña de contradicciones, de virtudes y perversiones, de abnegación y de heroísmo, mezcla absurda de todas las cualidades humanas, la mujer desempeña en la historia del mundo uno de los papeles más importantes.

Si el hombre la prefiriera inteligente en vez de elegirla solo por su belleza, tal vez nuestro destino hubiera sido otro muy distinto. Obligada a sufrir el yugo, acabó siendo astuta y mañosa. Comprendiendo que no lograría nada siendo sincera, aprendió a mentir. Y el hombre es el único culpable de todo. Pero la mujer que a estas cualidades reúne las del talento, es más temible que el más temible de los hombres.

Lunes 10 de mayo[60]

Todos los años, en el día de las Madres, yo rememoro mi lejana infancia. Torno a verme niña. Jamás se me ocurre recordar mis años cercanos en los que el dolor y la tragedia ensombrecieron mi vida. Jamás vuelvo los ojos hacia lo que me produce angustia. En cambio, recordar mis años infantiles, me produce una sensación de frescura, como si caminando en un sendero ardoroso, topara de pronto con un arroyuelo de aguas cristalinas y me sumergiera en él.

Mi infancia, tal vez porque la siento tan lejos, me produce placer evocarla. Cierro los ojos con desesperación. No me gusta pensar que he sido y soy una mujer en cuya existencia el destino tramó hilos rojos y negros. No me gusta imaginar siquiera lo que viene inevitablemente y me acecha en la sombra.

En el día de las Madres, siento la presencia de la mía.

La siento y la miro, con los ojos de mi espíritu.

Me duele haberla desobedecido tantas veces. Me duele haber sido traviesa. Me duele haberme rebelado contra sus mandatos.

Siento remordimiento de todo eso inevitable en el niño.

Yo había nacido rebelde. Había nacido dueña de un carácter firme y de unas convicciones irrevocables. No era mía la culpa del todo...

La primera vez que necesité enfrentarme a una situación difícil para resolverla, tenía yo escasamente doce años.

Y tal vez esto hizo que en mí la cobardía no tuviera sitio donde refugiarse.

El convencimiento de que debía dar pruebas de mi energía, me hizo consciente de mis responsabilidades en una edad en que todos los niños no piensan sabiendo que otros lo hacen por él.

Hay, sin embargo, en mi vida, un periodo del que me avergüenzo de haber mostrado debilidad, y en vez de defenderme, acepté aquello que jamás debí aceptar. Es el periodo que sigue de

[60] *Novedades*, p. 6, segunda sección.

mis doce a mis quince años. En ese lapso ocurrieron los sucesos que hicieron de mi porvenir una noche de sombras eternas.

Yo no tuve una madre sana y fuerte como otros. Mi madre sufría, desde que yo abrí los ojos a la vida, una enfermedad muy común en las mujeres de ayer: la histeria. Casada muy joven y muy enamorada de mi padre, este, que era terriblemente celoso, la llevó a vivir a su hacienda. Una hacienda situada a nueve leguas de Tixtokob.[61] Ninguna vecindad agradable era aquella. Los criados que la formaban eran personas ignorantes y llenas de supersticiones que contribuyeron a hacer de mi madre una mujer supersticiosa, como era natural. Bastaba que ladrara en la noche un perro, para que pensara en una muerte cercana. Todo le producía terror, y consecuencia de todo ello fue la enfermedad que contrajo y que nunca la abandonó.

Recuerdo que todas las tardes, a la hora del crepúsculo, mi madre se soltaba la larga cabellera y estallaba en dolorosos gritos, que se escuchaban en toda la vecindad. Mis hermanas mayores y yo, tratábamos de consolarla, pero ella no atendía a nuestros ruegos. Un ataque de nervios la sobrecogía y se prolongaba por regla general una hora. Después, a fuerza de calmantes, recobraba en apariencia al menos la calma.

Crecí mirando este cuadro de dolor. Crecí, dándome cuenta de que mi hogar no era un hogar igual a los demás hogares de mis amigas. Algo presentía en el fondo, sin explicármelo, hasta que cumplí doce años. En esa época, mi madre me contó su historia.

—Charito, hijita, quiero que un día la escribas —me decía.

Hacía ya mucho tiempo que yo había dado muestras de mi afición a escribir, y a escondidas de todos borroneaba cuartillas y formaba versos apasionados. Una noche en que momita [*sic*] y

[61] El poblado se llama realmente *Tixkokob*, y se encuentra al oriente de la ciudad de Mérida, Yucatán. En Municipios de Yucatán: <https://www.yucatan.gob.mx/estado/ver_municipio.php?id=93>, consultado el 9 de octubre, 2024.

yo estábamos solas en su cuarto, le prometí cumplir su deseo. Y todavía estoy en deuda con ella, porque para escribir la dolorosa novela de esa vida, necesitaría disponer de un tiempo que no he tenido a mi disposición.

La veo siempre, con sus trajes blancos. Con sus manos afiladas y blanquísimas, donde las venas azules formaban caminitos. Miro sus ojos inmensos, de un color de avellana, que tenían siempre expresión de Virgen Dolorosa. Mi madre era así, como yo, alta, pero muy delgada. Tenía el talle quebradizo, la figura llena de distinción y la expresión dulce y delicada.

Jamás la vi maquillarse el rostro. Su piel blanquísima, tenía un leve tinte de rosa. Sus labios delgados, tenían apenas sombra de color. Pulcra hasta el exceso, nunca permitió en sus vestidos la más ligera mancha. Ordenada hasta el exceso, todo su alrededor estaba siempre ordenado y limpio.

Jamás la vi ociosa. Cuando no tejía, bordaba o leía. Yo estaba lejos cuando ella murió. Fue en el año de 1931. Una lacónica carta me llevó hasta La Habana, la noticia. Y la llamé con la voz quebrada en sollozos. Y sentí que dentro de mí, resonaba la suya:

—Charito, hija, cuando me necesites, llámame.

Yo la llamo siempre que un dolor me acobarda el espíritu. La llamo y le pido siempre dos cosas: Mantenerme siempre sana y ser fuerte en todo momento.

Hoy, 10 de mayo, los hijos de todo el mundo recuerdan a sus madres. Yo la llevo siempre prendida en la memoria.

Martes 8 de junio[62]

Si se pregunta a un ciento de mujeres si quisieran haber nacido hombres, por lo menos un ochenta y nueve por ciento o tal vez más, dirían que sí.

Son escasas las que están conformes con su sexo.

[62] *Novedades*, p. 5, segunda sección.

Escasas las que aceptan su altísima misión sin protestar.

"Nos ha tocado la peor parte en el reparto", exclaman afligidas creyendo que el hecho de nacer hombres las pondría en posesión de todos los bienes.

Yo he creído siempre lo contrario.

He creído que el hombre lleva sobre sí toda la carga. Todo el peso terrible de la historia gravita sobre él. Forzado a ser "fuerte" aunque solo sea en apariencia, necesita luchar mucho más que la mujer. Él es el fundador de la familia. La base sobre la cual descansa el edificio. Y por lo tanto, su único privilegio si puede llamársele tal, es el de ser absolutamente libre para hacer lo que le parezca.

Pero, si volvemos los ojos al pasado, encontraremos que la mujer ha sido en realidad la que lo ha manejado todo.

Subterráneamente, como los topos, ha abierto el negro y largo túnel para pasar.

[S]u[63] labor, en el pasado no fue la de hoy. Hoy, una mujer puede hacer abiertamente muchas cosas.

Los que proclaman la teoría del "honor" aplicable solamente a nuestro sexo, están equivocados. El hombre que comete cualquier acción indigna, está sujeto igualmente a las consecuencias de sus actos.

La Naturaleza echó sobre nosotras, un peso enorme: el de la responsabilidad maternal. Urnas sagradas, en nosotras, duerme el germen misterioso de la vida.

Pero esto, que a primera vista le parece a las mujeres una maldición, es una gloria.

Poder dar vida, poder crear, poder formar un corazón y un alma, ¿no es ya un[a] misión extraordinaria y casi divina?...

¿Por qué hemos de envidiar al hombre, cuando el hombre no tiene nada digno de serle envidiado?...

[63] En el original se lee *Eu* en lugar de *Su*.

Muchas de las cosas que él ha podido hacer, fueron debido a que las mujeres se habían sometido de buena gana y no se atrevieron a defenderse contra su yugo.

Demasiado o aparentemente tímidas, prefirieron laborar siempre en la sombra.

Ha sido su consejo quien derribó tronos o los alzó.

Ha sido su propia sugerencia quien ha movido los destinos del mundo.

En medio de su fortaleza física, el hombre es débil, como los niños, en el momento del dolor.

No sabe sufrir. Ha crecido, sabiéndose dueño de todo lo creado.

Y este orgullo le ha impedido medir su propia debilidad porque no cree tenerla.

¡Si yo fuera hombre! —suspira la poetisa uruguaya...

¡Si yo fuera hombre qué hartazgo de luna me diera!...

Pero, ¿es que una mujer de nuestra época no puede hartarse de luna, de viento y de sol?... ¿Es que alguien le ata los pies para impedirle caminar?...

La guerra que tantos trastornos ocasiona, ha sido el liberador supremo de nuestro sexo.

Necesitando de nuestra ayuda, el hombre nos reconoce ahora un cerebro y una fuerza que antes nos negó.

Comprendiendo que sin nuestro esfuerzo la maquinaria bélica podría detenerse, nos otorgó privilegios y derechos iguales a los suyos.

Ahora estamos en igualdad de circunstancias.

En igualdad de responsabilidades.

Ya dejamos de ser enemigos que se miran para medir cada cual sus fuerzas.

A pesar de esta igualdad, la mujer sigue disfrutando de cosas que el hombre no tiene. Sigue siendo "mujer", que es decirlo todo. Teniendo derecho a la pleitesía de su compañero que en

su presencia no siempre se atreve a cometer desmanes y a verter expresiones groseras.

Seguimos teniendo privilegios que nunca me he explicado por qué a la mayoría de las mujeres les parecen despreciables.

Adán solo, probablemente jamás hubiera sido sino un infeliz.

Eva lo lanzó a la lucha y con ello le hizo un bien.

Lo despertó y le infiltró pensamientos que de otro modo nunca hubiera albergado su mente.

Hechas de misterio, de contradicciones, de heroísmos y de debilidades, hechas de abnegación y de maldad a veces también, las mujeres cumplimos nuestra misión de ser para el hombre el objetivo principal.

Somos sus colaboradoras. Y nunca debemos considerarnos ni sus rivales ni sus enemigas.

Aquellas que reniegan de su sexo, es porque no han pensado en sus ventajas.

Domingo 20 de junio[64]

Pilar me escribe una tarjeta. Cuando le agrada algo de lo que escribo, lo comenta y me estimula a seguir en mi labor. Hoy me dice: "Un amigo mío, asegura que no es usted quien escribe esas crónicas"...

Y yo he sonreído burlona. No tengo ningún familiar que ejerza la profesión de periodista para que pudiera "ayudarme". No estoy casada con poeta que me corrija lo malo o lo bueno que puedo escribir. Soy y vivo sola. Además, ¿quién es el tonto que escribe para que otros ganen laureles a costa suya?...

En realidad las cosas que escribo no son cosas trascendentales.

Son a veces confidencias sencillas que se escapan de mi alma.

Recuerdos lejanos que saco del archivo de mi memoria.

Recordar —dijo el poeta— es vivir dos veces lo vivido.

[64] *Novedades*, p. 6, segunda sección.

Así, yo a veces busco en el ayer remoto, el tema que necesito.

El presente carece de relieve.

Mi vida de hoy es una vida sin dramas, sin sentimentalismos necios, sin todo ese "engranaje" que le da la primera juventud a los que escriben.

Mis primeros versos hablaban de muerte, de vejez, de canas.

Cuando cumplí 28 años escribí "La hebra de plata" porque me pareció ver brillar una entre la madeja de mis cabellos castaños.

Me sentía decepcionada de la vida.

Creía amar.

Creía ser heroína de una novela romántica.

Me juzgaba víctima del destino.

Lo era en efecto, pero a cambio de esa inmensa tragedia, tenía yo mi caudal de ilusión intacto.

No había querido a nadie todavía.

Había hecho "experiencias" como el químico que se inclina sobre las probetas y examina el proceso de los ácidos en su laboratorio.

Yo me creía más desdichada de lo que era.

Le canté a mi juventud agonizante.

Y los que me veían cruzar me preguntaban:

—Rosario, ¿por qué en plena juventud te sientes vieja?...

Yo no contestaba. Mis mejillas tenían la tersura del raso.

Mi paso era elástico y firme.

Pero, mi imaginación "creaba" este mundo ficticio en el cual viví.

Todo cuando [*sic*] escribí entonces reflejaba mi estado de ánimo.

Yo no he asistido nunca a la Universidad. No poseo títulos.

No he estudiado junto a los grandes profesores, ni literatura ni filosofía.

Desde que nací tuve esta necesidad imperiosa de decir lo que sentía en mi interior, y así lo he hecho sin consultarle a nadie. ¿Bueno o malo? No lo sé. En realidad, nunca me ha interesado el juicio de los demás. A veces me es adverso. Los conocedores, los

"técnicos" de la literatura, si se ponen a desmenuzar mis artículos encontrarán en ellos muchísimos errores.

Todo esto lo siente y lo dice mi corazón poeta.

Mi corazón poeta que recoge la emoción del verso y la devuelve convertida en estrofas.

He vivido siempre escuchando los mil murmullos de la Naturaleza. Mirando el vuelo ingrávido de las mariposas y de los insectos. Observando a las arañitas cuando tejen su tela sutil.

He vivido envidiando a los pájaros y deleitándome con sus trinos, mirando cómo el mar azul se encrespaba y se deshacía en rizos de espuma.

Oyendo su canción que los demás no entendían.

—Rosario —me preguntó una vez un caballero—, ¿de dónde has inventado que el mar canta?...

—Yo oigo su canto —suspiré...

—Es fantasía tuya.

—Tal vez; pero yo le oigo cantar.

En las tardes ardorosas de julio, yo me sentaba sobre una roca a mirarle y hablaba con él y le preguntaba si conocía mi destino.

Y el mar me respondía cantando:

—¡Huye sobre mi lomo. Yo soy la libertad...!

A fuerza de oírle, la idea se me incrustó en el cerebro. Y un día escapé en un barco y regresé a mi patria de la que faltaba hacía ya veintitrés años...

Yo oigo los murmullos del viento. Entiendo lo que dice la brisa. He estudiado a las flores y sé lo que quieren decirme cuando aspiro su fragancia...

He vivido siempre un poco "fuera del mundo" para poder soñar y sentirme alegre. Mis pies no tocaban demasiado el barro vil para no sentirme infeliz.

Y así he forjado mi vida toda hecha de sueños y de ilusiones mentirosas, tal vez, pero bellas...

Todo esto es lo que yo escribo y es mi corazón la fuente de donde brotan las palabras...

Miércoles 25 de agosto[65]

Cuando paso por el tramo de la Avenida Insurgentes, que abarca del número trescientos cincuenta al cuatrocientos, mis ojos se fijan siempre en una casa un poco saliente, de ancho zaguán y rojo tejado, y recuerdo que yo le puse por nombre "La Escuelita". En esa casa existió hace diez años, una estación de radio.

Acababa yo de regresar a México, después de largos años de ausencia.

Me sentía completamente extraña dentro de los míos.

Se habían muerto los queridos seres. No conocía casi a nadie. Los amigos que dejé, habían emigrado unos, y otros se habían muerto ya.

Llegué sin blanca en la bolsa, pero con la imaginación rica de sueños y de ilusiones.

Busqué trabajo en los periódicos.

Una espesa muralla me impidió llegar.

Los intereses creados, los sindicatos, y la falta de voluntad más que otra cosa porque después he podido comprobar, que cuando tienen interés en algo, se violan las leyes y se cometen todo género de tropelías.

Tal vez era el temor de que yo le quitara a alguno lo que creía suyo. En esa búsqueda de trabajo por la que han pasado tantas y tantas personas, una amiga me fue a buscar un día a la modesta casa de huéspedes en que me hospedaba.

Rosario —me dijo— he logrado que nos faciliten una pequeña estación de radio para trabajar en ella. Buscaremos anuncios. Podemos ganar dinero.

Mi amiga era entonces tan pobre como yo. Era una muchacha dulce y sencilla con la cual había yo sostenido correspondencia mucho tiempo. Escribía versos emotivos y tiernos. Hija de madre francesa y padre mexicano, había heredado de su madre unos ojos claros y transparentes y una estatura elevada. Yo la creía mi

[65] *Novedades*, p. 4, segunda sección.

amiga. Desde mi llegada a México, nos habíamos visitado y me sentía cautiva de su dulce voz, acariciadora de sus modales reposados, de su expresión serena.

—Rosario —insistió— a ti te conocen mucho. Estoy segura de que podemos conseguir algo.

Cuando hace falta trabajar, jamás he dicho que no. He preferido siempre ganarme el pan con mi esfuerzo, a tener que deberle una posición falsa a los políticos, posición lograda siempre a base de favores inconfesables. Tengo la suficiente experiencia para darme cuenta de que los hombres nunca dan nada si no es a cambio de otra cosa. Cuando escucho que Fulana o Mengana, disfrutan de este o aquel jugoso empleo, sonrío burlona. No se los dió su mérito. ¡Se los dió su desvergüenza!

Acepté, pues, aquel trabajo sin replicar.

Había que buscar anuncios y pasar programas de radio a base de economías. Una muchacha que componía canciones y tocaba la guitarra, se ofreció gentilmente a tocar y cantar sin cobrarnos para dar a conocer sus canciones. Otra amiga gentilísima, nos brindó su cooperación para hacer programas jocosos sobre temas de belleza.

Calle arriba, calle abajo, me lancé a la tarea de buscar anuncios.

Cuando daba mi nombre, solían mirarme con extrañeza.

—¿No es usted la que escribe los versos?, me preguntaban.

—Sí, soy yo.

—¿Y cómo es que teniendo un nombre, trabaja en esto?

—Porque no he encontrado otro honrado.

Me daban el anuncio en seguida. Fueron muchos los comerciantes que aceptaron los contratos. Y el programa empezó a pasar en las mañanas unas veces, y otras por las noches.

Tuvimos éxito.

Yo nunca me había dedicado al radio. Desconocía sus trucos.

Y como la estación estaba situada en ese tramo de la Avenida Insurgentes, iba yo a diario y le puse por nombre "La Escuelita", porque en ella fuí aprendiendo cosas que ignoraba.

Todas las mañanas a las diez, llegábamos mi amiga y yo.

Ganábamos el dinero con mucha dificultad pero sacábamos lo suficiente para no tener que pedirle a nadie. Y día a día, mes a mes, el tiempo se fue...

La estación desapareció un día.

El propietario la vendió.

La casa pasó a ser propiedad del licenciado Querido Moheno y una mañana soleada del mes de abril, fuí a acompañarle al cementerio.

Había muerto la víspera súbitamente de un ataque.

Entré en la "Escuelita" que estaba ya muy cambiada.

Ya no existían los micrófonos, ni el piano, ni la sala de muros de corcho o cartón. Era una casa de familia igual a otra cualquiera y sentí que se me nublaban los ojos al evocar aquel tiempo no muy lejano todavía en que yo entraba con mi faz sonriente, con mi paso elástico, a trabajar...

Desde entonces, mi vida se encauzó por derroteros más firmes.

Entré a la redacción de un diario. Después entré a trabajar en una oficina de Gobierno, de la que conservo amarguísimas experiencias.

Más tarde, conseguí trabajo estable en periódicos y revistas.

Mis dedos están tan familiarizados con las teclas de la máquina que si no tuviera un día nada qué hacer, me moriría de aburrimiento.

Y siempre que paso frente a la "Escuelita", recuerdo esos días felices en los que aprendí a hablar frente a un micrófono, y aprendí sobre todo, a tratar con tanta gente...

Diez años se han ido. "Parece que fue ayer", como dijo aquel sabio Fray Luis de León...

Viernes 1º de diciembre[66]

El número de divorcios registrado en la República durante los últimos cinco años alcanza cifras pavorosas: ello indica la podredumbre de nuestro medio actual. Por cada tres matrimonios, ocurre un divorcio ahora.

Quienes vivieron en los comienzos del siglo y tuvieron ocasión de contemplar los hogares mexicanos, quienes tuvieron la suerte de nacer en los tiempos en que la decencia era una necesidad y se practicaba por todos, tienen forzosamente que comprobar que no salimos favorecidos en lo absoluto con los cambios.

Se alega, en defensa del divorcio, que muchos casos son desesperados y que los hijos presencian ejemplos poco edificantes entre sus padres. Se alega "el derecho a la vida" y, en su nombre, las esposas se niegan a sufrir. No quieren padecer. No quieren soportar malos tratos.

Perdido ya el respeto mutuo, perdida la confianza y desterrada la fe, no queda otro recurso que el Tribunal, al que se apela para buscar la solución al conflicto.

¿Los hombres son peores ahora que lo fueron antes? No. Los hombres siguen siendo los mismos de ayer. Son las mujeres las que han cambiado.

Son las mujeres las que los sonsacan de sus hogares.

Las que se los arrebatan a las otras mujeres.

Las que flirtean, y dueñas de una libertad que no todas saben aprovechar, la utilizan para romper hogares felices.

[66] *Novedades*, p. 6, segunda sección. N-B.

Los hombres, en todo momento, han sido la parte "activa".

La mujer la parte "pasiva".

Los valores se han invertido.

Ya el hombre no necesita buscar. Lo buscan a él.

Ya no necesitar apelar [*sic*] a las dueñas, a los papelitos y a las martingalas del dinero.

Asediados a toda hora, los hombres ceden a veces contra su voluntad, temerosos de que los juzguen "poco hombres".

Pero insensiblemente van aprendiendo a despreciar al bello sexo.

Todo aquello que se obtiene fácilmente, pierde su interés. Esto es viejo como el mundo.

El acicate en el hombre era la imposibilidad de lograr su objeto.

Para lograr una mujer tenía que apelar a todos los procedimientos imaginables y a poner en actividad su ingenio.

Las muchachas estaban vigiladas.

Las rejas servían de muralla.

Las costumbres coloniales fuertemente arraigadas, eran las que regían.

Ningún padre de familia aceptaba que su hija saliera a la calle a trabajar.

Ningún marido permitía que su mujer sirviera de señuelo o que se metiera también en una oficina a ganarse el sustento.

Se bastaban ellos.

El día en que la entrada quedó libre y la puerta abierta de par en par, entraron por ellas, libertinajes, perversiones y calamidades.

Me parece escuchar el comentario mordaz de las lectoras:

—Rosario envejece. Está metiéndose a moralista.

Pero estas ideas son perfectamente mías desde que tengo uso de razón.

He sido partidaria de la independencia económica de la mujer en los casos en que la necesidad la orilla a ello únicamente.

He sido partidaria de una vida mejor.

Pero detesto los modernismos de mal gusto.

Detesto muchas de las costumbres "importadas" que del otro lado del Bravo llegaron sentando entre nosotros carta de nacionalidad.

Mis observaciones sobre el parecer de los hombres, afirman estas ideas.

En el fondo, todos prefieren a la mujer que les pertenezca a ellos solos.

Desgraciadamente, nuestro temperamento pasional no nos permite adaptarnos a esas costumbres.

Nuestra exaltada raza latina no es la fría y analítica raza sajona.

Los mexicanos somos románticos, somos temperamentales, somos amorosos y tiernos, locos…

Las mujeres suelen quejarse alguna vez del desvío del hombre, de su falta de galantería. Se quejan de que en los camiones ninguno cede su asiento, de que las empujan con brusquedad…

Olvidan que nos hemos colocado en planos de igualdad.

Frente a frente, los dos sexos, son como combatientes encarnizados que se disputan la presa.

Un artículo recientemente publicado, afirma que las oficinas se van quedando todas en manos de mujeres. Poco a poco han ido invadiendo el terreno. Desempeñan mejor el trabajo. Son más honestas y se conforman con menos dinero también…

Estas cosas pesan.

La mujer aprendió a valerse de sí misma. Aprendió a no necesitar del hombre y este sentido de independencia le impide soportar lo que su madre y su abuela soportaron calladamente.

Podría buscarse un término medio que allanara las dificultades.

Y, ante todo, debía buscarse el modo de evitar el divorcio por los hijos, que, a la larga, son las víctimas.

Los novios se casan a la ligera. Ya ninguno piensa en la gravedad del paso que da. Tienen delante la perspectiva del divorcio como una puerta abierta. Saben que podrán escapar por ella.

Pero mejor sería, que antes de casarse, ambos estuvieran seguros de amarse, seguros de poder confiar el uno en el otro, seguros de comprenderse, de estimarse y de fundir sus vidas en una sola.

Los matrimonios al vapor nunca dieron buen resultado.

Domingo 3 de diciembre[67]

Un caballero al que encontré en una fiesta elegante me contó anoche:

—Rosario, trate en su columna de *Novedades* el tema de las viviendas para los pobres. Hable de las casas de vecindad que van desapareciendo, absorbidas por la ambición. Ahora todas las casas viejas se están demoliendo para levantar casas de apartamientos cuyo alto precio las pone fuera del alcance de los infelices. Yo soy dueño de una de esas casas de vecindad en las calles de la República de El Salvador. Mil trescientos metros de terreno. Cientos de viviendas a las que no he subido el alquiler ni pienso subírselos. En ella, nacieron muchos niños que se hicieron hombres en ella y fundaron nuevos hogares. Algunas viviendas pagan veinticinco pesos y tienen cuatro recámaras… Pues bien, un judío ha fijado sus ojos en esta casa de vecindad. Me ofrece por ella un alto precio para demolerla y alzar un edificio de muchos pisos. Podría sacársele una renta fabulosa y él lo sabe. Yo me niego a venderla como es natural. Le tengo afecto. Es un legado paterno y además, ¿cómo dejar en la calle a esas familias humildes que me pagan con toda puntualidad sus rentas exiguas? ¿Cómo permitir que las lancen al arroyo?... Viendo mi negativa, se ha puesto de acuerdo con los inspectores que a diario me exigen reformas que no puedo llevar a cabo porque no soy rico.

Me es imposible satisfacer las exigencias.

Y están apretando el tornillo para que yo ceda…

Prometí tratar este tema y ahora vamos a tratarlo.

[67] *Novedades*, p. 3, tercera sección. N-C.

México se va quedando sin casas de vecindad. Es cierto que algunas están ya en estado ruinoso y sus propietarios se niegan a gastar dinero en ellas. Es cierto que al derribarlas y levantar edificios modernos, la ciudad se embellece, pero por desgracia los edificios modernos ganan rentas que los pobres no pueden pagar. Un problema pavoroso, es el de la vivienda actualmente.

El que gana un sueldo de cinco pesos, ¿cómo va a pagar doscientos de alquiler?

Los miles de inspectores nombrados para imponer los precios, no solucionarán nada.

En México la mordida vive a la sombra de la ley.

Es imposible pensar que la situación angustiosa del pobre se remedie con precios oficiales. Por una extraña burla, cuando se anuncia que un artículo ha bajado, automáticamente sube de precio.

Miles de braceros emigraron al país vecino.

Miles de braceros abandonaron sus tierras por falta de garantías. Por falta de aperos de labranza.

Hace noches que un chofer me relató sus amarguras y sus penalidades en los Estados Unidos, donde fue contratado como bracero.

Le hicieron firmar un contrato que a última hora fue violado.

Le liquidaron a mitad del precio fijado.

Y como le dijeron que al final le sería entregado el saldo, esperó confiado para que le entregaran solo un papel sin valor alguno…

—Perdí mi empleo aquí —suspiró—, y estoy más pobre que antes.

En contraste vigoroso con la miseria del pueblo, se alzan enormes fortunas. Los nuevos ricos levantan palacios. Gastan sin tasa ni medida.

Y el pueblo, el pobre y desventurado pueblo mexicano sigue tan infeliz como antes de la revolución redentora. Tal vez mucho más pobre, porque le hicieron ver un espejismo que no pasó de tal.

Le ofrecieron la tierra de promisión.

Y lo que en realidad conquistó, fueron nuevos amos. Los líderes que substituyen desventajosamente a los antiguos patrones.

El problema de la vivienda necesita urgente solución.

Necesita que se ocupen de él y se remedie lo más pronto posible.

México no es sino una inmensa fábrica.

Todos los viejos edificios coloniales van cayendo al golpe de la piqueta destructora.

Los substituyen cajas de cartón.

Casuchas míseras con altos precios fuera del alcance de los que apenas si ganan para un mal taco.

México necesita que todos sus hijos vivan con comodidad. Que no sean unos cuantos privilegiados únicamente los que se sientan bien en su patria.

Es preciso que se evite que el mexicano emigre para ganarse el pan mientras miles de extranjeros ganan el dinero a manos llenas amparados por las leyes benignas que abren de par en par sus puertas sin averiguar primero a quién se las abren.

Es preciso iniciar una campaña a favor de la vivienda barata.

Por cada casa de vecindad demolida que se levante otra donde los precios sean cómodos para los pobres.

Tanto niño pálido y tuberculoso, tanto mendigo, tanto ser desvalido claman la protección y el amparo de las leyes.

Yo pido para esos que nada tienen.

Pido para que los mexicanos se sientan en su patria felices y no extrañen la tierra extranjera.

Vivienda barata y limpia. Alimentos a su alcance. Y una ley pareja que cobije por igual al millonario y al pobre.

Y nuestra patria será grande cuando no haya en ella hambrientos ni explotados.

Miércoles 6 de diciembre[68]

Yo adoro los versos y tengo libros escritos por todos los poetas de mi agrado. Los románticos, los sentimentales, los que extrajeron de su propio corazón las melodías dulcísimas que nos regalan en sus estrofas. Guardo versos de casi todas las poetisas nuevas que son los voceros [*sic*] de la libertad.

Y esta mañana entre los libros de mi pequeña biblioteca, he topado con un tomo de versos de Caridad Bravo Adams.

Caridad Bravo Adams nació como ella dice en sus admirables poesías, "en el carro de los faranduleros".

Su madre, de origen cubano, fue aquella bellísima Evangelina Adams…

Era yo niña, y allá en mi ciudad natal, la compañía de Luis Roncoroni que la tenía como primera actriz, hacía las delicias del público. Evangelina Adams fue unas veces la dulce y enamorada Julieta, la tierna Ofelia del drama de Shakespeare. Fue la rubia Desdémona. Y fue muchas veces Catalina la Grande, o Catalina de Médicis. Fue la doliente María Estuardo…

La evoco alta, fina, con unos ojos negros llenos de expresión.

El día en que conocí a su hija, experimenté una gran alegría.

Caridad no se parecía físicamente a su madre, sino a su padre. Era de piel morena, de ojos vivos, rizada y negra cabellera, boca perfecta de menudos dientes y un temperamento pasional y ardiente.

Poetisa enorme; publicó dos libros en México. Filmaba películas. En "El Corazón Bandolero" quedó plasmada su risa loca y su gracia exquisita.

Un día, Caridad Bravo Adams, sintió dentro del alma, el afán de echar a caminar. En Camagüey tenía un hermano de su madre, al que ésta quería visitar.

Y la perdí de vista.

[68] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-B.

Había viajado mucho por toda la América. Las calles de Caracas la vieron pasar alegre y jovial. Ella le cantó a Caracas en estrofas llenas de sentimiento…

Esquina de San Francisco,
corazón de mi Caracas,
que palpitas a la sombra
de tu ceiba centenaria
Esquina de San Francisco,
rincón de sol y de gracia,
encendida de bullicio
de la tarde a la mañana;
y en las noches silenciosa,
como enferma de nostalgia…

Su carro farandulero vagó por todos los caminos. Durmió al raso, bajo el cielo del trópico, muchas noches de luna, llevada de su afán errabundo y bohemio.

Nunca amó el dinero.

Cuando lo tenía, lo gastaba pródiga.

Caridad Bravo Adams era, ante todo, una hija modelo. Por amor a su madre era capaz de todos los sacrificios. Por ella abandonó a México, donde tanto la querían todos. Abandonó el brillante porvenir que se abría delante de ella como un abanico de marfil.

Su madre quería regresar a su patria y ella se fue, acompañándola.

El padre había muerto hacía muchos años y ella era el sostén y consuelo de aquella hermosa Evangelina Adams, cuyos negros cabellos estaban blancos; pero cuyos ojos magníficos continuaban siendo bellos y radiantes. En este libro "Reververación" [*sic*], la autora volcó todo lo que había dentro de su alma con una sinceridad que solo las almas como la suya podían hacer…

Vida, yo sé reír…
aunque mi copa llenes

del jugo del dolor…
Ya solo opongo a tu combate recio,
esta amarga sonrisa de desprecio
con que recibo a la esperanza hoy…

Caridad Bravo Adams trabaja en el radio allá en La Habana, donde se ha ganado un lugar prominente con su arte. Allá es altamente querida como lo fue aquí. Pero yo estoy segura de que sus bellos ojos negros deben recordar con frecuencia estas calles de El Salvador, donde ella vivió mucho tiempo. Alguna vez comimos juntas. Y ella entraba a mi departamento, y su sonrisa era como el mismo sol jubiloso y rubio…

No he recibido cartas suyas.

Sé de ella por alguna amiga a la que interrogo. Tal vez fuí ingrata con ella. Pero cuando nos encontramos, pesaban sobre mi vida montañas de dolor inenarrables.

Montañas de amarguras que me impedían siquiera alzar la mirada hacia el azul…

Fue una época tormentosa y triste que nunca evoco sin sentir que sube a mi pecho el rencor en espuma blanca y agria.

Y por eso al estrechar muchas veces sus manos morenas y leales, no le abrí mi corazón, porque mi corazón estaba cerrado con doble llave.

Cuando el destino lo abrió ella estaba lejos.

Hoy, leyendo sus versos, la evoco con su risa alegre, con su voz cantarina, con su piel morena y su cabellera rizada y corta, que parecía la cabeza de San Juan Bautista pintada por Murillo…

Jueves 7 de diciembre[69]

Una periodista mexicana aborda el tema del trabajo femenino y de la desocupación masculina en términos claros, precisos y

[69] *Novedades*, p. 5, segunda sección. N-B.

duros. Expone, y en esta exposición hay que reconocerle la verdad, que la mujer ha necesitado defenderse y, actualmente, lleva sobre sus hombros la carga de su hogar. Mientras el hombre se desentiende de sus deberes y anda a la caza de un puesto burocrático —que nunca encuentra—, la mujer sale a ganarse el pan valerosamente. Abre establecimientos comerciales, se establece en una esquina, vende jugos de frutas o cose ropa para vender. Aprende a ser secretaria o mecanógrafa, entra a oficinas y en todas muestra su capacidad y su honradez.

Mientras la mujer invade el campo del hombre, este imita a la mujer y la copia. Abundan ahora los jóvenes que se pintan los labios, usan rimel en las pestañas y se depilan las cejas.

Los papeles se cambian.

Los sexos acabarán trocándose también.

La mujer adopta el slack cómodo y honesto.

El hombre no ha modificado su indumentaria todavía, pero de serle posible lo haría gustosamente poniéndose faldas.

El hombre en lo único que no varía, es en su manía de gobernar él solo y negarle a la mujer todo derecho de ejercer el mando. México no tiene alcaldesas ni diputados mujeres.

No los tendrá quién sabe en cuanto tiempo.

Los mexicanos creen que si otorgan el voto al bello sexo, ellos se sentirían humillados; pero, en cambio, fingen no ver que en realidad grande humillación es que su hermana, su novia o su mujer, salgan a la calle a ganarse el pan.

A la hora de la salida de las oficinas, son mujeres las que en parvadas toman por asalto los camiones y los trenes. Después de las ocho horas de jornada, van de pie, sujetas con dificultad a las correas de cuero resbalosas y sucias. Ellos leen su diario o cierran los ojos, cuando no vuelven obstinadamente el rostro hacia la calle para ver el camino, y evitar así, el mudo reproche de los ojos femeninos.

Desde que la guerra europea se llevó a los hombres al campo de batalla, el mundo, prácticamente, quedó en manos de la mujer.

Obligada a desempeñar las labores del ausente compañero, puso en juego su inteligencia y aprendió a manejar automóviles, a pintar fachadas, a realizar toda clase de trabajos duros y ásperos. Y todo lo hizo con gracia, sin renegar, sin dar muestras de cansancio, sin quejarse…

La mujer tomó la carga pesadísima y la llevó con alegría.

Cuando regresaron los hombres mutilados, locos, ciegos, inútiles, no faltaba nada. El fuego ardía en el hogar. Los hijos habían crecido bajo la dirección materna. Todo estaba perfectamente ordenado. Y el hombre comprobó con admiración que él no hacía falta.

Ahí estuvo lo malo.

Durante los largos años de lucha se había acostumbrado a esa vida de aventura y de peligro constante. Ya no sentía amor hacia nada. No le importaba su oficina. Se había "descontrolado".

La mujer, por otra parte, se había acostumbrado a ser libre y a ganar el dinero necesario para sus gastos. Comprobó que era más cómodo no pedirlo y exponerse a una negativa. Comprobó que sus fuerzas eran suficientes y que ella se bastaba a sí misma.

Surgió ese tipo absurdo de la "garzona", que Paul Magerit ridiculizó en su novela famosa. La "garzona" de cabellos rapados en la nuca, de pañuelitos al cuello, de cigarrillo en los labios y provocación en los ojos… La "garzona" invadió el mundo durante algún tiempo.

Los papeles se han invertido, desgraciadamente. El hogar no puede, sin embargo, sostenerse solo con el esfuerzo de la mujer. Es preciso que ella cuide y atienda al hijo que nace. Es preciso que le enseñe a rezar. Es preciso que lo arrulle en sus brazos y le comunique su fe.

La mujer, forzada a buscarse el sustento en la calle, no puede ser la madre que el niño requiere. Las "creches" o gotas de leche,

los asilos no bastan. A cambio de ese esfuerzo, demasiado intenso para ella, los hospitales se llenan de niños enclenques, pálidos, tuberculosos, agotados prematuramente por una alimentación deficiente y escasa.

A la mujer se le paga siempre un sueldo inferior y se le prefiere por eso.

Ahora que una nueva guerra se ha llevado a casi todos los hombres jóvenes y solo devuelve harapos humanos, el problema torna a presentarse bajo un aspecto mucho más trágico aún.

México no ha mandado ejércitos, pero todo ese lastre ha llegado hasta nosotros. Toda esa podredumbre moral nos está asfixiando.

Cuando se abre el diario en las mañanas, las noticias repetidas continuamente, nos relatan cómo un hombre golpeó a su mujer y le quitó el dinero ahorrado con tantas privaciones. Cómo un vicioso explota a una infeliz mesera, a la que obliga a lanzarse a la calle para procurarle a él comodidades y lujo a cambio de golpes, amenazas y temores.

El hombre se pinta la boca, se depila las cejas, se pone rimel en las pestañas. Hace un alarde cínico de sus desviaciones. Se burla de las mujeres, pero las imita. Se ríe de ellas y las desprecia, pero las copia. Les niega inteligencia. Las considera inferiores a él.

Y la periodista que aborda este tema, tiene toda la razón.

Los papeles se han invertido, pero el hombre sigue gozando de todas las prerrogativas y ventajas; en tanto que la mujer solo ha obtenido un trabajo redoblado y una remuneración mucho más pobre.

Martes 2 de enero[70]

Hay algo más poderoso que la belleza, más poderoso que la elegancia: la gracia.

La belleza se adquiere en los salones especializados, donde los cultores se dedican a componer narices deformes. La cirugía plástica las cambia y las torna griegas. Arregla labios defectuosos. Alarga los ojos. Injerta pestañas postizas en los párpados. Cambia la piel por procedimientos dolorosos, pero seguros.

Y de este modo, una mujer fea se vuelve bonita.

Un cuerpo desgarbado logra elegancia si la dueña se lo propone.

Pero, la gracia, ¿dónde podría ser adquirida? ¿Qué profesor, qué cirujano, sería capaz de proporcionarla a quien carece de ella?...

La gracia no tiene definición posible.

Es una cosa invisible y, sin embargo, maravillosa.

Es algo alado, algo sutil, como el alma del perfume.

Algo que nace dentro de la persona y se expande en torno suyo.

Algo que hechiza, cautiva y retiene.

Por regla general la mujer demasiado hermosa no la posee.

La sabia y equitativa Naturaleza quiso subsanar su falta, otorgando la gracia a aquellas mujeres desprovistas de todo atractivo físico.

[70] *Novedades*, p. 3, segunda sección.

El viejo adagio "la suerte de la fea, la bonita la desea" debió nacer de esto, porque una mujer graciosa consigue mucho más que una mujer bonita.

La mujer hermosa se preocupa poco de cultivar sus cualidades.

Se abandona a la contemplación y cuidado de su físico.

Dedica horas enteras al tocador.

Vive entregada a sí misma. A la modista, al sombrerero, a todo lo que puede realzarla y avalorarla [*sic*]…

La fea se pregunta angustiada:

—¿Qué haré para gustar?...

Y como la mayoría nació con gracia, cultivan esta virtud, como una flor, y obtienen resultados sorprendentes.

—¿Qué le habrá visto fulano a zutana?, preguntaban delante de mí, hace dos días, dos personas. Hablaban de una pareja desigual. En ella, la juventud era sol de ocaso. En él, radiante primavera.

Sin embargo, se aman. Esto es indudable. Los que lo negaban al principio, acabaron por convencerse de que no eran fingidas aquellas atenciones y aquella dulzura cuando él se dirigía a su esposa.

—¿Qué le vió?...

Le vió gracia, sencillamente.

La gracia, red de seda, que envuelve y seduce.

La gracia, perfume sutilísimo, que embriaga el corazón.

Y como este caso, he visto muchos a lo largo de mi vida. He visto casos en que una mujer no tenía en apariencia nada. Sin embargo, hubo quien la llevara al altar, quien la llamara su esposa, quien la llevara, feliz, del brazo.

Y otras, que son bellas, elegantes, distinguidas, se quedan esperando en vano, a que pase el amor junto a su puerta.

Cuando llama, encuentran que no merece la pena el hombre que las solicita.

Ellas quieren algo más digno de su belleza.

Y dejan pasar las oportunidades, hasta que se quedan solas.

El hombre se casa cuando quiere. La mujer, cuando puede.

Esta inmensa verdad debía grabarse en la memoria de todas las que se creen seres extraordinarios…

De las que descuidan su espíritu.

De las que nunca leen un libro, por considerar que pierden el tiempo.

Sin embargo, la lectura, es una necesidad.

Es preciso tratar de ser simpática. De ser risueña. De no poner gesto agrio, y de ser servicial siempre que podamos. Un servicio insignificante nos trae muchas veces dulces recompensas.

Ser útil.

Hay mujeres que esparcen en torno suyo, bondad y gentileza. Que están dispuestas en todo momento a servirnos, a resolvernos un problema. A ayudarnos.

Y personas inútiles, que no sirven para nada.

Que se limitan a vivir ellas mismas, sin preocuparse de los demás. Que solo saben lamentarse delante de los otros, y no tienen jamás una idea bella.

Estas personas hacen la vida cansada a los que están cerca de ellas.

Hacen que nadie ansíe su compañía.

La gracia hizo de muchas mujeres, diosas, como Ninón de Lenclós, que en las fronteras de la senectud cautivaba todavía.

Sabía que no era joven, pero trataba de no pensar en ello. De no lamentarse. De vivir de acuerdo con sus años, sin dejar por ello la coquetería que fue, en ella, parte de su propio ser.

La gracia, don que parece haber caído sobre las mujeres de España, donde la gracia es algo tan natural y espontáneo, que se extraña cuando una no la tiene.

Don del cielo es la gracia. Don, mil veces más valioso que todos los otros dones. Más valioso que la belleza, que la riqueza, y que si está ecompañado [*sic*] de la inteligencia, logra vencer todos los obstáculos.

¡La gracia es femenina, y por serlo, es suavidad de pétalo, perfume de flor, hechizo de luna!

Martes 9 de enero[71]

Una mujer me escribe. Es una de tantas víctimas del matrimonio. Se queja de que su marido la injuria, la golpea, la maltrata de continuo.

Es una de tantas víctimas de los que presumen de "muy hombres", y creen que a la mujer debe tratársele así, despóticamente.

—Me he separado de él muchas veces—me cuenta—, y a la larga regreso a su lado. Me jura que se enmendará, me promete cambiar y ser bueno… Y yo le creo. En el fondo de mi alma no estoy muy segura, pero el deseo de no romper mi hogar, y el miedo a quedarme sola, me empujan…

Como esta mujer, son miles las que claman y lloran.

Miles de mujeres humildes, que soportan en silencio su cruz.

Que no se atreven a nada, por el terror que su marido les inspira. Las amenazan con matarlas.

Con quitarles a los hijos.

Y ellas viven, sin vivir, en una agonía interminable…

En México todavía quedan trogloditas.

Hombres que, delante de los demás fingen con sus esposas atenciones y cariño. Hombres que son zalameros y atentos, con ellas, en presencia ajena. Pero que, apenas traspuesto el umbral de sus casas, las injurian con las frases más soeces. Les levantan la mano. Las llenan de golpes.

Mientras más inculta es una mujer, más expuesta está a este trato.

Cuando no sabe defenderse y está obligada a soportar este martirio, cree que el mundo entero se le cierra.

Y se queda silenciosa…

[71] *Novedades*, p. 3, segunda sección. N-B.

Los maridos mexicanos no han aprendido a tratar a sus mujeres.

No saben apreciar su abnegación y su amor.

Casi todos —me refiero a la clase humilde—, piensan que tienen mujer para que les sirva de criada. Si tardan en servir la comida, las golpean; si llegan ebrios, y esto es lo corriente, las golpean también. Si piensan, siquiera, que ella pueda mirar a otro hombre, la maltratan, igualmente, alegando celos. Unos celos que nadie concibe, porque muchos de estos bárbaros olvidan dejar el dinero para su subsistencia, y creen que podrá vivir del aire…

No hace mucho que los periódicos contaron el caso de un marido desobligado que durante tres años no asomó por su casa.

Un día se acordó y regresó.

La mujer, sola y abandonada, necesitaba vivir. Otro hombre le dió lo que necesitaba, y era quien ocupaba el lugar del marido. Enfurecido este, entró a tiros, hasta dejar exánime a la esposa.

La ley es benigna en México.

Todos los criminales salen a la calle, en más o menos plazo. Depende de las influencias o del dinero de que dispongan.

Y, lógicamente, repiten su experiencia.

En casi toda la América, la mujer ocupa puestos que aquí se le niegan.

En Cuba hay alcaldesas. Una mujer fue secretaria de Educación. Todas tienen parte en la cosa pública. Hay diputados al congreso. Y el hombre no deja, por eso, de encontrarlas menos atractivas, porque la mujer cubana nació siendo coqueta, con esa coquetería dulce y femenina, que no implica procacidad alguna y sí el deseo de agradar, nada más.

Desde chiquitinas, las nenas se miran al espejo y sonríen a su imagen.

Conocen el poder de Eva inmortal.

Y si se cultivan, nunca pierden su condición de mujeres.

Jamás dejan de ser deliciosamente tiernas y femeninas.

¿Por qué renunciar a los privilegios de nuestro sexo? ¿Por qué adoptar maneras masculinas, poner gesto agrio, cortarse el pelo a lo hombruno y tener maneras bruscas?...

Dentro de nuestro sexo, se puede tener todo.

El hombre que levanta la mano a una mujer, es un cobarde; pero la mujer que se deja maltratar y aún continúa queriendo a quien la humilla, no merece compasión ni amparo.

La dignidad debe ser su primer sentimiento.

La que no se da a respetar no debe lamentarse.

La que regresa al lado del hombre que la golpea y cree en su regeneración, es una ilusa.

Los hombres así, no tienen regeneración posible.

El único camino a seguir es el del trabajo. Toda mujer puede ganarse la vida sin necesidad de un hombre. Vivir en espera de que sea él quien lo dé todo es un error cuando el hombre es desobligado.

En nuestra clase humilde, la mujer nace para soportar los malos tratos, las vejaciones y los golpes.

No protesta. Baja la cabeza y recibe el golpe. Después, olvida.

Se deja embaucar por falsas promesas.

Vuelve a creer en el posible amor de su verdugo.

Hay que enseñar a la mujer a defenderse, primero.

A trabajar, a elevarse por su esfuerzo, a imponer sus derechos, a darse a respetar.

Es necesario que acabe el tipo de marido-verdugo.

Es necesario que todos vivan de acuerdo con lo que son.

Y que disfruten de paz y bienestar.

En México, la mujer del pueblo, es una "cosa", un objeto que el hombre trata con la punta del pie. Sabe que el temor la obliga a sufrir. Los "matones", de pistola y puñal, abundan.

Y por eso, es necesario que el peso de la ley caiga sobre ellos.

Darle a la mujer el lugar que le corresponde. Colocarla donde debe estar.

Pero hay que educarla primero para que pueda saber sus derechos.

Enseñarla a ser, no víctima, sino mujer.

Miércoles 10 de enero[72]

¿Qué hacen las mujeres poetas de América que hace tiempo están silenciosas e inactivas?

Alfonsina Storni se fue al reino del misterio cansada de vivir en un mundo que no la comprendía. Cansada de sufrir la ingratitud del hijo que no tuvo compasión para su pobre alma atormentada y le reprochó cobardemente la falta de un nombre que no estaba en ella poder darle.

Por eso se lanzó al Mar del Plata en aquella fría madrugada del año de 1939.

Envuelta en un velo de gasa cerró los ojos, y como Safo la Magnífica, se arrojó a las olas que, más piadosas que los hombres, la cubrieron y acariciaron.

Y Alfonsina Storni encontró en la paz de la muerte el reposo que nunca tuvo en la vida.

Juana de Ibarbourou. ¿Qué hace Juana de América? Se dicen cosas amargas y tristes de ella. Se cuenta que, muerto su esposo, el hijo que alegraba el hogar se marchó a combatir a la guerra.

Hay quien afirma que estaba inconforme con que su madre escribiera versos. Y que un día se lo dijo:

—¡Si sigues diciendo esas cosas me iré de la casa!

La madre dejó de escribir aquellas maravillosas estrofas llenas de paganía y de frescura. Se sometió al deseo del hijo. Publicó un libro sobre la Biblia y lo llamó así: "Estampas de la Biblia".[73]

Por de pronto el peligro parecía conjurado, pero no lo estaba.

[72] *Novedades*, p. 3, segunda sección. N-B.

[73] Tanto aquí como en todo el volumen hemos respetado el uso de comillas empleado por el periódico para los títulos de obras.

Tal vez en el fondo de su alma Juana de América sintió algo parecido a lo que debió sentir Sor Juana Inés de la Cruz cuando su confesor le prohibió dar rienda a sus sentimientos escribiendo versos, porque a su juicio eso no era sino "vanidad y deseo de ser halagada".

Sor Juana se resignó a no decir lo que sentía.

Se conformó con mirar el mundo detrás de la reja de su celda. La visitaban damas de la corte y ella las recibía con su sonrisa triste y dulce.

Había dejado de escribir. Su pensamiento era como una araña labrando telas de maravilla, pero la tela se rompía y nada podía inmortalizarla, porque no le estaba permitido escribirlo…

La muerte entró al hogar de Juana la Uruguaya y se llevó al esposo bueno que la había comprendido, y jamás le había prohibido decir su sentimiento. Y fue cuando César, el hijo, resolvió irse a la guerra en un afán aventurero dejando sola a su madre.

En unas estrofas, la poetisa se lamentaba de su soledad, y pedía a la cigüeña que le dejara una niña para que le hiciera compañía mientras "su pequeño" se iba a la escuela.

Pero la cigüeña no oyó su ruego.

Ella vivió en la espera inútil del suspirado don…

¿Seguirá escribiendo ahora? Noticias vagas, no confirmadas, nos dicen que actualmente sufre una espantosa enfermedad.

Una tragedia parece pesar sobre la vida de las mujeres poetas. María Monvel, a la que conocí en La Habana hace veinte años, también fue una víctima de la fatalidad.

Sus últimos años la metamorfosearon a tal grado, que la misma ciencia no hallaba explicación lógica. Era madre de dos hijos. Se había casado con Armando Donoso, el gran escritor chileno. Parecían felices.

Una operación que hubo necesidad de practicarle, cambió sus gustos femeninos volviéndola varonil.

El último libro de poesías que escribió y cuya belleza, según se dice, es extraordinaria, es el libro de amor de una mujer a otra mujer.

Pero había tal hermosura en cada frase, que a su muerte, su marido publicó esta obra para darla a conocer al mundo, dando así muestras de un talento y de un enorme corazón…

La lira americana ha enmudecido por ahora.

No se escuchan las voces vibrantes y apasionadas de las mujeres poetas.

Ya no cantan en estrofas paganas la verdad de sus almas estremecidas.

Clementina Suárez acaba de publicar un libro valiente y hermoso; pero dista mucho de parecerse a los versos de Juana o a los de Alfonsina.

Ellas eran dueñas de la armonía.

Y la armonía parece dormir.

Las mujeres que ahora cantan se ocupan de los problemas obreros.

Preconizan la era de la igualdad humana. Hablan de los camaradas. Se interesan por su suerte.

Pero todo eso no es ni con mucho menos que lo otro.

La poesía de Juana la entendíamos todos.

Era como el fluir de un manantial fresco y cristalino.

Era como una caricia de brisa perfumada en las sienes.

Los versos de Alfonsina estaban llenos de profundas ideas. De una recóndita amargura. Había en ellos muchas cosas inconfesadas que solo ella sabía…

Ahora su alma, desde la eternidad, contemplará el panorama del mundo y se sentirá mucho más feliz allá arriba, lejos de estos odios, de estos rencores, de estas represalias que, como un cáncer están devorando a los hombres.

Ella no sufre ahora. Su corazón está en paz. Su carne no padece.

Y están haciendo falta cantores.

Están haciendo falta. Sus versos eran consuelo y eran bondad.

Alicia Lardé parece haber enmudecido últimamente.

Muchas se han casado y, al casarse, han renunciado a seguir escribiendo.

Las liras están mudas.

Y recuerdo a Bécquer entonces:

> ¡Ay —pensé— cuántas veces el genio
> así duerme en el fondo del alma;
> y una voz, como Lázaro, espera
> que le diga: ¡Levántate y anda!

Domingo 11 de marzo[74]

Alguien —no recuerdo quién— dijo que "De sabios es mudar de opinión". Y yo, confieso, que casi casi, siento que vacilan mis firmes convicciones antifeministas. Y es que acabo de leer en un diario, la noticia extraordinaria de que ¡al fin!, apenas terminen las leyes de emergencia dictadas por las necesidades de la guerra, el invicto P*artido de la* R*evolución* M*exicana* otorgará a las mujeres todos los derechos y prerrogativas que hasta ahora se le negaron.

Los mexicanos, se han negado sistemáticamente a permitir que sus esposas se mezclen en la cosa pública. Ellos egoístamente las han querido solo para su placer y satisfacción, y las han mantenido encerraditas en su casa no por celosos —ese es el pretexto que ponen—, sino para que no se enteren de sus continuas fechorías…

A lo mejor se encuentran en la calle con que su marido lleva del brazo a otra y para evitarse explicaciones, la dejan encerradita y se hacen los Otelos.

[74] *Novedades*, p. 3, segunda sección. N-C.

Los mexicanos —me refiero a los mexicanos de veras—, prefieren un hogar suyo donde les guisen calientito y los traten bien, a una de esas casas stándard donde se come latería fría, sándwiches de jamón y queso y leche sin hervir.

Ellos quieren cuando llegan a su casa, encontrar a su esposa esperándolos. Ver a sus hijos cuidados y atendidos. Vigilar sus pasos. Y cumplir con sus deberes de padres de familia.

Todo eso, se va a ir y no regresará.

Estamos en vísperas de grandes acontecimientos.

Yo, en realidad, no estaba muy inclinada al voto. Pero desde que supe que sí lo tendremos y de que podemos aspirar a la silla de la Presidencia, me digo que si no sería mejor cambiar de casaca como hacen los políticos y dar media vuelta hacia la izquierda.

En Cuba, hubo una señora llamada doña Pilar Somohano, quien regaló al Presidente José Miguel Gómez una silla preciosamente labrada y acojinadita para que en ella se sentara el Presidente de la República. Y se le quedó a la silla el mote de "La silla de doña Pilar", a la cual aspiraban como era lógico, muchos ciudadanos.

Yo no sé quién regaló la silla que existe en el Palacio Nacional. Una vez me senté en ella, de broma, y me pareció muy cómoda.

Desde entonces pensé que debe una estar muy a gusto mandando y ordenando, formulando leyes, dirigiendo los destinos de la Patria y tratando de llevar las riendas del coche lo mejor que se pueda.

Los caballos se encabritan con mucha frecuencia.

Y necesitan de una mano enérgica que los sepa "llevar".

Me imagino, la campaña electoral femenina con todos sus agravantes y sus intrigas. Lo mismito que hacen los hombres y tal vez mucho peor dada la exaltación del sexo llamado débil en el pasado siglo, pero que ha dado muestras en todos los tiempos de no serlo.

Imagino la escena que habrá en un hogar el día de elecciones. La esposa mirará el reloj, y se vestirá aprisa, tomará el cami-

no de la calle y no regresará hasta no cumplir con su deber de ciudadana.

Todas querrán sentarse en la silla famosa.

Todas querrán ser senadoras y diputadas.

Ahora don Antonio Villalobos para entretenernos nos ofrece que podremos aspirar al cargo de alcaldesas, gobernadoras, etcétera.

Toda una perspectiva tan halagadora, como la que le ofrecen al chiquitín para que se tome el aceite de ricino:

—Mira, primorcito, te doy este caramelo si te la tomas.

Y el nene se toma la cucharada.

Las feministas, entre las cuales ando pensando colarme yo también, a ver si saco mi tajadita, esperarán una temporada a que se acabe la famosa ley de emergencia para ver si es verdad o mentira eso del voto.

Los hombres están asombrados. ¿Pero será cierto eso de que al fin podrán votar los mexicanos con entera libertad? ¿Será tanta nuestra dicha que se nos permita elegir al que nosotras creemos que nos conviene y no al que nos sirven en la mesa a viva fuerza, guisando con salsa de democracia colorada?...

Pero don Antonio lo ha ofrecido.

Y no puede volverse atrás.

Todas las feministas han guardado el recorte del diario en que aparecen sus declaraciones y le han puesto un marco y lo han colgado en su casa, para que no se les olvide.

Ahora, lo único que hay que hacer es esperar a que termine la guerra. Al día siguiente, se iniciará la campaña para la presidencia de la República. Yo casi me sé de memoria el nombre de la "candidato". Pero no lo digo para evitarme "colas" de personas que quieran entrevistarme. Como aquella famosa madame Themis, que todo lo veía a través de un globo de cristal, yo "veo" a la mujer que se sentará en la silla, caso de que este sueño irrealizable pudiera realizarse un día…

Ser senador y disponer de una buena suma de dinero, ya es una tentación. Los senadores no hacen nada. Se limitan a decir que sí a todo.

Yo preferiría ser senador. Poco trabajo, buena retribución y derecho a tener automóvil con placa oficial y a estacionarme donde me parezca…

Todo eso que he censurado, porque no podía hacerlo, será precisamente lo que haré. Todo eso que tanto he criticado en los demás. Probablemente seré muchísimo peor que muchos.

Sin embargo, no hay temor.

Todo esto no pasa de ser una divagación.

Mientras las feministas esperan para ir a votar, yo prefiero seguir escribiendo día a día y divirtiéndome con esta comedia humana en la que yo soy una espectadora de primera fila.

Sábado 17 de marzo[75]

El cartero

Al fin parece que el cartero obtendrá un aumento en su sueldo, y que el nuevo secretario de Comunicaciones tiene en proyecto ocuparse del más simpático de los servidores del Estado.

El cartero viene y va con su bolsa de cuero a todas horas.

Reparte ilusiones como monedas de oro.

Desengaños también.

Reparte ansiedades y todos le miran llegar con cariño.

Cuando él toca a la puerta, se le recibe siempre con una sonrisa.

El cartero lleva sin saberlo dentro de su bolsa muchas cosas amables y dulces. La carta que llega de lejanas tierras como mensajera de afecto. La carta de la amistad, la carta de amor, que nos pone el corazón palpitante y loco…

[75] *Novedades*, p. 6, segunda sección. N-B. A partir de esta columna, la autora irá poniendo títulos a cada columna.

El cartero ha sido cantado por todos los poetas.

Tenía yo veinte años cuando escribí unos versos que comenzaban así:

Dulce carta de mi amado,
no has llegado;
ha rato pasó el cartero..
¡Corazón, tengo una pena
que me muero!...

Cuando yo tenía veinte años, el teléfono ya existía; pero no se utilizaba como hoy para todo.

Una carta de amor era el ideal y la ambición suprema de toda mujer enamorada.

¡Una carta de amor! Yo esperaba "mi carta" todas las tardes, asomada al balcón. Vivía en la calle de Márquez González, a media cuadra de Belascoaín.

Alguien me escribía cartas maravillosas que brotaban de un alma noble y sincera que me amaba lealmente. Cada frase era digna de grabarse en la memoria y de retenerse para siempre. El autor de estas cartas era dueño de vastísima cultura. Y yo me sabía dueña de su corazón. Dueña de todos sus pensamientos.

Estaban escritas en papel de pergamino y con una letra apretada y clara de color violeta…

¡Con qué emoción las tomaba entre mis manos! ¡Con qué sonrisa veía subir al cartero la escalera de mármol! Él sabía y adivinaba lo que pasaba por mí. Yo conocía el eco de su silbato. Sabía la hora exacta en que sus pasos resonaban en la acera. Sabía cómo estaba el sol en ese instante. Conocía a los vecinos a fuerza de verlos entrar y salir. Cuando me miraban sonreían maliciosos…

Yo evoco esa época lejana de mi vida con nostalgia.

Tenía tiempo para escribir también apasionadas cartas manuscritas con una letra menudita, llena de arabescos de color violeta.

Tenía tiempo para soñar. La lucha era menos dura que ahora. Mucho menos dura y cruel.

Mi casa era una casa amplia y clara, bañada de sol.

En las paredes yo había colgado numerosos cuadros y retratos.

Veinte años. Aún se usaban las batas para estar dentro de la casa, unas batas de lino frescas y lindas.

Yo me bañaba y me empolvaba siempre. Peinaba mis cabellos en trenzas. Y, oliendo a talco y a agua de colonia, me asomaba al balcón en espera de la llegada del cartero.

Aquellas cartas llegaron a formar una cantidad fantástica que yo conservé años enteros dentro de un cofre de sándalo.

Pero un día todo eso terminó.

La vida giró. Y me mudé de barrio. Vine a México, donde permanecí una temporada. Cuando regresé de nuevo, nada de lo que era pudo reconstruirse…

Después el teléfono fue poco a poco absorbiendo el arte epistolar. Las mujeres encontraban más cómodo hablar horas enteras por el aparato.

El cartero de mi barrio probablemente seguía repartiendo la correspondencia, pero yo ya no vivía en la calle de Márquez González.

Me fui a un barrio mucho más populoso y lleno de bullicio que me rompía los nervios.

Mi calle se llamaba Antón Recio.

En ese tiempo había gran demanda de casas vacías. Uno de tantos movimientos políticos de México había llevado a miles de exiliados a Cuba.

Había que pagar crecidas rentas.

Yo conseguí aquella casa gracias a que compré los muebles que tenía, pues la dueña me puso tal condición. Eran unos muebles enormes que ocupaban todos los muros, dejando apenas sitio para caminar por aquellas habitaciones oscuras y tristes…

De esa época de mi vida, solo han quedado en mi memoria los pregones del vendedor de churros que pasaba a las tres en punto de la tarde:

Calientitos,
¡qué ricos vienen los churros…

Mi colección de cartas era ya polvo. Aquel amor había resentido lógicamente el paso del tiempo. Mi vida había cambiado mucho y mis lindos sueños se habían muerto de frío…

Hoy que leo en los periódicos que el cartero al fin obtendrá aumento de sueldo, quiero, a mi vez, hacer el elogio del cartero, el empleado más simpático del gobierno, aquel que lleva dentro de su bolsa ilusiones y esperanzas, ansiedades y desengaños también.

Ellos van y vienen de un extremo a otro de la ciudad, gastando la suela de sus zapatos, resistiendo el frío y la lluvia, el calor del sol y el viento áspero de la tarde.

Y aumentarles el sueldo es hacerles justicia.

Domingo 17 de junio[76]

María Luisa Ross duerme su sueño de paz

El viernes día tres de este mes, María Luisa Ross, se fue, camino del cementerio, a dormir su sueño de paz y de olvido. Años enteros luchó incansable y conquistó triunfos y honores muy merecidos. Fue periodista en tiempos en que todavía esta profesión no estaba como hoy, abierta del todo a la mujer. Dirigió la Estación de Radio de la Secretaría de Educación y en ella la conocí, cuando llegué a México.

María Luisa Ross en su lejana juventud, fue bellísima.

La leyenda tejió en torno de ella, sus suaves velos de misterio.

Se habló de un idilio epistolar entre la poetisa y un bardo.

[76] *Novedades*, p. 3, segunda sección. N-C.

Se habló de que la inspiración para su mejor madrigal la encontró en sus largas y blancas manos afiladas que copiaban la palidez del lirio…

Pero en realidad, nadie supo lo que había de cierto.

Era bella joven y muy inteligente y no es de extrañar que el amor, rondara en torno suyo.

Pero María Luisa Ross no llegó a casarse.

Sus apacibles y bellos ojos, miraron el infinito llenos de nostalgia.

Su cuerpo fino, fue poco a poco perdiendo su agilidad y su firmeza.

Cuando yo la conocí, ya no era joven.

Tenía el cabello rubio. Las pupilas serenas.

Sus manos, inspiradoras de madrigales, estaban arrugadas y marchitas y marchitos y pálidos sus labios antaño rojos y frescos como capullos tempraneros.

La primera noticia que tuve de ella, fue por el licenciado Querido Moheno.

En sus frecuentes viajes a La Habana me habló de María Luisa y me hizo su sincero elogio.

Supe después que sabía decir admirablemente los versos y que en una ocasión dijo los míos.

Era muy culta, pero nunca fue vanidosa.

Nunca se creyó como otras, una maravilla.

Como toda persona inteligente, fue modesta, dulce y buena.

Hija amantísima que al morir, deja sola a su madre. Su madre rebasa ya el siglo de vida. Ella se ha marchado ya al reino de la sombra y del misterio.

La veía en las sesiones de la Unión Femenina Iberoamericana donde leyó en varias ocasiones, trabajos llenos de médula.

Estrenó algunas obras teatrales.

Fue feminista, femenina.

Su labor en pro de las demás mujeres fue una labor cultural y beneficiosa. No era aficionada a los mítines. No pronuncia-

ba arengas ni discursos llenos de vaciedades y lugares comunes como otras feministas, que se salen de la línea que debían seguir.

Hacer feminismo, es ayudar a las demás mujeres.

Encauzarlas. Consolarlas. Aconsejarlas.

Hacer labor feminista, es todo lo contrario de lo que hacen las que presumen de tales.

María Luisa Ross, fue ante todo mujer y mujer decente.

Viajó por Europa. Aumentó así su acervo de cultura y de conocimientos.

Escribió lindos versos llenos de sentimiento y de emoción.

Y quienes la trataron, la quisieron.

La estimaron.

La estimación, es quizás el más preciado de los dones. No se puede querer aquello que no se estima.

En los últimos meses, una dolorosa enfermedad del estómago la retuvo en el lecho. Fue sometida a una operación quirúrgica larga y penosa.

Y el señor Presidente ordenó que la trasladaran al Hospital Militar y se la atendiera debidamente.

Pero la vida iba escapándose de ella.

Era como una débil llamita al viento.

Su rostro pálido se volvió de cera.

Sus ojos perdieron brillo y su figura se hizo más delgada y más espiritual…

Sus amigas la visitaban cuando podían. Por desgracia, en México el tiempo vuela.

El día en que la muerte besó su frente con sus fríos labios de hielo, la noticia se esparció rápidamente por la ciudad. Había amanecido el día gris y lluvioso. Hacía frío y viento.

Pero una amiga fiel, Guadalupe Caballero de Sánchez quiso presidir el duelo. Y con ella, un grupo de intelectuales, tomó el camino del cementerio…

El ataúd descendió a la fosa recién cavada.

Hablaron varios oradores para hacer el elogio de la desaparecida que probablemente, desde la eternidad estaba mirándolo todo.

"¿Adónde van los muertos, Señor, adónde van?"

La amarga interrogación del poeta, acudió a la memoria de los espectadores.

¿Adónde se fue el alma sentimental y tierna de María Luisa Ross?

¿Qué hay más allá de esa línea azul? ¿Qué misterio se encierra en esa eternidad? Los que se van no regresan.

Pero los que fueron buenos como ella lo fue, tienen seguramente un lugar junto al Creador.

Miércoles 1º de agosto[77]

"Colas"

Las "colas" han reaparecido con nuevo furor. Hacía tiempo que no veíamos el triste espectáculo de esas mujeres infelices estacionadas frente a las carbonerías y a las lecherías esperando a que quieran venderles un poco de carbón o un litro de leche.

Las causas de todo esto no se han dado aún como para convencernos de que podrían evitarse.

Después de todo México, produce mucho.

La culpa es, pues, entonces, de los transportes. Y, sin embargo, señalando el remedio y sabiéndolo, nadie aplica la solución debida.

Las "colas" son ahora reinas y señoras en todos los países. En Europa, las fotos publicadas en la prensa nos muestran el mismo triste y doloroso espectáculo, pero en Europa está justificado todo eso, y aquí no.

Las mujeres de Cuba pidieron el voto.

Alzaron su voz.

[77] *Novedades*, p. 5, segunda sección. N-B.

Al igual que aquella famosa Mrs. Parkust[78] [*sic*], de feliz memoria, pidieron a gritos el derecho de elegir a su mandatario ellas. Y claro que después de pensarlo a su modo, se resolvieron por aquel que les ofrecía precios baratos y abundancia de víveres.

Ese día, en los hogares cubanos, nadie debió comer.

Desde las ocho de la mañana se formaron las "colas" frente a las casillas electorales. Un río humano, que iba en aumento, llenaba las calles…

Ninguna podía quedarse sin votar.

El censo había dado la cantidad exacta de votantes, y por lo tanto, ninguna mujer tenía el derecho de negarse a cumplir con su papel de ciudadana.

Las que no pudieron hacerlo a buena hora tuvieron que quedarse hasta que fue posible llenar las cédulas.

Cada mujer eligió libremente.

Nadie hizo presión en ellas.

Si se equivocaron o no, a nadie podrán culpar sino a ellas.

Y bien, ¿están contentas de haber perdido todo un día frente a las casillas electorales? ¿De haber soportado horas enteras bajo el sol o bajo la lluvia para poder escribir su omnímoda voluntad? Hasta viejecitas fueron obligadas a llevar su voto.

En México se está buscando este mismo derecho.

Las señoras feministas andan armando alboroto. Organizan mítines.

Y todas a un tiempo piensan de antemano en los jugosos puestos disponibles. Alcaldesas, gobernadoras, ministras…

En La Habana había una mujer al frente de la Secretaría de Educación hace tiempo. No sé cómo lo hizo, porque no me lo contaron.

Pero dudo que los mexicanos estén dispuestos a permitir que sus esposas se vayan todo un día y desatiendan sus hogares.

[78] Debe de tratarse de Emmeline Pankhurst, activista política británica y líder del movimiento sufragista en Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XIX.

Las mujeres de Inglaterra, están educadas de modo distinto.

No tienen, como nosotras este carácter exaltado y violento.

Y en ellas el voto se realiza, seguramente, en una perfecta paz.

Pero, ¿estamos las mujeres seguras de lo que queremos? ¿Sería posible unir todas las voluntades por el bien de la colectividad y renunciar, de buen grado, a disfrutar de canonjías y prebendas por el mejor beneficio de la patria, permitiendo que obtengan los puestos aquellas mujeres realmente honestas, dignas y con la preparación debida?...

¡Ay, la mujer será siempre la enemiga de la mujer!

Ninguna reconoce méritos en las demás.

Nos pierde la verborrea.

Nos arrastra el impulso ciego.

Somos seres llenos de pasiones e incapaces de controlarnos.

El viejo dicho de que haciéndolo tan mal los hombres, tal vez logre que las mujeres lo hagan mejor, no pasa de un dicho tonto. "Zapatero, a tus zapatos".

Cada sexo tiene una misión señalada por la madre naturaleza.

Es completamente inútil insistir.

Completamente necio seguir vociferando y pidiendo voto.

El día en que México tenga un sistema honrado de elecciones, el día en que cada ciudadano pueda cumplir con su deber y ejercer este deber libremente, sin presión alguna, como se hace en los pueblos civilizados, las mujeres no tendrán por qué renegar ni discutir la buena o mala administración.

Podremos entonces tener un gobierno emanado de la voluntad popular, habiendo antes educado y encauzado esta voluntad para que pueda ir por un sendero conveniente y no equivocado.

Ayer, frente a una carbonería, contemplé el espectáculo de miles de mujeres con sus canastas, esperando un poco de carbón. El cielo amenazaba lluvia. Y ellas seguían humildemente formando la larga "cola" que parecía no disminuir nunca…

Detrás de todo esto, nadie ignora que hay algo turbio.

Porque México no necesitaría de esta tortura si hubiera un poco más de orden, disciplina y honradez.

Jueves 2 de agosto[79]

Hambre

La Ciudad de México se va hermoseando. Día a día se derrumban edificios para levantar otros de muchos pisos. Veremos, y no será muy tarde, un nuevo edificio de cien pisos como en Nueva York.

Bien... ¿y todo esto qué beneficios le reporta a un pueblo hambriento que ya no sabe dónde refugiarse?

Se planea destruir en pleno paseo de la Reforma varias casas para imitar la plaza de la Estrella de París.

¿Cuánto le va a costar esto al Gobierno?

Miles de pesos.

Miles de pesos para una ciudad en la que el pueblo no come.

En la que las colas alcanzan proporciones pavorosas.

¿Va [a] alimentarse el pueblo con casas de lujo a las que él nunca tendrá el derecho de entrar? ¿Saciará su necesidad con el espectáculo de las modernas avenidas?

No, primero hay que darles de comer a los que están hambrientos.

Primero hay que bajar los víveres.

Ayer la leche subió a setenta y cinco centavos el litro.

La carne a seis pesos, y mala.

¿Qué sueldo basta para poder subsistir?

¿Cómo puede vivir una familia humilde?

Que se dejen por ahora las obras de embellecimiento.

Que se procure que el pueblo viva decentemente.

La campaña del alfabetismo nunca será efectiva con cerebros débiles, con niños famélicos…

[79] *Novedades*, p. 5, segunda sección, N-B.

Primero hay que comer. Luego se aprende.

Nadie que transite por las avenidas de México deja de admirarse de hallar cada día un derrumbe nuevo. Un nuevo edificio por tierra. No se respetan los coloniales. La comisión encargada de velar por los tesoros artísticos, hace tiempo que se tendió a dormir.

Nadie defiende lo nuestro.

Imitar a París. Copiar a Nueva York….

¿Es posible que tales tonterías se permitan en México y que nadie alce su voz de protesta?

México es México.

Y debemos respetar su espíritu, su tradición, su leyenda.

Todo lo estamos echando abajo.

Fortunas improvisadas que son una vergüenza. Canongías [*sic*] para personas que no hacen nada y viven del presupuesto de la Nación mientras los humildes empleados que trabajan, no tienen zapatos, viven en tugurios y se acuestan sin cenar.

Hablamos de embellecimiento y los niños mexicanos nos miran con [lo]s ojos tristes, sin saber qué decir.

Las madres no tienen leche en el seno. No comen. No pueden dar.

¿Y esta raza famélica, esta raza paupérrima, podrá mañana cumplir con sus deberes cívicos? ¿Podrá aspirar a salir de su miseria?

De un lado, los líderes empeñados en derribar todas las industrias florecientes.

Del otro lado, los políticos empeñados en salvar sus intereses y en llenar sus bolsas antes de que se les acabe la ubre.

¡Hay que terminar con la leche del presupuesto!...

Todo esto debe y tiene que remediarse.

El pueblo no tiene interés alguno en la justa electoral mientras no coma. Todo lo mira con indiferencia.

El pueeblo [*sic*] que ignora sus derechos está perdido.

Pueblo que no sabe defenderse, es manada de ovejas.

Hambre. Hambre. Hambre.

A la salida de los espectáculos nocturnos la niñez solloza.

Los mendigos rascan violines.

Los ciegos extienden las manos.

En los bancos de la Alameda familias enteras duermen al raso, porque carecen de hogar.

Y se piensa en alargar los barrios. En levantar jardines. ¿Para qué quiere flores el mísero que no se ha desayunado?...

Mucho mejor es emprender una campaña para darle trabajo a todos. Para enseñarles el amor al trabajo. Para hacerle ver que no se puede [rei]vindicar un pueblo que soporta el hambre y se tiende al sol para […]dar[80] su miseria.

El trabajo, fuente bendita, eso es lo que se necesita en México.

Ante un grupo de hombres de negocios el doctor César Margáin [abordó][81] hace dos días el problema de los ciegos. Ninguno trata de liberarse de su situación infamante. Todos prefieren pedir limosna.

Sus propios familiares los explotan. Explotan el hambre y la miseria […]a[82] y moral.

Acabemos con esta vergüenza nacional.

Cada mexicano, si es mexicano de veras, debe ayudar en la campaña para combatir el hambre. Guerra a los que explotan la miseria. Guerra a los que se enriquecen con el hambre.

¡Guerra!...

[80] La encuadernación del periódico en volúmenes impide leer parte de las palabras.

[81] En el original, aparece una parte de la palabra agujerada en el periódico, y la otra parte la palabra queda oculta por la encuadernación.

[82] La encuadernación del periódico en volúmenes impide leer parte de las palabras.

El pasado vuelve

Las modas femeninas no son sino un retorno al pasado.

Bajo esas "capelinas" graciosas, surgen los rizos oscuros o rubios.

Sonríen los labios traviesos.

Pero ¿hay algo acaso de común entre estas mujeres de hoy y las mujeres de ayer?

Son ellas, aparentemente, pero solo en apariencia.

De la mujer de ayer a la de hoy, media un abismo.

Un abismo que parece ahondarse a medida que los días transcurren con sus nuevas inquietudes y sus nuevas zozobras.

La mujer de ayer cultivó su espíritu.

Vivió recluida en su hogar.

Fue romántica y soñadora.

Cuidó su feminidad como el más dulce tesoro.

Nunca salía sola a la calle.

Vivía bajo la égida protectora del hombre. El padre, el hermano, el esposo…

Nunca supo lo que era luchar en la calle y enfrentarse a los problemas económicos. No soñó con ejercer una profesión lucrativa. Era tímida y dulce y sus mejillas sabían del suave rubor natural.

Sus labios desconocían el contacto del rouge.

La mujer de ayer era simple sin mixtificación alguna.

Alma de mujer. Corazón de mujer. Inteligencia y agudeza femeninas.

¡Oh, aquella curiosa mirada detrás de las persianas para avizorar la calle!...

No pudiendo salir, se conformaba con "ver" algo de la vida, nada más detrás de las cerradas celosías.

Con las manos sobre las finas tapicerías, bordaba para entretener las horas interminables.

Todas sus actividades estaban reducidas al hogar.

[83] *Novedades*, p. 6, segunda sección. N-B.

El chisme y la murmuración, cualidades esencialmente femeninas, era [*sic*] la única distracción.

Jamás pudo soñar la mujer del pasado con verse libre.

¿Cómo, pues, se realizó el milagro? ¿Cómo pudo, el bello sexo, abrir la puerta de su cárcel y escapar en busca de horizontes más amplios?...

Contemplando estos figurines que ahora nos llegan, mirando estos rostros maquillados, bajo las graciosas capelinas de seda, yo pienso en la enorme diferencia que existe entre dos épocas.

En los bailes, miro muchas veces los trajes con polisón simulado y los frágiles talles, que libres de las varillas del corsé, no tiene la rigidez de antaño.

Son cuerpos diferentes.

Antes, las mujeres se desmayaban continuamente. Tenían que llevar el frasco de sales. Eran frágiles muñecas de tocador hechas para adornar sencillamente.

Muñecas con un apasionado y tierno corazón.

Con un alma sensitiva.

Muñecas cuya gracia, cuyo perfume, cuya sonrisa, bastaba para llenar la vida de un hombre…

Hoy miro estos sombreros llenos de sedas, de flores, de pájaros, que resucita la moda caprichosa.

Miro los altos tacones. Las faldas llenas de ruches y de vuelos…

Y resucito viejas imágenes, entrevistas en los retratos familiares.

En la sala de mi casa había uno de estos álbumes. Tenía la pasta de terciopelo granate.

En él figuraban los rostros de todos mis antepasados. Mi abuela, doña Laura Cámara, una mujer bellísima, inteligente y pura que solía escribir versos de vez en cuando. Los ojos enormes y negros, eran de una belleza extraordinaria. Los labios delgados y finos y la silueta delgada y espiritual.

Mi madre, que también se llamó Laura. También era alta, delgada y dueña de unos ojos llenos de tristeza. La larga cabellera

del color de la avellana, peinaba en un moño sencillo. Las manos blancas, filiales de largas uñas rosadas…

Mi hermana María, hermosa, inteligente y culta. Papá procuró que aprendiera con todos los profesores que llegaban a Mérida. Hablaba tres idiomas. Sabía bordar en oro y plata, pintar, tocaba el piano con absoluta perfección y educada para el hogar, supo de todos los menesteres domésticos…

Entonces era yo muy pequeña y mis otras hermanas no figuraban en este álbum de familia. Recuerdo a papá, con sus ojos tristes, con su sonrisa disimulada bajo el bigote, con su perilla gris… a mi abuelita Brígida, vestida de negro riguroso… retratos de amigas que mi madre guardaba con expresivas dedicatorias escritas con letras cursivas y llenas de hermosos pensamientos…

La mujer de ayer, escribía mucho. Era el único modo de volcar sus emociones…

Bajo las graciosas capelinas de seda, surge hoy el rostro de la mujer moderna. Es ella, y no lo es…

Y al establecer la comparación, suelo quedarme pensativa.

Martes 9 de octubre[84]

Regreso a México

La semana se me fue tan rápidamente en Acapulco, que no la sentí pasar. Todas las mañanas me iba a visitar el mar y a sumergirme en sus ondas intranquilas.

Al menos, todo el que lo desee puede aprovechar sus beneficios.

No se necesita pagar por el derecho de bañarse en este mar.

Los turistas suelen ir cuando el sol está bien alto. Cuando, tendidos en la arena, pueden tostarse la piel. De otro modo, ¿cómo hacerle creer a sus amigos que estuvieron en Acapulco? La piel tostada y llena de ampollas es indispensable.

[84] *Novedades*, p. 5, segunda sección. N-B.

Miles de cuerpos, deformes unos, bellos otros.

Las opulentas matronas van temprano para bañar a sus pequeños.

Sobre la arena, las olas dejan conchitas rosadas y lilas, blancas y tornasoladas…

Yo recogí muchas de estas conchitas y recordé la risueña playa de Yaxactun, donde abundan los caracoles más lindos y las conchas nácar más preciosas…

En Acapulco no hallé ni caracoles ni conchas nácar.

Dos horas tendida sobre la arena, recibiendo el beso de las olas diariamente. Iba cuando apenas asomaba el alba en su carroza de grana y oro…

Poquísimos bañistas había a esa hora.

Pero yo no tenía interés en lucir una piel tostada y llena de ampollas, sino el único de descansar y de olvidarme del trabajo.

Afortunadamente no ví a nadie conocido.

Vivir una semana anónima, es una delicia.

Recorrer la playa solitaria…

Aspirar la brisa salobre.

Contemplar la belleza del paisaje, que se había vuelto apacible después de la furiosa tormenta.

Ir por las calles del pueblo, vestida sencillamente con un traje sin lujo, con una cinta anudada al cabello, con los pies calzados cómodamente. Sentarme en ese jardín minúsculo y ver el desfile de los transeúntes que cruzaban indolentes y rítmicos.

Después, regresar y sentarse a la mesa donde el diario yantar casero me esperaba sano y caliente.

Nada más que eso. Vivir un poco animalmente. Absorber el viento.

Mirar el mar y evocar otros horizontes azules y lejanos.

Dormía con las ventanas abiertas. La temperatura se hacía cálida en las noches y los ruidos de miles de insectos nocturnos se oían entre la yerba, donde las luciérnagas fugaces encendían sus luces claras y los cocuyos verdes fingían pupilas de mujer.

Se me había ido el tiempo sin sentir, y había que pensar en el regreso a México.

Durante una semana mis dedos no habían acariciado las teclas de la máquina de escribir.

No quise llevar ni siquiera papel para no sentir la tentación de ponerme a escribir.

Una semana entera de ocio. De dulce abandono. De mansa y suave felicidad.

Pero era necesario regresar a la ciudad. Reanudar el trabajo. Volver a escuchar las voces de los amigos.

Mi piel no estaba quemada, afortunadamente.

Me fuí en busca del boleto a la agencia de la rutilante Estrella.

El ómnibus de las ocho era bastante bueno. Los asientos estaban enteros y había poquísimo pasaje además.

Dos enamorados que regresaban de su luna de miel y se arrullaban continuamente. Eran de Monterrey.

Una joven esposa que tenía los labios reventados por el calor y que apenas podía hablar.

Dos señoras de edad que tenían prisa por llegar al arreglo de asuntos a México.

La mañana estaba limpia y diáfana cuando abordé el autobús que tenía el número 23.

La primera parte del camino fue buena. Hicimos las paradas de costumbre. Mis ojos se deleitaron en esa exuberante vegetación y en esa selva sombría donde las ramas prenden festones por doquier. Donde los cocoteros alzan sus abanicos verdes y los papayos parecen sombrillas abiertas…

No, nunca ví un paisaje más maravilloso.

Y jamás, tampoco, he sentido tanta indignación ante el abandono y la incuria de un pueblo. A lo largo del camino, jacales míseros, chozas por las que se filtran la lluvia y el viento. Mujeres pálidas que miran pasar a los viajeros con ojos soñadores.

Hectáreas de terreno abandonadas, sin cultivo.

Si esa tierra estuviera cuidada, ¡cuánto produciría! Pero por desgracia la política mantiene a México sumido en la miseria. Vuelta a contemplar los letreros en los que un nombre se repite de continuo, en cada piedra, en cada muro, en cada árbol. Promesas, promesas…

En el tramo de Chilpancingo a Taxco, el ómnibus se negó a continuar. Cinco horas de espera. Era ya noche cerrada cuando otro carro me recogió junto con los demás pasajeros. Llegamos como sardinas en lata y a las doce de la noche… Al fin divisamos las luces de la Ciudad de los Palacios.

Ahora, frente a mi máquina de escribir, repito como el clásico: "Decíamos ayer".

Sábado 13 de octubre[85]

Las desplazadoras...

En una jugosa conferencia que ofreció Adela Formoso de Obregón hace tres noches, hizo resaltar el enorme contraste que existe entre la mujer preparada, inteligente y culta, y la mujer mediocre, vulgar e ignorante, que pone en juego su belleza únicamente para atraer y seducir al hombre.

La mujer culta no apela a ciertos procedimientos vulgares.

La mujer ignorante echa mano de sus recursos. Y estos son aquellos que el hombre busca casi siempre llevado de su instinto animal.

Existen muchos hombres que bajo el traje de caballero no tienen nada de tales. Están disfrazados, pero nada más.

En sociedad disimulan. Fingen. Son atentos. Y aun besan la mano de su mujer galantemente, y procuran dar la sensación de maridos perfectos.

[85] *Novedades*, p. 5, segunda sección. N-B.

En la intimidad, ¡cuánta grosería, cuánta desilusión!; se despojan del "traje" que les obliga a llevar el mundo y muestran lo que son, sin el mentiroso disfraz.

La mujer que halaga sus sentidos, la que se presta a todos sus caprichos, la que ensalza su vanidad, haciéndoles creer que son dioses para lograr sus fines, es la "eterna desplazadora".

Esta clase de mujeres abunda, por desgracia.

La mujer será siempre la eterna enemiga de la mujer. Viejo como el mundo es este aforismo.

Viejo como el mundo, como son viejos los pecados y las pasiones, la sensualidad y el vicio, la cobardía y el crimen.

Una mujer culta creería rebajarse si se humilla.

Una mujer que conoce su valor se niega a desempeñar determinados papeles; se juzga algo más que una hembra; sabe muy bien que su misión es más elevada y más noble; acepta sus responsabilidades; cumple con sus deberes; se mantiene en todo momento en su puesto; vigila la entrada; es la vestal eterna del fuego sagrado.

La "otra", la vulgar, la zafia, la ignorante, solo tiene su perversión, su ignorancia y su vicio; pero gana a veces.

Hay hombres que prefieren el sabor grosero de un platillo, si tiene picante, al más exquisito manjar, porque su paladar estragado no les permite conocer ni establecer la diferencia.

Y la mujer mediocre abunda en todo el mundo.

La vemos en todas partes; nos rodea; la sentimos al pasar; despide un olor fuerte; tiene ojos de vampiresa, cuerpo ondulante, de serpiente, y boca roja y pintada, que tienta y provoca.

Esas mujeres tienen la culpa de que las demás no hayan obtenido lo que tienen derecho a obtener.

Ellas son las eternas "rémoras" en la vida del hombre; las que solo saben halagarle los sentidos, sorberle la vida, succionarle la sangre, como pulpos con sus tentáculos fuertes.

Y entre tanto, la otra parte del mundo femenino lucha sola.

Lucha sola, rodeada de espinas, rodeada de incomprensión y de burlas.

El hombre huye de la "marisabidilla".

Pero el hombre inteligente buscará siempre a la mujer capaz de encontrar su alma y leer en ella.

Buscará a la compañera, antes que a la seductora.

Una mujer inteligente puede hacerlo todo; desde labrar la felicidad del hombre, hasta encumbrarlo.

La mujer mediocre tiende a rebajar al hombre para colocarlo a su nivel. No pudiendo ella subir, obliga al que está a su lado a bajar forzosamente.

Así hemos visto descender a tantos hombres de talento, hasta convertirse en míseros guiñapos.

Hasta olvidar su propia dignidad y su decoro.

Hasta nulificarse.

La mujer mediocre está alerta, cuida la senda, sus ojos avizores no pierden nada; sabe que el hombre debe pasar y lo acecha para atraparlo en sus redes.

Hay mujeres que se humillan, que ruegan, que se arrastran, que lloran.

Hay mujeres morbosas, que piensan que el amor se nutre de vicio y de golpes, de injurias y de manchas.

¡Mentira! Yo he defendido siempre al amor. Lo he defendido como el sentimiento más puro que alberga el alma; como la rica y pura esencia que lo perfuma. He defendido al amor y protesto cuando oigo que llaman "amor" a lo que nada tiene de común con él.

Llamar amor al vicio, a la sensualidad y a la grosería, es no conocer el amor.

Las desplazadoras, con sus palabras mentirosas, tienen la culpa de que no progresen las demás mujeres; son las piedras en el camino; son las que careciendo de méritos ofrecen lo único que tienen…

Martes 16 de octubre[86]

Buenos resultados

Cuando emprendí la vigorosa campaña para rogar a los novios que trataran de llegar al templo a buena hora y me prometí censurar a los que tienen esperando a sus invitados más tiempo del debido, llovieron protestas.

—¿Es que nos van a enseñar lo que debemos hacer, o van a reseñar las fiestas?, exclamaron algunas indignadas damas que piensan que el periodista no debe decir nunca verdades.

Pero afortunadamente, abunda la gente práctica y con sentido común y esto pude comprobarlo cuando, al correr del tiempo, vi que los sacerdotes de dos conocidos templos implantaron la puntualidad como una ley, obligando así a los morosos a estar a la hora señalada en el libro de registros.

En las alegres fiestas quinceañeras, que tanto me gustan, pasaba otro tanto. Era inútil que yo rogara a los papás que procuraran tener la lista de damas y chambelanes para evitar errores en la redacción de nombres o la omisión de algunos de verdadera importancia.

Me salían con el consabido: Olvidé la lista.

Y esto representaba un doble trabajo, a veces mal realizado contra nuestra voluntad de servir a todos.

Dije que en la esquela de invitación de una boda deben colocarse los nombres de los padrinos y del cortejo como se usa en Francia y como se usaba en México a comienzos del siglo.

Lo más que he podido conseguir es que las lindas novias incluyan un papel dando estos nombres. Dentro de la esquela quedarían como perdurable recuerdo.

Pero mucho he logrado y esta inmensa satisfacción de haber conseguido algo, es para mí un orgullo. Prueba que me leen, que me escuchan y reconocen que tengo la razón al pedirles esto.

[86] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-B.

¿Qué molestia signiifca [*sic*] hacer una lista cuando se envían las invitaciones?

La prensa tiene un poder innegable en todos los órdenes.

En el político, para derribar a los malos funcionarios.

Se derrota con ella a los ministros en Europa.

Los gabinetes ceden al impulso arrollador de la opinión pública.

El periodista tiene un deber: señalar los errores.

Todos sabemos que los que ocupan puestos elevados, jamás saben lo que pasa a su alrededor.

La muralla de personas empeñadas en evitar que la voz del público llegue a ellos y trascienda sus inmoralidades, los mantiene aislados.

Solo se les muestra todo lo que les halaga.

Se les oculta todo lo que dice verdades.

Debido a esto no se corrigen muchísimas cosas. Si los gobernantes leyeran el diario y pensaran en que no solo su vanidad debe halagarse; si atendieran las indicaciones desinteresadas y alguna vez tomaran informes personalmente, la Nación sería emporio de bienestar y no mísero y continuado clamor, que apagan las voces de los cortesanos.

En México hay mucho por hacer.

Muchos males que remediar.

Mucha pobreza que suavizar.

¿Por qué los empleados de algunas secretarías tienen que sufrir descuentos en sus cortos sueldos para la campaña alfabetizadora? Cinco pesos les quitan a los de Relaciones [Exteriores].

Además les descuentan la cuota de un periódico que no leen y de un Partido [al] que sostiene el sacrificio de los más débiles.

Una amiga que quiso contribuir a la campaña de alfabetización y tomó a una muchachita para enseñarla, recibió esta respuesta de su madre:

—Como necesitamos dinero y no podemos perder esa hora páguele a mi hija diez pesos mensuales si quiere que aprenda a leer.

Los servidores del Estado ganan sueldos miserables que apenas les permiten mal comer.

Y descontarles es un verdadero crimen.

Para la campaña presidencial se están haciendo descuentos, y lógicamente, son ellos las víctimas espiatorias [*sic*].

La prensa habla; pero no siempre lo dice todo ante el temor de posibles represalias.

Pero dice lo bastante para que si se la lee puedan tomarse providencias y evitar los abusos continuos.

Mucho se logra.

Campañas emprendidas con tesón dieron el resultado que se buscaba.

Funcionarios que eran rémoras para el gobierno, perdieron sus puestos gracias a las verdades expuestas con valentía.

Día a día, hay que decirlo todo.

Hay que descubrir la verdad, tapada con el mentiroso ropaje de la adulación.

En todas las dependencias del gobierno hay departamentos de prensa para redactar lo que se cree que debe leerse. Lo demás se oculta.

Sin embargo, hace años, porque dije unas verdades, cierto empleado que se pasó de "lambizcón" [*sic*] envió el recorte de mi artículo al Departamento Central para que la entonces esposa de un alto funcionario no permitiera que mis libros se editaran por cuenta de un gobierno "al que yo atacaba en su emplados [*sic*]", según la carta confidencial que alguien puso en mis manos.

Afortunadamente no he necesitado del favor oficial para editar mis libros y, afortunadamente también, jamás he pedido nada porque prefiero ganarme la vida con mi modesto trabajo en el que he conquistado grandes y purísimas satisfacciones.

Jueves 6 de diciembre[87]

El regreso

Dieciséis días dejé de trabajar frente a mi máquina de escribir. Dieciséis días, durante los cuales pasaba frente a *Novedades*, sintiendo que mi corazón se encogía de pena. Volvía el rostro y me iba con la incertidumbre del "mañana" que a mí se me antojaba envuelto en sombras y dudas crueles.

La vida empuja. Vivimos una época de inquietudes. La Humanidad no podrá curarse en largos años de todo esto que forma la secuela de las guerras. El odio, es ya algo natural en el hombre y la venganza y el rencor, como pájaros negros abren sus alas. Ha pasado el tiempo de la dulce paz, de la mansa serenidad de que habló Nervo en sus versos admirables. Los poetas por esto, van escaseando…

¿Quién concibe los sueños ante la realidad desconcertante? ¿Quién sería capaz de hilar de nuevo la madeja blanca de su fe, si afuera los lobos aúllan y la tormenta estremece los árboles escuetos?

La poesía de hoy, reflaja [*sic*] este estado de calma.

Es una poesía la suya, desorbitada en la qua [*sic*] la musicalidad cede su sitio a la idea expresada, sin métrica, libremente como si el pensamiento, al sentirse comprimido buscara el modo de escapar.

Dieciséis días sin subir la escalera de "mi periódico". Dieciséis días, sin contemplar este tramo de calle que en las horas del medio día se llena del bullicio de los pequeños vendedores de periódicos que gritan, juegan, alborotan y comen en el arroyo un taco o una paleta, arrojándose pelotas de papel en la cara…

¡Ay!, mi corazón ha vivido apenado en este lapso de tiempo, ansiando que las puertas volvieran a abrirse para ponerme a trabajar.

[87] *Novedades*, p. 5, segunda sección. N-B.

Un periódico se parece a una colmena. El rumor de las máquinas, la charla de los compañeros, el teléfono que suena incesante, y el olor del papel y de la tinta. Quienes están acostumbrados a este espectáculo, difícilmente podrán vivir fuera de este ambiente en el que mi existencia se desarrolla hace tantos años…

Un cuarto de siglo o tal vez más, llevo de trabajar en periódicos. Es la única profesión que me parece hermosa y digna para mí. Cuando en una ocasión estuve en la Secretaría de Comunicaciones, donde laboré año y medio, me sentí pájaro cautivo. Miraba el reloj continuamente en espera de que el horario se detuviera en la una. Entonces lanzaba una mirada de desprecio a la oficina y tomando mi bolso me marchaba lo más rápidamente posible para escapar de todo eso que me rompía los nervios y que jamás pude aceptar con buena voluntad.

El día en que desapareció la biblioteca por motivos políticos y me dijeron que me marchara, lo hice riéndome feliz. No tendría que volver a contemplar esos rostros fatigados, esa expresión de servidumbre que crea la burocracia en los que están a su servicio. La mirada baja, el paso tardo, y contemplar a los empleados aburridos, mientras un jefe Tenorio solía contarle a los amigos que iban a visitarle, su nueva conquista…

En una gaveta de su escritorio guardaba cartas y retratos femeninos en cantidad alarmante…

Yo detesto todo lo que sea imposición o esclavitud.

Soy disciplinada en mi trabajo, pero sabiendo que puedo irme cuando lo deseo. Permanecer encerrada en un local seis horas es algo que no puedo soportar. La carrera periodística tiene esta ventaja por encima de otras. Se es libre. Libre para expresar nuestras ideas, para ambular de un lugar a otro, para meternos en todas partes y husmear verdades…

Ser periodista implica responsabilidades también.

Aquellos que nos leen, suelen tomar en serio nuestras palabras.

Suelen tener fe en lo que escribimos.

Es pues, necesario, no defraudarlos.

No decir falsedades.

No pervertir los corazones puros.

La labor del periodista implica elevación de miras y de sentimientos.

Dentro de ella cabe todo. Y yo por eso la amo con todas las potencias de mi alma.

Después de dieciséis días de receso, he subido otra vez por el elevador ya limpio y barrido. He cruzado la vieja redacción. Me he asomado a la calle llena de bullicio donde los pequeños vendedores de periódicos alborotan y gritan.

Después he quitado el candado que cierra mi máquina.

La habían limpiado y estaba reluciente y pulcra. Acaricié sus queridas teclas y sentí deseos de echarme a llorar. Esta ausencia me ha hecho comprender cuánto quiero todo esto que forma mi existencia y es el marco en el que mis horas resbalan silenciosamente hace seis años y medio…

Porque hace seis años y medio que laboro en *Novedades* y he dejado en él además de mi vida, mi propio corazón que sangra cuando pienso que algo puede sucederle…

Mi periódico es mi "todo".

¡Y no hay sacrificio que no hiciera por él!

Viernes 28 de diciembre[88]

La difícil facilidad

Hay cosas que parecen muy fáciles de hacer. Cosas que en apariencia no tienen complicación alguna. Y una de ellas es, justamente, escribir.

Saber escribir no está al alcance de cualquiera, porque no se trata de emborronar cuartillas y llenarlas con tonterías y vaciedades.

[88] *Novedades*, p. 5, segunda sección. N-B.

Escribir de modo que lo que se escribe lo comprendan todos, es un arte.

Hay escritores que creen que empleando un lenguaje alambicado pueden pasar por geniales.

Hay poetas que rebuscan las frases para conseguir "efectos" que podrán deslumbrar a los ignorantes, pero jamás a las personas cultas.

El que escribe para el público debe tener en cuenta que no todos los que leen son personas preparadas. Las hay sencillas, humildes, que apenas si fueron a la primaria; estos buscan a los que pueden hacerles comprender sus ideas con palabras fáciles, desprovistas de adornos y retóricas.

El poeta, cuando lo es, no rebusca.

Deja que su emoción se desborde, simplemente, como el agua del manantial oculto brota de la roca.

Deja que sus emociones se expandan así, sin ponerles dique.

Por eso los poetas populares son los que más huellas han dejado a su paso por la vida.

Los poetas populares no abrieron el Diccionario de la Rima en busca de consonantes arbitrarias.

Abrieron su corazón, nada más.

Y por ello son comprendidos y son recordados.

El exceso de cultura puede perjudicar a los poetas.

Porque precisamente por esto liman y pulen sus estrofas, hasta volveros [*sic*] quizás obras de arte, pero el público nunca podrá comprenderlas.

Saber decir las cosas, sin esfuerzo aparente, es un arte también.

Escribir y describir las cosas, de modo que el que lee pueda "verlas" con su imaginación, como si las tuviera delante, no todos lo pueden hacer, aunque haya muchos que así lo creen y desbarren.

La crónica social, en apariencia, no tiene dificultad alguna.

Hace días escuché a una señora decir que lo único que se necesitaba para llenarla era la lista de la concurrencia.

Y si esto fuera así, con recoger la lista y publicarla se evitaría el trabajo de escribirla.

Pero en esto hay un error, y garrafal también.

Cada salón tiene "su ambiente", su categoría y su concurrencia diferente. Cuando se ha llegado a conocer a todo el mundo, cuando se sabe la vida y milagros de cada cual, significa que se es dueño de un valioso tesoro, llamado "experiencia", y la experiencia requiere años, conocimientos especiales, psicología y costumbre de moverse en los salones con naturalidad.

Yo he conocido cronistas que solo van a las fiestas para beber y aprovecharse recibiendo propinas.

Conozco cronistas que a la hora de escribir lo que vieron, lo hacen diciendo lo contrario de lo que quieren decir. No encuentran la palabra correcta.

Otros desconocen por completo a la gente. Preguntan:

—"¿Quién es aquel caballero?"

—"¿Cómo se llama esa dama?"

El verdadero cronista social tiene el deber de conocerlos a todos, de saber parte de su vida, de estar al tanto de las cosas que hace, de los honores que recoje [*sic*], caso de merecerlos; de saber si escribe algún libro y conocer el juicio y la opinión que sobre este libro existe.

Necesita tener conocimientos de modas para poder describir con fidelidad un modelo.

Cuando Gabriel D'Annunzio, el altísimo poeta italiano, desempeñó este oficio, sus fieles descripciones de los palacios, en los que entraba siempre como un invitado de honor, más que como un simple cronista, dejaron huella imborrable. Estas crónicas sociales fueron recopiladas en un tomo que yo tuve entre mis manos, diez minutos, hace mucho tiempo.

Gabriel D'Annunzio empleaba un lenguaje florido, elegante y al mismo tiempo lleno de imágenes poéticas.

Dos personas no pueden describir las mismas cosas, si ambas no nacieron y viven en cierto medio social, que les permita el conocimiento de las costumbres y las leyes de la etiqueta.

El traje es, finalmente, el toque que remata y termina satisfactoriamente el papel del cronista social.

Nadie tiene confianza en aquel que no sabe presentarse debidamente.

En cambio, el bien vestir, la gracia y la [e]ducación, son llaves de oro que abren los salones.

Y más que todo esto, la psicología y la seguridad de que al entrar no se hace en calidad de criado.

Gabriel D'Annunzio renegó más tarde de sus crónicas sociales y solía avergonzarse de ellas. Pero quizás fueron precisamente esas crónicas las que labraron el pedestal en que lo colocó años más tarde la fama.

Martes 8 de enero[89]

Una mujer sola

Digan lo que dijeren las feministas de moderno cuño que repiten que no necesitan para nada del hombre, en el fondo todas saben que esto es una mentira y acaso un poco de despecho nada más.

Toda mujer necesita de un hombre a su lado.

Un hombre que la defienda. Que la escude. Que le sirva de guía.

Toda mujer necesita apoyarse en el brazo de un hombre para que en los salones pueda hacer un papel decoroso.

La mujer que viene y va sola a todas partes, va "incompleta".

Necesita poseer el suficiente dominio sobre sí misma para darse a respetar.

Para que nadie se crea con derecho a injuriarla.

Las divorciadas, que suman miles en el mundo, comprueban esta verdad amarga.

No todas rompieron el vínculo por su voluntad.

Fuerzas mayores las dejaron solas, inermes, entregadas a su pena.

Algunas pueden y reco[n]struyen su vida.

Pero muchas se quedan solas.

Para asistir a un espectáculo necesitan invitar [a] una amiga. Si esta no puede ir, se ven privadas del placer por no ir solas.

Si van a un baile, necesitan ir acompañadas de alguien, una amiga, una familia que quiera llevarlas.

[89] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-B.

Una mujer sola hace un triste papel en la vida.

Cuando yo escucho esos discursos incendiarios en los que se pone al hombre como chupa de dómine, sonrío en mi interior y pienso:

—No habla la sinceridad, sino el rencor.

Los hombres no son santos. Pero muchos de ellos serían menos malos si mujeres perversas no los atraparan en sus redes.

Todos los hombres saben que su papel es el de "insinuarse".

La mujer rechaza o acepta. Cuando ella no quiere, es difícil que el hombre traspase nunca la línea del respeto.

Aquel episodio que consta en el "Quijote" cuando el socarrón de Sancho Panza gobernó su célebre Ínsula Barataria, es el mejor de los ejemplos que se puede mostrar a los demás sobre la honradez de una mujer.

Atracada, según ella, por unos malandrines que abusaron de su debilidad, acudió en queja al Gobernador quien oyó atentamente sus palabras. Después, para recompensarle del mal rato, le hizo entrega de una bolsa llena de monedas de oro y le recomendó cuidarse de un nuevo atentado.

Pero, por lo bajo, habló con media docena de hombres a los que dió la orden de procurar despojar a la mujer de su bolso.

Y ella, muy satisfecha, se llevaba su dinero cuando la asaltaron de nuevo. Sin embargo, ninguno logró quitarle la bolsa. La sujetó con tal fuerza y se defendió con tal brío que tuvieron que regresar a la presencia del Gobernador, donde rindieron cuenta de su fracaso.

Entonces se hizo comparecer a la mujer.

Y Sancho Panza la hizo ver que, tratándose de la honra, no tuvo fuerzas para defenderla, pero tratándose del dinero, había encontrado energías para impedir que se lo arrebataran.

Cuando una mujer quiere ser buena, lo es siempre.

¿Que las tentaciones la asaltan? Ella sabrá, si quiere, resistir.

—¡Nos cantan bonito al oído— me confesaba en días pasados una amiga inteligente y experta en achaques amorosos.

Sí, en verdad que las mujeres difícilmene podemos resistir la canción del halago. Hemos nacido así, románticas y sentimentales. Somos niñas siempre. Llegamos a la vejez soñando todavía.

No queremos convencernos de que el tiempo pasa...

"Jamás mujer alguna ha salido del todo de la cuna".

Campoamor que fue el defensor de todas las mujeres, lo dijo en una de sus bellísimas "Doloras".[90]

Allá, en su tierra natal, hay un parque que lleva su nombre. En la arboleda espesa se arrullan los pájaros cantores y las parejas dialogan sobre temas de amor…

Y porque somos mujeres, somos débiles, a pesar de que la mujer de hoy suele ser mucho más fuerte que el hombre, físicamente. Pero somos débiles por nuestro corazón. Somos débiles por nuestros sentidos. Somos débiles porque nunca queremos convencernos de la realidad y vivimos entre ilusiones y sueños mentirosos.

Por eso toda mujer necesita del apoyo de un brazo varonil.

Necesita de un hombre que la escude y la defienda.

De un hombre que la represente en todas partes.

Quien diga que puede prescindir del hombre, miente a sabiendas.

Miente, porque sabe que no ha encontrado a ese hombre, que buscó y buscó sin encontrarlo…

Las solteronas amargadas suman ejércitos.

Ni una sola lo es por su gusto. A menos que un amor desgraciado o una desgracia las orillen a ello, todas las mujeres saben que su destino es el hogar y el matrimonio.

Y prueba de ello, es que las muchachas que estudian una profesión acaban olvidándola, cuando la naturaleza las hace madres y el destino, ¡esposas!

[90] Se refiere a la obra de Ramón de Campoamor con el título *Doloras*.

Viernes 18 de enero[91]

Una voz responde

Una dama, que leyó en esta columna el caso de la muchachita cuyos estudios se han interrumpido por la falta del dinero necesario para la inscripción, ha respondido a la llamada y ha enviado cien pesos.

La mitad del camino está andado.

Otros cien, y esta muchachita podrá de nuevo ir a estudiar con la ansiedad de ayudar a su madre, y ser para ella: sustento, amparo y calor.

Cien pesos más y la muchachita terminará este año.

Tendrá su título que la acredite para trabajar en una oficina comercial.

Como es pura y es buena, el Señor la ayudará a encontrar una buena plaza.

Y su madre podrá descansar un poco.

Hace años que trabaja de sol a sol para educar a esta hija que es su único tesoro.

Le ha infiltrado el sentimiento del deber.

Y ella, en su juventud, que es como una alborada, sabe que está obligada a pagar su deuda de amor con un amor más grande…

Una voz ha respondido en el silencio.

Una voz que me ha dicho: "Envío esa cantidad. Yo también trabajo. Si pudiera lo daría todo, pero no tengo".

La voz que me ha respondido es la de una dama encantadora, distinguida, a la que la adversidad azotó un día.

Fue millonaria. La suerte la dejó sin fortuna.

Pero no se arredró. No se intimidó. Pensó que debía darle la cara al destino y ponerse a trabajar.

De sus hábiles manos brotan los más hermosos ramos para que luzcan las novias felices.

[91] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-B.

Su nombre quedará en el anónimo, porque ella no quiere que nadie sepa su obra bendita de caridad.

Yo lo silencio, pero Dios, que todo lo sabe, la premiará dándole el ciento por uno.

Los políticos no dan nada.

Todos se han enriquecido.

Pero se han hecho sordos al clamor de la necesidad.

Han olvidado que fueron pobres también.

Que muchos de ellos surgieron de hogares humildes como el de esta muchachita.

Han olvidado que sus madres trabajaron también para hacerlos hombres.

El dinero endurece las almas.

Adormece las conciencias.

El dinero cambia por completo el corazón de la humanidad.

El bienestar material hace que nadie recuerde los días de pobreza. Se trata de olvidarlos como una pesadilla.

Nadie quiere que le recuerden su origen cuando este es demasiado humilde…

Nadie quiere…

La mañana está clara, diáfana y transparente. Por mi ventana entra el sol como todos los días. El teléfono acaba de sonar, y la voz, que me llamó para darme la buena nueva, enmudeció. Entonces he venido a contarlo jubilosa, como cuento todas las cosas que creo que es útil repetir.

Cien pesos más que, probablemente, ofrecerá otra persona caritativa y no rica. Otra persona acostumbrada a la lucha y que, por esto, precisamente, comprende que es deber del que puede, ayudar al que menos tiene. Y si no son cien pesos serán diez. Serán veinte. Se sumarán a los primeros y formarán la cantidad necesaria para ayudar a la muchachita de meladas pupilas, que vino a contarme su pena, creyendo, ingenuamente, que yo tengo influencias suficientes para sacarla del apuro.

No, no las tengo.

Pero hay una columna que está abierta siempre para ofrecer los problemas que se presenten.

Para dar una oportunidad al que necesite de ella.

Una tribuna es una tribuna. Miles de personas saben por ella cosas que otros acaso no cuentan.

Yo lo cuento todo.

Lo digo todo.

No tengo miendo [*sic*] de la verdad.

Nunca he sentido, afortunadamente, ese sentimiento de adulación que lleva a muchos a inclinar la cabeza y a doblar la espina dorsal para conseguir algo.

El trabajo es para mí una fuente de placer inagotable.

Fuente de dulces emociones.

De íntimas satisfacciones.

De goces espirituales incontables…

Porque poder hacer el bien y poder abrir una puerta para que entren los beneficios, es ya una satisfacción inmensa.

La muchachita pobre terminará sus estudios.

Y un pequeñísimo granito de arena —el mío— habrá contribuido a realizar la obra y a florecer su sueño.

Lunes 11 de marzo[92]

Sombreros y medias

Los primeros refugiados llegados de Europa vinieron sin sombrero, huyendo del furor de la contienda que había destruido sus hogares y había dejado a muchos con lo puesto.

Hasta entonces en México, todas las mujeres de cierta posición llevaban sombrero. Según sus medios económicos, eran de lujo o sencillos. Pero todas lo usaban.

Poco a poco el ejemplo cundió.

Se habló de "comodidad y de economía".

[92] *Novedades*, p. 6, segunda sección. N-B.

Ambas razones no pueden convencer a nadie, cuando muchísimas de ellas van luciendo abrigos de piel que valen fortunas, y sin embargo, desdeñan al sombrero. Y no es solo esto: ahora en la calle se va [*sic*] a muchísimas mujeres sin medias, luciendo las piernas antiestéticas, llenas de nervios y con las uñas pintadas de rojo, como las cortesanas de Roma.

Que la media es cara, es verdad; pero ya regresó la famosa Naylon que dura suficientemente para no tener el pretexto de su precio.

Cuando se recorren ahora las avenidas céntricas, se encuentra un sombrero, entre doscientas mujeres que no lo llevan. Nos hemos convertido en un pueblo y no en una ciudad. Por los pueblos iban las mujeres, antes, con la cabeza descubierta.

Para lucir el peinado, muchísimas no llevan nada más que eso.

Los grandes modelistas de sombreros, inventan, crean maravillas llenas de coquetería, que en las vidrieras son como bouquets de rosas, o como lazadas de vaporoso tul.

Pero pocas se deciden a comprarlos.

Solo en las bodas se ven ya esos sombreritos coquetos que tanta gracia dan al rostro femenino y prestan distinción a los vulgares, siempre que se elijan con gusto y sensatez.

Las piernas sin medias lucen feísimas.

Todos los tendones, los nervios, los vellos al descubierto, le quitan a la pierna su belleza. Esas uñas teñidas como en los tiempos de Roma, en que se usaba el Henné, produce un efecto deplorable.

¿Quién ha importado a México tales enormidades?

Las piernas desnudas llegaron de Norteamérica donde nuestras vecinas se cuidan bien de vestir como deben. Pero llegan aquí y piensan que somos todavía un pueblo de salvajes con plumas y por lo tanto, se sienten dueñas de ir según su capricho.

La mujer mexicana jamás se había puesto esa prenda masculina que es el pantalón.

Ahora por la calle van las mujeres con el pelo suelto, como si salieran del baño; la cara maquillada, como si fueran al set a representar y los pantalones de paño o de pana, de colores detonantes. Van sin medias. Usan zapatos que ya casi no lo son. ¡Y creen que eso les da "carácter" y pueden pasar por elegantes!

La elegancia, como la educación, tiene sus normas estrechas.

Violarlas es incurrir en grave falta.

La elegancia de una mujer es todo lo contrario de lo que se está haciendo en México donde las modas de las indias humildes se adaptan completamente fuera de lugar. No hay una razón para llevar enredados en el pelo esos estambres de mil tonos. Si a la india le quedan, a la mujer de sociedad no le van.

Podría en último caso, con nuestros bellos trajes regionales, hacerse una estilización para los bailes, por ejemplo. El traje de la tehuana para una mujer alta, es precioso, y hace días que una novia lució el suyo así, y resultaba maravilloso.

Oaxaca es rica en variedad de trajes bordados. En joyería y en adornos para cabeza, de infinita gama de colores, pero estos adornos solo podrían adoptarse para las fiestas nocturnas.

Antes, en los "odiosos" tiempos porfirianos, como dicen los inconscientes, México era una gran capital. Las modas europeas eran llevadas correctamente. Ningún caballero que se estimaba, iba como hoy con la ropa arrugada y traje de calle a un baile.

Ninguna mujer que se preciaba de vestir con elegancia, transitaba por Madero con la cabeza descubierta y las piernas desnudas.

Todo eso hubiera sido delito contra el buen gusto y la decencia.

¿Cómo pudo nuestra sociedad aceptar estas enormidades y olvidar su decoro y su decencia para aceptar ahora el pantalón, el pelo suelto y todas estas arbitrariedades que restan encanto femenino y nos colocan en una posición falsa como si fuéramos habitantes del Congo?...

Vestir bien es respetarse a sí mismo.

¿Que todo está por las nubes? Siempre hubo ricos y pobres.

Pero antes cada cual se estimaba más que ahora.

Tenía conciencia de que una buena presentación es casi una credencial de "caballero".

Desde el día en que los caballeros olvidaron que lo eran, para mezclarse con los demás, se perdió el sentido del decoro y de la elegancia en México.

Y esto es algo que difícilmente podrá recuperarse. Cuando se pierde el buen gusto, es como cuando el paladar se estraga. ¡Solo los platillos cargados de pimienta le agradan!

Miércoles 13 de marzo[93]

Comunismo de alpargatas

De un tiempo a esta parte la teoría del comunismo, "adaptada" a las propias conveniencias, se ha puesto de moda entre ciertos elementos que, sin embargo, ni viven en jacales ni reparten con nadie lo que tienen.

Si el comunismo es la doctrina de la igualdad, debemos comenzar por despojarnos de lo nuestro y hacer "partes iguales" con los otros. Pero ser comunista solo para quedarse con la parte ajena y guardar la propia, tiene otro nombre que es mejor no decir.

Entre las cosas pintorescas del comunismo "adaptado", es la moda de vestir de percal a ratos, ponerse alpargatas y llevar rebozo.

También ponerse en el cabello hebras de estambre al uso de nuestras inditas, que no entienden de estas teorías porque desde que nacieron no se han puesto otra cosa.

Hace unos días, distinguí de lejos a una señora que posee un capital bastante regularcito, como para no sufrir necesidades. Su amistad con determinadas personas la ha llevado a trocar el ele-

[93] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-B.

gante traje sastre por otro humilde que solo se pone a ratos, desde luego, cuando le conviene. Si la ocasión es diferente, entonces se decide a vestirse de "dama" y hasta usa sombrero, prenda por lo visto completamente reaccionaria o fascista según las nuevas tendencias.

Todo lo que no es comunista, es fascista o reaccionario…

Pero si hurgáramos un poquito —un poquito nada más— en la vida de estas personas, hallaríamos cosas poco limpias, que no se pueden exhibir. Actos impropios de la gente honrada. Teorías de conveniencia. Un odio desatado hacia aquellos que se mantienen al margen de las luchas y viven su vida sencilla y tranquila, sin meterse en lo que no les importa.

No, ninguna de estas vidas podría resistir el escalpelo.

Llegaríamos a la carne llagada y hedionda.

¿Por qué, pues, esta farsa que, después de todo, es inútil puesto que "del cielo a la tierra nada hay oculto" y todo se sabe si nos empeñamos en saberlo?

¿A qué acusar a los demás cuando se tiene encima tanta podredumbre?

El comunismo de alpargatas y el comunismo de chamarra tienen mucho de común. Pero quienes lo pregonan no serían capaces de quedarse sin comer ni de partir su capa con un mendigo, como lo hizo aquel San Martín.

Yo nunca he podido comprender por qué las teorías necesitan un traje "especial".

Nunca he podido entender la necesidad de disfrazarse para exponer las ideas.

¿Es que tienen miedo, quienes las proclaman, de no ser creídos?

El lobo, vestido de cordero, no engaña ya a nadie que tenga un poco de malicia y otro poco de sentido común.

De las indígenas se adoptan las modas cuando conviene.

Pero nadie hace nada por liberarlas de su miserable condición.

Nadie las levanta ni las eleva.

No sé lo que ellas pensarán cuando ven a las señoras copiar sus vestidos sencillos y envolverse en rebozos que no saben llevar.

Hace noches que, en una función de arte, una señora daba vueltas a la prenda que, a cada paso, amenazaba caérsele. La falta de costumbre.

Pensar que si se va vestido con decoro es ser reaccionario, es el más solemne de los disparates.

Desde que el mundo es mundo el hombre y la mujer cubrieron su desnudez con ropajes más o menos lujosos, según sus medios de fortuna. Y no creo que sea invadir un terreno ajeno si se procura aparecer lo mejor posible, no en el lujo, sino en la corrección.

Las pieles de mink, por ejemplo, solo pueden llevarlas las millonarias, las artistas de cine y las mujeres de los políticos.

Para ellos la fortuna vuelca su cornucopia a cada instante. Jugosas concesiones, adulaciones serviles, cambios de casaca, dan por resultado obtener cuanto hace amable la vida material.

La otra, la espiritual, no les interesa en lo más mínimo.

Acumular riquezas es el anhelo de esa gente.

Mientras más miserable se ha sido, mayor es la sed de dinero.

Mientras más necesidades se sufrieron, mayor es el ansia de desquite y mayor el olvido para los que siguen sufriendo.

Mirar a los demás desde la altura cuando todos le con[o]cieron abajo y arrojar como un guante su riqueza, es el deseo secreto de la mayoría.

—¡Mira lo que soy ahora! —parece que gritan.

¡Ay, yo he conocido a muchísimos que llevaban alpargatas, no por comunistas, sino por miseria! Cuando tuvieron dinero usaron botines de charol. Y ahora, cuando les conviene, se ponen las alpargatas otra vez para despistar y tratar de hacernos creer en una doctrina que nadie, que yo sepa hasta hoy, practica tal y como la proclaman aquellos que se valen de ella para lograr sus fines.

San Martín no ha vuelto a aparecerse por el mundo.

Sábado 16 de marzo[94]

Feminismo revolucionario

Un libro de Mariblanca Sabás Aloma, me da el tema para esta crónica. Es un libro que tiene ya dieciocho años de publicado. Y en el capítulo del cual tomé esta crónica, dice así la autora:

"Uno de los más interesantes aspectos del feminismo, es el que sitúa frente a frente, a dos clases sociales: la rica y la pobre, la explotadora y la explotada, la que disfruta de todas las comodidades de la vida sin producir y la que, produciendo, carece de los recursos más elementales de sanidad, confort, cultura y bienestar en la vida. Cabe formular en efecto, la siguiente pregunta: ¿Conviene más a los intereses de la mujer trabajadora, formar en el propio sector o como sector aparte un solo frente de acción con los hombres trabajadores, que incorporarse a las filas del feminismo activo, imitado éste a la lucha por la obtención de todos los derechos civiles, legales y políticos que "todavía" los hombres niegan a la mujer?

"Honradamente no podrá jamás el sociólogo, enfocar el feminismo como un problema global, desconectado de los demás problemas colectivos de carácter legal, moral, político o económico, ni mucho menos como un solo problema donde las distintas necesidades de distintos núcleos de mujeres tienen una misma solución: Es obvio que el problema de la mujer obrera, no es el mismo que el de la mujer de salón. La misma lucha de clases que se plantea entre los hombres, se plantea entre las mujeres. Así parece claro, que si bien para la conquista de ciertos derechos civiles de carácter legal está bien, que todas las mujeres formen un solo frente, único de acción, en cambio cuando se trata de cuestiones políticas o económicas deben formar con los hombres que se encuentran en la misma condición. Fórmula viable: contra los hombres, cuando los hombres son amos. Junto a los hombres, cuando los esclavos son como nosotras,

[94] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-B.

esclavos que luchan por conquistar su independencia. Contra los hombres, si los hombres, a título de tales, pretenden la 'pervivencia' de un hembrismo alcobero, puramente sexual taxado de morbosismos, humillante y estéril. Junto a los hombres, si los hombres penetrados de la dolorosa realidad de la explotación del trabajo, se yerguen contra sus explotadores, abriendo a puño limpio, el camino hacia el 'futuro sin geografías' profetizado por Lenin. Claro que el movimiento feminista es, medularmente, revolucionario. Las mujeres al rebelarnos contra un orden de cosas establecido, formamos la izquierda de un proceso de incalculable trascendencia.

"Hemos repetido una y otra vez que no queremos emancipación, como sinónimo de libertinaje, sino reclamamos derechos que sabemos que nos responsabilizan en alto grado. Más que los hombres, porque sufrimos con mayor intensidad que ellos, sus consecuencias.

"Las mujeres nos rebelamos contra una estructura social, ensombrecida de falsedades. Estamos cansadas de vegetar carentes de personalidad, al margen de la vida. Modificamos, sin deformarle, la teoría marxista del materialismo histórico, porque las mujeres donde quiera que luchamos —en la escuela, en el taller, en la fábrica, en nuestra propia casa—, aportamos el don incalculable de nuestra delicadeza espiritual. Delicadeza que no excluye la valentía; delicadeza que no se da de manos con la humillación. Más que la delicadeza, pudiéramos decir maternalismo. Cada mujer es una hembra en esencia y una madre en potencia, aunque las actuales condiciones de la vida, estrangulan y deforman el sentido de la maternidad. Al incorporarnos lenta pero decididamente a las actividades de la vida pública, aportamos un caudal de puros ideales, de generosos anhelos de nobleza de miras, de entusiasmo por todo cuanto signifique mejoramiento colectivo. Aportamos también esa facultad cada vez más extraña entre los hombres, —acaso por haberla ejercitado durante tanto tiempo sin resultado práctico aparente— la facultad de la indignación.

"Así como se puede ser mujer y practicar el civismo, se puede ser mujer, muy mujer y sentir el latigazo de la indignación. Múltiples ocasiones nos ofrece la vida para indignarnos. Primero es nuestro hogar, donde las mujeres no somos sino una pobre cosa sin alma y sin conciencia gobernadas por el padre, por el marido, por el hermano y hasta por los propios hijos. En más de una ocasión me he pronunciado contra esa mentida 'estabilidad' de los hogares, pregonada en nombre de una moral podrida. No puede haber estabilidad donde hay un amo que manda, infeliz él también porque no comprende ni lo comprenden; porque ni estima no [*sic*] se siente estimado —y una esclava que sirve—. ¿En qué consiste esa decantada estabilidad, lectores? Todos lo sabemos: En los hogares destrozados por la miseria, mordidos por el natural rencor de quienes se sienten en la vida, como de prestado, existe en medio de esa triste promiscuidad de los cuerpos, en definitivo divorcio de las almas, en los hogares ricos, afiebrados de lujo, poseídos del vértigo del oro, el hombre preecupado [*sic*] hasta la obsesión por los negocios, y la mujer preocupada hasta la obsesión por los vestidos, la puerta abierta a toda vanidad y a toda tontería, pero cerrada a todo viento fecundamente renovador, la estabilidad es solo mantenida por mera fórmula moral".

Página es esta que escribió una mujer de talento hace dieciocho años y que yo quiero que mis lectoras la conozcan y la lean.

Viernes 14 de junio[95]

La redacción

La redacción de un periódico es como una colmena laboriosa donde todos trabajan.

El ruido de las máquinas rompe el silencio con su tic tac rítmico y por las ventanas se filtra una luz a ratos pálida y a ratos brillante.

Cada redactor escribe.

[95] *Novedades*, p. 3, segunda sección. N-B.

Cada mente labora.

Las manos se deslizan sobre el teclado. Se deslizan y van dejando impresos los caracteres en tinta negra, azul o roja.

Quien ha vivido dentro de un periódico, no puede acostumbrarse a vivir fuera de él.

El hábito es más poderoso que nada.

Los que estamos acostumbrados a subir la escalera y a dedicar nuestras actividades a contarle a los demás lo que sucede en el mundo, hemos hecho de esta profesión un sacerdocio.

Yo no sé el tiempo que hace, que frecuento las redacciones de los diarios.

La primera vez fue en La Habana cuando entré a trabajar al "Diario de la Marina". Luego estuve en "El Mundo" y en "El País".

Colaboraba en muchas revistas y la redacción de "Bohemia" era como mi propia casa. Fue la primera que me brindó acogida.

Cuando necesitando ganarme la vida fui a visitar a su director, Miguel Ángel Quevedo, me brindó generosamente sus páginas.

Yo carecía de experiencia entonces.

Fuera de los versos, jamás había hilvanado una mala prosa.

Pero me advirtieron:

—Los versos no los pagamos.

El propietario de un periódico habanero que hizo su fortuna a base de favoritismos gubernamentales, proclamaba a voz en cuello que los versos ocupaban un espacio que era necesario para cosas más útiles. Y como en una ocasión, alguien publicara en una de sus ediciones una poesía de Goethe algo extensa, llamó al redactor advirtiéndole:

—¡Dígale a ese señor Goethe que escriba más corto!

Yo, tuve que aprender a escribir en prosa. Primero fueron cuentos. Recuerdo mi enorme esfuerzo para poder darle forma a un argumento basado en mi propia vida. Y creo que el título que le puse era bastante sugestivo. Lo llevé, temerosa, y el director de "Bohemia" me lo aceptó y me dio trabajo para otra revista pequeña que tenía, de carácter más frívolo.

De este modo, fui tomándole el sabor al periodismo.

Todas mis ideas fueron saliendo en forma de crónicas, de cuentos, de [est]udios.

Y me fueron pagando un poquito más.

Los artículos serios, tenían mejor aceptación, pero cuando comencé a publicar crónicas románticas, las mujeres les dieron preferencia y nacieron así mis primeros "Epistolarios Sentimentales" que todavía sigo escribiendo.

Todas las tardes me iba yo a la redacción de "Bohemia", donde me conocían todos los redactores y los obreros. Alguna vez estos me invitaban a tomar con ellos una tacita de café, cargadito, en el café más cercano y nos íbamos, yo con mi flamante vestido color de rosa y ellos con el tizne y el hollín de las máquinas.

Y me respetaban y me querían todos.

Yo trabajaba siempre como colaboradora en los periódicos habaneros.

Y soñaba con uno en el que pudiera entrar como redactora fija.

Era uno de mis grandes deseos.

El día que lo conseguí me pareció que me había sacado la lotería.

Porque nadie ama como yo, este oficio del periodismo. Nadie siente como yo, un amor tan profundo por las ideas expresadas con claridad, en las h[o]jas de un diario que entra a todas las casas, y penetra en todas las conciencias. Nadie como yo, se da cuenta de la responsabilidad del que redacta unas líneas y del daño que puede causar con ellas.

"Para asesinar la honra,
para envenenar la dicha,
es un buen puñal, la pluma,
y un gran veneno, la tinta."

Estas palabras del amargado poeta Bartrina, acuden a mi memoria con frecuencia cuando leo críticas injustas, basadas en sentimientos rencorosos y bajos o en venganzas mezquinas.

¡Sí, la pluma es un puñal y un veneno la tinta!

Todos los días que entro a "mi redacción" que es como mi propia [cas]a, siento que el corazón se me ensancha.

Siento, que respiro ese aire cargado del olor de la tinta fresca.

Y mientras mis dedos, resbalan sobre el teclado de la máquina de escribir, las ideas fluyen espontáneas y libres sin esfuerzo alguno, lle[va]das de la costumbre.

El entrenamiento, es el único que hace posibles todas las empresas.

El deseo sincero de mejoramiento.

El afán de superación.

La redacción es para mí tan querida, como puede serlo el rincón en que busco descanso y paz, después de la jornada diaria.

¡Y si alguien ama a su periódico, soy yo!

Lunes 24 de junio[96]

Día de San Juan

Hoy es el día de San Juan.

Es día en que las doncellas se bañan en agua en la que han dejado previamente, remojándose, rosas y plantas perfumadas.

Creen que así su juventud no se marchitará.

Es día de extrañas supersticiones.

Salomé danzó sensual y rítmica ante el Tetrarca para pedir la cabeza del Bautista.

Y Juan prefirió morir antes que escuchar la voz pecadora.

Hoy es día de recuerdos para mí.

Cuando era niña, en mi casa era costumbre colocar al sereno, la víspera de San Juan, una copa de agua cristalina.

[96] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-B.

En ella se volcaba la clara de un huevo.

A las doce en punto del día, cuando el sol estaba a la mitad de su carrera, se llamaba a una vieja criada, que era sibila, y leía el porvenir.

Marcelina alzaba las copas y miraba el fondo lleno de filamentos que solo ella podía comprender.

En esos filamentos estaba escrito el destino de cada mortal.

Todos los años se reproduce en mi memoria la escena.

Cinco copas colocadas en el borde de la noria.

Y mi madre, instando a la sibila para que mirase el fondo…

—¡Marcelina, mira!...

La voz habló. Era una voz pausada y lenta, misteriosa y dulce.

—Señora, tú serás viuda…

Niña Finita, tú morirás pronto.

Niña Laurita, te casarás con un extranjero y viajarás por todo el mundo.

Niña María, serás feliz y vivirás rica…

Quedaba yo. Yo, la última de mis hermanas.

Era entonces una niña de rostro pálido y ojos melancólicos. Acurrucada junto a mamita, escuché la profecía:

—Niña Charito, tu destino es diferente. Vivirás lejos de los tuyos. Tendrás algo que ellos no tienen. Tendrás honores. Serás admirada, pero vivirás y morirás sola.

Recuerdo que me incliné para mirar la copa de agua.

Vi algo parecido a una corona de laureles. Algo parecido a una muchedumbre. Algo parecido a una luz.

No entendía nada. En realidad aquellas palabras que, sin embargo, se grabaron en mi memoria como con fuego vivo, no me produjeron pena alguna…

Pero los años corrieron.

Me volví mujer.

Se murió mi padre. Se casaron mis hermanas. Josefina se quedó muerta una mañana, y la enterramos en el pequeño cementerio de Orizaba, donde estábamos de temporada.

Laura se casó, y la vi marcharse del brazo de su marido a recorrer el mundo. Viajó por espacio de trece años sin descanso…

Y yo vi cómo todo se iba derrumbando.

Vi cómo la casona solariega cambió de manos.

Cómo todo lo que yo amaba se alejaba de mí.

Vi cómo me iba quedando sola en la vida.

Todo se cumplió menos esa gloria que me pronosticaron.

No soy gloriosa. No lo seré nunca, porque nada he hecho para merecerlo. Pero mi soledad es una realidad.

Cuando recuerdo este día siento que una gran conformidad se posesiona de mi alma.

Me digo: ¡Rosario, es tu destino, acéptalo sin rebeliones inútiles!

Y lo acepto y aun sonrío.

Porque estoy convencida de que siempre viviré igual.

Todos los seres amados viven lejos de mí.

La madre duerme su sueño de paz en el Cementerio Español.

Las hermanas se fueron detrás un día.

Todos y cada uno de los miembros de mi familia se fueron dispersando.

Pero mi soledad forma parte de mí misma.

Quizás, si yo quisiera, esta soledad podría no existir; pero me he acostumbrado a ella.

Cuando estoy sola, mis pensamientos son diáfanos.

Mis ideas fluyen espontáneas sin esfuerzo alguno.

Cuando estoy sola, cierro los ojos y vivo otra vez mi pasado.

Vivo las horas que me hicieron feliz. Las horas en que amé y me amaron, las horas en que voces tiernas me dijeron palabras encantadas, las horas en que promesas de un porvenir risueño, adormecieron mis presentimientos y me permitieron soñar…

Hoy es día de San Juan.

Anoche he dejado mi copa de agua al sereno.

Y cuando el reloj señale las doce del día miraré los extraños filamentos formados en ella.

Tal vez vea mi féretro.

Tal vez vea quién sabe qué cosas absurdas.

Y de nuevo escucharé las palabras misteriosas de la sibila:

—Niña Charito, vivirás y morirás sola.

Hoy, día de San Juan, las doncellas se bañarán en agua perfumada de rosas. Y yo me tocaré el corazón para apagar sus latidos.

Miércoles 2 de octubre[97]

Un recorrido por Nueva York

Volver a recorrer de nuevo la ciudad que conocí en los albores de mi juventud. Volver a caminar por el Central Park, por la Avenida aristocrática que es la Quinta, ir por la Vía Blanca, eran unos de mis grandes deseos. Cuando desembarqué por primera vez en la Babel de Hierro, no había cumplido aún los dieciocho años…

Pero tengo buena memoria.

Muy de mañana, me desperté. Tengo la costumbre de levantarme temprano. Afortunadamente, en Nueva York el agua abunda y el baño estaba listo cuando abrí los ojos. Me sumergí con deleite en la tina. Extendí los brazos. Cerré los ojos y me adormecí feliz. Después, una vez vestida, me desayuné al estilo de los norteamericanos, con abundante leche, frutas, jugos y huevos con jamón.

A las diez tomé el subway y me fui a la calle Catorce, donde abundan las tiendas de trajes femeninos.

Los precios, eran elevadísimos.

En realidad, mucha pacotilla. Mucho relumbrón. Los sombreritos, que parecían maravillosos, iluminados por los focos eléctricos, una vez tomados en la mano, eran cartoncillo y lentejuelas brillantes…

Las tiendas se suceden sin interrupción unas a otras…

[97] *Novedades*, p. 5, segunda sección. N-B.

Había dónde mirar y dónde elegir, pero llevando dólares en cantidad suficiente. Yo no tenía demasiados. Había ahorrado un año entero, pero necesitaba medirlo un poco…

Consulté mi bolsillo y fui de tienda en tienda buscando lo mejor dentro de mis posibilidades. Luego me fuí a admirar el Centro Rockefeller donde Diego Rivera dejó muestras innegables de su genio, que fueron luego cubiertos inconsultamente. Radio City de fantásticas proporciones donde pasaban una buena película y el número de show, era precioso. Cientos de mujeres exactas como si fueran copias, mostraron sus piernas impecables y sus cuerpos perfectos, semivestidas con gasas y lentejuelas y plumas…

Le di la vuelta a la ciudad en uno de esos ómnibus de dos pisos y volví a reconstruir el pasado, frente a Riverside y por esa Quinta Avenida tan llena de maravillas…

Los parques lucían limpios y llenos de cochecitos. Una de las novedades que encontré en Nueva York, fue este amor por los niños. Ya las esposas no los rehúyen. Los sacerdotes han predicado tanto sobre este tema que ahora todas ansían un bebé… Visité San Patricio, la estupenda Catedral gótica, tan distinta a nuestros templos coloniales. Actualmente está en reparación y la parte exterior estaba llena de andamios. Recé una oración y salí. Afuera un sol rubio y claro me recordó México. Hacía calor, un calor húmero [*sic*] y molesto. La multitud iba y venía por la calle. Advertí rostros graves, gestos de tragedia. Mujeres vestidas estrafalariamente. Muchas con pantalones y sin medias, con unas sandalias que apenas si mal cubrían el pie de uñas pintadas…

Tiendas, tiendas. Joyerías. Bisutería carísima. Acabé por meterme en las tiendas de cinco y diez centavos, donde la enorme cantidad de mercancía expuesta me dió ocasión de pasarme dos horas yendo de uno a otro departamento. Las amas de casa encuentran en estas tiendas todo lo necesario para su hogar. Artículos para su cocina y adornos económicos y lindos…

Las empleadas son feas y casi todas viejas.

Las bonitas no quieren colocarse en el "Ten Cents". Pagan mal.

La huelga de estibadores había sido secundada por los choferes de carros repartidores. Las mercancías escaseaban en las tiendas de comestibles. No había carne. En los restaurantes la comida era mala, insípida. Abundancia de pasteles, de leche, de jugos y de sándwiches, que forman la alimentación del vecino país. Los restaurantes que sirven comida al estilo extranjero, cobran caro.

Comí lo que pude y me marché de nuevo a ver calles. A mirar rostros. Los había de todas cataduras. Europeos en abundancia. Rostros macilentos, amarillos, tristes; rostros audaces…

Las mujeres bonitas no abundaban. Pero había muchas de piel blanca y ojos azules…

Cerca de las cinco tomé de nuevo el "subway" para regresar a la casa de Blanca, donde su esposo debía llegar media hora después. Es un italiano que llegó a los Estados Unidos muy niño, y allí se estableció. Es un hombre maduro, trabajador, risueño, que, mitad en italiano y mitad en inglés, charlaba conmigo amablemente haciéndome preguntas sobre México…

—¿Es cierto que es muy rico?

—Mucho.

—¿Es cierto que todos viven bien?

—Sí, si quieren trabajar…

—¿Y qué clima es?

—¡El mejor del mundo!...

Aproveché para hablar bien de mi país. Mi patriotismo se despertó entonces…

Esta velada transcurrió apaciblemente. A las once, después de oír el radio y leer el periódico, me fuí a descansar.

Era mi segunda noche pasada en Nueva York.

El regreso

No supe cómo se me fue el tiempo. Visité museos, jardines y parques. Me recreé mirando los extraordinarios edificios de Wall Street donde se juegan millones. El Nueva York viejo es bellísimo. Los rascacielos desafían al firmamento con la insolencia de sus moles oscuras. Cariátides de rostros majestuosos. Bancos, oficinas. La torre del Empire parecía burlarse de la humanidad. Creo que es la más alta del mundo. Para mirar desde ella la ciudad se pagan unos centavos y entonces, las gentes parecen hormigas. Los autos insectos minúsculos….

Nadie que va a Nueva York deja de subir al Empire.

Yo subí también.

Y pensé que bien mirado no somos sino eso: insectos miserables todos…

Las grandes tiendas de la Quinta Avenida, mostraban lo mejor que el dinero produce para los millonarios. Las más rutilantes joyas. Sedas, encajes, plumas, gasas, pieles… Los precios alcanzan este año sumas estratosféricas. Los miles de pesos se cuentan como antes los centavos.

El mink plateado, rubio o castaño, predominaba y las cibelinas y toda esa gama de maravillas que tanto amamos las mujeres.

La casa "Tif[f]any" posee las piedras preciosas más extraordinarias. Para elegir algo hay que hacer cita previa.

La casa Wanamaker. El hotel Waldorf Astoria merecía también una visita. En él se hospedaba Batista, sargento ex Presidente de Cuba. Fuí a saludarle. Ocupa un departamento entero. Su secretario nos condujo amablemente a su presencia.

Muchos de los que lo atacaron, siendo Presidente de Cuba, lo elogian ahora. Habían algunas señoras cubanas que solicitaban verle. Yo creo que iban a pedirle dinero por estar en situación difícil…

[98] *Novedades*, p. 3, segunda sección. N-B.

Batista charló conmigo sin abandonar su amplia sonrisa. Es un hombre seguro de sí mismo. Acaba de adquirir en una playa, no lejos de su país, una residencia en la que piensa instalarse para poder seguir así los sucesos políticos que vienen desarrollándose en la Isla del Sol.

No hizo comentarios. Es hombre prudente y tiene talento.

Cuando nos despedimos, crucé el hall del hotel. Era la hora del té.

Las señoras iban con traje largo. Los mozos cruzaban mayestáticos. Admiré en las Galerías cuadros y obras de arte famosas.

Luz suave proyectada por lámparas de pie cubiertas con pantallas delicadas.

Temperatura grata y tibia.

Afuera, la ciudad se ponía su collar de focos eléctricos.

Ver Bro[a]dway de noche, es uno de los más bellos espectáculos.

La gran Vía Blanca, resplandecía como una mujer hermosa constelada de diamantes.

Los cines se llenaban de público.

La temperatura había refrescado ya.

Alcé los ojos buscando el cielo. Apenas si podía contemplarlo.

Los enormes rascacielos no lo permiten. Pensé en México, donde actualmente se está copiando esta absurda arquitectura…

También llegará el día en que no podremos ver el cielo, ni el sol…

Cerca de las ocho de la noche busqué el Bubway [*sic*] para regresar a Bronx.

Otra vez sentí la impresión de haberme vuelto topo.

Debajo de la tierra corrían los trenes vertiginosamente, recorriendo las distancias como gigantes que se tragaran las calles.

En Bronx todo estaba tranquilo.

La luz asomaba por detrás de las ventanas.

Se oían los radios.

Ambiente hogareño. De regreso del trabajo los hombres descansaban… El resto de la semana se me fue más o menos igual.

Cuando llegó el sábado comencé a preparar las maletas. El domingo a las diez debía abordar el bus. No había pasaje en los aviones. Ni en el ferrocarril directo.

Había que tomar uno de esos enormes carros que cruzan el Sur de los Estados Unidos. En el mapa la distancia era fabulosa.

Siete días lo menos de rodar por todas las ciudades…

La tristeza de la separación nos ponía a todos aire de gravedad. Estábamos silenciosos. Sin deseos de nada…

Antes de marcharme regresé al centro para despedirme de Nueva York y compré algunas chucherías que me hacían falta.

El reloj marchaba más aprisa que nunca.

A las once había que abandonar en definitiva la Babel de Hierro.

Blanca y yo cambiamos impresiones. Hicimos proyectos.

Y a la hora señalada tomamos el automóvil en dirección a la calle 34 donde está la agencia de la Grayhound [*sic*].

Viernes 4 de octubre[99]

Camino de México

En la agencia de ómnibus nos quedamos charlando en tanto se daba la señal de salida. Blanca y su esposo Frank me hacían preguntas. Mi yerno, gentilmente, había ido en busca de unos paquetes de galletas para que yo las llevara conmigo.

A veces se tiene hambre, "my dear mother" y es preciso llevar algo…

Frank tiene el pelo negro y, como buen italiano, es locuaz y risueño.

Es un esposo excelente, cumplidor de sus deberes y trabajador como pocos. Desde las seis y media de la mañana se levanta todos los días para llegar a tiempo a la fábrica.

[99] *Novedades*, p. 3, segunda sección. N-B.

En los ojos de mi hija Blanca vi asomarse la tristeza. Habíamos estado separadas catorce años. Y, mi estancia en Nueva York, había sido demasiado breve. Comprendí que estos años de ausencia la habían hecho mucho más dulce y humana. Ahora, ella comprende muchas cosas que su juventud no le permitía reconocer entonces…

Cuando el reloj marcó las once de la noche, nos despedimos con formal promesa de vernos el año entrante. Frank me dijo con los ojos turbios:

—Cuando regrese, mi querida madre yo hablaré español.

Y yo inglés, respondí risueña.

Un beso en la frente de mi hija. Un apretón de manos de su esposo, y me acomodé en el "bus" que debía traerme de nuevo a México.

El "bus" era cómodo y en él me arrellané lo mejor que pude. Poco a poco, la ciudad se fue desvaneciendo. Mis ojos contemplaron por última vez la inmensa vía blanca iluminada, y pensé en los miles de personas que viven allí…

¿Cuánto tiempo pasará antes de que vuelva a Nueva York?

No lo sé…

Y traté de llevarme en la retina esa visión de luz y de bullicio.

Luego cerré los ojos y me adormecí.

Cuando desperté, el conductor daba aviso de que pasábamos por cierta estación y había diez minutos para tomar algo o descansar.

En estos restaurantes de la agencia de la Greenhoud [*sic*], son pocos los platillos que pueden elegirse. Durante los cinco días yo me alimenté con leche, hamburguesas y jugo de tomate o toronja con helados.

Lo demás era insípido para mi paladar.

Cinco días de comer rápidamente, de transportar de uno a otro ómnibus y de ver el mismo paisaje plano.

A excepción de Filadelfia, la maravillosa ciudad, las demás me parecieron todas iguales.

Lindos chalets a la orilla de los caminos.
Césped mullido. Ventanitas con cortinas de muselina…
Árboles de maravilla, bosques magníficos…
En México —pensé— ¡habrían hecho leña con estos árboles!
Allí se respeta al árbol como cosa santa y útil.
Cinco días rodando…
Las piernas encogidas.
Sueño…

Como yo llevaba sueño "atrasado", aproveché para desquitarme. Dormí casi sin interrupción esos cinco días. Despertaba cuando se daba la señal de "parada". Comía algo y me bajaba un rato para estirar las piernas. Luego volvía a acomodarme en mi asi[e]nto y seguía durmiendo…

En la parte sur de los Estados Unidos, abunda la gente de color. Cuando estuve la primera vez en Nueva York, los negros no disfrutaban de los mismos privilegios que los blancos. La guerra los equiparó en derechos y en igualdad. En el "bus" abundaba el pasaje de color. En uno de los trasbordos perdí mi asiento. Cuando quise recuperarlo, un negrazo enorme que lo había tomado se negó a desocuparlo, y tuve que irme a otro para evitarme líos…

Ocupan, casi siempre, la parte de atrás ellos.

Cinco días de rodar por aquellos caminos llenos de risueños chalets, de prados verdes, de árboles gigantes…

No vi un solo jacal como los que abundan aquí.

La miseria se viste de pudor y de limpieza.

La gente va limpia aunque vista con humildad. Nadie lleva las uñas de peineta ni despide olores nauseabundos.

Y, mentalmente, hice comparaciones y suspiré sin querer, imaginando un México donde todos sus habitantes disfruten de las ventajas del agua y el jabón…

En Laredo había que detenerse. Estábamos en la frontera. Voces que hablaban mi idioma. Rostros de barro. Y, del otro lado del puente, México…

Sábado 5 de octubre[100]

Contrastes

Inevitablemente aunque no quisiera hacerlas, las comparaciones se imponen. En la aduana de Laredo nadie me molestó, es verdad. Bastó mi nombre para que los empleados me atendieran. Había uno que llevaba mi apellido y que acaso es mi pariente. Fuí cortésmente recibida, y a las dos de la madrugada, el ómnibus de las Líneas del Norte estaba listo para echar a caminar. Me acomodé en mi asiento. Era bueno el "bus". Carecía de temperatura artificial, pero no hacía falta, porque el calor era asfixiante. Las distintas estaciones de parada se hicieron con puntualidad cronométrica.

Pero el paisaje, ¡qué diferente!

Ya no había chalets. Ya no había césped. Una carretera hermosísima y llena de curvas peligrosas, que el chofer, expertísimo, salvó con facilidad.

Cada momento me acercaba más a mi casa.

Y pensaba en cómo encontraría mi apartamento.

En Valles nos detuvimos para adelantar la cena. Llevábamos muchas horas de camino. Muchas. Las piernas encogidas. El rostro acalorado. Abanico en mano, procuraba aliviarme el calor.

Un solo trasbordo.

Y al fin, a las siete de la mañana del viernes, arribamos a la Ciudad de los Palacios.

La bruma envolvía el paisaje.

Temperatura fresca y agradable.

Recordé una crónica leída hace años: "El Olor de las Ciudades".

En efecto México olía diferente de Nueva York. Era un olor que mi olfato percibió inmediatamente. Familiar y dulce a la vez.

[100] *Novedades*, p. 3, segunda sección.

La carretera de Laredo entró hasta Lindavista. Casitas blancas y risueñas. El Monumento a los Indios Verdes… Otro monumento bellísimo que da entrada a la ciudad…

Finalmente la estación cerca de la Reforma.

Descendimos.

Busqué mi equipaje. No faltaba nada.

Llamé un auto de ruleteo. Había leído en la prensa del interior que una dejada costaba trece pesos. Era falso. El chofer me llevó a mi casa por dos pesos y medio, que me parecieron muy justos. En Nueva York, un taxi, me hubiera cobrado tres dólares.

La facilidad de tener un auto cuando se desee es uno de los privilegios que tenemos los mexicanos, y que, sin embargo, nadie parece reconocer.

Diez minutos más y llegué a mi casa.

Subí la escalera. La portera me recibió risueña, como de costumbre. Metí el llavín en la cerradura…

El interior [es]tava polvoso. ¡Qué pequeño me pareció, después de vivir en el apartamiento de Blanca en Nueva York!...

Luego vino la tragedia. Quise darme un baño para quitarme el cansancio. No había agua. Las llaves estaban secas. Se me había olvidado…

Y me dispuse a quitarme la ropa de viaje arrugada y maltrecha para ponerme mi cómoda pijama y desalojar las maletas.

Había traído solo tres vestidos. Los precios demasiado elevados me hicieron reflexionar. Había comprado en el "Ten Cents" varias chácharas de adorno, y todo lo fuí sacando y colocando convenientemente.

Abrí mi balcón.

Miré la calle llena de polvo.

Instintivamente pensé en Nueva York, donde nunca se ve basura ni polvo alguno…

Los camiones cruzaban llenos de pasajeros, que colgaban como racimos de plátano…

La temperatura era tibia. El día que abandoné a México, hacía frío.

Mi máquina de escribir, que había llevado y que no utilicé en todo el viaje, me estaba tentando. ¿Y si yo le contara al papel mis impresiones?...

Comencé a desenredar la cinta de mis recuerdos. Una a una fluyeron fáciles las ideas…

Me bastó simplemente reconstruir cada escena.

Recordar cada paisaje, cada imagen…

Y mis dedos, llevados de la costumbre, se pusieron a teclear…

Mi primer día de regreso a México, transcurrió así, trabajando.

Poco a poco acabé por acostumbrar mis ojos a la pequeñez de mi salita, a las minúsculas proporciones de mi cocina, que parece de muñecas.

¡Si hubiera tenido agua caliente, qué feliz me hubiera sentido entonces! Como no la había, bajé a buscarla fría y la calenté para quitarme el polvo del camino y darme una buena fricción de agua de colonia.

Domingo 6 de octubre[101]

Volvamos a empezar

Mis vacaciones habían terminado ya.

Había solicitado unos días más para poder descansar, pero como no hay plazo que no se cumpla, el plazo que pedí está vencido.

Hay que volver a empezar.

Volver a entrar en los salones.

Mirar rostros nuevos o familiares.

Oír música.

Contemplar parejas que giran a veces locamen[t]e, como si tuvieran deseo de olvidar sus preocupaciones.

[101] *Novedades*, p. 2, tercera sección.

Quedarme quieta, mirando esto y filosofando.

Ha expirado ya el plazo y debo comenzar otra vez mis labores.

Al día siguiente de mi llegada fuí a mi periódico a saludar a don Alejandro, el director, cuya sonrisa abierta y franca es una invitación amable siempre.

Mis compañeros trabajaban frente a sus máquinas.

La luz entraba radiosa a la redacción, donde todos parecían enjambre de abejas laboriosas…

El encargado de los teléfonos vigilaba las llamadas.

Nada había cambiado. Todo estaba igual que el día que me fui…

Yo había mirado la ciudad y me había parecido fea.

Sus edificios insignificantes.

Desorden y bullicio. "Claxons" que tocaban sin causa justificada. En Nueva York, nadie toca jamás el "claxon".

La chiquillería esperaba que salieran los diarios de la tarde para vocearlos. Y corrían en medio de risas y alborotos. La acera estaba llena de desperdicios de comida, de cáscaras de fruta, de trozos de papel…

Polvo, suciedad.

¡Oh, qué felices podríamos vivir en México, si hubiera un poco de respeto a la ley, un poco solamente!

Si cada funcionario cumpliera con su deber.

Si todos y cada uno de los ciudadanos se dieran cuenta de sus responsabilidades.

Pero una de las delicias que tenemos es justamente esta anarquía de hacer lo que se nos antoja sin temor a que nadie se ocupe de evitarlo.

Esta inconsciencia de la gente.

Esta apatía.

En los parques miré otra vez a muchos vagos durmiendo al sol.

Miré los camiones destartalados y sucios, con los conductores llenos de mugre, las uñas negras, como peinetas.

Los gritos y los golpes a cada momento.

En los muros, letreros que hablan aún de la pasada campaña política.

Anuncios de toda índole en ellos.

Gente que iba por la calle, con gesto de tragedia.

Mendigos en todas partes.

El contraste, ¡siempre el contraste entre lo que había dejado detrás de mí y lo que encontraba a mi llegada!

Y un sentimiento de rebelión en mi interior.

Una sorda rebeldía que me subía a la garganta y me producía ansias de gritar…

Ahora, se han ido los días.

Sin darme cuenta me he ido amoldando a todo.

A la falta de agua. A las incomodidades. A todo esto que forma nuestra rutina diaria.

Ahora, tomo el camión como antes, en la esquina de mi casa y sufro los empellones, el mal olor de los que no tienen contacto con el agua nunca.

Los gritos de los conductores.

Convencida de que no me queda otro remedio, acepto estas calamidades como una cosa de la que nunca podré librarme mientras en México no existan funcionarios honestos que pongan un "hasta aquí" a los abusos.

Y suspiro, deseando que los meses corran aprisa.

Que un nuevo régimen modifique estas vergüenzas nacionales.

En los diarios, noticias de crímenes. Huelgas de toda clase. Conflictos patronales. Exigencias de los obreros.

Desorden, desorden y desorden…

Todo esto debe desaparecer.

En Nueva York, los periódicos nunca cuentan, como aquí lo hacen algunos, los crímenes con letras escandalosas. Todas las noticias se dan con discreción para no alarmar al público. Nadie critica sino con justicia. Pero estamos en México. Y esto forma parte de nuestra indiosincrasia y de nuestras costumbres.

Un proceso y un drama

El proceso de Nuremberg, que acaba de terminar con la condenación y muerte de los reos, ha ocupado la atención del mundo entero.

En un corto pasado en los cines, aparecieron los acusados ante el tribunal que los juzgaba por delitos más o menos tremendos.

"La guerra es la guerra." Esto se ha dicho tantas veces que resulta necio repetirlo.

Muchos son los periodistas que emitieron su opinión sobre este caso.

Yo no voy a juzgar. No está dentro de mi columna emitir una opinión que podría desatar comentarios equivocados.

Solo puedo hablar en plan de mujer.

Y sintiéndome mujer, elevar mi pensamiento hacia esas esposas, hacia esos hijos que quedan huérfanos del apoyo paterno y llevan la infamante mancha del patíbulo sobre sus vidas inocentes.

En ese número corto que vi en los noticiarios, pude apreciar los semblantes de esos hombres que fueron en un tiempo orgullosos y se creyeron los amos del mundo.

Cuando una orden suya se obedecía sin replicar.

Cuando Alemania era poderosa y un hombre fanático quiso hacerla más feliz y equivocó el camino.

El destino había dicho algo diferente de lo que soñó para su patria.

Todos los hombres que se juzgan superiores comprueban, a lo largo de sus vidas, que hay una inteligencia más alta que rige su suerte.

Napoleón Bonaparte colocó en los tronos de Europa a toda su familia.

Llegó a ser dueño de toda la Europa.

[102] *Novedades*, p. 3, segunda sección.

Sus victoriosos ejércitos recorrieron triunfantes todos los países y entraron en cientos de ciudades…

Napoleón se coronó a sí mismo emperador.

Y Francia, que había combatido el lujo, le vió pasear la orgullosa testa ante sus soldados que le llamaban cariñosamente su "Petit Caporal".

Dios no permite a los hombres traspasar cierta línea.

Cuando llegan a ella, forzosamente tienen que retroceder.

Hitler soñó para Alemania todas las grandezas y un pueblo ciego le siguió convencido de que iba a conseguir su plan.

Así estos hombres, que fueron todos como su brazo derecho, estos hombres que lucieron sobre sus pechos condecoraciones brillantes y vistieron uniformes impecables, han muerto.

¡No como soldados!

¡No como militares!

¡Murieron como vulgares asesinos en la horca!

Quedan ahora sus esposas, sus hijos, sus padres, sus hermanos…

Las fotografías que publicaron los diarios nos enseñaron a muchas de esas mujeres camino de la prisión, cuando aún alentaban una vaga esperanza de clemencia para los seres queridos.

Ellas no los abandonaron.

Hasta el último instante les llevaron el consuelo de su palabra.

Un grupo de hombres ha pagado su deuda al destino.

Estaban vigilados noche y día.

No se les permitía dormir ni siquiera de cara a la pared.

Debían mostrar sus manos de continuo.

Y la luz iluminaba siempre sus trágicas celdas.

Solo uno pudo escapar del cadalso.

Solo uno. Nadie sabe cómo consiguió el veneno que lo liberó.

Pero aquel hombre no quería darle el placer a sus verdugos de que vieran su cuerpo balanceándose en el aire como un péndulo.

Quiso escapar de la suprema humillación.

Yo pienso en esas mujeres, en esos hijos.

En esa semilla de odio que seguirá produciendo sus frutos malditos.

Pienso en esa ciudad que destruyó la metralla.

Sus muros están arruinados.

Todo en ella habla de muerte.

No crece una sola flor entre sus piedras calcinadas.

Núremberg pasará a la historia por este proceso trágico en el que un grupo de hombres que se juzgaron amos del mundo un día, perdieron la existencia a manos del verdugo.

El único que escapó, ha sido envidiado de los demás, sin duda.

Tres horas antes de la señalada para la ejecución del reo, escapó por la negra puerta del suicidio, merced a una cápsula de veneno que nadie sabe quién le entregó.

Todos los días lo registraban.

Todos los días se le vigilaba.

Sin embargo, logró sus fines. ¡No le dió el gusto a sus jueces de que le vieran morir en el cadalso como un criminal cualquiera!...

Yo pienso en esas esposas y en esos hijos.

Pienso en sus corazones atormentados.

En sus vidas marcadas con el sello de la tragedia infamante.

Y un hondo sentimiento de piedad me conmueve.

¡Oh la guerra, qué cruel es y qué falta hace que la mujer trate de evitarla de nuevo!

¡Solo ella podrá, si lo intenta, detener las alas negras del cuervo que acecha a su presa para devorarla!

Jueves 24 de octubre[103]

Amo la coquetería

Yo amo los trajes y las joyas. Amo la seda que acaricia la piel. Amo las pieles calientes y esponjadas que nos ofrecen su tibieza perfumada. Amo los sombreros llenos de plumas y de gasas y las

[103] *Novedades*, p. 3, segunda sección.

medias transparentes y los zapatitos charolados o mates de piel que ciñen el pie con elegancia…

Siempre he amado la coquetería.

Cuando era muy joven aún, me encantaba mirarme en todos los espejos.

En la sala de mi casa había cuatro de ellos, con dorados marcos y copetes rematados con un busto del rey Luis XIV, el "muy amado", que llevaba su peluca empolvada y su casaca de raso.

A lo largo de la vida he comprobado que los espejos no son iguales.

Mientras más cara es la luna y mejor la calidad, más fielmente nos devuelve nuestra imagen.

Los espejos baratos nos desfiguran el rostro.

Nos muestran una expresión cambiada.

Son espejos "ordinarios" y faltos de educación que se gozan en herir nuestra vanidad.

Yo no los quiero. Nunca me miro en ellos.

Cuando asisto a una de esas recepciones del gran mundo, uno de mis grandes placeres es contemplarme en las lunas antiguas.

Me parece que me hacen esbelta.

Los ordinarios, en cambio, me hacen aparecer gruesa y vulgar.

En aquellos espejos de mi casa, yo me miraba a hurtadillas. Me daba vergüenza que mamita se diera cuenta.

Entraba sigilosamente con cualquier pretexto.

Abría las ventanas cerradas para que entrara el sol.

Entonces me ponía de frente y pasaba revista a mi carita pálida y a mis ojos tristes. Era una niña insignificante.

Yo no fuí una niña bonita.

Era pálida. Tenía la mirada como perdida en lejanos horizontes.

Pero cuando crecí, cambié.

Me hice una muchacha esbelta.

Mi vanidad fue despertando poco a poco.

Me aficioné a las sedas y a los encajes. A los chales de cachemira que papá nos traía todos los años de Europa.

Me aficioné a los abanicos.

Mamita me compraba lindas telas y joyas de brillantes.

Era rica, y por lo tanto podía comprar lo que quisiera.

Cuando asistí a mi primer baile, recuerdo que una dama francesa había llevado a Mérida cortes de seda, que entonces valían a veinte pesos [el] metro, y me parecía una fortuna.

Ahora cuestan cien y no me asombro.

Mi traje era de color marfil con grandes ramazones labrados en la seda que era de gro auténtico y tenía un suave y voluptuoso fru-fru al caminar…

Me lo hicieron escotado. Un ancho encaje de Malinas ceñía mis hombros demasiado frágiles. La falda era ampulosa y rematada con un volante igual y la manga corta y aglobada.

Lucí un collar de perlas con broche de zafiros y brillantes.

¡Cómo recuerdo aquel vestido y cómo recuerdo aquella noche!...

Tal vez se hayan borrado de mi memoria muchos sucesos, pero en cambio conservo vivo el recuerdo de todos los trajes que he lucido en las fiestas elegantes.

Todos y cada uno de ellos podría describirlos como si los tuviera enfrente de mí.

Recuerdo igualmente mis abanicos.

Cuando la moda trajo los "pericones" yo compré uno amarillo en La Habana, que tenía pintada a mano una mujer melancólica y soñadora…

Recuerdo mis zapatos de raso, de ante, de piel, de charol…

Ellos me llevaron muchas veces camino del amor.

Camino del desengaño.

Camino de la felicidad fugaz y momentánea…

Cada prenda que he usado vive dentro de mi memoria.

Nunca he podido concebir una mujer sin coquetería y sin aliño.

Nunca he podido imaginar a una mujer sin este deseo de lucir trajes bonitos, sombreros y adornos.

¿Qué sería del mundo sin la coquetería de nosotras? ¿De qué vivirían los millones de obreros que se dedican exclusivamente a trabajar para hacernos atractivas?...

La vanidad de la mujer es fuente inagotable de riquezas.

Por ser hermosas, por lucir jóvenes, por parecer atractivas, las mujeres son capaces de todos los sacrificios.

Goethe no quiso que fuera una mujer la protagonista de su drama.

Eligió a un hombre….

¡Si hubiera sido una mujer, el caso hubiera sido muy distinto!

Domingo 5 de enero[104]

Valores femeninos: Amparito Guerra Margáin

Una muchacha que lucha y se abre paso en la vida, es ya digna de todo respeto y estimación. Una muchacha que consigue triunfar a fuerza de constancia, de tenacidad y de conocimientos, merece nuestra admiración sincera.

Yo conozco hace tiempo a esa muchacha de dulce y extensa voz, educada y exquisita, que imita el trino de los ruiseñores.

La he visto dedicada por entero a su trabajo, ajena a toda distracción que pudiera apartarla de la espinosa senda del arte.

La he visto ascender segura, con paso firme, por la senda del éxito.

He sido testigo de que todo eso, que ella es y representa, no lo debe sino a sí misma.

Amparito Guerra Margáin pertenece a una de las más antiguas y estimadas familias de Monterrey, por la parte materna.

Desde pequeña desempeñó papeles en fiestas familiares y a la corta edad de cuatro años, dió muestras de su claro talento y de su decidida afición por el arte.

Ella cantaba, acompañada de sus primos, dúos como aquel viejo y delicioso de "Los Paraguas".

Su "pasión", como ella la llama, han sido los niños y las flores.

Naturalmente después de la música, a la que ella ama con fervorosa idolatría.

A los cinco años ingresó al colegio del Sagrado Corazón.

[104] *Novedades*, p. 5, tercera sección. N-C.

Su madre, que desde muy joven había quedado viuda, luchó desde entonces por ella. Terminada su aducación [*sic*], se trasladó a Los Ángeles, California, donde perfeccionó sus estudios musicales bajo la dirección del gran cantante Andrés Peréyo [*sic*] de Segurola.

A su regreso tuvo profesoras mexicanas, entre ellas Consuelo Escobar de Castro. Para perfeccionar su dicción en la lengua francesa, estudió con el profesor francés René Maison.

En el año de 1941 debutó en la radio.

Interpretó esa noche "Las hijas de Cádiz" y el lindo "Vals del Beso". A partir de entonces; los radioescuchas se han deleitado muchas noches escuchando su dulce y bella voz.

Hace dos años debutó en Bellas Artes cantando la ópera "Payasos", en la que obtuvo calurosos aplausos.

Por el interior de la República ha hecho varias giras artísticas, y siempre ha cosechado triunfos magníficos.

En el año 1943 tocó en la Sala Schieffer en un concierto con el maestro Alwin, que mucho la quiso y alentó.

Durante el homenaje rendido a nuestra excelsa Fany Anitúa, al cumplirse los veinte años de haber estrenado la ópera "Orfeo", Amparito Guerra Margáin fue una de las artistas que tomaron parte en esa maravillosa fiesta del espíritu.

El año pasado cantó en el "Concierto de Mozart", y ha cantado también con la Sinfónica del maestro Julián Carrillo y en la del maestro Vázquez, en la ciudad de Monterrey.

Tiene una historia bella y una vida digna.

Adolfo Salazar, cuya opinión es muy seria, ha dicho de ella: "La parte central del programa se compuso de trozos de óperas mozortianas [*sic*]. Su intérprete fue la señorita Amparo Guerra Margáin. Preciosa voz, sobre todo en sus potentes claros y bien timbrados agudos, también es fina en su modulación, sus reguladores y sus "pianos", delicados.

"La escena lírica requiere a esta artista, y en ella habrá de rivalizar brillantemente con sus colegas extranjeras, cuyos méritos,

en tantos casos, son solo méritos al pie de la letra. Quiero decir, de las letras que se imprimen en los carteles".

El crítico de "El Redondel", dice:

"Cantó la artista tres arias de Mozart, y en todas ellas lució su timbre puro y cálido, y su excelente escuela vocal. Fue quizás el aria de Aminta de 'El Rey Pastor', con obligado de violín a cargo de Aurelio Fuentes, la que más gustó al público. Es música divina que se escucha siempre con viva emoción cuando la canta una voz tan bella, como la de esta artista mexicana".

Y Június, se expresa de esta guisa:

"El timbre de la voz de Amparito es bellísimo. Cautiva literalmente al auditorio con su estilo, gusto y fluidez, dando muestras de una magnífica afinación y haciendo gala de una agilidad vocal, sobre todo en las cadencias de las tres arias de 'Las bodas de Fígaro', 'El Rey Pastor' y 'Don Juan'".

Tres opiniones de las numerosísimas que la artista posee, son suficientes para que aquellos que la ignoran la conozcan.

En plena juventud, en plena posesión de sus facultades artísticas y con un firme deseo de alcanzar la meta anhelada, Amparito Guerra Margáin, avanza con pasos seguros por la espinosa senda donde a menudo crecen no los frescos y perfumados capullos, sino las zarzas de la envidia y los cardos dolorosos de la desilusión.

Pero ante ella quedan muchos años todavía.

Y el horizonte es claro y diáfano.

Si alguien tiene derecho a triunfar es ella.

Miércoles 8 de enero[105]

Chayo Uriarte

¿Quién no recuerda a aquella muchacha de piel morena y ojos soñadores y dulces, que un día vino desde su lejana provincia para conocer México?

Chayo Uriarte escribía versos.

Eran los suyos unos versos llenos de originalidad y de gracia, de sentimiento y de emoción; saturados de una suave y deliciosa ironía…

El Vate Núñez y Domínguez la presentó una tarde en un recital íntimo al grupo de poetas, que se extasiaron oyéndola "decir" sus poesías con una naturalidad pasmosa. Era como si estuviera hablando nada más.

Cayó como onza de oro en nuestro medio artístico.

Al poco tiempo me envió desde Guadalajara, donde vivía junto a su madre, su primer libro "Cosecha" que yo prologué con unos versos.

Siguió luego el segundo: "Musgo".

Después enmudeció.

El amor la había acaparado.

El amor lo absorbe todo. Una mujer que ama, renuncia de buen grado a la gloria y a la popularidad.

Chayo Uriarte renunció a seguir escribiendo para el público. Comprendió que la misión de una mujer que es realmente mujer, debe ser el matrimonio y se casó.

No conozco a su marido, pero debe ser un hombre inteligente y honrado.

Algunas veces me llega desde Guadalajara una postal suya.

Sé que tres nenes hermosos alegran su vida tranquila y plácida, sin inquietudes ni tormentas.

Abandonó la oficina donde trabajaba para dedicarse exclusivamente a su marido y a sus nenes…

[105] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-C.

Se perdió para el arte, pero la ganó el amor.

En esta fecha de año nuevo, en que los amigos se desean siempre lo mejor, me llegó una felicitación de Chayo Uriarte. En ella viene incluido un bello y amoroso poema, con la fiel descripción de lo que ella llama "Mi vida de hoy", y que comienza así:

> Se me pasó la vida en un momento.
> Mi vida de muchacha provinciana
> alegre y soñadora
> que ambicionaba no sé cuántas cosas.
> Y aquí estoy,
> andada ya gran parte del camino
> y guardados con todos mis recuerdos,
> los sueños que soñaba hace diez años.
> Ahora mis anhelos son otros:
> Mi casa,
> quiero una casa con gran jardín y huerta,
> un corral con gallinas y un gallo arrogante
> y cantador.
> ¿Una vaca? No, no, eso sería demasiado rural,
> y aquí, en la ciudad, no se permite.
> Departamento de salubridad.
> Un perro. Eso sí, un gran perro pastor
> que cuide la casa, que vigile la puerta
> y juegue con mis hijos…
> Mis hijos…
> El más pequeño, tiene apenas un año cuatro meses;
> la mirada traviesa
> y un hoyuelo en las mejillas, que le aparece
> y le desaparece.
> Baila con cualquier son, hace maromas
> y trae a su abuelita de cabeza…

Así piensa y siente Chayo Uriarte, la muchacha provinciana que un día vino a la capital para darnos a conocer sus versos. La recuerdo, con aquella mirada mansa y apacible de sus ojos negros que largas pestañas llenaban de sombras. Con su piel morena como de barro fresco, su boca bien dibujada y de un tono rosado natural. Recuerdo su charla deliciosa y aquel "modo" de decir sus versos, que a todos nos encantaba…

Durante mucho tiempo trabajó en una oficina para ganarse el pan. Era huérfana y sostenía con su esfuerzo a su madre que se miraba en ella… De haber continuado escribiendo para el público, tendría a estas horas una sólida reputación.

> Pero ella prefirió la otra gloria.
> La de un amor correspondido y fiel.
> La de un corazón suyo por entero.
> La de tres vidas que brotaron de ella, y que ella cuida como el jardinero su rosal.
>
> Y esto es ahora lo que pido.
> Vivir en paz el resto del camino,
> en mi pequeño mundo,
> mi casa, mis tres hijos, mi marido...

Al pie de este dulce poema, viene la firma inconfundible de su autora, una firma clara y un poco arbitraria.

Y yo me he quedado con la mirada suspensa, perdida en un punto lejano… y mi corazón se ha puesto a latir como un reloj descompuesto.

¡Yo hubiera preferido también esa gloria, pero a mí me fue negada!

Mi destino señala otra ruta.

Y por ella avanzo con paso seguro, convencida de que es inútil toda rebelión y toda protesta.

Viernes 17 de enero[106]

Las que estorban

Cuando llegué ayer a la redacción de mi periódico, con el rostro risueño y mi paso ligero, me sorprendió en la entrada una mujer de edad con los ojos llenos de lágrimas. Tenía el cabello cano y se envolvía en un rebozo humilde. Era una mujer del pueblo, que al verme estalló en gemidos:

—Vengo a verla —me dijo— porque una vez leí en su columna que existe una "casa del reposo", donde recogen a las mujeres que, como yo, carecen de hogar y de afectos. Estorbo. Me han echado a la calle, ¡no tengo dónde ir…!

Yo contemplé a esta mujer y la risa se me extinguió de los labios.

Me dió vergüenza mostrar mi alegría en su presencia.

Por un segundo imaginé, "si yo fuera esa pobre viejecita", si a mí me sucediera esto que a ella le ocurre…

Y no pude menos que pensar en la ingratitud de los hijos. En la ingratitud de los nietos…

¡Ay, las madres lo dan todo por sus hijos! ¡Sacrifican sus años mejores, se desvelan, sufren con sus penas, ¡y muchas se quedan hasta sin comer para que ellos no carezcan de nada…!

Una madre se conforma con un rincón para estar cerca de sus hijos. Pero ellos no reconocen nunca su deuda.

Cuando se casan, la mujer que se adueña de su voluntad los separa de los seres queridos. Egoístamente lo acapara para ella sola. Se lo lleva lo más lejos posible.

Hay nueras que intrigan para que su marido le pierda el cariño a su madre.

Inventan mentiras… Vuelven montañas los granos de arroz.

Buscan la discordia y lo consiguen la mayoría de las veces.

Las hijas suelen ser menos ingratas, pero también las hay que reniegan de quien les dió el ser. Mientras pueden aprovecharlas

[106] *Novedades*, p. tres, segunda sección. N-C.

para que les cuiden la casa y atiendan a los nietos, las sostienen mal que bien, y les arrojan un mendrugo de pan.

El día en que sin fuerzas ya, se vuelven un estorbo, ya no disimulan. A toda hora le echan en cara su inutilidad. El mísero bocado que le dan.

Desean que se muera cuanto antes para quitársela de encima.

No pinesan [*sic*] en que le deben la existencia. En que por ellas sacrificó lo mejor de su juventud. En las lágrimas que derramó cuando las veía sufrir…

¡Ay, los hijos, olvidan todo…!

Mas, sin embargo, un día llega también para ellos el castigo. "Con la vara que midas serás medido". Estas palabras son como una profecía que nunca deja de cumplirse.

Los malos hijos sufrirán a su vez lo que ellos le hicieron sufrir a sus padres.

Esta pobre anciana es una de tantas que están estorbando. No tiene cabida en la casa de su hija. Nadie la quiere.

Les pesa el plato de comida que le dan. Se lo echan en cara a toda hora…

Y ella me fue a ver para que yo le diga dónde está esa casa en la que se da asilo a las viejecitas que, como ella, son ya trastos inservibles…

Yo le dí las señas de la persona que la fundó. Espero que la hayan atendido y que encuentre un lecho limpio y un rincón para pasar sus últimos años.

Cuando la vi marcharse me quedé melancólica un largo rato. Toda mi alegría se había apagado. Mi sonrisa se había extinguido.

Pensé: Si un día me viera imposibilitada para ganarme el pan, si tuviera como esta infeliz viejecita que ir a mendigar un rincón a la casa de mis hijas, ¿me recogerían con cariño? ¿Pagarán la deuda contraída? ¿Me querrán? ¿No seré como ella, algo que se arrumba en un rincón con el deseo de que se muera para que no ocupe ya sitio?

Hoy me siento fuerte todavía.

Espero que el Señor me conceda el privilegio de seguir disfrutando de este divino don de la salud.

Puede quitármelo todo.

Pero que al menos me deje éste.

Mientras pueda trabajar, mientras mis ideas sigan siendo claras, mientras pueda desarrollar mi pensamiento con esta facilidad que tengo hoy, no me intimida la muerte.

No la temo.

Sé que tarde o temprano llamará a mi puerta y me dirá:

—Sígueme, es el momento.

Todo esto lo sé y lo pienso muchas veces durante el día.

No siento temor más que a perder la salud. A convertirme en carga. A sentirme como una cosa que no sirve para nada…

¡Oh, Señor, esta pobre viejecita ha roto por un segundo la lámpara de mi alegría. Ha apagado mi sonrisa. Me ha hecho pensar tantas cosas, que no quisiera volver a pensar jamás!

Lunes, 27 de enero[107]

Hace quince años

Hace quince años que en un día como hoy llegué a Veracruz después de una larguísima ausencia. Había norte y el mar estaba gris y el cielo copiaba el tono de la pizarra. Soplaba un áspero viento.

Nadie de mi familia me aguardaba.

Apenas si logré divisar un rostro amigo que nunca había visto, sin embargo. Nuestra amistad era epistolar únicamente.

Se trataba de un venerable anciano tabasqueño que durante meses enteros me había alentado en sus cartas, a volver a mi patria "que me reclamaba" a su juicio. No debía yo perderme para México.

Mi corazón estaba entonces necesitado de reposo.

[107] *Novedades*, p. 5, segunda sección. N-C.

Me lo habían herido y sangraba. Estaba necesitado de curación y de olvido.

Y seguí el consejo. No hay como el mar para romper lazos dolorosos.

No hay como el mar para curarse las penas.

Embarqué en La Habana, en el vapor "Siboney".

Y ya en Veracruz busqué aquel semblante que no conocía. Él fue quien me identificó.

Aquel amigo generoso y leal me condujo a la casa de su familia donde me hospedé mientras buscaba alojamiento.

Él me sirvió de cicerone y me llevó a visitar los lugares que yo había recorrido de niña. Aquel querido zócalo, donde ya no había aguas frescas ni meseritas almidonadas, ni agua de chía y de jamaica.

¡Qué cambiado me pareció todo! ¡Aquellos hombres sin sombrero, aquellas mujeres pintarrajeadas, aquel ambiente no era el que yo dejé!

Las costumbres eran bien distintas.

Las mexicanas se habían contagiado de la mala costumbre del cigarro. Fumaban como chimeneas, bebían jaiboles como los hombres y jugaban desesperadamente.

Yo no me extraño de nada. He viajado lo suficiente para darme cuenta de que nada permanece estacionario, pero ciertas cosas no debían cambiar.

La mujer no necesita fumar, beber y jugar para ser moderna.

Basta que se cultive. Que estudie. Que aprenda.

Acabé por ver todo esto como cosa natural.

Y los primeros días de mi regreso, los dediqué a recorrer las calles en las que en otro tiempo vine y fuí.

Ya no existían. Les habían cambiado el nombre. Los tranvías iban por otras rutas.

La que fue "mi casa", era una tienda comercial de objetos de automóvli [*sic*].

Las colonias se habían extendido.

México se había vuelto enorme.

Cuando supieron mi llegada algunos intelectuales me hicieron un homenaje de cariño. Los periódicos hablaron de mi modesta persona. Se "dijo que en vista de la labor que había realizado en el extranjero, el Departamento Central me daría no sé qué plaza", que afortunadamente nunca llegué a disfrutar para tranquilidad de mi conciencia.

Una amiga gentilísima reunió a todas las declamadoras de México para que recitaran mis versos en el Anfiteatro Bolívar y conocí, de cerca, a don Federico Gamboa, quien sonrió con amargura y me dijo:

—Desconfíe de promesas. ¡No le darán nada!

Como no soy ambiciosa ni necesitaba lauros, no me preocupé sino de buscar trabajo en lo único que yo entendía: en los periódicos.

Un periodista de mucha experiencia, me aconsejó:

—Ya verá que es inútil que trate de lograr trabajo. Aquí de la pluma solo viven los vendedores de aves de corral.

Y me repitió burlón:

—Busque otra actividad.

Yo me fuí convenciendo de que aquí, como en todas partes, para poder conseguir que le hagan caso a una mujer, hay que empezar por hacer "concesiones", de lo contrario es perder el tiempo, me informé de cómo andaba el problema feminista. Supe que existían unas cuantas aprovechadas que explotaban la revolución y la democracia como capitales propios. Sentí asco. Y me dediqué a buscar anuncio de radio mientras la suerte soplaba en sentido inverso.

…Mi paciencia tuvo su premio.

Después de cinco años de esfuerzo "me colé" en un periódico que era mi sueño dorado. Encontré colaboración en revistas y diarios del interior. Ciertamente que el Gobierno de mi país no me había tomado en cuenta para nada, pero no me hacía falta. Jamás he buscado réclames. Cuando publico un libro, nunca se

lo mando a los críticos para evitarles tener que leerlos y escribir cosas insinceras.

Después de quince años puedo sonreír en mi patria.

Sigo tan pobre como cuando llegué.

Pero he ido asimilando poco a poco, algo de lo que se me había perdido, a fuerza de vivir en países extraños.

He ido estudiando México y amándole.

Como el hijo pródigo, me siento feliz en mi hogar, un hogar que levantaron mis manos laboriosas sin ayuda de nadie.

Quince años. ¡Con qué extraña inquietud he arrancado la hoja del calendario, que me recuerda esa fecha de mi llegada a Veracruz!

Y ahora el cielo de mi tierra me parece el más lindo de todos.

Viernes 31 de enero[108]

Un cesante me escribe

Todos los días recibo cartas más o menos curiosas y originales en las que almas adoloridas, vuelcan sus confidencias amargas en espera de un consejo que siempre es difícil dar porque para ello, habría que conocer a fondo al consultante.

Una madre me escribió para rogarme que interceda para que su hijo, preso por un "supuesto delito" sea puesto en libertad. Se pretende mandarlo a las Islas Marías. Y por ser él el único sostén de esa madre, ella implora mi ayuda, sin saber que yo, no poseo influencia alguna en las esferas oficiales donde mi voz, resonaría en el desierto.

Un poeta, quiere que yo le aconseje sobre los trámites a seguir para que le acepten un argumento de cine.

A mí me rechazaron uno, alegando que sería demasiado costoso, ponerlo en ejecución. Por lo tanto, soy mal vehículo para ayudarle.

[108] *Novedades*, p. cuatro, segunda sección. N-C.

Finalmente, un cesante, que perdió el empleo, para su fortuna, después de haber pagado la suscripción de *Novedades* que le encanta leer, me remite nada menos, que la palma de su mano, tomada en una hoja de papel en blanco y me pide que yo interceda cerca de alguno de los muchos astrólogos y hombres de ciencia que andan por esos mundos del Señor, para que le digan "lo que le deparará el destino". Esta carta la acabo de recibir.

Pero, como no conozco a ningún mago, que quiera prestarse a adivinar la suerte de un señor desconocido, y sin "chamba" que no podría pagar la consulta, he renunciado, a contestarle personalmente como él me pide y he preferido, romper la hoja de papel, con su huella.

Imagino que este pobre cesante, debe tener el ánimo muy triste.

Un hombre que tiene un empleo modesto o no, con el cual ha podido vivir y sostenerse, debe experimentar una impresión terrible cuando le dicen "que ya no deberá volver" y le entregan su quincena.

Nadie, seguramente, piensa en estas tragedias diarias de la vida.

Sin embargo el mundo está lleno de ellas.

Las tragedias que nadie conoce, aquellas silenciosas, que se pierden entre el maremágnum de las ciudades o en la apacible serenidad de las provincias…

La tragedia de un hombre que ha perdido su estabilidad.

Y se ve obligado a hacer equilibrios de todo género para no caerse.

Me figuro que el empleo que este hombre tenía, no debía ser muy elevado. El papel, el estilo, la letra y la ingenuidad me lo confirman así.

Pero sea como fuere, es un hombre que ahora irá de un lado a otro, solicitando una plaza en alguna oficina.

Los que se acostumbran a la burocracia, se sienten atados a ella para toda la vida. Los empleos si son del Gobierno, acaban

matando en el individuo la voluntad y el deseo de la lucha. Se sienten seguros y respaldados. No importa que el sueldo, sea tan miserable que apenas alcance para lo más elemental. Al menos, "es seguro".

Y se duermen en esta confianza y se abandonan a ella como la hoja seca a la corriente del río que la arrastra…

Yo nunca he podido olvidar "mi caso".

También he sido burócrata sin pedirlo ni desearlo.

Me dieron aquella chamba porque la esposa del general Abelardo Rodríguez que ni siquiera es mexicana, creyó que era un deber del Gobierno, ocuparse de mí en alguna forma. Un sueldo, modesto. Una plaza cómoda. Poco trabajo, y seguridad por unos meses al menos de que podría evitarme humillaciones y trabajos.

Cuando el general Cárdenas subió a la presidencia me dijeron lo que a ese cesante.

Pero yo no me amilané. Bendije al Señor, que al fin me devolvía mi libertad amada.

Ya no había que levantarse a las siete y media, correr para llegar a tiempo, marcar en un reloj el instante de la llegada y ser testigo de cosas que eran vergonzosas e indignas…

Podía mirar el sol desde la calle, en vez de estar encerrada en una oficina y obligada a quedarme tres o cuatro horas sin salir…

Respiré a pleno pulmón.

Y como después de todo, yo no he nacido con alma de esclava, traté de buscar trabajo en lo único que entiendo y me gusta: escribiendo.

Sin embargo, en mi oficina, había un empleado que llevaba diez y seis años de trabajar allí. Entró joven. Sus cabellos iban encaneciendo. Era dueño de vastísima cultura. Pero, su carácter se había debilitado en aquella burocracia. Era tímido y casi se echó a llorar cuando le dijeron que el Departamento de Biblioteca desaparecía "por orden superior".

—¿Qué será de mí? —gemía. ¡Ya no conozco a nadie!

Yo le miré burlona y le aconsejé que trabajase por su cuenta como pudiera. Le aconsejé que se libertara de la esclavitud de un empleo gubernamental.

Y acabé por convencerle.

Cuando años más tarde nos encontramos en mitad de una calle, era otro. Lucía joven, seguro de sí mismo. Me dió las gracias y me contó, que siguiendo mi consejo se había dedicado a un negocio y le había ido a las mil maravillas. Tenía un capitalito ahorrado en el banco y su vida había cambiado por entero…

En cambio, otro empleado de ese departamento, se quedó. Era casado con seis hijos. Ganaba ciento sesenta pesos al mes.

A ese le encontré el año pasado cuando tuve que ir a su oficina. Era un viejo de ojos opacos, tez pálida y semblante melancólico.

Prefirió, seguir atado al grillete.

Le faltó valor para emprender el vuelo.

Este cesante que me escribe acaso en estas líneas encuentre una idea provechosa y la ponga en práctica. Y en vez de pretender conocer el mañana, labre su propio porvenir con sus manos.

Lunes 3 de marzo[109]

El arte de pintarse

Pintarse es un arte. Pintarse la cara debiera representar para toda mujer un delicado estudio de su complexión y de su tipo. Hay mujeres que después de maquilladas cambian por entero y sin embargo el artificio no se advierte. Nadie sería capaz de descubrir dónde se puso la sombra y dónde se coloreó la piel. Cejas y pestañas aparecen tan naturales que no se advierte en ellos el pincel.

Para ello tuvieron que perder frente al espejo dos o tres horas.

En cambio hay mujeres que salen a la calle convertidas en horribles máscaras.

[109] *Novedades*, p. cuatro, segunda sección. N-C.

Mujeres que echan mano del violeta, del carmín, del ocre, y como el pintor con su paleta, emplean los colores a diestro y siniestro sin mirarse bien al espejo. El efecto es desastroso.

Si las mujeres se estudiaran a sí mismas con calma, si primero ensayaran cada tono frente a la luz del día y frente a la luz artificial, no veríamos tantos rostros envejecidos, marchitos, duros, que estropean lo bello que la naturaleza les dió, por una falta absoluta de sentido de la armonía.

Anoche, en una fiesta de juventud, mis ojos se recreaban mirando esas mejillas redondas y frescas donde el maquillaje no había llegado aún para darles apariencia de mujeres. Eran muchachas que comienzan a vivir. Y ninguna de ellas, tenía artificio alguno. El cabello, naturalmente ondulado, estaba suelto y libre de ganchos. Los ojos limpios de sombras y las bocas, de un delicioso color de rosa acabada de abrir…

Reían naturalmente con esa despreocupación de los pocos años.

Y se sentían llenas de alegría y de optimismo.

Los gráciles talles no sentían la opresión del corsé o de la faja y no lo necesitaban todavía porque eran cinturas frágiles y quebradizas, como juncos marineros. Vestidos sencillos, sin complicaciones. Y de todas ellas emanaba una frescura como de agua cristalina y pura.

Suspiré sin querer. Sin quererlo también, los ojos de mi espíritu se volvieron hacia el ayer remoto.

Hacia los años primeros de mi juventud radiante. Cuando mis mejillas desconocían el maquillaje y en mis ojos negros y brillantes, la alegría de vivir ponía su claridad hermosa. Cuando mis labios no presentían aún las palabras duras y amargas que más tarde me vi obligada a pronunciar y mis mejillas redondas y tersas, tenían esa palidez mate que poseen las mujeres del trópico. Mis cabellos castaños estaban siempre peinados en caireles y mis vestidos limpios, eran de telas de hilo, con adornos sencillos que mamita elegía con muy buen gusto para mí.

El primer día que me pinté las mejillas, me ví distinta.

Fue cuando me volví mujer.

Nunca había usado arrebol pero una de mis hermanas llevó una cajita que compró en La Habana y me la obsequió. Después fuí imitando a las otras mujeres. Aprendí a sombrearme los ojos, aprendí a pintarme los labios.

Y he seguido haciendo esto como una rutina, convencida de que el día en que no lo hiciera luciría, también cambiada, e iría contra la moda tirana que nos obliga a mixtificarnos a todas.

Una mujer sin polvos, sin arrebol, sin sombras, sin rouge en los labios tiene aire provinciano.

Pero yo a veces quisiera ser provinciana y mostrarme tal como soy y no como me obliga la moda a aparecer delante del mundo. Con mis mejillas pálidas de mujer del trópico, con mis labios de un suave color rosado apenas perceptible y mis ojos que todo lo saben mirar, sin engaños, ni máscara.

¡Qué dulce sería poder vivir sin mentiras, sin hipocresías y gritar a todos los vientos nuestra verdad!

Jueves 13 de marzo[110]

Mujer, ¡qué bella eras, cuando eras mujer!

A medida que vivo y observo me doy cuenta de cómo la mujer ha ido perdiendo su encanto, su delicadeza, su sensibilidad, su sutileza, todas esas virtudes que le eran características, como lo es a la rosa el perfume, y al agua su limpidez.

Decir mujer, antes, era todo lo hermoso de la obra del Creador.

El hombre suspiraba, a su paso endechas. Era galante y caballeroso. Se sentía fuerte para defenderla.

Y ella, aunque supiera que era fuerte, se hacía débil para sentir el calor de esa protección.

Se volvía "una cosita" sumisa y dócil.

[110] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-C.

Con esa intuición que nadie podrá negarle, la mujer sabía muy bien que, en realidad, era ella la que mandaba, aunque apareciera obedeciendo. Sabía que una lágrima de sus ojos quebrantaba la más recia voluntad.

Las lágrimas eran su mejor arma. Nunca fallaba.

Una mirada dulce, una caricia, y el hombre caía a sus pies.

¿Quién le cambió las ideas al punto de hacerle creer que podíamos ser iguales, y renunciar a todas nuestras ventajas?...

¿Quién le imbuyó esas ideas y teorías de igualdad?

Cosas son de los tiempos. Pero, colocada en un sitio ventajoso, ella no supo aprovecharlo.

¡No quiso el "término medio"! Quiso ser exactamente igual al hombre. Y aquí está su falla peor.

Desde luego, yo no soy de las que aprueban que una mujer se mantenga ignorante y zafia, ni le doy la razón a los que afirmaban que "mujer que sabe latín tiene mal fin". Sería una tontería negarse a reconocer que no se puede vivir con estas doctrinas.

Pero sí condeno todo aquello que le robe a la mujer su encanto.

Condeno todo lo que nos acerque al hombre para igualarnos en descortesía y en modales.

La mujer marimacho ha destronado a la mujer femenina. Por esas calles de Dios andan las mujeres vestidas con pantalones, fumando hasta en pipa, el cabello despeinado y suelto como bandera al viento, sin aliño alguno. Por esas calles de Dios van las mujeres caminando como soldados dando empujones y marchando, como si fueran a desempeñar alguna misión de gran importancia.

Madres e hijas marchan sin que las segundas tengan la cortesía de cederles la derecha, de sujetarlas del brazo al cruzar una calle, sin dirigirse a ellas con el debido respeto y educación. Se creen iguales. Padres e hijos se encuentran en los mismos lugares de placer. En los mismos centros de diversión nocturnos. Se embriagan por igual. Y se faltan al respeto tranquilamente.

Los padres de nuestra época no han sabido darse a respetar ni han sabido formar el carácter de sus hijos. Olvidaron darles el buen ejemplo, y saben que no pueden reclamarles, precisamente por esto, porque toda teoría, si no la acompaña el ejemplo, es nula. El hijo mirará en su padre su propia conducta. Y el padre o la madre deben ser el espejo en que sus hijos puedan mirarse, sin rubor…

Mujer, ¡qué bella eras, cuando eras mujer y no te habían falsificado! ¡Qué dulce era tu voz, que no se enronquecía por el cigarro, y qué puro tu aliento que no enturbiaba el vaho del alcohol!

Mujer de hoy que crees haberlo conquistado todo, ¡cuánto has perdido por esta tonta creencia!

Domingo 12 de octubre[111]

Yo, ¿una desconocida?

Un periodista de provincia que vino a la capital, estuvo de visita en la casa de un amigo mío, que es poeta y muy culto. Como la conversación derivara hacia el tema de los escritores, mi nombre salió a relucir en la conversación. Mi amigo el poeta le preguntó al periodista de provincia:

—Seguramente que usted debe conocer a doña Fulana —refiriéndose a mi modesta persona.

Pero no, aquel buen señor sabía, sí, que yo era una cronista "regular" y recordaba alguna vez haber leído "algún versito mío" en algún periódico.

El Poeta se indignó. Hizo mi defensa. Y entonces el otro señor le preguntó ingenuamente, abriendo mucho los ojos.

—¿Será mejor escritora que doña Mengana?

Aquí el nombre de cierta dama, que figura continuamente en todos los actos oficiales, pero cuya obra nadie podría, en realidad, constatar, porque no existe.

[111] *Novedades*, p. 7, tercera sección. N-C.

—¿Doña Mengana? Usted está soñando —replicó el poeta. Hay un abismo entre ambas.

—¿Y por qué no goza de tanta fama?

—¡Porque no hace lo que hace doña Mengana, precisamente!

Cuando un testigo me contó esta conversación no pude menos que ponerme a recordar aquel sabio adagio de que "Nadie es profeta en su tierra."

Vivo hace quince años en México, que es mi patria.

Que yo recuerde, solo dos periodistas se ocuparon de mí, cuando llegué: uno de ellos, Rafael Heliodoro Valle. Otro, don Federico Gamboa.

No figuro en ninguna de las muchas antologías que se han hecho.

Cierto catedrático demostró su perfecta ignorancia acerca de mi existencia durante una discusión. Todos opinan lo mismo:

—Creo que hace crónicas sociales.

Ninguno sabe que he escrito y publicado trece libros.

Ninguno sabe ni conoce mi labor.

Tal vez esto obedece a que jamás me he preocupado por enviarle mis libros a los señores críticos, con esas dedicatorias rimbombantes que piden elogios como recompensa.

Nunca he acostumbrado entrevistar a los personajes políticos para decir de ellos mentiras. Mentiras que repugnan a mi conciencia y a mi dignidad. Nunca he creído que debo suplicar, como hacen otros, "un artículo o una opinión."

De los mexicanos no tengo casi nada.

Pero, en cambio, ¡cuántos juicios y cuántos maravillosos artículos escritos por intelectuales y poetas de América! ¡Cuánta carta cariñosa llena de amables conceptos!

No me he puesto a coleccionar jamás juicios acerca de mí.

En realidad, no es cosa que me interese mucho.

Me basta saber que me leen aquellas personas que simpatizan conmigo en ideas y sentimientos.

Me basta la admiración de los humildes. Ellos me entienden. Y mi mejor recompensa es saberlo.

Cuando hace muchos años el gran poeta que fue Juan B. Delgado, escribió un pequeño folleto sobre poetisas de América, habló de mí someramente, colocándome entre el montón.

Carlos R. Menéndez, el culto director del "Diario de Yucatán" se indignó y puso en sus manos uno de mis libros: "Cantaba el Mar Azul".

Entonces el poeta me escribió a La Habana, reconociendo su error y mostrándose profundamente arrepentido por su olvido. No me conocía. No sabía en realidad nada acerca de mí. No era culpable.

Hasta el último día de su vida, Juan B. Delgado y yo fuimos amigos y sostuvimos una correspondencia que solo la muerte pudo romper.

Me aconsejaba siempre:

—Venga a México. Puedo presentarla al presidente Obregón. Ha leído sus versos y está dispuesto a protegerla.

Yo preferí quedarme soñando en la bella isla del sol. Nunca he tenido interés alguno por los puestos públicos. Detesto la notoriedad. Y di las gracias, pero no acepté la invitación del propio Presidente. Preferí mis sueños.

Y cuando oigo casos como el de este buen periodista provinciano, que solo sabe de mí que hago crónicas y escribo alguno que otro "versito", no puedo menos de sonreír.

No me duele la indiferencia de mis colegas.

Me desconocen en su mayoría.

No me consideran digna de figurar en las antologías. No he podido jamás prescindir de mi manera de ser. No quise entrar en la moda del lenguaje retorcido y alambicado, de las metáforas absurdas.

Mi lenguaje es sencillo, claro y transparente, para que lo entiendan no aquellos que presumen de supersabios, sino las gentes humildes y sencillas que tienen un corazón para sentir.

Por lo demás, tengo la enorme fortuna de no conocer la vanidad.

Martes 21 de octubre[112]

Caracteres extraños

Una mujer me escribe confiándome sus cuitas. Su marido posee el más extraño carácter del mundo. A veces está de buen humor, pero éste le dura tan poco, que ella casi no recuerda cómo es su fisonomía cuando está alegre. Hosco, duro, la zahiere con frecuencia. Se burla de ella. Aumenta sus defectos. Alguna vez le ha pegado inclusive.

Ambos han trabajado juntos para reunir un pequeño capital y viven con decoro.

"¡Pero no tengo felicidad, ni sé lo que es sentirme amada y amparada!", suspira…

Este caso es uno más de los miles que existen en el mundo.

El hombre que no es capaz de hacer la felicidad de una mujer, no debe casarse con ella. No debe arruinar su vida.

No debe sumirla en la desesperación y en el abandono espiritual.

Muchos maridos creen erróneamente que con pagar la renta de su casa y mantener y vestir a su mujer, han cumplido con sus deberes.

Están equivocados.

Una mujer necesita ternura y bondad. Necesita ser tratada como compañera y no como criada. Las esposas suelen ser sirvientas sin sueldo. Y con todas las responsabilidades y los deberes encima.

Abundan los hombres que se casan por tener quien los atienda, quien les tenga la casa limpia y la comida a su hora.

Ellos siguen conservando su libertad.

[112] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

Siguen su vida como si no existiera de por medio un ser delicado y tierno, que sueña con su regreso y desea escuchar palabras cariñosas. Pequeñas ofensas de ambas partes, que carecen de importancia, son agrandadas hasta convertirlas en pretexto para no hablarse durante varios días.

Si algo difícil existe es poder convivir con otra persona y conservar la buena armonía.

Para ello se necesita, ante todo, una buena educación.

Un profundo sentimiento de lo que es y representa esa otra persona que está a nuestro lado, y a la que debemos consideraciones y respeto, protección y cariño.

Miles de mujeres arrastran una existencia para ellas intolerable, porque sus maridos prescinden de ellas cuando debieran precisamente acudir a su consejo o a su opinión.

Desde el momento en que el hombre se casa, sabe que su vida no será ya la misma.

Esta esposa humillada, adolorida y, sin embargo, sedienta de una palabra amable, deseosa de unos brazos que la estrechen y la defiendan, es joven. Se siente vieja ya. Desencantada.

Su marido no la toma en cuenta para nada.

Se burla de sus defectos. La manda callar cuando está delante de personas extrañas.

La ridiculiza con frecuencia, la juzga una ignorante y una insignificante.

Cree que solo puede servirle como una ama de llaves para que administre su casa.

Para que atienda a los menesteres domésticos.

No se ha detenido a pensar un momento en que tiene sensibilidad y corazón.

"A los cinco días de nuestro matrimonio —confiesa ella— comenzaron los disgustos entre nosotros…"

Miles de hombres se casan por despecho, y hacen desdichada a su mujer; no la quieren lo suficiente.

El recuerdo de otra vive en su memoria.

Y se muestran malhumorados y son ásperos e indiferentes.

Por desgracia no existe un castigo para ellos.

Y lo único que le toca a la mujer que tuvo la desgracia de casarse con un hombre así, es procurar ir conquistándolo con paciencia, atrayéndolo con mañas; ganar su corazón, palmo a palmo.

Si le quiere, es la única solución.

Pero el amor se muere cuando no le cuidan, y este hombre acaso un día se dé cuenta de que ha secado y matado este rosal que pudo florecer solo para él.

Miércoles 22 de octubre[113]

Dos becados necesitan ayuda

Ayer estuvieron en la redacción de *Novedades* do[s] muchachos humildes. Me miraron, sin atreverse a hablar al principio un poco tímidos. Como yo les preguntara si podía servirles en algo, me contaron su problema: son alumnos del ballet que actuó en la última temporada en Bellas Artes. Dolin y la Markova los vieron actuar. Y pensaron que podían sin duda ser en el mañana artistas completos.

Mas, ¿cómo conseguirlo?

Saliendo. El medio en México es raquítico; no hay horizontes.

Miles de intrigas impiden al artista poder tender el vuelo.

Para poder estudiar y perfeccionarse, hay que ir a otras academias.

Y Dolin les ofreció a estos dos muchachos dos becas para que se vayan a los Estados Unidos.

Estas becas son válidas para una academia de Nueva York.

Ahora bien: la beca no incluye gastos de permanencia en la ciudad de los rascacielos. Ellos, que por un momento han tendido la mirada hacia esos otros horizontes azules, han ido en

[113] *Novedades*, p. cuatro, segunda sección. N-B.

solicitud de ayuda a todas las secretarías del Gobierno. Han ido a ver a muchos personajes influyentes, han acudido a sociedades benéficas. Fueron a secretarías, a la Sociedad de Autores, apelaron a la generosidad de todos aquellos a quienes creyeron que podían comprender sus sueños.

Sin embargo, ni una sola puerta se abrió.

Ni una sola mano se ha tendido para darles ayuda.

La beca durará seis meses.

Ellos están sedientos de gloria. Ansiosos de llegar a conquistar fama y laureles, pero, ¿cómo sostenerse en Nueva York, donde la vida es a base de dólares y todo cuesta una fortuna?

Los ciento cincuenta dólares mensuales para pagar la academia son insuficientes.

Miré a estos dos muchachos y suspiré pensando en tanta gente rica.

¿No habrá nadie que sea capaz de abrir su caja de caudales para decirles a estos dos muchachos soñadores:

—¡Tengan!... ¡Estudien! ¡Conquisten la gloria!

¡Ay, yo sé de muchos que en un solo abrigo de piel para una mujer gastan ochenta y cien mil pesos!

Muchos políticos, que no dan a nadie una moneda, acumulando riquezas para que a su muerte sirvan de motivo de odios y rencillas.

Conozco a muchos hombres que al calor de la ayuda oficial levantaron palacios, edificios, y tienen charolados automóviles, criados, joyas y cuenta corriente en los bancos.

Pero ninguno abrirá su mano y les dirá:

—¡Tengan para que realicen sus sueños!

Y estos artistas que podrían conquistar para México lauros y gloria, tendrán que quedarse con sus sueños.

Verán mustiarse los capullos de su ilusión, en vano alzarán la mirada al cielo, en vano explorarán el horizonte azul.

No hay nada para ellos. Todo está cerrado.

Cerrados los corazones que debían ser generosos y son avaros hasta [de] sus propias emociones.

Estos muchachos se llaman Mariano Tapia y Evaristo García.

Me dejaron ambos su dirección.

Y yo los vi alejarse, sintiendo que un sentimiento de rebelión despertaba en mi alma.

¿Por qué el dinero ha de caer siempre en poder de los egoístas, de los fríos, de los indiferentes, de los que prefieren ahorrar centavo a centavo, sin pensar que nada podrán llevarse a la tumba, y nunca en aquello en que podrían repartir a manos llenas ese dinero, con el cual se hacen tantas cosas buenas?...

Algún irónico me respondería:

—Porque, si muchos ricos repartieran su dinero, ¡se quedarían sin él!...

Y, en cambio, viven acumulando billetes y monedas avaramente.

Y esos son los que llegan a millonarios.

Jueves 8 de enero[114]

Sueños

En todo corazón de mujer anida el pájaro azul de los sueños. Todas las mujeres estamos enfermas de soñar. Es mal crónico que nunca se cura. Yo, al igual que las demás, me he pasado la vida soñando. Mis sueños nunca tuvieron forma. Jamás se plasmaron en realidades brillantes. Jamás pude obtener nada de lo que ansié. Por las noches, cuando mis ojos se cierran, es cuando realizo mis deseos. Es entonces cuando mi fantasía me aparta de toda miseria y de toda cosa turbia, para elevarme. Viajo, soy feliz, recorro los países que nunca he visto, pero que desearía visitar.

En sueños amo y soy amada.

En sueños he logrado obtener todo lo que la vida me ha negado.

En sueños he poseído ese hogar que nunca fue mío. He logrado la dicha dulce que ansié fervorosamente.

Cuando despierto, todo se borra y se esfuma, todo desaparece.

Ante mis ojos resurge el diario panorama de mi vida. En derredor nada es como yo lo miré horas antes. Los muebles de mi alcoba, el ancho espejo que refleja a diario mi figura. Los mismos cuadros que estoy acostumbrada a contemplar. La misma ventana abierta sobre la glorieta de Insurgentes, la misma gente, el mismo panorama.

Muchos años llevo de contemplar todo esto. En las mañanas de la primavera el sol entra radioso por las celosías de cristal.

[114] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-B.

En las mañanas de invierno, la bruma extiende su sábana y cubre los altos y modernos edificios.

En la parte frontera existió antes un edificio que pertenecía a una señora a la que la política dejó viuda. Su marido fue asesinado alevosamente en un café. El misterio lo cubrió todo.

Ella se quedó sola y un día resolvió vender su casa, debido a que alguien, que tenía interés en adquirir el terreno, le contó que la propiedad iba a bajar, y tuvo miedo.

Derribaron la casa. El terreno cercado está todavía igual.

En la otra calle, de Tehuantepec, se han mudado muchos vecinos. Dos casas más adelante, en una de las viviendas, murió una de las muchachas que formaron el trío Garnica-Asencio, que en La Habana obtuvo triunfos clamorosos. Una noche, al salir rumbo a mi trabajo, vi el balcón abierto y los cuatro blandones rodeando el negro ataúd.

Su madre velaba el cadáver inmóvil y pálida.

Más allá existe una casa elegante que rodea ancho jardín.

Hace tiempo vivió en ella una viejecita. Los perros dieron en aullar largamente por las noches, con una desesperación que me ponía los nervios de punta.

Y una mañana, cuando me asomé a mi ventana, vi sacar un féretro negro, y la viejecita se fue a dormir al cementerio.

Es creencia general que los perros "huelen" la muerte.

Presienten su llegada.

Cuando mi padre murió, los perros de mi casa habían aullado lastimeramente semanas enteras.

—Alguien va a morirse —dijo la vieja criada Marcelina.

Y, en efecto, papá llegó de Hubilá una mañana, con rostro cadavérico. Los médicos llamados para atenderlo, dijeron secamente:

—No tiene remedio.

Y se marcharon. Y un día 9 de septiembre se lo llevaron al cementerio de mi ciudad natal.

Antes de cerrar los ojos para siempre nos llamó a la cabecera de su lecho y nos hizo juiciosas recomendaciones.

De nada sirvieron porque el destino manda y él se encargó de destruir mi porvenir.

Todo eso lo evoco cuando en las mañanas me despierto y regreso del mundo de los sueños.

Todo esto que forma mi pasado doloroso y amargo.

Y solo cuando duermo, olvido estas cosas para vivir una existencia totalmente distinta a la que vivo en la realidad.

Cuando duermo soy otra mujer, y lo que me rodea no se parece a esto que veo cuando despierto.

Viernes 9 de enero[115]

Cuando yo me enfermaba

Cuando yo me enfermaba de niña, ¡cómo recuerdo los cuidados de mamita para mí! ¡Cómo se preocupaba de mi salud! Apenas una ligera indisposición me molestaba, me encerraban en mi cuarto impidiéndome salir. Me preguntaban qué deseaba comer. Yo pedía siempre que me hicieran "manjar blanco". Era una deliciosa crema de leche perfumada con hojas de naranjo. Me hacían una gran fuente y me la traían para que estuviera contenta y no pidiera irme a jugar al jardín con mis hermanas.

Me prestaban los grandes libros de la biblioteca de papá, llenos de hermosas estampas iluminadas.

Uno de esos libros era "El Genio del Cristianismo", favorito de mi madre.

Lamartine, era otro de sus autores más queridos.

También me prestaban los numerosos cuadernos de "La Moda Elegante", que se recibía en mi casa. De sus páginas se tomaban los modelos para nuestros trajes.

[115] *Novedades*, p. 2, segunda sección. N-B.

Los números muy atrasados me permitían recortarlos. Armada de una gran tijera, recortaba las muñecas con su enorme polisón y sus ajustados corpiños. Aquellos sombreros llenos de plumas y de flores eran mi admiración.

Cuando había terminado mi tarea, las colocaba en la pared, como si fueran realmente figuras, y entablaba diálogos con ellas.

Las horas se me iban así sin sentir.

El médico entraba ya atardecido con su maleta de cuero y me hacía preguntas a las que yo contestaba de prisa sin prestar atención alguna.

Después mamita me advertía lo que debía hacer para "ponerme buena".

A lo largo de mi vida he sufrido enfermedades que afortunadamente nunca fueron ni largas ni peligrosas.

Algún dolor de reuma. Catarros atrapados por mojarme.

Era uno de mi grandes placeres, apenas se "ponía" la lluvia, meterme debajo de los grande tubos de zinc que dejaban caer su chorro cristalino en los aljibes o en algún gran barril.

Mis hermanas y yo participábamos de la diversión, y mientras llovía nadie nos podía sacar de debajo del chorro. A veces el aguacero duraba tres horas, porque en Mérida las tormentas son así, y la tarde enfriaba notablemente.

Siempre fueron resfriados mis enfermedades.

A veces me cuidaba por miedo.

—Fulanita se volvió tísica de un catarro mal cuidado —me decían.

Yo recordaba de mis tiempos de colegiala una visita que le hice a una compañera del colegio, que estaba gravísima.

Recostada en un enorme sillón, tosía con desesperación.

Tenía el rostro amarillo y las manos secas.

—¿Qué tiene? pregunté angustiada.

—¡Tuberculosis, y no tiene remedio!

La visión de aquella muchacha se me quedó en la memoria y durante un tiempo procuré no mojarme ni exponerme a las corrientes de aire.

Más tarde, allá en La Habana, una muchacha rica que vivía en un palacio, quiso conocerme. Había leído mis versos. Su madre me mandó llamar, rogándome que fuera a su casa, y fuí.

Se llamaba Aída. Tenía un hermano llamado Radamés. El padre había perdido la cabeza por otra mujer, y apenas si iba de visita a su hogar donde la hija, con los ojos dilatados por la angustia le veía llegar en las tardes un rato nada más.

Aída tosía cuando entré en su cuarto.

Estaba rodeada de lujo y bienestar. Un Cristo ocupaba la cabecera de su lecho, y su madre, una señora de rostro pálido y ojos con profundas ojeras, me estrechó las manos y me pidió que me sentara junto a su hija.

Estaba tuberculosa en último grado.

Su pañuelo se tiñó de rosas sangrientas en los accesos terribles de tos.

Y yo me fui muy emocionada y muy triste.

Mis vecinas me recomendaron:

—Ten cuidado, la tisis es muy contagiosa.

Sin embargo, no me pasó nada. Al despedirme me besó en las mejillas y me pidió que la besara a mi vez.

Un mes más tarde se la llevaron al cementerio.

Tras ella se fue la amorosa madre que no tenía más consuelo que su cariño, y el marido infiel se casó "con la otra", como sucede siempre en la vida.

Cuando me quedo en mi casa, encerrada por algún resfriado, me pongo a recordar todo esto, a mi compañera de colegio, que se llamaba Esperanza, y murió tísica; a esa otra muchacha tan rica y sin embargo tan infeliz, que también murió del terrible mal de Federico Chopin.

Y pienso en mamita, cuando entraba en mi alcoba trayéndome la fuente llena de "manjar blanco" y me ponía el termómetro para saber si tenía fiebre.

¡Ahora, nadie está junto a mí!

Y el cielo está tan triste y tan nublado, que me parece que está llorando también como yo.

Lunes 12 de enero[116]

Tu extraño nombre

Hace muchos años que no oía tu extraño nombre. Anoche, en un salón, alguien lo pronunció con gesto de indiferencia.

Mi corazón se puso a latir como un reloj descompuesto y aparentando la mayor naturalidad, inquirí:

—¿Ya se casaron sus hermanas?

—Sí, todas se casaron.

—¿Y Fulano? —aquí se me escapó tu nombre sin querer.

—También se casó con una profesora, pero tuvo que divorciarse. El carácter de él es insoportable. Continúa con sus pretensiones. Sin embargo, sigue siendo un ignorado.

Yo calculé la edad que debes tener ahora.

Y sin darme cuenta, mis pensamientos se volvieron pájaros y echaron a volar.

Se remontaron hasta la orilla del mar.

Hacía un día nublado y lluvioso de diciembre.

Eras entonces un muchacho que parecía sencillo y bueno.

En realidad, eras todo lo contrario.

Me hablaste de tu familia, que vivía en una ciudad del interior, de tus hermanas, y me contaste que ibas a pasar la Navidad con ellos.

Durante tu estancia allá me escribiste a diario.

Tus cartas estaban llenas de tiernas confidencias.

[116] *Novedades*, p. cuatro, segunda sección. N-B.

Yo las guardé mucho tiempo. El día en que aprendí a conocerte preferí romperlas, lo mismo que aquel retrato que me diste con una dedicatoria apasionada.

Me pediste que fuera para ti una maestra comprensiva, y lo fuí.

Traté de doblegar tu carácter indómito y salvaje.

De hacerte comprender que en la vida debemos sacrificar muchas cosas para poder vivir en medio de la sociedad y sentirnos respetados.

Traté de enseñarte buenas maneras. Tú no eras sino un montaraz lleno de ambiciones.

Mucho consiguió mi paciencia.

Logré que aprendieras lo suficiente para conducirte bien.

Pero tu vanidad, hábilmente disimulada, surgió de pronto y te juzgaste superior a mí.

Como lo único que tenías era tu juventud, la esgrimías a toda hora con el orgullo con que luce una joya el que la tiene.

Nos separaban diez o doce años.

En mí el otoño habría sus rosas amarillas.

Y había presentido desde el primer momento todo lo que iba a suceder. Lo dije en unos versos que tú me reprochaste amargamente:

—¿Por qué piensas todo esto?

—Porque la lógica nunca se engaña.

—El amor no analiza.

—Yo sí.

—Haces mal.

—No, porque de este modo me evito el dolor del futuro.

Fue así como, cuando ese día llegó, me encontró prevenida y serena.

Tu necia ingratitud no me sorprendió.

Siempre se pagan los beneficios con ingratitudes.

Lo único que tenías era tu juventud; pero una juventud sin cultivo, de nada sirve.

En el mundo abundan los hombres jóvenes que nunca llegan a alcanzar nada.

Es mil veces preferible el hombre maduro con experiencia y educación. El hombre que ha vivido y da a cada cosa su valor verdadero.

La última vez que estreché tus manos fue en una mañana de agosto, ardorosa y llena de sol.

—Que realices tus sueños —dije volviendo la espalda con una fría sonrisa.

Y todavía me parece ver en tus ojos, el asombro. Nunca creíste que yo pudiera marcharme así, sin que mi corazón hablara.

Mi corazón había enmudecido por la desilusión y el cansancio.

Anoche, después de diecisiete años, alguien pronunció tu nombre.

Un instante después yo había recobrado mi equilibrio espiritual.

Por algo dijo La Bruyére: "Los amores mueren de hastío y el olvido los entierra…"

Viernes 23 de enero[117]

Femineidad

El hombre busca en la mujer la femineidad antes que cualquiera otra cualidad brillante. Si le interesa la mujer culta, cuando lo es, prefiere mil veces a la compañera tierna y amorosa, dulce y sumisa, en cuyo regazo pueda hallar paz y bienestar. Pretender cautivar al hombre a fuerza de talento, es un error. El talento que se reviste de pompa y de vanidad, ni lo quiere ni le importa al hombre. Pero el talento que se viste de sencillez, que trata de pasar inadvertido, ese que es perfume y luz, suavidad y dulzura, ese que todo lo envuelve sutilmente como un perfume, ese es el talento que todas las mujeres debían cultivar.

[117] *Novedades*, p. siete, segunda sección. N-B.

Las mujeres "letradas" fatigan y cansan.

Las mujeres que solo saben hablar de ellas mismas y creen que el mundo entero vive pendiente de sus palabras y de sus hechos; las mujeres que quieren ser el foco de atracción, en todas partes y destacarse por encima de los demás, son insoportables.

Los hombres las desdeñan.

En el terreno de la vanidad he conocido a miles de mujeres que se llaman a sí mismas "notables". Algunas tan pagadas de su belleza, que se enamoraban de su imagen frente al espejo y se calificaban de "Venus" rediviva.

La sencillez es la virtud más buscada por el hombre.

La dulce modestia, que la mujer de hoy parece haber olvidado.

La suave comprensión.

Hay algo que toda mujer debe saber y practicar:

Ser útil en todo momento. No estorbar. Conocer en qué momento es grata nuestra presencia.

No hacer preguntas tontas y, sobre todo, ¡no reprochar!

El reproche abre la puerta, y las palabras se precipitan unas sobre otras. Brota la primera injuria, y una vez dicha, ya no es posible retroceder. "La palabra, como la piedra, una vez lanzada, no se recoge", dice el sabio proverbio oriental.

Nuestra misión debe ser siempre de amor.

Esparcir en torno luz y tibi[eza].

Esas mujeres que cuando sus maridos llegan a su casa solo saben hablarles de sus problemas domésticos y darle la queja de sus sirvientes, son insoportables.

Otras aprovechan para pedir dinero.

No todas son ahorrativas y cuidadosas.

Abundan también las que solo quieren pasear y divertirse y cuando su marido llega en busca de descanso le atosigan para que las lleve. No pocos divorcios han surgido por esta causa.

Se dice del artista que no debía casarse para evitarse problemas que lo distraigan de sus concepciones.

Sin embargo, conozco a muchas mujeres abnegadas, que ayudan y son como sombras silenciosas en torno suyo procurando aligerarles de sus preocupaciones y manteniéndoles una atmósfera propicia y agradable.

Hace tiempo fui invitada a conocer el estudio de un pintor belga.

Tenían un departamento chiquitín y muy limpio. Ambos habían hecho los muebles y pintado y decorado con mucho gusto.

Para ayudar a su marido en una época demasiado difícil, ella se dedicó a dar clases y aumentar de ese modo las entradas.

Con el producto de sus economías compraron una casita risueña fuera del centro de la ciudad.

Y son dichosos, con esa dicha que proporciona el mutuo cariño y la mutua comprensión.

En cambio conozco a otro artista cuya esposa solo sabe pedirle pieles y trajes. Apenas vende un cuadro, cuando ella procura sacarle el dinero para gastarlo en frivolidades.

La cualidad esencial de la mujer debe ser la femineidad, la bondad, la ternura y la adaptación.

Ser inteligente sin alardes.

Ser culta sin aparentarlo.

Los hombres no quieren bachilleras.

Quieren mujeres para ellos, para que perfumen y embellezcan su hogar, para que lo ayuden a llevar la pesada carga de la vida, para que en las horas de la fatiga y del dolor sean como un bálsamo piadoso y refrescante.

La sabiduría excesiva es pedante.

A menos que sepa vestirse con el traje de la sencillez, al hombre le resulta insufrible.

Cada sexo tiene demarcados sus límites.

Tiene señaladas sus funciones.

Quebrantarlas es ir al fracaso en línea recta.

Nuestra misión es muy distinta a la misión del hombre.

Y ninguna mujer debe sentirse avergonzada de cumplirla.

Hay muchas que se sienten humilladas si confiesan que guisan y limpian su casa. Y casi todas van renunciando a ello, y prefieren el trabajo en una oficina o en una tienda, para estar "a la moderna".

Seamos femeninas. ¡Y no tratemos de imitar al hombre para volvernos solo unas tristes caricaturas!

Lunes 8 de marzo[118]

Cuando la mujer se mete a literata

Los hombres no están conformes en que la mujer abandone lo que graciosamente se ha llamado hasta hoy "menesteres domésticos". No están conformes en que sus esposas se dediquen a otra cosa fuera de tener hijos, y atender la cocina y la casa. ¿Tienen razón?

Sobre este tema se podrían escribir miles de libros y quedaría el problema en pie todavía.

Ante todo, hay mujeres y mujeres.

Las hay que poseen talento suficiente para poder realizar una labor superior.

Y las hay que no pueden servir sino para ser mujeres de su casa.

Durante siglos enteros el bello sexo solo fue eso: un bello objeto que el hombre manejó a su capricho negándole inteligencia.

El filósofo que las calificó de "seres de ideas cortas y cabellos largos", no asistió afortunadamente para él al desenvolvimiento cultural de esa otra mitad del género humano, que no se siente conforme con el papel que le fue asignado hace hace [*sic*] poco.

La mujer se considera capaz de hacer algo más que dar hijos y atender la cocina de su casa.

Pero el hombre no quiere.

Ha sido él amo y señor.

[118] *Novedades*, p. 3, segunda sección. N-B.

Ha ordenado y mandado él.

Y no acepta que le roben un milímetro del terreno que cree suyo.

Yo soy de las que no piensan que nosotras podemos competir con el hombre. No ha nacido una mujer que se equipare a Beethoven ni a Bach ni a Edison ni a tantos otros genios de la ciencia y del arte. Cuando en una entrevista por radio fueron llamadas a declarar varias señoras escritoras, todas respondieron en los mismos términos más o menos, sacando a relucir a las dos Juanas y a las mujeres que han destacado en la literatura de Francia.

La mujer no posee el espíritu creador del hombre.

Madame Curie, la excelsa descubridora del *radium*, tuvo a su lado a su marido. Y entre los dos, resolvieron el problema.

Por inteligente que sea una mujer, nuestra inteligencia es de diversa índole a la del hombre.

Querer meternos en sus predios es, a mi juicio, un error.

La mujer tiene de sobra terreno donde actuar.

Donde demostrar sus méritos.

Ante todo, lo primero que debe procurar es conservar esa dulce y encantadora femineidad que es en ella, como en la flor, el perfume.

La coquetería, que si se pierde, nos convierte en míseras cosas.

¿Por qué no colaborar con el hombre sin tratar de opacarle?

¿Por qué hablar de continuo de una igualdad que sabemos imposible?

La sabia naturaleza nunca se ha equivocado.

Y a cada sexo le señaló sus límites.

A nosotras nos dijo:

—Cread seres, sed bellas, alegrad el alma del hombre y confortadle.

Y al hombre le dijo:

—¡Trabaja, lucha, y sé para ese ser delicado, protección y amparo!

Si el hombre olvidó sus deberes, si en vez de cumplir con su deber permitió que su compañera trabajara y luchara, no puede quejarse ahora del resultado.

En el pasado, la mujer hizo milagros en todos los campos, manteniéndose siempre "en la sombra".

Su influencia se dejó sentir en las cortes.

Hombres que destacaron, tuvieron a su espalda una voz de mujer para aconsejarles y conducirles con tan suaves riendas de seda, que ellos no se daban cuenta…

En ello estribaba el talento femenino de ayer.

Mas un día la mujer se cansó de ser segunda figura.

Quiso brillar con luz propia.

Y se alzó indómita y rebelde limando sus cadenas.

Ahora es difícil relegarla de nuevo a su sitio.

El mundo entero sufre una aguda crisis de valores morales.

Un desquiciamiento tremendo nos estremece a todos.

Y la mujer quier[e] tomar su parte de responsabilidad también.

No sé, políticamente, lo que una mujer sería capaz de realizar.

Tenemos en nuestra contra ese órgano que se llama corazón y que por desgracia es el peor de los obstáculos.

Teniendo corazón estamos atadas de manos y pies.

Y si no lo tuviéramos, ¿valdría algo la vida?... Aquel amargado poeta alemán, le decía a su amada en un momento de angustia:

> ¡Y qué soneto al corazón le hiciera,
> si mi dulce hechicera
> tuviera corazón!

Yo prefiero tener corazón. Y dejar que el hombre siga creyéndose único.

La mujer de Norteamérica confiesa que se siente inmensamente infeliz desde que renunció a su condición de mujer, para asumir las funciones del hombre. Y Alejandro Sux, el cronista sutil, atribuye ese "espíritu infantil" del norteamericano, a la in-

fluencia que ejerce en él, la mujer que, desde niño, se encarga de mandarle y dirigirle…

Es mejor tener corazón y ser mujeres.

Sábado 27 de marzo[119]

Chismografía social

La chismografía social de ciertos cronistas debe tener su límite justo. Últimamente se ha adoptado la costumbre de "atacar", sin otra causa que el sentimiento cobarde de la envidia. Los fracasados solo saben desfogar su ira en esta forma. Dan nombres. Tratan de ridiculizar. Inventan calumnias. El resultado se traduce, a la larga, en la misma indiferencia del público que si al principio sacia su curiosidad morbosa, termina por aburrirse de oír las mismas tonterías y las mismas vaciedades.

Los mismos nombres se barajan.

Hoy es Fulano y Mengana. Mañana Perengana y Zutanito.

Se habla de "probables idilios"; se citan lugares de reunión.

Y de este modo, la reputación de una muchacha sufre.

Porque tanto y tanto se habla de ella, que a última hora le achacan cosas que no pensó, ni dijo nunca, ni soñó decir.

Nada exaspera tanto a los envidiosos como el triunfo de una persona que escala la altura gracias a su talento y a su mérito. Nada fatiga tanto a muchos como oír repetido un nombre que tiene lustre propio. Entonces se trabaja para enlodarlo.

Se apela a todos los procedimientos.

La labor "subterránea" comienza.

Los que realmente son y representan algo, resisten el golpe.

La piqueta no los derriba.

Y en muchos casos, esta misma labor lo que hace es cimentar la base y afirmar su posición.

[119] *Novedades*, p. cuatro, segunda sección. N-B.

Los novelistas que fracasaron y trataron en vano que el público leyera sus necesades [*sic*]; los poetas de inspiración dudosa que frente al diccionario buscan imágenes y frases raras para intercalarlas, creyendo así deslumbrar a los ingenuos; aquellos que enviaron trabajos a los concursos y no se les tomó en cuenta, y lo atribuyen a intrigas bajas; los que en el campo de la literatura espigan y sueñan con ser un día gloriosos.

Todos ellos se rebelan.

Protestan.

Se llenan de una ira sorda ante la victoria ajena.

Incapaces de comenzar de nuevo y reconocer humildemente su ignorancia y su estulticia, prefieren ensañarse en los que con mayores méritos llegaron y conquistaron lugar de honor en el mundo.

¡Oh, la cantidad de envidiosos que conozco; cómo me hace reír!

Cuando leo que atacan a determinadas personas, me producen una lástima infinita.

Porque esas mismas personas a las que atacan están demasiado alto para que llegue hasta ellos su inmunda baba.

No les toca.

Y además de no tocarles, ponen al descubierto la envidia de aquel o aquella que trató de anularlos.

La chismografía social comenzó hace años con una crónica que cierto diario publicaba, en la que se aludía a personas muy conocidas, sacando a relucir intimidades que eran secretos.

Estos secretos se exhibieron al desnudo.

Y la murmuración tejió su tela de miserias y de cobardías.

Fue cuando la paciencia de los atacados se colmó, y alguno, menos sufrido, pidió al director del periódico cuenta de tales cosas.

—¡O suprime usted esa sección o se entenderá conmigo!

Así, dejamos de leer esa columna en la que se decían verdaderas necedades, con un barniz de ingenio falso.

Pero la semilla se regó.

Y actualmente abundan los que se creen muy graciosos y se exprimen el cerebro buscando cosas que contar y comentar, añadiendo y alargando o exagerando los detalles.

Revistitas que nadie lee, ruedan por esas calles del Señor tratando de envenenar reputaciones honradas y mancillar nombres limpios.

No lo logran.

Quienes conocen a esas personas, se suelen indignar.

Y se dan cuenta de que solo la envidia pudo escribir tales bajezas. Solo la envidia, el despecho y el fracaso, en terrible contubernio, se unen para realizar maldades y ensombrecer la luz.

El sol no deja de brillar porque levantemos el dedo para taparlo.

El brillante que cae en el lodazal sigue siendo diamante pese a quienes lo lanzaron allí para impedir que siguiera brillando.

Yo soy de las que pocas veces paso los ojos por esas columnas de chismes faltos de gracia y de ingenio; pero oigo en la calle las protestas del público sensato y adivino el móvil que lleva a los que presumen de periodistas a ensañarse en personas de sólida y limpia reputación.

Hay tantas cosas útiles que leer y tantas noticias de interés que comentar, que mucho mejor es emplear el tiempo en ellas.

Lo demás indica que quienes leen estas cosas son iguales a los que las escriben.

Jueves 3 de junio[120]

Rectificaciones

Hasta ayer creí en el destino. Hoy he dejado de creer en él. Alguien dijo que "de sabios es mudar de opinión" y este pensamiento ha ido incrustándose en mi cerebro como un garfio.

[120] *Novedades*, p. cuatro, cuarta sección. N-D.

Si todo en la vida es renovación, ¿por qué hemos de aferrarnos indefinidamente a una sola idea? El mar arrastra sin cesar olas nuevas que sustituyen a las anteriores. Hoy creo firmemente que nosotros somos los arquitectos de nuestro propio destino, como afirmó Nervo. Al nacer se nos hace entrega de todos los dones necesarios para triunfar. Es como si se nos confiara un capital sólido para que lo administremos con discreción y nos aprovechemos de él.

Sin embargo, lo dilapidamos locamente, y arrastrados por nuestro capricho, nos empeñamos en hacer nuestra voluntad, que es casi siempre la culpable de que marchemos en línea recta hacia el fracaso.

Todos poseemos el instinto del bien y del mal. La prueba más clara la tenemos en que nos ocultamos para ejecutar aquellos actos que sabemos reprobables, cuando comprendemos que pueden observarnos. Se me objetará tal vez que el bien y el mal lo hemos inventado nosotros y que lo que para los pueblos civilizados es un crimen, para los salvajes es algo perfectamente lógico y natural, pero aun así, nos sobra inteligencia para distinguir nuestras acciones y tenemos en nuestras manos el modo de controlarlas a nuestro albedrío.

Sin embargo, no lo hacemos, y sabiendo de antemano que marchando en esta o aquella dirección nos aguarda la desilusión y el fracaso, seguimos nuestro impulso y nos estrellamos. ¿Fue nuestro destino? No. Nuestro capricho.

Los seres inteligentes se aprovechan de las lecciones de la experiencia para rectificar a tiempo, buscan una orientación, y tratan de enmendar sus yerros y acaban por encontrar la senda que los conduce hacia la luz. Los pusilánimes, los cobardes, se revuelven airados contra el destino y le culpan de sus males abandonándose al pesimismo.

¡No culpemos al destino! Culpémonos a nosotros mismos, a nuestra falta de previsión y de voluntad. Culpemos a la falta de dominio sobre nuestras pasiones. Ellas son las responsables de

nuestra desdicha. Fieras indómitas rugen dentro de nuestro corazón continuamente, y ¡ay del que les abra la puerta!

Siempre hay tiempo para rectificar nuestros errores. Si acallamos la voz del amor propio, terminaremos por confesarnos autores únicos de nuestra mala suerte; la fortuna nunca deja de llamar, aunque sea una vez, a nuestra puerta; todos hemos escuchado su voz arrulladora en el silencio de la noche, pero engañados por el murmullo del viento, o demasiado displicentes para abrirle, la dejamos pasar de largo lamentándonos más tarde de su olvido.

La suerte es mujer y por lo tanto voluble, pero todos la tuvimos un momento prisionera en nuestras manos como una mariposa de pintadas alas. Si hubiéramos sabido retenerla nos hubiera pertenecido, pero la dejamos escapar.

Hoy, bajo la rubia claridad de esta mañana de junio, me he puesto a hacer examen de conciencia. Lentamente he desenterrado del panteón de mi memoria los viejos recuerdos del pasado. Ante mis ojos, desfilaron de nuevo los amores muertos, los odios, la vanidad, el amor propio. Cruzó la fortuna que dejé escapar tontamente porque el día en que vino a visitarme yo tejía la malla luminosa de un sueño y no quise abrirle la puerta.

Cruzaron la desilusión y el fracaso, la pobreza y el tedio.

El cortejo se extendía como una enorme serpiente negra y yo empecé a llorar. Lágrimas de sincero arrepentimiento, surcaron mis mejillas pálidas. Ansié redimirme de mis pasadas culpas y me dije:

—¡Si volviese a vivir de nuevo todo eso, de qué distinto modo procedería!

Miré entonces el fondo de mi corazón y arrojé de él al odio como a un Luzbel soberbio y arrogante. Arrojé el tedio, el pesimismo, la melancolía destructora, la ira estéril, y me sentí liberada y llena de luz y de tibieza.

Ya no creo en el destino.

Sé que no es él quien rige nuestras vidas.

Nuestra vida nos pertenece, es nuestra.

Si en vez de dilapidarla tontamente la administramos con prudencia, llevaremos dentro de nosotros la fórmula para obtener paz y sosiego.

¡Mañana rubia de junio! Bajo tu limpia claridad he recorrido mi vida, he sondeado en mi alma y deseo rectificar mis errores.

Ante mí, la vida se extiende como un valle florido.

¡Y en mis ojos brilla la luz de una nueva esperanza!

Sábado 5 de junio[121]

Tongolelismo

El réclame que le han hecho a la artista que ha copiado a las "licuadoras eléctricas" en sus movimientos, ha hecho nacer la envidia en otras artistas, que careciendo de méritos, apelan a sus mismos procedimientos. Tongolele inventó el casi desnudo para sus bailes. Las demás quieren llegar al desnudo total. Con un olvido absoluto de la decencia, se trata de atraer al público sin hacer caso de los procedimientos.

Cuando Madame Rasimí trajo a México su espectáculo del Bataclán, hubo señora mojigata que protestara por lo que estimaba un insulto al pudor.

Aquellas mujeres, verdaderas esculturas vivientes, no hacían movimientos lúbricos.

Eran sencillamente estatuas de carne rosada.

Y la emoción la producían esta estética, plasticidad, ritmo, gracia y hermosura perfectas.

Madame Rasimí se fue con su grupo de muchachas y de bailarines, y quedó su escuela; pero una escuela prostituída, falsa, llena de morbosidades.

[121] *Novedades*, p. 3, cuarta sección. N-D.

Antes del Bataclán las tiples llevaban mallas de seda. En aquellos picarescos cuplets que ahora se antojan llenos de ingenuidad, las tiples y vicetiples apenas si lucían un pedacito de carne.

La media de seda bien estirada y la liga llena de lazos, eran el incentivo mayor.

Ya nadie recuerda las mallas.

Las ligas, a no ser la de las Naciones, nadie las recuerda.

Y la carne, en cambio, se muestra totalmente a las miradas.

Ni un átomo de pudor.

Ni asomo de vergüenza.

El arte no da para vivir.

Pero en cambio sí lo dan la desvergüenza y el cinismo.

La culpa de este escándalo la tienen las mismas mujeres que llenaron el teatro en esas noches en que una mujer se exhibía a la luz de las candilejas, moviéndose como una licuadora.

Las mismas que noche a noche asisten para ver la representación de un vodevil que en un teatro para hombres solos está muy bien, pero nada más.

Se ha invocado el nombre del más dulce de los músicos.

Del más tierno y romántico.

Se ha aprovechado para hacer mofa y escarnio de la moral.

Las autoridades deben intervenir en esto.

La Habana tenía un teatro de escándalo: El Alhambra.

Pero ninguna mujer pudo jamás entrar en él.

Estaba prohibida la entrada.

Solo los hombres estaban autorizados para hacerlo.

El Teatro Alhambra gozó fama durante largos años. "Regino" se llamaba el gallego que un día llegó a La Habana y se puso a trabajar allí. Y luego, llegaron artistas que compartieron sus triunfos.

Pero jamás una mujer decente puso los pies en semejante local.

"El Molino Rojo" fue otro teatrillo parecido.

En él la bella Chelito, se mostraba también a los ojos del público con trajes paradisíacos.

Y nunca las mujeres, decentes o no, pudieron entrar en él.

En México se están invirtiendo todos los valores morales.

Se está avanzando en línea recta hacia la procacidad.

Basta que se anuncie una película como "no apta para menores" y el resultado se traduce en llenos completos.

Da vergüenza contemplar los carteles que se hacen de esos espectáculos.

Mujeres casi desnudas se exhiben tranquilamente.

Esos periódicos caen en las manos inocentes de los niños y los pervierten prematuramente.

Les enseñan cosas que no deben saber aún.

¿No existen inspectores que se encarguen de esta labor de depuración?

Una vez hablé, y mi voz se perdió en el vacío, de la necesidad de nombrar mujeres para desempeñar el puesto de inspectoras en teatros y cines.

Mucho se hubiera evitado.

La "mordida" ahoga toda protesta honrada. Todo se permite. Todo se tolera.

El tongolelismo ha sentado plaza entre nosotros.

¡Y si nadie lo evita, quién sabe a dónde iremos a parar!

Un poco de pudor, señoras. Un poco de decencia.

La belleza es tanto más admirada cuanto más velada está.

Y no es exhibiéndose desnuda como una mujer hace sus mejores conquistas.

Viernes 25 de junio[122]

Una carta sin firma

"No es un anónimo, aunque no lleve mi firma", asegura la persona que me cuenta, en una carta, los favoritismos que se tienen en México con los extranjeros, a los que se dan cargos de responsabilidad que podían desempeñar mexicanos.

Nunca se tiene fe en ellos.

Recuerdo que hace años una poetisa extranjera, que nos denigraba continuamente, fue comisionada por el entonces Secretario de Educación en una "misión secreta", con gastos de representación, a Washington, donde lo único que hizo fue aprovecharse para sus fines personales.

La prensa diaria ha denunciado ya muchos de estos casos.

¡Es predicar en desierto, mi distinguido delator anónimo!

Si un periodista decente levanta la voz le llaman envidioso.

En el caso que cita la persona que me escribe, se trata de una centroamericana.

Ha ido al extranjero con una jugosísima comisión.

Esta extranjera habla mal de los mexicanos.

Y tiene razón en despreciarnos.

Porque en vez de unirnos para defendernos, nos ponemos a echarnos lodo unos a otros y a tratar de hundirnos.

Escupimos al cielo.

Mientras no tengamos ese espíritu de unión que caracteriza a otras razas, seremos siempre parias miserables en nuestra propia patria.

El artista mexicano no encuentra nunca protección de parte del gobierno.

Miles de personas cultas con magnífica preparación, por el hecho de no tener un apellido extranjero, son relegados al olvido.

Ayer mismo el chofer que me llevó al centro me contó su calvario:

[122] *Novedades*, p. dos, cuarta sección. N-D.

—Señora, llevo en México veinticinco años de residencia. Soy español. Para mejorar estudié un curso en los Estados Unidos. Soy técnico en máquinas Diesel.

[”]Tengo un hogar y cuatro hijos que adoro.

[”]Y bien, se dice que este Gobierno iba a ser de “técnicos”. Yo lo soy. He acudido a todos los talleres donde mis servicios podían ser utilizados.

[”]No me reciben.

[”]He hecho colas en los sindicatos donde he perdido horas enteras, para que al llegar a la ventanilla me digan “que no hay nada todavía para mí”...

En cambio, miles de impreparados disfrutan de plazas que no saben desempeñar. Gracias a un cuñado que me presta este carro, puedo ganar el pan de mi familia...

La labor nacionalista no consiste en gritar el 16 de septiembre en el Zócalo.

No consiste en sacar la pistola y gritar “¡Viva México!”

Consiste en prestar ayuda al mexicano.

En aprovechar sus servicios.

En contribuir a que pueda trabajar dignamente en su patria sin tener que emigrar al extranjero donde es tratado como a ser inferior porque su piel no es blanca ni sus ojos azules.

Yo conozco a un profesor competentísimo, dueño de amplia cultura, que ofreció sus servicios al Estado. No recibió siquiera una respuesta.

Es mexicano, y podría desde luego desempeñar un cargo elevado, puesto que une a su presentación y grandes conocimientos una educación exquisita y un don de gentes de que muchos carecen.

Ha tenido que aceptar un trabajo que no es digno de su categoría.

Y los ejemplos se repiten por millones.

Todos los días hay uno o mil...

El mexicano en su patria es un paria.

El extranjero ocupa su lugar en todas partes. En las secretarías, en las oficinas, en las fábricas, hay siempre nombres extranjeros en los puestos de confianza.

Y el mexicano se desorienta.

Se pregunta: ¿Para eso estudié? La falta de estímulo es como un veneno.

Va matando poco a poco…

Perdida toda ilusión, perdida toda moral, el individuo se convierte en un harapo humano.

Las cantinas saben de estos dramas.

Todos van en busca del olvido encerrado en un vaso de licor.

Los borrachos suman ejércitos en México.

Son los fracasados. Los olvidados. Los relegados.

Los que, teniendo derecho al triunfo, fueron arrumbados como trastos inútiles...

No todos beben afortunadamente.

Pero los que no beben emigran:

Prefieren ganar algo en el extranjero y pasar como incógnitos a sufrir en su país el olvido injusto.

Y en los valores verdaderos se pierden.

Cuando, en cambio, llega la noticia de que triunfaron fuera de aquí se les recibe con los brazos abiertos y se organizan banquetes en su honor.

Hay que hacer labor nacionalista, procurando que el mexicano preparado disfrute de los cargos que él puede desempeñar.

Imitemos al extranjero que se agrupa y sabe defender a los suyos.

Un judío, por ejemplo, nunca dejará que otro de su raza sufra hambre y miseria.

Y lo mismo hace el español.

Aprendamos de ellos.

Defendamos al mexicano.

El anticuario

México, como todas las grandes ciudades, posee un crecido número de tiendas de antigüedades.

De joyerías en las que se encuentran a veces verdaderas maravillas.

Yo adoro las joyas.

Una especie de obsesión me lleva a imaginarles una vida secreta.

Cuando me las pongo, me digo:

Esta gema conocerá los latidos de mi corazón.

Y para conocer el estado de salud de una persona, basta observar el brillo de sus joyas o de sus piedras.

El coral mantendrá su color y su brillo en un cuerpo sano.

Los temperamentos biliosos, no pueden.

Una mujer, cuyo hígado no funciona normalmente, dejará el coral muerto y la perla también.

Las perlas que irradian brillo, nos dicen si su dueña está sana y si es, o no, feliz.

Hay pieles que roban a las perlas su apariencia brillante.

Y manos que decoloran las piedras hasta volverlas blancas.

Así la más oscura amatista perderá su matiz en ellas.

Y el más rojo coral se volverá amarillento y triste.

La felicidad, ¿es contagiosa? ¿Es que los seres felices tienen emanaciones distintas?...

Tal vez.

La vida es misterio.

Entre esas tiendas de anticuarios que abundan en México, existe una, cuya mezquina apariencia es como un cebo inteligente.

Las vitrinas están llenas de polvo.

Todo tiene la apariencia de la vejez y del olvido.

[123] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

Las joyas, valiosísimas algunas, están colocadas con descuido, como si se tratara de restarles importancia.

En un estuche representarían el doble de su valor.

Así, puestas sobre el sucio cristal, el transeúnte que se detiene a mirarlas se dice:

—Debe costar poco.

Y entra.

Entonces el anticuario, comienza su larga jerigonza de frases, adaptables al caso.

¿La joya? Él pagó por ella mucho más de lo que pide. "Los tiempos están difíciles" —dice.

Y da vuelta entre sus dedos a la alhaja, haciendo resaltar su brillo. La limpia. La pule. La alza...

—Es una pieza única. No encontrará otra igual.

El cliente acaba llevándose la joya. Y al doblar la esquina encuentra otras superiores a mitad del precio que pagó.

Entonces hace su rabieta. Se jura no volver.

Pero vuelve. No sé qué extraña atracción se desprende de estas vitrinas empolvadas y sucias, donde las moscas vienen y van como en su propia casa…

La necesidad lleva a mucha gente a desprenderse de sus alhajas.

Joyas de familia son pignoradas por una cantidad risible.

—Así —piensan— podré sacarlas.

Pero el dinero que se da en empeño por una joya, lleva encima una rara maldición.

Porque la joya regresa muchas veces hasta que su dueño la pierde.

Yo cruzo todos los días frente a las tiendas de los anticuarios.

Ellos me conocen y saben mis aficiones.

Me permiten admirar de cerca las joyas.

—Ayer adquirimos esta —me decían al mostrarme un prendedor de diamantes, de un trabajo maravilloso. Frente a la luz, las piedras parecían luminosas y suaves estrellas.

—¿Quién lo llevó en su seno? ¿Qué dama linda, lo lució en una noche de sarao y sintió el palpitar de su corazón?...

Todas las joyas tienen su historia y su leyenda.

Y la loca de la casa echa a volar, cuando yo me detengo a mirarlas. A veces quisiera tener millones solo para adueñarme de ellas. Para tenerlas entre mis dedos; y si pudieran hablar, yo les pediría que me contaran su novela…

¡Ay, las bellas novelas que podrían contarnos los diamantes, los corales, las perlas y todas esas gemas de maravilla que la tierra guarda pródiga, y que el hombre, sin embargo, encuentra y pule para realzar la hermosura femenina!

Jueves 7 de octubre[124]

Cintura y pie chiquito

Leyendo las declaraciones de un conocido músico y artista famoso, en las que afirma que la reina de la belleza mexicana debe tener la cintura y los pies chiquitos, no he podido menos de recordar aquella estrofa que leí y cuyo autor desconozco:

> La vi rezando de hinojos
> y no la he visto después.
> ¡Qué grandes eran sus ojos
> y qué pequeños sus pies!

Esto se dijo hace mucho tiempo. ¿Podría la mujer mexicana de nuestra época, repetir estas otras palabras de Campoamor?

> La besé aquellos pies que bien podían
> ocultarse en el cáliz de una rosa? [*sic*]

[124] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

No. La mujer de nuestra época, ha adoptado esa moda tonta y vulgar de los huaraches.

Y con huaraches no hay pie chiquito ni elegante. El pie se deforma, se hace ancho, feo, antiestético. Pierde su elegancia y su gracia. El corsé, abolido por la comodidad, logra que ya los talles no puedan ser comparados a las palmeras.

Son cinturas anchas la mayoría.

Cinturas que, faltas de sostén, se van ampliando más y más.

—¿A quién se le ocurre ponerse corsé? —oigo decir con frecuencia.

Unas fajas de goma que no sujetan hacen sus veces.

Y al andar las mujeres se ven grotescas, sencillamente.

Pero se invoca a la comodidad.

En nombre de tan distinguida señora, las mujeres prescinden de todo lo que a su juicio signifique molestia.

Dentro de las cosas que les molestan está el sombrero.

Prefieren ir con el pelo suelto, como si salieran del baño.

Con rebozo, como si fueran al mercado.

Y huaraches, para andar más ligeras.

Llevan las uñas pintadas de rojo.

Y el efecto es deplorable.

Grecia fue inmortal. Sus mujeres no llevaban zapatos ciertamente.

Usaban unas sandalias que sujetaban el pie.

Usaban ceñidores para mantener la firmeza del talle.

Y fueron hermosas y magníficas.

Pero de la mujer griega a la mujer de nuestra época hay todo un abismo.

La mexicana gozó fama de tener un pie lindo y pequeño. Usaba zapatitos ajustados. Y era una delicia mirarla.

La mujer cubana dedica a su pie todos los cuidados.

Y los tiene preciosos. Yo he conocido cubanas de un metro setenta de estatura que calzaban del uno y medio.

El cuerpo necesita atención y vigilancia.

Y el corsé evita que se deforme.

Sujeta el talle y le da firmeza y arrogancia.

Resguarda del frío.

Y hace que los trajes "armen" perfectamente.

El mejor vestido, si no lleva debajo un buen corsé nunca lucirá lo mismo.

Muchas cartas recibo sobre este tema pidiéndome que insista.

Mas yo sé que predico en desierto.

Inútil es recomendarle a las mujeres que procuren vestir de acuerdo con los cánones de la elegancia y de la distinción.

En estos tiempos de rebozo y huarache, la dama se confunde con la que no lo es. Una democracia absurda va aboliendo las categorías.

La señora y su criada se ven casi iguales, de lejos.

Porque ahora las criadas prescinden del rebozo en muchas ocasiones y adoptan los abrigos de paño y hasta de piel.

Los sueldos que ganan se lo permiten.

Cintura y pie chiquito. ¿Cómo pudo la mujer mexicana renunciar a estas dos cosas que eran tan suyas y que inspiraron a tantos poetas, haciéndoles escribir estrofas llenas de inspiración y de belleza?

Ahora solo falta un poeta que le cante al huarache.

Y no faltará algún poeta proletario que lo haga tildando de "reaccionarias" las doctrinas que predico.

Miércoles 29 de diciembre[125]

Nobleza obliga

Soy persona que sabe agradecer siempre una palabra amable. Y por ser agradecida no puedo menos que hablar en esta columna de la descripción que mi compañera Elia D'Acosta hace en su sección de *Novedades* del personal que trabaja en mi periódico

[125] *Novedades*, p. 6, segunda sección.

haciendo de paso una cariñosa alusión a mi modesta persona. Nobleza obliga. Estoy acostumbrada, por ejemplo, a que compañeros a quienes nunca ofendí ni aludi jamás en mis artículos, me llamen desde cursi para arriba, censurando mi constante afán por mejorar el modo de vestir de las mujeres y tratando de desterrar de sus costumbres el hábito vulgar de masticar chicle y otras cosas parecidas.

Hace tiempo que un compañero, que debe vivir muy amargado por cierto defecto físico del que no soy responsable, me puso de oro y azul, aludiendo a mis sombreros, que llamó "picudos", extravagantes y otras lindezas, sin entender de modas.

Después, otra compañera que apenas comienza su carrera y que por falta de experiencia incurre constantemente en equivocaciones lamentables, me tomó por su cuenta para decirme tonterías. Yo soy comprensiva. Y no me molestan estas cosas. Sé que la gente que me conoce dará a cada palabra su verdadero significado, y como según el viejo adagio las ofensas se toman según de quien vengan, no he concedido mayor importancia a estas vulgaridades que son como un desahogo para quienes se sienten lastimados por el éxito ajeno.

Y tal vez por esto, las cordiales palabras de mi compañera Helia D'Acosta, me produjeron una agradable impresión y una dulce sorpresa.

Para cada uno de los que componemos la redacción de este periódico, tuvo una frase amable y llena de bondad.

Nadie escapó a sus halagüeños comentarios.

Y yo quiero hacerlo constar.

Helia D'Acosta no me debe ningún artículo laudatorio.

Y es por esto que me ha causado tan buena impresión su proceder.

Otros a los que traté bien y tendí la mano muchas veces, creyéndolos amigos, me pagaron como pagó Judas al Redentor.

Es viejo como el mundo el adagio que asegura que los beneficios se pagan mal. Un rey de Francia dijo estas palabras sabias: "Los grandes beneficios hacen los grandes ingratos."

Y tenía razón.

Nada tan feo como el espectáculo de unos compañeros atacándose en la prensa.

A falta de tema la emprenden con los que nada les hicieron y el "dale al que no te da", de los cubanos, se repite con frecuencia.

Abundan los motivos que pueden aprovecharse para un artículo sin necesidad de atacar a nadie.

Tratar de ridiculizar a otros, implica en quien tal hace un complejo de inferioridad.

Si antes de escribir tonterías se mirara cada cual al espejo y comprobara sus defectos, tal vez se curaría de la costumbre.

Pero censuran ciertas cosas los que nunca entraron a la sociedad y desconocen sus normas estrictas, sus leyes y sus costumbres.

Hablan de palacios los que nunca los conocieron sino por los relatos ajenos.

La gente bien nacida no insulta. No injuria. No lastima. No hiere. Ruindad de sentimientos acusa el que se aprovecha de su profesión de periodista para tratar de perjudicar a otros.

El periodismo tiene sus normas. Su código. Sus leyes.

Y quienes lo practican deben aceptarlas y ponerlas en práctica.

El ridículo no siempre cae sobre la persona a la que se trata de ridiculizar. Cae justamente sobre quien pretende hacerlo, porque pone al descubierto pasiones mezquinas, falta de ética y carencia de educación y de cultura.

El periodismo debe ser cátedra siempre.

Nunca tribuna para injuriar a otros.

Hacer labor personalista, que no puede divertir sino a los necios, es algo demasiado vulgar.

Las personas que tienen sensatez, jamás podrán aprobar estas cosas, sino, por lo contrario, condenarlas.

No es posible dejar satisfecho a todo mundo. Lo que a unos les parece bien, para otros está lleno de defectos.

Yo incurro a veces en errores involuntarios.

Si un lector amable me los señala, se lo agradezco infinitamente en vez de arremeter contra él, juzgándome infalible.

Todos nos equivocamos. Los "gazapos" de los grandes novelistas me dan la razón.

Helia D'Acosta es digna de un apretón de manos y de una cariñosa felicitación por este gesto de compañerismo, que debían imitar todas las que se dedican a llenar columnas en los diarios.

Nobleza obliga.

Domingo 2 de enero[126]

Una mancha de rouge

Una mancha de rouge que denunció la infidelidad del hombre al que amaba con la violencia con que aman las mujeres mexicanas, fue causa de una tragedia pasional en la que la víctima fue, justamente, la agresora.

El amante, al que llevaba poco tiempo de conocer, había sido novio de otra muchacha con anterioridad y al parecer no se había curado de su amor, porque al encontrársela, ambos se besaron.

Una mancha de rouge quedó como prueba delatora.

Y fue en vano que el infiel negara. Aquella manchita era suficiente.

Sobrevino la discusión.

Y de la discusión se pasó a los hechos. Una pistola en las manos de la ofendida pudo herirlo a él. Y éste, indignado le arrebató el arma y disparó ciego de ira.

El resultado fue una muerte.

Murió ella, la mujer celosa y apasionada.

Y quedó vivo él, el culpable.

El destino quiso que así fuera.

La pistola, que en México se usa con o sin razón, ha sido y será causa de infinidad de crímenes.

En cada hogar hay una.

[126] *Novedades*, p. 4, segunda sección. N-C.

Todos los días vemos en la crónica roja cómo un chiquitín tomó la pistola de su padre que estaba guardada en una gaveta y mató o murió.

La vida humana no vale entre nosotros absolutamente nada.

El crimen en el que perdió la vida una esposa y madre que nada tenía que ver en los motivos secretos del asalto, quedó impune.

La justicia no encontró motivos suficientes para encerrar en la cárcel a los autores del atentado.

Todas las pruebas estaban delante. Lo más fácil era hacer que se cumpliera la ley.

Pero el malicioso comentario de la calle asegura que había de por medio demasiado dinero para acallarla.

Había demasiada influencia.

Y por lo tanto una vez más la diosa vendada, se quedó con su balanza en las manos esperando a que se pusieran en los platillos las pruebas.

Anoche en un baile encontré a uno de esos asesinos.

Sonreía cínicamente llevando del brazo a una muchacha, que a pesar de saber que esas manos estaban manchadas de sangre, las oprimía encantada.

Si fuera un infeliz, la cosa hubiera sido diferente.

La justicia solo castiga a los miserables.

Abrir un periódico es contemplar caras patibularias, que cínicamente parecen pregonar con orgullo su hazaña.

Nada les importa que se sepa su crimen.

Presumen de "hombres".

En los barrios sórdidos y en los aristocráticos lugares de diversión la pistola sale de improviso para segar una vida.

A veces el olvido lo cubre todo.

Se habla el primer día. Luego, todo calla.

Se movieron influencias.

Y en todas partes, el tema del crimen, salta a la vista.

Fraudes, robos, asaltos...

La policía es impotente para contener esta ola roja.

Miles de chiquitines quedan huérfanos. Miles de viudas desamparadas…

Nadie se preocupa de ellas.

Una piedad absurda, ha impedido que hasta hoy se reponga en México la pena de muerte, alegando que los criminales son enfermos.

Pero las víctimas quedan así, sin venganza siquiera.

La compasión es siempre para los asesinos. Nunca para los muertos.

Yo recuerdo de mis años infantiles la ejecución de un soldado que ultrajó y mató.

La vieja cárcel de Belén alzaba su paredón trágico.

Los periódicos relataban con lujo de detalles los preparativos para la ejecución.

Se agotaron los recursos. El general Porfirio Díaz negó el indulto, porque otorgarle hubiera sido un insulto a la sociedad amenazada y a la familia.

Minutos antes aún se tenía confianza en que la ejecución se suspendería.

No sucedió así.

Y al día siguiente el tétrico relato espeluznante.

Pero, hace cuarenta años el primen [*sic*] se castigaba. Se castigaba el robo. Y se podía transitar por las carreteras sin temor a sufrir un asalto.

La ley cumplía con su deber.

Ahora, por una mancha de rouge, una mujer celosa alzó la pistola para matar. Y el destino irónico, dispuso que fuera ella la víctima.

¿Pagará el asesino su delito? No. Será uno de tantos que saldrá a la calle, ¡para reírse de la sociedad y de la justicia!

Antigüedades

La tarde era radiante.

Un cielo azul y una temperatura fría, sin exceso.

Yo pasaba por una calle. Frente a una vidriera llamaron mi atención varias joyas antiguas.

Eran de muy buen gusto. Las piedras engarzadas artísticamente, merecían contemplarse. Un medallón con el retrato de un joven, que tenía larga melena parecía hablar.

Aquel retrato era una miniatura preciosa. Los ojos lánguidos, la boca breve.

¿Qué historia de amor encerraba aquel medallón? ¿En qué seno de mujer estuvo prisionero?

La loca de la casa se soltó c[o]mo de costumbre a divagar. Imaginé el idilio. La novia feliz. Más tarde, acaso, la boda. Y luego el derrumbe de una fortuna. En México ha sucedido tanto esto, que es lo más frecuente encontrar joyas de maravilla vendidas así…

Relojes antiguos c[o]n nombres en las tapas.

Y esos preciosos prendedores con nombres que forman palomitas, y perlitas muy pequeñas: ¡Modesta, Mercedes, Carmen!

Busqué uno con el mío. No encontré ningún Rosario.

Tres lindísimos brazaletes adornados de perlas me hablaron de finas muñecas femeninas.

Un aderezo de coral rosado, y otro de amatistas, debían tener un siglo de antigüedad.

Piezas sueltas. Anillos de ónix, de perlas. Pendientes de diamantes que brillaban con el suave fulgor de la luna.

Después de curiosear a mis anchas, entré en el establecimiento.

La dueña, una mujer joven y risueña, me fue mostrando otros objetos guardados en las vitrinas. Una lámpara china, muy original, tenía los globos de porcelana negra. Al encenderse, mos-

[127] *Novedades*, p. cinco, segunda sección. N-B.

traban sus dibujos ejecutados en tonos vivos. Rosas, pájaros, mariposas...

—¡Qué bella lámpara —pensé— para un salón oriental!

Y me quedé absorta.

Una enorme lámpara de cristales, con azucenas de porcelana en sus bombillos, me pareció muy linda.

Y otra blanca, de cristales, me hizo recordar la lámpara que adornaba la sala de mi casa.

Aquélla era de cristales rojos y blancos. Esta, era toda blanca, pero exacto el modelo.

Cuando yo era niña me encantaba mover sus prismas. El sol los hería y producían un sonido delicioso que me parecía una antigua melodía.

Cerré los ojos. Reconstruí aquel salón donde los muebles "Reina Ana", de alto respaldo, mantenían el talle de las damas, rígido…

Evoqué aquella consola en la que un mandarín chino, movía la cabeza cuando le tocaban y agitaba en las dos manos, dos manzanas de roja porcelana…

Las esculturas que representaban diosas del Olimpo. El piso de mármol que copiaba un enorme tablero de ajedrez.

El piano en el que mi hermana María tocaba óperas que yo escuchaba arrobada. "Fra Diávolo" era una de mis favoritas.

Miré los cuatro espejos Luis XVI de bronce en el que mi carita pálida se reflejaba.

Cuando abrí los ojos, un señor me tendía un reloj de oro que quería vender. Era precioso y de una magnífica marca, pero desconfié. Y dejé pasar la ocasión que era tentadora…

Seguí husmeando. Preciosos bibelots de finísima porcelana estaban encerrados en los escaparates interiores. Una gran polvera francesa pintada a mano de cristal de roca. Un estuche de joyas con una cabeza de mujer en esmalte...

Una herradura de brillantes y rubíes, muy original.

—Mi hermana —me dijo la dueña— viaja por el interior de la República y trae esto.

Yo fuí examinándolo todo. Y acabé por adquirir una medalla de la Virgen de Covadonga, esmaltada en azul y rosa. Una coronita condal lo remataba. Era realmente linda y el precio, irrisorio.

La noche comenzaba a caer. Yo había pasado dos horas en este trabajo de mirar joyas…

De imaginar leyendas.

Y ansié conocer la historia de cada prenda. La del medallón, la del collar de corales, la de una minúscula cruz de esmeraldas…

La lámpara china seguía destacando sus mariposas y sus flores.

Y un cuadro que representaba a una reina gorda, fea, y dueña de una prominente nariz me hizo pensar que no siempre las reinas fueron hermosas. Aquella llevaba un cuello estilo María Estuardo, de ricos encajes, y sobre el corpiño collares y prendedores que le daban el aspecto de una vitrina…

Iban a cerrar la tienda.

Y yo me fuí calle abajo, con ojos soñadores.

Martes 11 de enero[128]

Una viajera llega de Lima

Una gentil viajera estuvo a saludarme en la redacción de *Novedades*.

Su nombre es Stella Suárez Olivos.

—Hace años —suspiró— que soñaba con venir a México. He leído mucho sobre este país. Había oído contar de su libertad, de su sincera democracia y de su clima incomparable. Además, he observado que la mujer tiene mil modos de desenvolverse aquí. He visto que en muchas actividades toma parte. En el Perú, por ejemplo, nunca vi meseritas, y la mujer tiene muy restringidas las fuentes de trabajo...

Sus ojos dulces, se entornaron un poco. Yo le interrogué:

[128] *Novedades*, p. 2, segunda sección. N-B.

—¿Qué proyectos tiene ahora?

—Trabajar, abrirme paso. He dirigido en mi país un diario "El Heraldo", en la ciudad de Huacho, y he colaborado en varias revistas extranjeras como "Nosotras" de Chile.

["]En el año de 1945, el Comité Nacional 'Pro-Derechos Civiles y Políticos' que preside en Lima la inteligente y culta Elisa Rodríguez Parra de García Rosell, fundó una revista titulada 'Derechos Iguales'.

["]Yo fuí su administradora.

["]En noviembre del 48 fuí nombrada con el cargo de delegada en Madrid por la Legión Feminista pro Cultura, cargo que pienso desempeñar posteriormente.

["]Visité La Habana. Quedé encantada de aquella maravillosa ciudad a la que el mar azul ciñe en un abrazo de amor.

["]Tengo una hija: Gloria. Pienso que termine aquí su carrera en la Universidad. Soy mujer de lucha y de trabajo.

["]He escrito dos libros, inéditos aun, que titulo 'Doña Sol' y 'Estampas'. Sé que este último título, es ya conocido pero en realidad su contenido lo forman estampas de distintas ciudades."

—¿Algo más en su vida? —pregunto.

—Sí. Poseo un título otorgado por el municipio de Lima que me autoriza para la construcción de casas y para realizar trabajos arquitectónicos…

—¿Ha hecho muchos?

—Algunos, allá en Lima.

Stella es menuda. Tiene la piel pálida. Los ojos alargados y un poquitín oblicuos. La sonrisa es dulce. Viste de negro un traje sencillo de sobrias líneas. La adorna algo difícil de encontrar en la mayoría de las mujeres: la modestia.

No presume.

No abre, como otras, grandes álbumes llenos de recortes de periódicos para mostrarnos lo que se dice de ella.

Y es tal vez esta modestia la que ha despertado mi profunda simpatía.

—La he leído mucho —termina— y para demostrarle que la conozco hace años, mire....

Me muestra un periódico amarillento. La fecha es muy remota, y yo suspiro sin querer.

En ese periódico están reproducidos mis versos "Cuando tú me querías"… una página del libro de mi vida.

—Yo copié muchos de sus sonetos. Los tomaba de las revistas que llegaban a mis manos.

Después Stella cuenta:

—Mi padre fue el licenciado Fernando Suárez Olivos. Era escritor.

"Tal vez heredé de él esta afición por la literatura. Tenía una buena posición económica y mientras vivió me ayudó siempre. Su muerte llenó de luto mi vida."

Mediodía. La redacción del periódico a esta hora está solitaria.

Los redactores aún no llegan para teclear en sus máquinas y la luz del sol entra radiosa hasta mi escritorio.

Stella me cuenta todavía.

—Preferí venir a México antes que seguir viaje a España, porque me dicen que la vida allá es demasiado cara. Yo, estoy luchando precisamente para abrirme un camino. ¿Cree usted que podré conseguirlo en su lindo país?

—Todo es posible —sonrío—. Depende de la cantidad de paciencia que tenga almacenada. México es un poco hermético al principio. Después se abre acogedor para el viajero. Tenemos aquí muchas perspectivas halagadoras. La mujer puede desenvolverse. La vida es agradable…

Stella se despide y me tiende las manos.

Y yo la miro partir y recuerdo mi primer día de estancia en México y me parece escuchar la voz del licenciado Jenaro Estrada al que acudí a pedir consejo:

—Si puede usted quedarse seis meses aquí, ¡ya no se irá!

¡Cuánta razón tuvo!...

Sábado 5 de marzo[129]

El cine, escuela de la vida

La exhibición de una película española que encierra un capítulo de la historia del que fuera uno de los pueblos más poderosos de la tierra, me ha hecho pensar en la necesidad urgente de que sea el cine el que dé a conocer la historia, adaptándola con personajes que puedan encarnarlos debidamente.

Norteamérica nos ha enviado películas de un lujo deslumbrador; pero los hechos históricos son en ocasiones falseados y cambiados. Se ha sacrificado la verdad en aras de un efecto más o menos estético.

Don Quijote de la Mancha será exhibida muy pronto en México.

Las escenas fueron tomadas en el mismo auténtico sitio de donde las arrancó la pluma genial de Miguel de Cervantes. Castilla polvorienta, con sus molinos de viento, sus mesones de amplio portal, sus mozas garridas y fuertes, sus tipos perfectamente definidos.

Los escenarios de cartón de Hollywood jamás podrán dar la exacta idea de la verdad.

México está lleno de pasajes extraordinarios.

Sin embargo —con excepción de "Morelos"—, las compañías de películas no echan mano de la historia para exaltar el patriotismo de los mexicanos y mostrar ante estas generaciones descreídas y frívolas las altas virtudes de nuestros antecesores.

El pueblo ignora a sus héroes.

A muchos se los han enseñado al través de páginas que escribió el rencor o dictó la política apasionada.

De Hernán Cortés, el más grande de los hombres de la conquista, uno de los hombres más grandes que ha dado España, y que, con Cuauhtémoc, fundó nuestra patria, nadie quiere saber nada.

[129] *Novedades*, p. tres, segunda sección. N-B.

Sin embargo, los pueblos no fueron conquistados sino a base de sangre y de crueldad.

América le ha rendido a Hernán Cortés el homenaje que su valor merece. México quiere desconocerle. Y olvida que si tiene una lengua, una religión y una civilización, se la debe a él.

La conquista de México, descrita por los mismos historiadores que acompañaron a Cortés, como Bernal Díaz del Castillo, podría ser una magnífica fuente de información.

El grito de libertad del padre Hidalgo.

El perdón de Bravo...

La gesta de los niños mártires de Chapultepec.

Todo eso que forma nuestra historia, debía adaptarse al cine y debía de ofrecérsele al público para que los que ignoren el origen de muchas de nuestras tragedias, y de nuestras glorias, ¡las conozcan a fondo!

No todos leen. Y no todos saben entender lo que leen.

En cambio, todos entienden lo que ven en la pantalla. La figura se graba más fácilmente en la memoria.

Una película española basada en un hecho real, ha llevado a los cines en que viene exhibiéndose una cantidad de público crecidísima. El escenario lo forman los mismos palacios en que se desarrolló.

La desgarradora historia de una mujer a la que el amor y los celos condujeron a la locura.

Una pasión, como no recuerdan otra los siglos. Todo el carácter español está reflejado en ella. Y cada uno de los personajes parece vivir de nuevo.

En la novela podrían encontrarse magníficos temas. "El Clavo" ha sido una de ellas, que fue adaptada con fidelidad.

La película mexicana sigue buscando su fuente de inspiración en los Mariachis, en los chistes gordos, en las escenas de borrachera y de bravuconería. La pistola por encima de todo. Y a esta pobreza de argumentos se debe que se nos tenga en el concepto de matones, salvajes y ebrios.

Hay que reivindicar el cine.

Es necesario buscar en las páginas de la historia. Ahondar en ella y descubrir capítulos dignos de filmarse para que nuestro pueblo aprenda a quién debe la patria de que disfruta, a quiénes el don bendito de su libertad, y de su cultura.

Hay que enseñar al pueblo a venerar a sus héroes.

No con gritos en el Zócalo. No con falsos alardes de patriotería barata, sino mostrándole la verdad.

El escenario es el mismo. ¡Solo faltan los personajes y el creador que sepa hacerlos vivir de nuevo!

Jueves 10 de marzo[130]

Me escribe un hombre

Un hombre me escribe. El tema lo he tratado muchas veces en esta columna. Es el eterno desplazamiento del hombre por la mujer en muchas de sus actividades:

"Soy un asiduo lector de sus artículos y reconociendo en usted un portavoz y guía del sentimiento mexicano, yo le estimaría altamente se hiciera eco del sentir de muchos hombres mexicanos.

["]¡Cuánto le agradeceríamos a usted tocase en sus artículos el punto sobre el indebido desplazamiento del hombre por la mujer en el trabajo, lo cual trae, como es lógica consecuencia, el aumento de los sin trabajo!

["]Lo anterior lo digo basado en razones justificadas, pues si ciertamente existen mujeres de capacidad intelectual para desempeñar diversos empleos, también es verdad que hay multitud de mujeres sin preparación alguna, a quienes se da trabajo por mera simpatía, ya que en muchos casos ni necesidad de él tienen, lanzándose a trabajar por el solo hecho del lujo personal, a expensas del sufrimiento de algún padre de familia que anda en pos del pan de sus hijos.

[130] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

[”]Es muy común, y lo digo por experiencia, el que cuando un hombre acude en solicitud de empleo se le pongan mil trabas, no sucediendo lo mismo con la mujer, a quien aunque no sepa ni escribir su nombre no se le exige más recomendación que una adorable sonrisa para desde luego causar alta en su empleo. Yo pregunto a los hombres de negocios y a los jefes de personal si desean un adorno para sus oficinas o un hombre preparado que encauce sus intereses. ¿O no comprenden estos señores que contribuyen a la frivolidad femenina dando empleo a quienes son solo un ornato? Creo, en mi concepto, y en el de los que añoran un México mejor, que el hombre y la mujer verdaderamente necesitados tengan preferencia en cuestión de empleos; basta recordar que el primero sostiene o sostendrá un hogar al que deben brindarse todas las atenciones. Muchas veces he sostenido que esta lucha desigual ha creado entre nosotros muy graves problemas. La casa en que las mujeres trabajan, los hombres terminan por desentenderse de sus obligaciones. Antes era el hombre el único sostén. Era el marido, los hermanos, los hijos más tarde, quienes pagaban todos los gastos.

[”]Y se vivía modesta pero decentemente.

[”]Ahora los hermanos no dan un centavo. Para eso trabajan las hermanitas. Los maridos se desentienden. Para eso trabajan las hijas. Y las esposas, aburridas porque ya no encuentran felicidad en su casa, se van a la calle también diz que [*sic*] a trabajar.

[”]Es así como todo se ha ido derrumbando en nombre de un derecho “femenino”, discutible en la mayoría de los casos.

[”]Y prueba de esto es que si una muchacha acostumbrada a ganarse la vida se casa, fatigada y deseosa de descansar encuentra que al poco tiempo necesita volver a la lucha porque el marido comienza a lamentarse “de su mala situación” y obliga tarde o temprano a la compañera a regresar a su trabajo.[”]

Antes, ninguna mujer se lanzaba a tal aventura.

Recuerdo a una bella amiga que tuve hace años, casada con un hombre de carácter violento y apasionado. La cocinera llega-

ba cerca de las doce del día. El esposo llegaba de su trabajo a las dos y aún no había nada hecho.

Como en cierta ocasión yo le preguntara a ella por qué no iba a la cocina para que la comida estuviera lista más pronto, me respondió displicente:

—No voy porque no quiero acostumbrar a mi marido a que me vea cocinando. Prefiero que crea que no sé hacer nada. Y así tendrá que apurarse y buscar el dinero para pagar a la cocinera. De otro modo, si sabe que puedo hacerlo, aumentarán mis preocupaciones.

Y se quedó lánguidamente reclinada en el diván, mientras aquel hombre, que necesitaba regresar a la oficina a buena hora, iba a comprar latería a la tienda más cercana para poder subsanar la falta.

En miles de establecimientos donde son mujeres las que despachan, he observado la poca o ninguna atención que prestan a las demás mujeres. En cambio se vuelven de azúcar si entra un hombre a comprar algo.

En muchas oficinas del Gobierno las empleadas pierden el tiempo leyendo novelas, pintándose los labios y charlando de cosas insustanciales, mientras la gente forma cola esperando ser atendida.

En La Habana existía una droguería atendida por muchachas. Dos veces entré a comprar algo, y al ver la indiferencia de las empleadas me fuí sin formular mi pedido siquiera.

La mujer ha invadido los campos del hombre.

Y para acabar de imitarle, ahora arma broncas, ofrece mítines de carácter político y aspira a ocupar los mismos cargos que ellos con un probable desequilibrio.

Cada cual en su sitio.

Cuando una mujer ve que un hombre la imita, se pinta la boca, se depila las cejas y se maquilla, estalla en palabras de desprecio y de indignación y le aplica un mote que no se puede decir aquí.

¿No es natural que al hombre le suceda lo mismo?... La mujer copia su indumentaria y sus vicios.

Y pretende conservar los privilegios de su sexo y los privilegios del hombre a la par.

Como esto no puede, hay que decidirse:

"Al vado o al puente".

Domingo 27 de marzo[131]

La tarea de la mujer

He encontrado un artículo escrito por una de las más grandes periodistas norteamericanas, en el que trata un tema que mil veces he oído discutir entre las mujeres casadas, que se incomodan ante la idea de que sean ellas las únicas que deben hacer concesiones en el matrimonio. Los consejos llenos de sabiduría y de buen juicio que da la autora, me autorizan a darle cabida en esta columna, que yo destino para la mujer, porque la considero siempre niña, en medio de su sabiduría, a veces exagerada. En cambio, su dulce corazón está ávido de ternura. Y como la mujer necesita ser encauzada, porque a veces no se siente capaz de resolver ella misma sus dificultades, he aquí estos consejos que espero le sirvan de algo:

"¿Por qué debemos ser siempre las mujeres quienes actuemos como apaciguadoras en el matrimonio? Cuando discutimos mi esposo y yo, ¿por qué debo ser yo la que ceda ante sus argumentos y no él, ante los míos? No siempre tengo la razón, pero es cierto que la tengo tan a menudo como él. ¿Por qué debo cuidar mi apariencia y esforzarme por mantenerle enamorado de mí cuando para él no existe la posibilidad de que yo me enamore de otro hombre? ¿Por qué debo hacer de nuestro hogar un refugio de paz, cuando para él es el lugar donde goza del privilegio de desahogarse de todas sus quejas contra un mundo hostil?

[131] *Novedades*, p. cinco, tercera sección. N-B.

["]No es razonable ni justo. No hay razón para que todos los males y las dificultades recaigan sobre la esposa. ¿Acaso no están los hombres en el matrimonio tan casados como las mujeres?"

Esta consulta, es la que contesta la periodista. Veamos esa respuesta:

"No, por cierto. El mejor esposo del mundo, no es el esposo sino en un cuarenta por ciento de su personalidad, mientras que la mujer casada es 'esposa' íntegramente, en cuerpo y alma. El hombre considera que durante el noviazgo se mostró tan romántico y sentimental, como podía esperar de él la mujer más exigente, y que nadie tiene derecho a exigirle más; considera también que después de la boda puede hablarle a su esposa como quiera y tratarla como se le antoje. En cambio, la mujer sabe que conseguir un marido es una cosa, y retenerle otra muy distinta. Y que para dar satisfacción a un hombre, como esposa, no solo debe ser una buena cocinera y mejor administradora, sino también una perfecta diplomática".

Claro está que en el matrimonio no reina la justicia.

Mas tiene muchas ventajas para la mujer inteligente.

La mujer inteligente comprenderá sin mucho esfuerzo que le conviene ser la apaciguadora en las dificultades conyugales, porque en esa forma desaparecen muchos de los problemas.

Ninguna mujer podrá obligar al esposo a que él reconozca sus derechos, pero en cambio toda mujer puede convencer al suyo, diplomáticamente para que le conceda privilegios superiores en valor, a todo lo que habría conseguido por otros medios.

Una esposa discutirá interminablemente con su marido acerca del color de la pintura para la salita que ella quiere azul, y él insiste en que debe ser blanca; mas si en vez de discutir ella se refiere al tema y le dice:

—Tú, que tienes un gusto tan exquisito, ¿por qué no me ayudas a elegir los colores para la decoración de nuestra salita?

Él sentirá que adquiere una gran importancia, y contestará acaso que no tiene tiempo de dedicarse a esas minucias y la dejará en libertad de elegir lo que a ella le plazca.

En los asuntos domésticos de menos importancia, al hombre no le interesa en realidad lo que haga la esposa, sino el gesto de ella al reconocerle como amo y señor. Al hombre no le importa ser manejado por su esposa. Se opone, eso sí, a que la dominación sea ejercida en forma demasiado "evidente".

El cable nos dió la noticia hace días, de que la esposa del presidente Truman le prohibió a su marido que permitiera ser retratado en traje de baño porque, a su juicio, era "una gran desgracia para la familia".

Un mexicano seguramente, no hubiera hecho lo que hizo el Presidente del país vecino.

Consideró que su mujer tenía toda la razón, y llamó a los fotógrafos de prensa pidiéndoles que entregaran los negativos y no reprodujeran su figura que, tomada desde un avión, lo mostraba bañándose tranquilamente en el mar. Un mexicano hubiera creído que para su autoridad conyugal, aquello era ponerlo en ridículo y hubiera permitido que se publicaran todas las fotografías en diarios y revistas.

M*iste*r Truman concede, por lo visto, a su esposa, el derecho de aconsejarle, y es hombre que sigue sus consejos y no siente vergüenza de confesarlo.

Para toda mujer casada, los conceptos que expone la periodista en su artículo, deben ser, a mi entender, estudiados, analizados y puestos en práctica.

Viernes 3 de junio[132]

Juventud y madurez

La juventud tiene mucho
de la espuma del champaña…

[132] *Novedades*, p. tres, segunda sección. N-B.

Hoy recuerdo estos versos que escribí un día en que mi sangre ardía como viva llamarada y en el jardín florecían las flores de la primavera. Era un día de junio, así de azul y de limpio como este de ahora.

O bien:

—Luces hoy, muy bien.

Todo esto lo forman los pensamientos.

Era un día de junio y todas las inquietudes se rompían dentro de mí, como se rompe el mar sobre los acantilados de la costa.

La juventud tiene mucho de la espuma del champaña.

Recuerdo la sombra azul de mis ojeras bajo la ancha pamela de gasa amarilla. Recuerdo aquel trajecito amarillo y blanco, con el que parecía mucho más joven de lo que era.

¡Cómo olían las rosas y cómo olía el mar!

Y recuerdo el sueño que acariciaba mi fantasía.

Más tarde la desilusión y el tedio llegaron y me besaron en la frente.

Sin darnos cuenta vamos cambiando.

Nosotros no lo advertimos. Son los amigos que al vernos nos saludan y nos dicen:

—Te encuentro como cansada.

Un pensamiento tenaz y atormentador, nos surca el rostro. Son surcos casi invisibles. Pero ahí están, amenazándonos con volverse arrugas.

En cambio, si estamos contentos, si algún suceso agradable nos ha sorprendido, si hemos tenido buenas noticias o si un amor nos acaricia el alma, no necesitamos consultar al espejo. La gente nos lo dirá:

—¿Qué tienes que te ves hoy tan feliz?

¡Ay, la dicha, qué hermosa es! ¡Cómo nos hermosea y cómo nos hace buenos! El día en que yo lo soy, me siento generosa. No puedo oír la queja de un mendigo sin abrir mi bolso. No puedo contemplar un rostro adolorido sin compadecerle. Cuando soy feliz, me siento tolerante para las ajenas debilidades. Nada me

importa que se trate de cualquiera. Tal vez en otro tiempo la censuré. Pero entonces me siento comprensiva y me digo:

—Debió tener sus motivos.

Y si alguien censura en mi presencia me apresuro a exclamar:

—¡No debemos criticar nunca! En su lugar ¿qué hubiéramos hecho?

En cambio, si una sombra está a mi espalda, si una preocupación me atormenta, si los pensamientos como pájaros negros rozan mis sienes, me siento molesta. Incapaz de comprender a nadie. Me mortifica que me cuenten algo. Quisiera que el mundo se volviera de pronto un campo yermo, y que ninguna voz humana resonara cerca de mí. Me mortifica el ruido de los tranvías, el paso de los camiones, la gente que va por la calle con su paso rápido o tardo.

Y no es porque la juventud se halle lejana. Yo sé que la juventud la llevamos todos dentro. Se nos asoma a los ojos. Es como una lámpara radiosa.

De mis lejanos años mozos conservo recuerdos grises también. Recuerdos que me oprimen la garganta a ratos.

De mis años de madurez, tengo recuerdos muy lindos.

Son como paisajes de encantamiento.

Ahora todo puedo pesarlo debidamente en la balanza sin temor a engañarme.

Ahora sé lo que quiero. Y sé lo que odio. Antes no tenía el criterio suficiente. Me engañaba de continuo. Equivocaba muchas cosas. Carecía de juicio. Era yo como una ráfaga loca de viento.

Yo no cuento los años que he vivido por las penas que me dieron.

Los cuento por las horas amables que me proporcionaron. Por la felicidad que disfruté. Por los sueños que tejí. Los cuento como si fueran monedas de oro. No me pesan, sin embargo.

Sé que tendré que dar cuenta un día de todo esto que se me confió.

Sé que tendré que decir en qué empleé esos años y cuáles cosas buenas realicé y cuántas cosas malas hice a veces sin querer, a veces arrastrada por las pasiones que son nuestros tiranos.

La juventud está lejos.

Y la madurez nos va volviendo suaves, y nos va dando esa serenidad tan necesaria para vivir.

Amado Nervo, la sintió cuando escribió sus versos a la Amada Inmóvil. Él escaló esa sumbre [*sic*] azul desde la cual el mundo se antoja algo tan pequeño, que no merece la pena sufrir tanto por él.

Martes 7 de junio[133]

Estímulo en vez de crítica

Los mexicanos adolecemos del feo vicio de censurarlo todo. De no querer jamás ver las cosas buenas que se realizan. Todos contribuimos a quitarle la fe a los que podrían hacer algo a favor de México.

Todo lo censuramos.

Censuramos a los funcionarios públicos.

No siempre, es verdad, merecen elogios. Muchos de ellos se hacen acreedores a la censura.

Mas existen muchos que realizan una labor benéfica que nadie elogia.

Nadie construye con crítica.

Hay que construir con buena voluntad. Alentar. Estimular.

Todos censuramos. Nunca estamos conformes con nada.

Actualmente la ciudad parece una ciudad en guerra. Es verdad.

Pero dentro de unos meses, todos nos deleitaremos cuando queden terminadas las calles y los paseos.

[133] *Novedades*, p. 3, segunda sección.

Se critica acerbamente que en vez de césped o de rosas, que nadie cuidaría y en cambio todos robarían, se hayan colocado cactus, que no necesitan cuidado alguno.

Se compara el Paseo de la Reforma con el Desierto de Arizona.

Esto es injusto.

El ornato está quedando original y cuando todo esté terminado, será algo hermoso y digno de admiración.

Somos un pueblo joven y rebelde.

Y a veces acuden a mi memoria aquellos versos de un prelado, que fue poeta:

> Desventurado pueblo mexicano,
> mandar no sabe, obedecer no quiere...

Si cada uno de nosotros pusiéramos un granito de buena voluntad, si todos respetáramos las leyes, si dejáramos a un lado ese negro pesimismo que nos impide reaccionar contra la oposición y contra otras lacras inevitables, haríamos mucho bien.

Hay que sembrar en el corazón del mexicano la esperanza y la fe en su destino.

Somos un pueblo joven y en nuestra sangre se mezclan gérmenes que dieron este resultado.

Gérmenes de rebelión también.

Los que nos conquistaron fueron aventureros en su mayoría.

Que más tarde nos enviaron hombres cultos, que hicieron lo que pudieron entonces, también debemos reconocerlo.

Muchos virreyes realizaron en México obras grandes y generosas.

Los santos misioneros vinieron a sacrificar sus vidas para enseñar a los indios, cuyo idioma desconocían. En cambio estaban enterados de que era un pueblo de costumbres bárbaras, que sacrificaba víctimas en sus altares de piedra.

Y resueltos a morir por su fe, emprendieron la grandiosa labor.

Llevamos dentro de nosotros esa extraña mezcla.

Y somos producto de ella.

Poco a poco los que llegan de fuera se dan cuenta de los progresos que alcanza nuestra patria.

Pero nosotros los mexicanos solo vemos la parte mala.

Nunca la buena.

En vez de ponernos a trabajar para hacer de nuestra patria un emporio de riqueza, queremos que todo se nos entregue hecho.

Cuando se leen las estadísticas, nos llenamos de asombro al comprobar el número de vagos que pululan por las calles, de parásitos que viven a costa de los demás.

Esa lacra es una de las peores y debe ser extirpada.

Solo en el trabajo radica la riqueza y la prosperidad de los pueblos.

Criticamos. Queremos que todo sea fácil. Que no nos cueste esfuerzo alguno.

Este es nuestro pecado.

Cuando la Avenida de los Insurgentes estuvo meses enteros convertida en campo de batalla también, recuerdo haber criticado acerbamente el hecho de que al llegar a mi casa no sabía cómo cruzar la calle. Pero cuando fue inaugurada y vi cuán hermosa había quedado, me llené de júbilo sincero. Critiqué el hecho de que estuviera a oscuras. La noche en que las farolas alumbraron la avenida, me pareció que "mi ciudad" se volvía algo maravilloso.

Y la experiencia de todo eso, es la que me lleva a no criticar ahora. Empero. Yo sé que dentro de unos meses mis ojos habrán de recrearse, contemplando las obras realizadas.

Quiero tener fe en los destinos de México. Quiero creer que si cada uno de nosotros hacemos lo mismo, entre todos habremos realizado el milagro.

Trabajemos.

Miércoles 8 de junio[134]

Cuando el amor se muere

Con el rostro inundado de llanto, la mujer me relató su historia, una larga historia. Igual a tantas otras. La del hombre frío, seco, déspota y arbitrario, que mata en su esposa el dulce sentimiento del amo[r] a fuerza de maltratos y de incomprensión.

Nació en una provincia. Su familia tenía un rancho.

Pero murió la madre, que es la sombra protectora del hogar, y los hijos empezaron a rodar de casa en casa. Los parientes la albergaban una temporada y cuando se cansaban, la enviaba con otros…

Ella no pudo a pesar de su gran deseo, adquirir la necesaria instrucción.

Tenía que desempeñar las faenas más rudas. Era la criada de todos.

Un día el padre la llevó a su lado, pero otra mujer ocupaba ya el lugar de la ausente y la madrastra era perversa y cruel con los hijos, los maltrataba, y a medida que se iban haciendo mujercitas, trató de presentarlas a hombres jóvenes con intenciones malvadas.

Lo comprendieron y escaparon para refugiarse en casa de una vecina, donde ella, la triste y desolada mujer que me lo relató, encontró a un hombre joven que ofreció quererla y darle lo que su corazón pedía y anhelaba: ternura, bondad.

Se dió toda. Dió su alma. Y creyó ser feliz.

Poco duró su engaño. Aquel hombre poseía un carácter extraño, y difícil de entender. Áspero, arbitrario, egoísta.

Rota su ilusión, la mujer re resignó [*sic*] a su destino. Llegaron los hijos. Dos, tres, hasta completar cinco.

Su marido ha tenido algunas aventuras. La ultima duró cinco años. Pero como lo amaba acabó perdonando.

[134] *Novedades*, p. dos, segunda sección.

Aferrada a aquel amor, tuvo paciencia y aguardó el retorno fiel que regresó más malhumorado y huraño que nunca, más duro y más egoísta. Todo le causaba molestia.

Ella estuvo acostumbrada en sus primeros años a vestir bien; sus padres podían darle buena ropa. Pero desde que se casó, solo ha sabido de la necesidad y de la angustia. Economizando centavo a centavo envió a la hija mayor a un buen colegio donde se rozó con otras muchachas de buenas familias y aprendió lo suficiente para hacer un buen papel en la sociedad. El padre le ha echado en cara siempre esto jugándole un daño.

En realidad este hombre padece el complejo de su inferioridad.

Se siente como rebajado o humillado.

Su mujer es de mejor educación, aun cuando no haya terminado su instrucción, tiene modales y lenguaje de persona decente.

Como los guijarros del camino, los años se fueron amontonando... Han transcurrido veintitrés. Y aquel amor que empezó siendo tan apasionado, tan profundo, tan bello, se ha ido muriendo como un rosal falto de riego y de sol; si antes ella le buscaba ahora le huye.

—Mi piel, rechaza el contacto de la suya —sollozó—, cuando su mano me roza experimento repulsión y asco. ¡No sé cómo pudo ocurrir esto! Antes era yo capaz de dar la vida por él. Vivía en adoración ante él como ante un ídolo. Sus palabras, sus actitudes, todo me era agradable a pesar de su dureza. Le amaba. Hoy no sé qué decirle, pero hoy me es indiferente. Si no fuera por mis hijos, me iría muy lejos de él...

Después me preguntó:

—¿Hago mal? Dígamelo.

Yo puse mi mano sobre su cabeza y respondí:

—No tiene usted la culpa. Él se encargó de matar su amor, [Él es,][135] pues, el único culpable.

[135] La encuadernación del documento impide ver estas dos palabras.

Sin embargo, los hombres no lo piensan así. La mayoría de ellos creen que eternamente van a ser adorados y que están en su derecho al humillar a una mujer e inferirle ofensas irreparables. Escudados en su necia vanidad los hombres se han creído siempre superiores.

La ley los ha amparado siempre. Ellos pueden engañar, traicionar, mentir… Para eso son los "reyes de la creación".

No prevén el desencanto. No prevén que un día el corazón que fue suyo se les escapará y que acaso otro se posesione de él. Su orgullo no les permite creerlo así. Y van matando ese amor que en un tiempo les perteneció por entero. Lo matan con sus desprecios, con sus infidelidades, con sus injurias, con su frialdad…

Acaso por uno de esos raros fenómenos en el corazón de este hombre ha surgido una ilusión tardía. Pero ella ya no lo ama. Su carne lo repele. Su sensibilidad lo rechaza.

¿Es culpable? No, no lo es. Ella defendió su amor. Él en cambio [lo] mató y ahora solo le cabe llorar sobre su cadáver.

Lunes 13 de junio[136]

Mujeres callejeras

Si algo difícil existe ahora es conseguir que una mujer esté en su casa ocupada en sus deberes domésticos. Lo mismo a las once de la mañana que a las dos de la tarde, las señoras toman la calle para regresar a sus casas a la caída de la tarde, y eso solo para mudarse de vestido y salir de nuevo. Diríase, usando una expresión vulgar, que "la casa se les cae encima".

El resultado se traduce en desorden.

La semana pasada una joven mamá notó que su hijita estaba llena de arañazos. Manchas moradas en la piel y otros sínto-

[136] *Novedades*, p. tres, segunda sección. N-B.

mas que la alarmaron, pero como no pasaba de ahí, se quedó tranquila.

La nenita tiene apenas dos años de edad.

Y ella, como todas las mujeres modernas, se pasa la vida en la calle con pretexto de las tiendas, o del cine o del bridge. Y una amiga de sus mismas ideas y hábitos llegó a invitarla al cine, a ver una película preciosa que acababan de estrenar. Ambas se marcharon encantadas. Pero al llegar a la esquina, ella tuvo una corazonada y resolvió regresar.

Entró por la puerta del servicio sigilosamente y llegó hasta la recámara en los momentos en que la nana, para dormir a la pequeña le daba golpes en las mejillas diciéndole furiosa:

—¡Duérmete malvada escuincla!

La criaturita tenía la cara roja por los golpes, y lloraba desesperadamente. Ante aquel cuadro, la madre llena de indignación, echó a la calle al verdugo de su hija y resolvió quedarse en su casa.

Un rayo de inspiración divina la había llevado a descubrir la verdad y fue cuando se explicó las manchas que aparecían en el cuerpecito infantil.

Otra señora, también muy callejera, llegó una noche a su casa y encontró a su hija estrangulada entre los barrotes de la cuna. La nana se había ido tranquilamente a pasear sabiendo que la patrona regresaba a su casa ya de madrugada y que nadie iba a molestarla.

Recuerdo que hace muchos años resolví pagar varias visitas que tenía pendientes y encaminé mis pasos a la casa de la primera amiga, que vivía en la calle de Tapachula. Llamé repetidas veces hasta convencerme de que no había nadie. Repetí la experiencia en siete casas más. Y en ninguna de ellas estaba la dueña. A pretexto de una u otra cosa, andaban callejeando. Ninguna estaba visible para recibir a las personas que podían visitarlas.

La que no tiene teléfono para avisarle da esta excusa. Y la que lo tiene dice invariablemente que "tiene un compromiso". El compromiso se reduce, como digo, al bridge, al salón de belleza,

al copetín, al cine, y si de noche se trata, al cabaret. La casa resulta aburridísima para estas señoras. No saben qué hacer. Van de un lado a otro cansadas, histéricas. Casi ninguna sabe ya tomar la aguja y remendar su ropa. Antes, la esposa se encargaba de las camisas de su marido, de sus calcetines y de su ropa interior.

Ahora existen establecimientos dedicados a semejantes menesteres. La ropa se manda, y por unos centavos la componen. Todo esto cuesta dinero, pero eso no se toma en cuenta.

La joven esposa de un caballero que se casó días pasados, después de ser oficinista largos años, encontró que a su marido no le gusta y con razón, que su mujer esté en la calle cuando él llega. Quiere encontrarla aguardándole. Acostumbrada a no desempeñar jamás los menesteres domésticos, esta muchacha ignora todo lo que se relaciona con el hogar. Ni siquiera sabe tomar una plancha, ordenar un menú, y mucho menos tomar la aguja para pegar un botón.

Lo único que ha hecho siempre es marcharse a la oficina donde su belleza y el magnífico puesto que desempeñaba le proporcionaban satisfacciones continuas. El halago y admiración de los hombres y obsequios que recibía por mediar en ciertos negocios.

Cuando regresaba a su casa todo estaba en orden porque su familia se encargaba de ello. Y "no se halla" según su propia expresión, con su nuevo estado. Le resulta algo así como un vestido estrecho y molesto.

Ella hubiera preferido encontrar marido pero al mismo tiempo conservar su independencia y su absoluta libertad.

Y desde que las casas están en manos de los criados, han perdido su dulce encanto, y su tibio y suave calor.

El club sustituye ahora todo eso.

Jueves 30 de junio[137]

Palabras de una mujer

"Desde hace varios años —escribe una lectora—, me angustia ver que la mujer mexicana olvida sus costumbres tradicionales y pasa a formar parte del rebaño de mujeres "stándard". Saben escoger a maravilla el maquillaje que vaya de acuerdo con su tipo, entienden de toda clase de deportes, bailan inconvenientemente, fuman desesperadamente, pueden catar todos los licores y son maestras en el arte del flirteo.

Siempre he creído que son las mujeres las que tienen en sus manos la salvación de la humanidad, pero entendamos bien, "las verdaderas mujeres", no esas muñecas de carne, incultas e irresponsables.

La autora de estas líneas tiene razón en escandalizarse.

Pero, es predicar en el desierto hablar de desterrar estos hábitos demasiado extendidos por desgracia, en el mundo.

El mundo avanza a pasos de gigante.

Y una fuerza arrolladora va derribando los obstáculos que encuentra a su paso.

Llevo mucho tiempo hablando de estas cosas.

Y lo único que he conseguido es que las muchachas, esas lindas muñecas de carne, maquilladas con tal arte que nadie distingue la verdad del engaño, se ríen en mi presencia y me dicen:

—¡Rosario, los tiempos han cambiado!

No podemos exigirle a la muchacha que sale a la calle a trabajar y a luchar junto al hombre, aquella delicadeza que caracterizó a la que encerrada dentro de su hogar solo tenía del mundo una vaga idea adquirida en las lecturas de novelas color de rosa. La mayoría de las mujeres de nuestros días nada ignora ya.

¡Es imposible retroceder!

Los bailes de antaño, cuando en algún salón hay todavía parejas que pretenden resucitarlos, provocan burlas y risas.

[137] *Novedades*, p. 2, segunda sección. N-B.

La guerra lanzó a la mujer a la conquista de sus derechos.

Y ella comprobó que podía hacer todo lo que hasta entonces estuvo en manos de los hombres.

Pudo hacerse cargo de las oficinas, guiar automóviles o camiones de carga, subirse a los andamios y pintar fachadas; supo que podía ejercer como médica o abogada, estudiar las carreras que le gustaran; midió sus fuerzas.

Esta libertad le dió también otros derechos.

Uno de ellos, el de poder expresar sus sentimientos.

Cuando terminada la guerra los hombres regresaron a sus hogares, hallaron que todo estaba en orden. Su presencia, al parecer no se había hecho demasiado necesaria. Dentro de los horrores consiguientes, las mujeres habían contribuido con su esfuerzo a mantener los servicios en actividad.

Y se negaron a retroceder.

Este fue el saldo de la primera guerra.

La mujer de hoy, deportista y sana, no se parece a aquellas frágiles y delicadas mujercitas de pálidas mejillas a las que cantaron los poetas románticos.

Ahora una mujer desafía a un hombre en estos eventos.

Y sale victoriosa con frecuencia.

A la par que su estructura física, cambiaron sus ideas.

Yo hubiera preferido un poco menos de modernismo y un poco más de supervivencia de aquellas dulces costumbres de ayer. No soy partidaria de la ignorancia en la mujer, porque la juzgo peligrosa y malsana.

Yo prefiero a la mujer preparada y resuelta, pero nunca a esas marimachos que olvidan cuán hermosas son ciertas virtudes.

Si ahora se resucitara en las fiestas el refresco, en vez del jaibol, y se aboliera el cigarrillo, y la música recobrara su ritmo suave, la juventud, no estaría dispuesta a aceptarlo.

No, mi querida lectora. Conformémonos con los resultados de una tragedia, que provocó la ambición de los hombres.

Ellos son los primeros en lamentar estas cosas. Quisieran que todo hubiera seguido igual…

Abrieron la puerta y el pájaro cautivo escapó…

¿Hay alguien que pueda encerrarle de nuevo?

Martes 11 de octubre[138]

El Doctor Atl

Tal vez no exista en México un personaje tan pintoresco como el doctor Gerardo Murillo, revolucionario, artista y rebelde, cuyo pseudónimo de "Dr. Atl" le hizo tan popular.

Es autor de varios libros muy interesantes.

Y ha vivido siempre de acuerdo con sus gustos, sin importarle para nada la opinión ajena en lo que no se parece al personaje de la novela de Zamacois.

Mi cooncimiento [*sic*] con el Dr. Atl data de hace algunos años con ocasión de ofrecer una Exposición de sus magníficos cuadros en el viejo Convento de La Merced, en el que tenía su morada.

Por los largos claustros, vagaba el artista, feliz, y seguro de que nadie podía turbar su reposo y su paz.

El enorme portón, se cerraba fuertemente y él quedaba dueño absoluto de todo.

Una invitación extensísima a todos los intelectuales, fue hecho [*sic*] por el pintor.

Y más de quinientos comensales, se dieron vuelo, saboreando el más exquisito mole de guajolote que recuerdo haber probado, así como los mil platillos de nuestra cocina mexicana.

El "tepache" de frutas fue servido en inmensos cántaros de barro fresco de Guadalajara. Era un tepache cuya receta no pude obtener, pero cuyo recuerdo y sabor, conservo todavía como la bebida más deliciosa del mundo.

[138] *Novedades*, p. dos, segunda sección.

Todo el día fue de fiesta en el tranquilo Convento de La Merced, que entonces se llenó de bullicio.

Mariachis y cancionistas se encargaron de divertir a los invitados. Los cuadros, colocados en enormes caballetes, fueron admirados ampliamente. El artista ha usado siempre un procedimiento personalísimo que solo él conoce. Su secreto es suyo como lo fue el usado por Velázquez y otros grandes pintores de la antigüedad.

Así los tonos que da al cielo, a los volcanes y a los bosques, difícilmente pueden imitarse.

El Dr. Atl, posee un perfecto sentido de la armonía y del color.

Sabe elegir sus temas.

Y los que asistimos a la fiesta, pasamos horas muy agradables.

Ya cerca de la caída de la tarde abandonamos aquel local en el que grandes manchas de sombras hacían pensar en frailes y en monjes.

Más tarde, encontré a don Gerardo Murillo en alguna que otra Exposición de arte. Y charlábamos un instante para separarnos de nuevo.

Sus grandes ojos claros, su barba florida, su rostro pálido y su figura enjuta, se han conservado iguales al través de los años.

Amante de la Naturaleza, ha vivido siempre al aire libre y cerca de los volcanes, cuyo misterio le atrae con fuerza irresistible.

Vió nacer el Paricutín. Fue testigo del prodigio.

Y por las noches recreaba sus ojos, en ese espectáculo de maravilla que llevó infinidad de turistas a Michoacán. El Dr. Atl, montaba en su burrito, porque era el único modo de llegar hasta la falda del volcán.

Y se saturó de su belleza.

Pintó todo eso que sus ojos vieron y lo transmitió a su propio espíritu.

Cuando hace algún tiempo se habló de que estaba enfermo, hubo consternación general. La prensa se ocupó constan-

temente de su salud y afortunadamente sanó y pudo reanudar sus actividades.

Nunca está ocioso.

Ahora, de nuevo, se ha sentido enfermo.

Los médicos lo atribuyen a las emanaciones de ese volcán.

Desde su lecho, ha estado recibiendo la visita de sus innumerables amigos. Todos se interesan en conocer su mejoría.

Últimamente su pincel ha realizado obras bellísimas, y su última exposición celebrada en el Bellas Artes nos dió la oportunidad de contemplar esos cuadros admirables.

Don Gerardo Murillo ha vivido de acuerdo con sus gustos y aficiones.

Su charla está siempre salpicada de ingenio.

Sus ojos claros, llenos de inteligencia, se fijan en su interlocutor y acaban por dominarle.

Dueño de amplísima cultura, ha sabido demostrarla en esos libros que se leen de un tirón por su gran amenidad y su claro estilo.

Esperemos que la vida le dé una nueva prórroga a don Gerardo Murillo y que podamos aún seguir admirando su obra.

Jueves 5 de enero[139]

Cuando las mujeres beben

Cuando una mujer adquiere un vicio, lo practica con doble ardor que el hombre. Si fuma, tiene continuamente en la mano el cigarrillo, que ni siquiera llega a gastar. Y enciende otro y otro, sin descanso, con verdadera furia.

Cuando juega no le importa perder o ganar. En ella el vicio es realmente pavoroso. Como en la mayoría de las veces paga el marido, no le interesa saber si al final habrá arriesgado miles de pesos. Después despierta en ella el afán del desquite y sigue jugando, hasta que la aurora llega y termina la partida. Conozco mujeres que se sientan a la mesa de juego a las seis de la tarde, y están veinticuatro horas sin moverse, fijas a las cartas, como si de ellas dependiera su salvación.

En La Habana una mujer abatió a tiros a su marido que, cansado de llamarle la atención porque lo había arruinado en el juego, y después de un[a] violenta discusión, él manifestó su intención de divorciarse de ella para casarse con una muchacha decente.

Toda la carga de su revólver la descargó sobre él hasta matarlo.

Aquí son demasiado conocidas las señoras que se dedican al juego, y el nombre de una de ellas se recuerda como el de la más arriesgada, pues en solo un año perdió un millón justo.

Su marido tenía por lo menos veinte más, y no le importaba.

[139] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

Cuando se trata de beber, la mujer pierde los estribos. En su afán de equipararse al hombre y desafiarle, se empeña en tomar hasta quedar aniquilada.

En una fiesta recientemente celebrada para despedir al año, en uno de nuestros clubes sociales, un grupo de hombres y mujeres se puso a apostar a ver quién bebía más.

Y los jaiboles eran apurados como agua, sin sentirle siquiera el sabor.

El cable nos da con frecuencia noticia de esas apuestas estúpidas, en la que no pocas veces se pierde hasta la vida.

Las señoras de mi relato vestían con suprema elegancia, fumaban como chimeneas y bebieron hasta quedar convertidas en harapos. Una vez perdida la razón, se pierde el pudor, se pierde la dignidad, y son capaces de cometer las peores atrocidades.

Antes la mujer fumaba a escondidas un cigarrillo. En público no se atrevía.

Y aquella desdichada princesa Estefanía de Austria, por tratar de ocultar el cigarro, al sentir las pisadas de su padre el emperador, lo lanzó al suelo sin fijarse. Vestía uno de aquellos trajes de faldas ampulosas y abultado miriñaque. El cigarro prendió fuego a la orla del vestido y convertida en una tea humana la encontró su padre. Todo auxilio fue inútil y murió a resultas de las quemaduras.

Entonces había todavía pudor. Cuando había visitas, las señoras servían una copita pequeña de algún licor dulce únicamente.

Y el juego era inocente, pues jamás se interponía el dinero.

Nadie sabe quién fue el importador de las costumbres que hoy privan llevando a los hogares el desconcierto y desorden.

Pero una mujer apenas llega a una fiesta, pide de inmediato el jaibol, como si le fuera indispensable. Y apura uno tras otro.

Recuerdo que en una fiesta dada en una Embajada, una poetisa extranjera comenzó a fumar con tal desesperación, que invadió la habitación de humo hasta hacer la atmósfera irrespirable.

Hubo que abrir las ventanas para dejar entrar el aire.

Hay quien dice que sin vicios la vida no tiene razón de ser. Yo creo todo lo contrario.

Jamás he encontrado placer en beber o en fumar, y menos aún en el juego. El triste y vergonzoso espectáculo que ofrecen las demás mujeres, me ha servido de ejemplo para no imitarlas.

Apenas se acerca uno a ellas, el aliento está envenenado de alcohol o de tabaco. Y producen asco y repugnancia.

Si los hombres se mostraran remisos a besarlas, acaso lograrían que sigan contaminándose con el vicio.

Pero muchos maridos son los primeros que enseñan a sus esposas a fumar.

Las consecuencias son esas que vemos a diario en los salones.

Consecuencias tan desagradables que no me explico cómo una mujer puede olvidar su femineidad para copiar las costumbres de los hombres.

¿Cómo podrían los poetas cantarle a sus amadas, si éstas ya no huelen a perfume, sino a tabaco y alcohol?

Viernes 6 de enero[140]

Ha muerto Catalina D'erzell [*sic*]

Catalina D'Erzell ha muerto. Si alguna mujer luchó en un medio que le era hostil, porque entonces el sexo débil carecía de libertad, fue ella. Nació hermosa y arrogante. De estatura privilegiada y una abundante y oscura cabellera que le caía sobre los hombros, fue muy admirada por los nombres [*sic*].

No nació rica. Su origen fue modesto y tuvo pocas oportunidades de cultivar su clara inteligencia. Ella se hizo sola. Obligada a enfrentarse a la vida, la afrontó resueltamente. Comenzó a escribir y a destacarse. Siendo muy niña aún, en el colegio, llamaba la atención porque escribía versos. Tuvo el más noble y generoso corazón que he conocido. Fue hija y madre admirable.

[140] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

El destino le negó la gracia de un hogar y de un brazo que la ayudara a caminar.

Sola, en medio de la tormenta, fue el sostén de los suyos.

Autora de numerosas obras dramáticas, su solo nombre fue siempre éxito asegurado cuando estas obras se representaban en los teatros.

El cine le dió oportunidad de conquistar un lugar prominente. Sus dramas y comedias se llevaron a la pantalla con el mismo éxito que en el teatro. Y ya casi al final de su vida laboriosa, Catalina D'Erzell había logrado reunir una pequeña fortuna que le permitía vivir mejor y con más desahogo.

Cuando vine a México, fue su voz de aliento una de las primeras en darme la bienvenida.

Recuerdo aún su artículo en el que ella se preguntaba: "¿Cuál será la recompensa de Rosario Sansores?" y exponía sus dudas acerca de la justicia que logran los que luchan con armas leales.

Era autora de un bello libro de cuentos que habían obtenido premios en varios concursos literarios. Escribió una novela "La Inmaculada" que fue llevada al cine. También escribió versos que recogió en un volumen, "Él".

Entre sus dramas más conocidos figuran "Esos Hombres", "Lo que solo el hombre puede sufrir" y otras igualmente aplaudidas.

Catalina D'Erzell ha muerto víctima de una dolencia provocada por el exceso de trabajo. Era incansable.

Desde temprano se enfrentaba a sus labores y colaboró largos años en el diario "Excélsior", donde su sección, "Digo yo como mujer", se había impuesto. Tenía muchísimos lectores. Todos la buscaban y la seguían.

Sembró en su alrededor cariños muy hondos. Fue buena cristiana. Practicó la caridad sencillamente, sin alardes.

Últimamente, encerrada en su casita de la colonia Narvarte, comprada con su esfuerzo y su trabajo, se negaba a recibir visitas. Supe que estaba recluida en el Hospital Francés y fuí a visitarla.

Me negaron la entrada alegando que ella no quería ver a nadie.

Todas las amigas que intentaron romper la consigna, acabaron por aceptarla.

Antes de cerrar para siempre los hermosos ojos, Catalina quiso que su hija contrajera matrimonio. Dejarla sola, le era intolerable. Al menos ahora hay alguien que la defienda y la escude.

Le sobrevive su madre… ¡Quién lo diría! La viejecita de cabellera nevada fue el más grande amor de Cata, como la llamábamos todos. No pasaba día sin que la visitara. Y fue ella quien miró siempre porque nunca careciera de nada.

¡La muerte irónica y cruel ha querido que baje al sepulcro primero la hija para que la madre la llore!…

Catalina D'Erzell se ha ido a descansar a ese reino de sombras cuyo misterio desconocemos.

Al fin, su pobre corazón atormentado, que tanto amó y sufrió, dejó de latir.

Ya puede descansar en paz. Ni envidias ni intrigas pueden ya lastimarla. Ha muerto después de tres meses de agonía. Ayer recibió cristiana sepultura en el Panteón Francés.

Cuando el tiempo transcurra, su obra podrá ser juzgada serenamente y ella tendrá el lugar que supo conquistar con su trabajo y su talento. Ella misma labró su propio pedestal. Es digna de que la lloremos y de que la recordemos.

Porque más que dramaturga, periodista y poetisa, Catalina fue un gran corazón de mujer, una gran alma, y una gran bondad.

Lunes 9 de enero[141]

Bodas[142]

Las bodas me producen una honda emoción. Siempre que asisto [a] una, mi corazón se oprime dolorosamente. Cuando la novia

[141] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

[142] La encuadernación en volumen no permite ver algunas letras de palabras, ausencia que se ha completado entre corchetes.

cruza [el] umbral del templo, instintivamente cierro los ojos y torno a verme [tal] y como era el día funesto en que luciendo las galas nupciales, cru[cé] también el pasillo de aquella pequeña y linda iglesia que se llama[ba] "El Señor de Santa Teresa", allá por la calle del Licenciado Verda[d].

Tenía yo muy poco tiempo de haber abandonado mi ciudad nat[al] y la capital, por lo tanto, me era casi desconocida.

Vivía en la calle de Liverpool, un edificio moderno cuya facha[da] de ladrillos rojos reconozco cada vez que pasa el ómnibus enfren[te].

Fue en la sala de esa casa donde el juez, un señor barbado, de e[dad] madura, entró acompañado de su secretario para dar lectura al a[cta] que no era la misma que ahora leen. Era algo distinto, severo y bre[ve].

Me parece verme inclinándome sobre el libro para estampar [mi] firma en él.

Luego me veo camino de la iglesia. Era una mañana del flori[do] mayo como dirían los poetas. Una mañana soleada y limpia. Guia[ba] el cupé un negro, llamado Modesto, que parecía barnizado. Vestía [su] vero uniforme azul y llevaba una chistera.

Dos hermosos caballos blancos tiraban del carruaje.

Junto a mí iba mi hermana María, que era la madrina de la bo[da]. Yo estaba como en un sueño. Mi largo vestido de piel de seda mar[fil] lucía en la parte superior del corpiño y de las mangas aplicaciones [de] finísimo encaje inglés.

En los faroles del coche había dos ramos de azahar.

Mis cabellos castaños estaban peinados, como se usaba entonces, [con] cuatro gruesos bucles. Y el largo velo de tul se sujetaba con la coro[na] de azahares.

Guardo aún el retrato tomado en una fotografía de la Avenida M[a]dero. Estoy sentada en un pequeño diván y sonrío con la inconscien[cia] feliz de mis catorce años.

Torno a ver los retablos dorados. Los santos que parecían mirar[me] con lástima. Y veo de nuevo al sacerdote. Era el padre

don Je[sús] Villaláin, quien al mirarme debió sentir compasión porque leí en [sus] ojos la extrañeza. Aquella colegiala debía estar en su casa y no v[is]tiendo el traje de novia.

Las palabras que me dijeron y que yo repetí, las he vuelto a escuchar millares de veces en las ceremonias nupciales.

A partir de aquel momento en que volví a cruzar el pasillo pa[ra] meterme en el engalanado cupé, en mi memoria se hace una enor[me] laguna. Ya no recuerdo nada.

Fue tanto lo que padecí, que luché tenazmente para que mis recuerdos se borraran. No quería volver a vivir aquello. Y a fuerza [de] educar mi mente, logré olvidar.

En cambio, tres años más tarde, cuando se inició el drama, me [en]contró desprevenida, sin experiencia, con un candor casi increíble, pe[ro] verdadero a pesar de todo. Yo seguía siendo una niña.

Miraba las cosas de la vida con la infantilidad de mis años. Y [por] eso, la realidad me encontró sin saber qué hacer. Sin defensa. [Sin] amparo. Estaba sola y apenas tenía dieciocho años no cumplidos [to]davía.

Lo que luché y sufrí más tarde, solo yo lo sé. Por eso, cuando [asis]to a una boda, revivo la mía. Y pienso que de no haber mediado [las] circunstancias que mediaron, jamás hubiera sido lo que soy. Ja[más] hubiera tenido necesidad de pasarme las horas enteras contándole [al] público mis diarias impresiones. Hubiera sido una mujer como [tan]tas otras. Hubiera tenido un hogar mío. Un apoyo seguro. Algo [en] qué confiar. Todo eso me fue negado.

Pasé de la infancia a la madurez en unos cuantos meses, porque [a] pesar de mi juventud, el dolor me había madurado ya y me ha[bía] dado su infinita experiencia. Había apagado mi sonrisa. Me había convertido en lo que ahora soy.

Cada vez que una novia pronuncia ante el sacerdote ese juram[ento] que yo pronuncié, los ojos se me llenan de lágrimas.

Porque jamás, jamás, lo volví a pronunciar.

La vanidad

La vanidad es una rémora. Aquel que la posee no se da cuenta de lo feo que es.

Porque el vanidoso piensa que es la octava maravilla del mundo, y como se ve en el espejo, imagina que lo ven los demás.

"Alabanza en boca propia es vituperio". Esta sentencia sabia la olvidan con frecuencia los vanidosos.

En realidad de nada podemos presumir. Nada es nuestro. Nada nos pertenece.

La tersura de las mejillas se acaba. Se acaba la hermosa mata de los cabellos. Se caen los dientes que fueron marfil un día. Se pierde la hermosa esbeltez del talle. Se encorva la figura y miles de achaques que llegan con los años, acaban con todo lo que fue nuestro mayor orgullo.

Fincar nuestra vanidad en las dotes físicas es el peor de los errores. Porque nada hay tan efímero.

Los que todo el día hablan de sí mismos, atacados de egolatría, acaban por hacerse pesados e insoportables.

Los que solo hablan de su talento y de sus cualidades, producen en los demás tedio y aburrimiento.

Abundan los temas a tratar. Y los que están preparados pueden hacer una conversación amena, sin tener que hablar de sí mismos.

Nunca podré olvidar a una escritora que ya no está en este mundo.

Un día me preguntó ingenuamente si creía que yo con un libro de versos que pensaba publicar "podría colocarse a la cabeza de todas las poetisas de México".

—El público lo dirá —fue mi respuesta.

Y en otra ocasión se llamó a sí misma "La escritora más grande del Continente".

[143] *Novedades*, p. tres, segunda sección. N-B.

Como yo la mirase asombrada me retó con la mirada: dame un nombre de otra que me supere…

Abundan escritoras de verdadero mérito que no lo dicen. Que no buscan el reclamo. Que no solicitan que se hable de ellas.

Que no visitan la redacción de los periódicos para que los directores se vean obligados a dedicarles artículos elogiosos.

El verdadero mérito busca la obscuridad. Se refugia en ella.

Y es el público quien coloca a cada cual en su sitio.

Para mí la modestia ha sido la más bella virtud siempre. He admirado a quienes la poseen. Me he sentido a gusto escuchando la charla de personas cuya preparación les permite hablar horas enteras sin causar fatiga.

Pero saber hablar es un privilegio. Saber entretener al auditorio, es raro.

Casi siempre el artista interpone su personalidad por encima de las demás. Cuando discute la obra ajena habla de la suya. Y lo mismo hacen el poeta, el escultor y el pintor…

De un escultor, al que traté en un tiempo, recuerdo haber escuchado al hablar de sí mismo tantos elogios que experimenté repulsión.

—Yo soy famoso en todo el mundo —me dijo.

Tal vez lo fuera, pero dicho por él, era risible.

Abundan los que apenas escalan un poco de altura, cambian. Se llenan de orgullo, se creen algo excepcional y miran por encima del hombro a los que le ayudaron a subir. Acaban por olvidar los favores recibidos.

Y se hacen acreedores a la burla y al desprecio.

Hablar siempre de nosotros a la hora de exaltar nuestros méritos es una vanidad tonta. Hablar de las recompensas obtenidas, de los honores ganados, a veces por favoritismos políticos y por influencias inconfesables, es de muy mal gusto.

¡En el monte de piedad he visto empeñadas tantas medallas!...

Muchas tienen la cinta gastada y rota.

Pero puede leerse en ellas el motivo y el nombre de quien las lució sobre su pecho orgullosamente.

De un conocido político que conserva una colección de cien condecoraciones, las cuales se puso en un baile que se dió a bordo de uno de aquellos transatlánticos que iban a Europa antes de la guerra, le valió un sobrenombre: "Parece usted un santo lleno de milagros", que le endilgó una pasajera burlona. Lo que cada cual es, lo dice el tiempo.

Y es a él al que hay que dejárselo todo.

Jueves 19 de enero[144]

Una carta de mujer

Estaba escrita en un papel de color de rosa pálido y se desprende de ella un suave perfume de heliotropo. Probablemente quien la escribió debió haberla dejado caer inadvertidamente en el asiento del ómnibus que tomé para venir a mi casa, anoche.

Carecía de dirección. Y la firma era un nombre: Alborada.

¡Alborada! Yo recordé el nombre de la protagonista de uno de mis cuentos, que se llamaba así, y la loca de la casa comenzó a divagar.

La abrí. Curiosidad, tienes nombre de mujer, dijo alguien. Aquella carta, además, estaba cerrada levemente y a la presión de mis dedos cedió fácilmente.

He aquí lo que mis ojos leyeron:

"Después de doce años, tu voz viene a turbar la paz de mi alma con la embriagadora caricia de tus promesas. Después de doce años durante los cuales sufrí toda la amargura de tu abandono, que trataste de justificar con pretextos pueriles.

"Volver ahora, me parece el mayor de los errores. ¡Doce años nos cambian tanto! Cuando me miro al espejo, encuentro que ya no soy la misma. Hasta la expresión de mi rostro es otro. Enton-

[144] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

ces, dulce amigo, tú y yo, pudimos vivir nuestra novela de amor. Ahora sería ridículo.

"Al vernos, notaríamos la diferencia y tal vez sin apercibirnos dejaríamos escapar un suspiro.

"Hace doce años, cuando te vi partir y mi pañuelo se agitó en el aire como una paloma, sabía que era la última vez que contemplaría tu rostro que fue para mí tan querido.

"Mi corazón se oprimió dolorosamente al ver cómo se perdía en la lejanía aquel vagón que a mí me parecía una serpiente negra.

"Después volví a mi casa y me propuse olvidar. Tus cartas me llegaban espaciadas. Alguna vez me dabas detalles de tu vida, me hablabas de tus ambiciones políticas, que el destino no quiso realizar.

"Mucho tiempo estuve sin noticias y llegué a acostumbrarme. Mi vida se encauzó por nuevos derroteros.

"Me casé. Era lo mejor que podía haber hecho. Estaba tan sola y tan necesitada de un cariño y de un apoyo. Me casé y el hombre me dió su nombre; es un hombre honrado que cree en mí ciegamente. No tendría valor para engañarle.

"Tampoco lo tendría para afrontar la murmuración de la gente.

"Antes, tú y yo podíamos mostrarnos juntos en todas partes. Íbamos a los cines, a los teatros, a los lugares de diversión. Todas las tardes nos reuníamos en aquel pequeño restaurante de las Lomas. Tomábamos el té. Bailábamos un rato. Apoyada sobre tu pecho, yo soñaba feliz. Y tú deslizabas en mi oído palabras embaucadoras de ternura.

"¿Por qué te fuiste, por qué me abandonaste, por qué renunciaste a todo eso, que a los dos nos dió una felicidad que en vano quisiéramos borrar?… Ahora es tarde para reanudar la historia.

"Vivo rodeada de personas que acostumbradas a verme siempre con mi marido, notarían cualquier anormalidad.

”Y además, vuelvo a repetirte que no quiero engañarle ni hacerlo sufrir. Ha sido tan generoso, tan bueno y tan comprensivo…

”En doce años pueden pasar muchas cosas. Y una de ellas es esta, que tú esperabas, la de saber que no soy libre, que no puedo acudir como antes a tu amoroso reclamo. Nos separa un puente. Ni tú ni yo debemos cruzarlo. Prefiero conservar en mi memoria el recuerdo intacto de aquellas tardes felices. El recuerdo de tus palabras mentirosas, pero que para mi alma fueron como un bálsamo divino.

”Quiero evocarte tal y como te vi aquel día fatal en que te alejaste de mi lado. Alto, arrogante, con un sombrero de fieltro inglés que daba a tus ojos oscuros una sombra lánguida. Con tu boca suave y roja, que me sonreía…

”Lo más probable es que ahora hayas perdido todo eso y seas un señor de aspecto bonachón, cabello escaso y apariencia burguesa.

“Déjame guardarte dentro del relicario de mi corazón como eras, y no como debes estar hoy. No vengas. No me busques. Todo será inútil. Tú lo quisiste. No te lamentes. Adiós. —Alborada”.

Sábado 21 de enero[145]

Un amigo

La palabra amistad tiene un dulce y hermoso significado que en otros tiempos se estimaba y que en la actualidad, por desdicha, va convirtiéndose en un “¿cuánto tiene?” antes de tender la mano.

“El ideal de la amistad es sentirse uno, permaneciendo dos”, dijo Mad Swetchine, y Sócrates dijo: “El amigo ha de ser como el dinero, que antes de haberle menester se sabe el valor que tiene”.

Cuando decimos “un amigo” encerramos en estas palabras todo lo grande y bello que encierra el Universo. Porque

[145] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

la amistad en sí es completamente desinteresada y todo lo da y todo lo comprende, sin esperar otra recompensa que la misma reciprocidad.

A lo largo de la vida todos tenemos amigos más o menos sinceros. Amigos que nos ven llegar y se alegran de vernos. Amigos que si acudimos a ellos, nos ayudan y nos consuelan.

Pero el rico no siempre puede disfrutar de este bien. "Incierta es la amistad en la próspera fortuna", decía San Isidoro, dando a entender así que en derredor de los poderosos llueven aduladores y amigos falsos que con sus lisonjas pretenden adquirir beneficios.

"La amistad es el puerto de la vida", según Demófilo.

Y San Jerónimo afirma: "La amistad que puede concluir, nunca fue verdadera".

La amistad no reconoce sexo. Una mujer y un hombre pueden ser los mejores amigos del mundo, y mantenerse siempre igual.

Y a veces encontramos que la amistad del hombre es más leal, porque el hombre, a pesar de sus grandes defectos, carece de otros que son esencialmente femeninos.

La amiga que hoy parece sincera, puede mañana traicionarnos. Revelar los secretos que le confiamos en un momento de angustia. Miles de historias permanecerían ignoradas, si una mujer no abriera los labios para revelarlas.

El despecho, el orgullo, nadie sabe qué móviles, impulsan a veces a dos personas a enemistarse, y olvidando los años felices en que eran amigas, terminan por odiarse.

Nada tan difícil como poder conservar un afecto. Porque es justamente esta fidelidad en la que podemos estudiar el carácter.

Aquellos que por siempre mantienen sus mismas relaciones, sus mismos amigos, dan pruebas de ser nobles y generosos.

Hay amistades que surgen del momento, por ciertas circunstancias, y que si al principio parecen firmes, se rompen al primer choque. Cuando se tiene fe en una persona, cuando la hemos

probado y nos constan su lealtad y su ternura, no debemos prestar oídos si alguien malignamente trata de separarnos con algún chisme o murmuración inconveniente.

Yo conservo en mi memoria tres nombres de amigos que supieron serlo para mí, y me dieron pruebas de serlo cuando tuve necesidad de ellos. A los tres los dispersó la vida. A uno se lo llevó la muerte. Los otros dos ignoro dónde están ya.[146] // De esos tres amigos, ninguno de los cuales era joven, solo tengo gratitud y ternura dentro de mi alma.

Cuando una pena o una duda me atormentaban, iba en busca del más filósofo.

Sabía siempre sonreír al verme llegar, y acogerme bondadosamente.

—¡Vamos Rosario, cuénteme lo que le sucede…!

Y yo abría el arca de mis confidencias y dejaba escapar aquella pena que se iba disolviendo a medida que él hablaba.

Tenía una gran experiencia del corazón humano.

Había sufrido grandes amarguras, y también había luchado enormemente para ser lo que era: un médico famoso y un hombre de ciencia. Todos los temas podía tratarlos con un conocimiento absoluto. Para él no existían secretos.

La última vez que estreché sus manos fue en el año del 32, dos o tres días antes de regresar a México.

Cinco años más tarde, un ataque fulminante lo mató en un banquete, cuando rodeado de sus fieles discípulos asistía a un grandioso homenaje dado en su honor.

Él, que siempre pudo guiar a los demás, perdió, sin embargo, la brújula de su propia nave.

Yo he tenido siempre de la amistad el más alto concepto. Y cuando encuentro un amigo, considero que he encontrado el tesoro más valioso y procuro conservarlo.

En la amistad es donde únicamente existe la paz.

[146] Comienza en la página 2 y continúa en la página 3, columna 1.

Libertad de cultos

Los países civilizados aceptan todas las religiones.

Sería imposible creer en que todos debemos pensar y sentir de la misma manera. Todas las religiones son sagradas. Todas son herencias ancestrales que pasan de padres a hijos como un legado.

Tan digno de respeto es el protestante, como el judío, el bauista, o el mahometano. Todas las religiones tienen un solo fin. En todas ellas se adora a un ser superior. Cada cual le llama como quiere.

En el fondo, es la ingente necesidad de creer en algo, de tener alguien a quien dirigirse en los momentos de angustia.

Para mí todos aquellos que practican su religión con sinceridad son merecedores de mi respeto.

No creo que Dios me juzgue culpable si alguna vez entro a los templos donde se veneran otras divinidades.

Observo. Y me doy cuenta del fervor de los que asisten a sus ritos y ceremonias.

Muchas veces he presenciado matrimonios entre judíos. Y he dado cuenta de su fe.

He visitado los templos mahometanos, los bautistas, los protestantes.

Dios condena la hipocresía. Nunca la verdad.

Y es por esto que me ha causado penosísima impresión la carta que acabo de recibir, y que dice así:

"Deseo suplicarle, en nombre de la justicia, que tenga la gentileza de hacer algún comentario alusivo al caso que estoy segura ayudaría a evitar tan triste y bochornoso espectáculo como el que acaban de ofrecer en la población de Tixtla un grupo de feroces y salvajes asaltantes, que penetrando de improviso en el templo evangelista, lesionaron a los creyentes que estaban oran-

[147] *Novedades*, p. dos, segunda sección.

do, destruyeron los bancos y muebles del templo y robaron los fondos que ascendían a más de dos mil pesos. Y se llevaron también cuanto objeto de valor encontraron".

En este caso, a mi juicio, se ha tratado de darle otro carácter hecho. En realidad los que tal atropello cometieron, era[n] vulgares rateros que aprovecharon la ocasión para robar.

Si se hubiera tratado solo de un acto de fanatismo, no se hubieran llevado el dinero.

Las autoridades están en el deber de hacer justicia en ello.

La señora que me escribe, enviándome el recorte de "Novedades" donde apareció esta información, me hace también una cortés invitación para que presencie en cualquier momento las ceremonias que se celebran en los templos capitalinos.

"Para juzgar con imparcialidad —añade— no hay mejor forma que conocer personalmente las cosas. San Pablo recomienda: 'Escudriñadlo todo, retened lo que fuese bueno'. Yo me permito invitarle para que en calidad de visitante observe la conducta de esta rama cristiana y opine con conocimiento de causa. Si encuentra algo que amerite censura, puede manifestarlo, y nos servirá para corregirlo.

["]En Gante hay un templo evangélico, y los hay en las calles de Argentina, Balderas, Bucareli, etcétera".

Yo estoy segura de que los mismos sacerdotes de Cristo, no aprobarían tales abusos.

No es así como se le sirve a Él. No es con actos de violencia como vamos a convencer a nadie.

Es, respetando su religión. Permitiéndoles arrodillarse ante el que ellos juzguen dignos de su fe. Y acaso, de ellos mismos parta un día ingresar en la grey de Jesucristo y abrazar su dulce y generosa religión.

Jesús predicó solo el amor. Predicó la fraternidad entre los hombres. Echó a los mercaderes de templo, porque profanaban la casa de su padre. Pero él abrió su corazón para todos aquellos que eran limpios de pensamientos y mansos de espíritu.

Si todos, observáramos sus consejos, ¡qué diferente sería la Humanidad! Dios no quiere hipócritas. Quiere simplemente seres que sean sinceros.

Y, por desgracia, lo que menos abunda es la sinceridad.

Miles de bandoleros después de persignarse, salen a matar al primero que encuentran en su camino…

Martes 1º de agosto[148]

Hay que aplicar la pena de muerte

Los últimos crímenes cometidos en México merecen que los legisladores estudien y apliquen la pena de muerte. Resulta ya imposible vivir en una ciudad donde la vida está en manos del primer hampón que pasa por la calle y dispara su pistola porque le da la gana, sin razón alguna.

El crimen del hombre de[s]cuartizado en los Estados Unidos se castigaría con toda la severidad que merece.

El alcohol y las drogas enervantes están matando la conciencia del pueblo mexicano, y a sabiendas de lo que hacen miles de traficantes se llenan los bolsillos de dinero sin que en realidad nada efectivo se haya logrado para evitarlo.

La compasión para los asesinos, es la que tiene gran culpa de todo.

Nadie piensa en las víctimas.

A nadie se le ocurre pensar qué va a ser de las viudas, de los huérfanos, de las madres, de las hermanas que quedan desamparadas. Toda la lástima es para los criminales, los pobrecitos "enfermos" a los que, como Goyo, se les otorgan hasta empleos para que puedan vivir muy a gusto después de sacrificar vidas sin piedad alguna. Pregonamos nuestra legislación adelantadísima. Hablamos de leyes que nos colocan por encima de otros países

[148] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

mucho más atrasados, pero donde al menos la vida humana tiene valor.

Aquí nunca tuvo.

La única forma de reprimir esta ola de criminalidad es la aplicación de la pena de muerte.

Cada asesino debe sufrir el castigo de su culpa.

La prisión de Lecumberri es un antro donde la explotación más inicua se realiza.

Todos los días se habla de reformar los métodos. Últimamente se dijo que los presos serían puestos a trabajar para ganarse el pan que comen.

Pero los buenos propósitos se estrellan contra la recia muralla de las tristes realidades.

Los que pueden pagar habitan celdas de lujo. Los que no pueden hacerlo se consumen en las celdas inmundas.

Hay que aplicar la pena de muerte.

Basta de compasión, basta de lástima, basta de que las influencias logren que los asesinos anden libremente por las calles sin que nadie se atreva a hacer cumplir la ley en ellos.

Miles de recursos y de triquiñuelas existen. Miles de amparos llueven para que el criminal no sea apresado.

Diríase que el amparo, creado para la defensa del débil, solo sirve para amparar y defender al criminal. La gente honrada no necesita de amparos. Y, por lo tanto, no lo lleva.

Pero el que medita un robo, se provee de él.

Y así, asegurada la impunidad, realiza su cobarde acto.

La voz de la prensa se pierde en el vacío.

Nadie la escucha. Nadie atiende al clamor general.

Día a día los abusos se suceden en todas las esferas. Fraudes, robos, asesinatos a plena luz del día o en las tinieblas de la noche…

La policía por buena que sea, es insuficiente para garantizar la seguridad de los ciudadanos, de los dos millones, muy excedidos de la ciudad.

Hay que aplicar la pena de muerte. Que termine la compasión para los asesinos y que esta compasión sea para las numerosísimas víctimas, que quedan desamparadas.

Los legisladores deben pensar en rectificar, o de lo contrario, un día llegará en que cada cual se tome la justicia por su mano, lo que sería una vergüenza. Hay que aplicar la pena de muerte.

Lunes 7 de agosto[149]

Ellos tienen la culpa

¿Son culpables las mujeres que olvidan su deber y en un momento de locura, se entregan a una pasión a la que no tienen derecho?

A veces la mujer cae sin quererlo.

Cae, porque tiene un marido que en vez de velar por ella, de cuidarla, de prodigarle la ternura que su alma necesita, se lanza a la calle buscando la aventura fácil sin pensar que en su casa hay alguien que está esperándolo con el corazón ansioso y los ojos llenos de angustia.

Ayer entró a mi salita una mujer joven y atractiva.

Tenía un aire dulce y delicado y después de saludarme, anudó la charla. Sentía la necesidad de abrirme su alma y de confiarme su silencioso drama. La vi vacilar y acabó por hablar:

—Me casé muy niña, tal vez porque era huérfana y me sentía necesitada de cariño.

"Cuando éramos novios, mi marido me encontraba linda como los ángeles. Sin embargo, poco a poco fue odoptando [*sic*] una actitud de fría indiferencia hacia mí. Nunca fue expansivo ni risueño, pero no tenía el gesto adusto que ahora lleva siempre en el semblante. Al principio yo traté de atraerle, de retenerle. Muchas noches inventé pretextos para lucir bella. Me perfumaba

[149] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

con los más delicados perfumes… él parecía no darse cuenta de mis intenciones y me rechazaba displicente, diciéndome:

—Tengo mucho sueño. Vete a dormir tú también.

"La voz del orgullo habló en mí. Acabé por imitarle. Ahora somos como dos extraños o como dos hermanos. No nos unen otros lazos que los de la castumbre [*sic*]. Ciertamente no carezco de nada. Tengo una casa lindamente amueblada, un espléndido automóvil, criados, vestidos y joyas. Cuando deseo algo, él se apresura a complacer mis deseos. Pero yo ansío algo más que las satisfacciones materiales o el halago a mi vanidad. Yo necesito que me quieran. Experimento un deseo incontenible de que alguien me diga en el oído, esas palabras mimosas y tiernas con que se duerme a los niños. Un deseo de sentirme amada, protegida y amparada. Sin embargo, no se trata de ningún deseo pecaminoso. Es mi alma la que pide alimento".

Yo lamiré [*sic*] sintiendo que una gran compasión se adueñaba de mí.

Al igual que esta mujer ¡Existen [*sic*] tantas, en su caso! Miles de esposas abandonadas que en el silencio de la noche ahogan sus lágrimas y se retuercen las manos de desesperación y de celos. Miles de esposas que ya no lo son más que en apariencia, cuando alguien llega y hay que representar la comedia del matrimonio bien avenido. Miles de hombres, cuya posición económica les permite satisfacer sus menores caprichos, tienen aventuras por docenas…

Y a veces la esposa es mucho más bella que las otras. Mucho más inteligente. Aunque carece de ese hechizo que pone el pecado en tantas mujeres para hacerlas ¡irresistibles! Es el hechizo del vicio. Miles de mujeres caen. La culpa no es suya siempre.

La culpa es de aquellos que teniendo el deber de darles ternura y amor, las considera[n] como utensilios domésticos a su servicio o como sirvientes.

Hay casas lujosas, en las que nada falta al parecer.

Bellos muebles, lámparas hermosas, espejos, cortinajes, cuadros… Sin embargo, al entrar en ellas, se advierte ese frío que penetra hasta los huesos. El frío de la soledad espiritual. Una mujer lo daría todo, y aun más, por tener un amor suyo. Un nidito pequeño pero acogedor. Un poco de calor sincero y de sincera estimación. ¿Para qué sirve el lujo cuando el alma está huérfana de emociones que le hagan amable la vida?

Poco a poco, cuando el marido dejó que se interpusiera la muralla de la frialdad y de la indiferencia entre él y su esposa, esta muralla parece que se va espesando hasta convertirse en un abismo y entonces ninguno de los dos se atreve a salvarlo. De un lado, el rencor y el orgullo. Del otro, el temor…

Habría muchos menos adulterios si los hombres complieran [*sic*] con su deber. Si comprendieran que tienen una esposa que necesita de ellos. Cuando lo olvidan, sobrevienen lógicamente el engaño y la traición; porque una mujer podría vivir sin muchas cosas, pero jamás podrá vivir sin amor.

Sábado 26 de agosto[150]

La influencia del medio

Las planas de muchos diarios traen publicados, los retratos de las mil y mil "exóticas", que así se les llama ahora a esas mujeres que casi desnudas se exhiben en los centros nocturnos para divertir y exaltar los bajos deseos y las turbias pasiones.

Las "exóticas", en la mayoría de los casos, descienden de muy humilde origen. No hay más que ver la vulgaridad de las facciones y de los ademanes.

Pero abundan los muchachas [*sic*] que suspiran por serlo.

Imaginan que debe ser una vida de placer continuo y de halagos, de triunfos y de victorias…

Y buena muestra de ello es el caso verídico que relato:

[150] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

La nana de una familia, muchachita adolescente que apenas acaba de cumplir catorce años, estaba arrodillada noches pasadas, frente a una estampa de la Virgen y suspiraba fervorosa:

—Virgencita, ¡hazme rica para que yo pueda aprender a bailar y me vuelva una "exótica" también!

Como escuchara tan singular plegaria otra de las criadas, le preguntó, que por qué deseaba ser exótica. Y la respuesta fue:

—Porque creo que para mí ¡sería la dicha mayor de todas!...

Esto es lo que resulta de la contemplación de tantas y tantas carátulas como se exhiben en los puestos de periódicos y revistas. Mujeres desnudas en actitudes impúdicas, títulos como ese de "El Semental", ilustrado con una mujer que no da ejemplo de belleza sino lo contrario.

Títulos que son una agresión al pudor y a las buenas costumbres…

Valiéndose de sus rasgos, muchas de esas mujeres que trabajan en cabaretuchos de ínfima categoría, se alargan los ojos hasta volvérselos orientales, se pintan la boca dándole una forma diferente a la que tiene en realidad, se tiñen el pelo de negro como si fuera laca y dicen que nacieron en cualquiera de esas islas lejanas que la leyenda pinta como países de amor y de placer…

La fantasía femenina no descansa nunca. Las criaditas quieren ser exóticas.

Por eso cada día es más escaso el número de sirvientas que quieran trabajar en casas particulares. ¿Para qué vivir encerradas, desempeñando menesteres humildes, cuando pueden aspirar a ser estrellas, y a exhibirse con unos adornos, que en vez de cubrirlas, las descubren precisamente?

Las exóticas son ya una epidemia en México y creo que en todo el mundo.

Desde que aquella famosa empresaria francesa Madame Razimí, nos trajo su bataclán, han pasado muchos años.

Fue cuando por primera vez contemplamos el espectáculo de mujeres desnudas, pero era en un marco de arte, y ellas eran

verdaderas bellezas, que no hacían ningún movimiento obsceno sino simplemente daban la impresión de estatuas vivientes…

Aquella maravillosa Tatiana, electrizaba a todos.

Altas, maravillosamente formadas y exquisitas, cruzaban la pasarela del teatro levantando polvaredas de admiración.

Aquel espectáculo era digno de verse. No ofendía el pudor. Era simplemente arte depurado.

Pero lo mismo que pasó con Berta Singerman, la escuela, quedó. Después de Berta, millones de recitadores cursis han invadido los teatros. Así, después de Madame Razimí, se han ofrecido numerosos espectáculos a base de mujeres desnudas, pero nunca se ha podido ni siquiera imitarlas.

Muchachitas humildes sueñan con volverse exóticas y danzar en los escenarios de esos teatruchos de ínfimo orden, donde los hombres van a embriagarse y no de belleza ni de arte precisamente.

Es la influencia del medio en que estamos viviendo.

Influencia que se traduce en esta desvergüenza y en este enorme cinismo.

Miércoles 10 de enero[151]

A quien corresponda

En vista de que me he cansado de pedirle a aquellas personas que considero con la suficiente influencia, para que traten de reparar el daño que dos automóviles causaron en el poste de la luz eléctrica que existe en la esquina del edificio en que vivo, he resuelto apelar a esta columna que, después de todo, es el único recurso de que dispongo para expresar mis deseos.

Hace cinco o seis semanas que dos autos, de esos que quieren pasar a la vez, chocaron justamente contra ese poste, derribándolo a medias. Los focos quedaron rotos, y la luz, desde entonces, no pudo ser arreglada porque nadie sabe a quién le toca este arreglo. Los dueños de los autos pagaron la multa y el importe de la avería pero ¿adónde se fue el dinero? ¡Eso es lo que yo quisiera saber!

El caso es que la esquina de mi casa está sumida en santísima oscuridad, y para colmo, el foco de la avenida Culiacán también se fundió para hacer más negra aún la calle inmediata.

Cuando llego a las altas horas de la noche no encuentro ni la cerradura de la puerta para meter el llavín.

Además del peligro que representa, está de por medio mi seguridad personal, pues valiéndose de las tinieblas, el mejor día me sucede algo desagradable.

[151] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

Y entonces he resuelto pedir desde esta columna "a quien corresponda" que me haga el servicio de enviar a un inspector para que se dé cuenta por sí mismo de lo que digo.

En una ocasión el jefe del Departamento de Tránsito, general Gómez Velasco, atendió mi petición.

Llevábamos lo menos tres meses sin luz en el barrio y una noche mi casa se volvió un fanal. Una luz clarísima inundaba mi salita de cristales. Me asomé a la calle y, ¡oh sorpresa!, dos focos, a cambio de uno, brillaban. El del poste de la esquina y el otro que está a la mitad de Tehuantepec. Todo se veía radiante. El vecindario se asomó a la puerta y la alegría fue general.

Pero desde que esos dos malvados automovilistas chocaron y derribaron el poste que ahora parece un borracho, a punto de caer, nadie se ha vuelto a ocupar de semejante desaguisado.

En mi calle no debe vivir ningún personaje influyente desde el momento en que no se ocupan de alumbrarla. Y yo, que no soy nadie, levanto mi voz para protestar por este abandono.

En la acera existe un hoyanco profundo. Nunca pude explicarme por qué unos obreros, armados de picos y palas, lo abrieron, lo dejaron así, y se fueron. En la oscuridad, el peligro no es fácil de adivinar.

Cuando no se dispone de influencias, no hay más remedio que defendernos nosotros solos. Alguno leerá estas líneas, y tal vez consiga yo que ese poste sea arreglado y que de nuevo mi salita se vuelva un claro y lindo fanal. Con la luz encendida, vivimos todos tranquilos y dormimos confiados en ella.

La luz ahuyenta el mal. Luzbel mismo busca la oscuridad para tramar sus crímenes. La luz es como la esperanza y la fe.

Además, este poste el mejor día se cae del todo y causa una desgracia a algún transeúnte. Hay que evitar, pues, que esto suceda.

Mi avenida, como llamo a la de los Insurgentes, es una de las más bonitas de la capital. Cuando la inauguración ¡cómo me encantaba contemplarla! Ahora, le han puesto miles de foquitos

eléctricos para adornarla, pero la luz no llega sino hasta la glorieta. El resto está abandonado.

Pido, pues, que me enciendan de nuevo el foco que hay en la esquina para que al menos, cuando regreso a mi casa a las altas horas de la noche, no sienta temor alguno.

¿A quién le toca esto?

Jueves 11 de enero[152]

Incomprensión paternal

Una dulce vocecita femenina, sonó del otro lado del hilo conductor del teléfono.

—Encontré —me dijo—, casualmente, el número del teléfono de usted y quiero hacerle una breve consulta.

Y la confidencia brotó de sus labios sincera y apasionada. Sus padres son libaneses. Ella, se enamoró de un joven mexicano y hace tres años que este amor se ha mantenido firme. Cuando habló de matrimonio, el padre se opuso terminantemente.

—Primero quiero verte muerta—, fue su respuesta.

Mas el amor no entiende de estas cosas. Casi siempre el obstáculo es su mayor aliciente. El niño de la venda siente especial placer en vencerlos todos…

Tres años de relaciones. Y un buen día, se casaron en secreto aprovechando una coyuntura. Como la novia trabaja en una oficina,[153] // dió un pretexto para salir. Él lo había dispuesto todo. ¡Y ante el juez firmaron el acta que los declaraba esposos ante la ley!

Sin embargo, él la ha respetado. Quiere que cuando vista el traje nupcial, lo haga, sin sonrojos, con la pureza de las vírgenes.

[152] *Novedades*, pp. tres y cinco, segunda sección. N-B.

[153] Comienza en la página 3 y continúa en la página 5, columna 1.

Seis meses han transcurrido sin que este estado de cosas haya cambiado. Ellos siguen viéndose como novios simplemente y su amor es cada vez más seguro.

[—]Escriba —me ha rogado ella—, escriba usted sobre la incomprensión de los padres que se niegan por un capricho, a que sus hijos, sean felices. Yo estoy seguro [*sic*] de serlo con él que he elegido para esposo; otro, no me hubiera tratado con tanta deferencia y tanto respeto como él. Hable usted de esos padres que, se empeñan en mandar en sus hijos y gobernarlos a su antojo, sin tomar en cuenta que tienen corazón y sentimientos.

Como el tema es digno de tratarse, lo traigo a esta columna. Los padres, tienen el deber de velar por sus hijos, educarlos y encauzarlos por el camino de la honradez y del deber. Pero en sus problemas sentimentales a menos que se trate de evitarles una desgracia, no debieran intervenir. En muchos casos, una hija se enamora de un canalla. Y entonces están obligados a evitar que consumen, su perdición y su desdicha.

En el caso presente, se trata de un muchacho honorable, trabajador, y bueno, que está, locamente enamorado de la que es ya su esposa ante la ley. Quiere formar un hogar. Quiere, lo que todo hombre honrado desea tener.

Carece de vicios. La trata con toda clase de miramientos y delicadezas y esta conducta, es precisamente lo que hace que el amor de ella aumente.

Infinidad de ejemplos, he conocido en que la incomprensión de los padres labró la desventura de sus hijos. La intransigencia, la falta de visión. Para muchos padres, los hijos son algo así, como objetos de su propiedad de los que pueden disponer sin consultar primero su corazón.

La diferencia de razas o religiones nada tiene que ver. A veces el mismo amor obra el milagro de convertir al ser amado a la religión del otro.

Mas, en esto, nadie debe realmente mezclarse porque las creencias deben ser sagradas y cada cual es libre de practicar, la

religión que le parezca mejor. El fanatismo hace más víctimas mil veces, que la liberalidad. Cuando, la gente lo entienda así, habrá menos problemas en el mundo.

¿Seguirá este padre empeñado en no ceder? ¿Permitirá que su hija forzada por las circunstancias, se vea obligada a proceder en forma violenta? No es posible pensar que va a durar siempre así. Un día, abandonará su hogar. Y será mucho peor para todos.

Lo sensato es, puesto que este joven, ha demostrado su caballerosidad y su amor, permitir, que su hija salga de su casa, apoyada en el brazo de su padre. Así, la felicidad será igual para todos. Es necesario que los padres comprendan los problemas de sus hijos y en vez de usar la tiranía y la violencia, traten de ganarse su confianza y su fe. Un padre debe ser no solo padre sino amigo, y confidente de sus hijos.

Quien, lo entienda así, se siente feliz y correspondido en su ternura.

Domingo 11 de marzo[154]

Reconciliación imposible

Un matrimonio que al parecer formaban una pareja perfecta, apeló hace tiempo al divorcio. El pretexto fue el de "incompatibilidad de caracteres", que es el medio más fácil de romper el yugo conyugal. Ambos eran jóvenes.

Ella, además de su belleza, posee una amplísima cultura. Una figura llena de gallardía y una conversación encantadora.

Nadie podía explicarse este divorcio, pero la ley lo concedió a petición de ambas partes.

Él, acaso, como hombre al fin, y con las facilidades que el sexo fuerte tiene, pudo olvidar fácilmente. Ella seguía amándole. Seguía adorándole.

[154] *Novedades*, p. dos, tercera sección. N-B.

Pero el despecho puso en sus labios palabras demasiado fuertes contra su ex marido.

No era sincera. La cegaba su propia pasión. Su despecho al ver que él no la buscaba ni se ocupaba de ella.

Cuando amigos de ambos trataron de reconciliarlos, hallaron la recia muralla en medio. A los oídos de él, habían llegado las ofensas de ella. Y su dignidad le impedía aceptar una vida nueva a su lado.

Como este caso, conozco muchos.

Un instante de violencia orilla a dos seres que se aman, a buscar la separación. A veces es una ofensa ligera que la mujer se niega a perdonar. A veces, cansancio.

La costumbre norteamericana de las vacaciones conyugales es un buen remedio en estos casos. Dos meses de ausencia permiten a ambos darse cuenta de lo que representa la ausencia definitiva.

Y cuando se encuentran de nuevo, es como una segunda luna de miel.

Nunca olvido el caso de un matrimonio que conocí a mi llegada a México. Era una pareja que parecía feliz. Numerosos hijos alegraban su hogar. Eran ricos y tenían un palacio soberbio.

De pronto, a oídos de la esposa llegó un rumor.

Otra mujer se había metido entre ellos.

Y una vez averiguada la verdad, aquella esposa, que no creía que la infidelidad fuera algo natural, tomó aquella falta como un hecho criminal. Se encerró en su alcoba negándose a tomar alimentos. Cerró los labios y no volvió a dirigirle la palabra a su marido. En vano los hijos amorosos trataron de disuadirla, haciéndole ver que era un simple pasatiempo sin consecuencias mayores. En vano él, arrepentido, juró que era un mal momento que no se repetiría y pidió humildemente el perdón.

La felicidad huyó de aquel lugar para siempre.

Dueña de un temperamento exaltado, la esposa nunca quiso perdonar, y jamás recobró su sonrisa. Una grave enfermedad la obligó a cambiar sus métodos de vida y volvió a comer y a

compartir la compañía de los suyos, pero se volvió hermética, silenciosa, y en su rostro se estereotipó un gesto de dureza y de rencor…

Pero no hubo divorcio. Los hijos lo impidieron.

Ambos quedaron unidos por el vínculo de la ley y de la Iglesia, mas sus corazones se desunieron.

Antes de proceder a estas resoluciones, los esposos deben meditar bien lo que van a hacer.

Cuando aun queda un poco de amor, deben tratar de reconciliarse. Solo con el perdón es posible reanudar la vida. Un perdón generoso, basado en la mutua comprensión de los errores, a los que nadie escapa…

Y sobre todas las cosas, el deber de la esposa es callar y no revelar al mundo sus intimidades, que solo a ellos pertenecen. Poner en ridículo a un hombre es la peor injuria y la peor ofensa que se le puede hacer.

Porque cuando el hombre tiene dignidad, no perdona.

Viernes 30 de marzo[155]

Respuestas

Alguna vez debo contestar a preguntas que me hacen los lectores. No siempre dispongo del tiempo suficiente para enviar una carta directa. Es así como a dos muchachas interesadas en la dirección del joven español, tengo que manifestarles que como publiqué su dirección en el mismo artículo, no me interesó guardar dicha carta y la rompí. Habría, pues, que buscar en las ediciones atrasadas si es que tienen realmente deseo de contestarle a dicho joven.

La muchacha que me inspiró el artículo "Una muchacha se quiere casar" se ha negado, terminantemente, a aceptar sostener correspondencia con ningún pretendiente. Siente un temor in-

[155] *Novedades*, p. siete, segunda sección. N-B.

menso al pensar que su padre pudiera enterarse de la charla que sostuvo conmigo y que éste supiera que hay alguien interesado en casarse con ella. Es uno de esos padres amorosos y egoístas, que quisieran retener a su hija a su lado.

—Te ruego —me dijo— que no des mi dirección. Si papá se entera me buscaré un enorme disgusto.

A veces la confidencia brota espontánea en uno de esos momentos en que se siente la necesidad de abrir el alma para que escapen sus anhelos…

Mi amiga, después de relatarme sus íntimos deseos, sintió que un extraño sentimiento de timidez se apoderaba de ella… Y se retracta. Porque no otra cosa es negarse a contestar las tres cartas que me fueron enviadas de tres jóvenes que exponían su deseo de conocerla…

—Todo es imaginario —dirá aquel caballero que días pasados me escribió diciéndome que es mi fantasía la que me sugería todo lo que escribo…

Pero la culpa no es mía, después de todo. Nunca me gustó el oficio de casamentera, pero si esta boda se hubiera podido arreglar, me hubiera encantado ser la madrina…

La tercera respuesta es para el cariñoso tío de un joven que aquejado por un defecto físico, ha hecho nacer en él un extraño complejo de inferioridad. Quisiera que un cirujano de esos cuyo bisturí hace milagros, pudiera corregirle el defecto que, según entiendo, no es nada irreparable.

Apenas encuentre a mi amigo el cirujano, le hablaré del caso, pues creo que estuvo ausente de la ciudad unos días. Y haré entrega de la carta para que se comunique directamente con el interesado.

Todos los días hay personas que quieren saber algo que suele relacionarse con esta sección. No siempre puedo dar respuesta satisfactoria.

Si dependiera de mí, ¡cuántas cosas buenas podría hacer! Muchas noches he pensado en la varita mágica de las hadas que

con solo tocar los objetos y las personas podían cambiarlo todo. Cenicienta cambiando sus harapos por galas de maravilla, subiendo en la carroza que minutos antes era solo una fea calabaza, y llevando troncos de caballos que en realidad eran míseros y pequeños ratoncitos. ¿No es algo encantador soñarlo?...

Las varitas de las hadas solo existen en los cuentos infantiles en los que es necesario volcar belleza y un poco de ficción que haga amables sus horas. El niño se alimenta de ilusión. Si yo tuviera una varita mágica, seguramente no existirían tantas cosas desagradables.

Yo tocaría con ella la miseria y el mal.

¡Y desaparecerían para dejar paso a la luz, al bien y a la virtud! Muchísimas veces leo que se sacan la lotería personas a las que el dinero sobra. Millonarios que no lo necesitan y lo gastan en tonterías o en aumentar sus negocios para hacerlos fabulosos.

Yo podría, con una lotería, remediar muchísimas necesidades. Pero la suerte es una señora loca que gira sobre una rueda y lleva cubiertos los ojos con una venda…

> La señora Fortuna, casquivana y coqueta,
> nunca brindó su rica protección a un poeta;
> ¡es demasiado necia la señora Fortuna!...

Esto lo dijo un poeta decepcionado.

Y como creo haber contestado a las tres personas interesadas, cierro el capítulo lamentando no poder complacerlos a todos como hubiera sido mi deseo sincerísimo.

La lucha de la mujer por sus derechos

En la avenida Juárez, encontré ayer a María Lavalle Urbina, abogada y mujer de claro talento, que acaba de regresar de un viaje a Washington donde desempeñó una comisión en la O*rganización para las* N*aciones* U*nidas*.

Ella yo yo [*sic*], nos pusimos a comentar la situación de la mujer en nuestro país.

—Hay que sembrar —me dijo—, tal vez ni tú ni yo, recojamos la flor y el fruto de este nobilísimo esfuerzo. Por desgracia hay mucha apatía y mucha indolencia en la mayoría de las mujeres. Se forman sociedades; se dicen discursos. Se dan banquetes. Pero no podemos avanzar por más que queramos mientras no tengamos mayoría.

Esta es la triste y desoladora verdad. El interés por desgracia mueve casi siempre estas sociedades. El afán de obtener posiciones y ventajas. El deseo de figurar y destacar. De que en los diarios se hable de la labor de doña fulana o doña zutana. Pero en realidad y haciendo el balance de las ventajas, nos hallamos con que han sido ellas las únicas favorecidas.

No acostumbrado [*sic*] a dar nombres.

Pero una destacada feminista cubana, que ha militado en todos los partidos y en todos ha obtenido jugosos cargos, ha hecho alarde de su amor a las demás mujeres y ha defendido su causa en artículos vibrantes…

Esto es pura teoría.

Un día fue a verla una muchacha a la que la necesidad había orillado a esta humillación. Necesitaba con urgencia treinta y cinco dólares.

La cantidad era pequeña y a la otra le sobraban los billetes. Pero se negó alegando que en su familia había muchos ceses,

[156] *Novedades*, pp. dos y siete, segunda sección. N-B.

cosa[157] // completamente falsa, porque todos ellos disfrutaban de magníficos empleos…

En México, se registró, hace tiempo, una tragedia que pasó inadvertida para muchos.

Un grupo de alemanes, fueron obligados a abandonar nuestro país donde habían residido, desde su juventud. La mayoría estaban casados con mujeres mexicanas y sus hijos lo eran ya. Habían hecho de México su segunda patria. Y amaban esta tierra en la que fincaron su generoso esfuerzo.

La política y la ley, no entienden de esto. Había que echarlos fuera. Eran extranjeros. Eran enemigos aunque jamás, conspiraron contra nosotros. Las esposas alzaron su voz adolorida pidiendo clemencia. Exponiendo la razón que las asistía para pedir que sus maridos no fueran expulsados. Llevaban muchísimos años de residencia aquí. Habían inclusive adoptado la nacionalidad mexicana.

¿Qué voz de mujer se alzó para defender a esas esposas desoladas?

¿Qué hicieron por sus desvalidas hermanas?

Las sociedades feministas permanecieron calladas.

Y se consumó la tragedia. Y a bordo de barcos y aviones aquellos hombres de ojos azules, miraron, cómo, sus familias quedaban abandonadas mientras ellos, eran lanzados a la aventura. Había que volver a empezar y ganar de nuevo el sustento como pudieran. Yo fuí testigo de esta tremenda injusticia. Mi voz se perdió en el vacío.

Tengo poquísima fe en el movimiento feminista porque no he visto hasta hoy nada práctico que me lleve a tener fe en él.

Muchos de estos grupos se limitan a trinar contra el hombre al que acusan de abuso, de crueldades y otras lindezas. Pero, da tristeza ver a tantas mujeres imitando los procedimientos del hombre. Copiando sus vicios. Y adoptando su egoísmo ante el dolor de las demás mujeres.

[157] Comienza en la página 2 y continúa en la página 7, columna 5.

Sin embargo, hay que sembrar como dice María Lavalle Urbina, una de las mujeres más talentosas, más modestas y más sencillas, que tenemos. Ella ha llegado a ocupar un cargo importantísimo. Es magistrado. Y su labor ha sido hasta hoy, limpia y depuradora. Nunca ha buscado el bombo ni la publicidad.

Y mujeres así, es lo que estamos necesitando, para conseguir, que la mujer mexicana obtenga los derechos, que la Constitución debe darle, porque ya en muchos países de Sur y Centroamérica la mujer tiene derecho al voto y a ocupar cargos de responsabilidad.

Teníamos a una mujer juez. La destituyeron sin causa alguna.

Muchas abogadas se quejan de que les obstaculizan sus esfuerzos los hombres que no creen en ellas.

Hay que empezar por defenderlas. Y porque nazca la fe en una mañana mejor para la mujer a la que hay que redimir o instruir antes.

Sábado 2 de junio[158]

Dramas de folletín

Se dice "novela de folletín" a esos dramas truculentos en los que se mueren casi todos los personajes, apelando a todos los peores procedimientos, desde el puñal hasta el veneno.

En mi primera juventud leí las obras de Carolina Invernizzio que gozaron en su tiempo de gran aceptación. Eran novelones terribles. Siempre había intrigas, crímenes, adulterios, y mil incidentes que mantenían fija la atención de los lectores ansiosos de conocer el final. Siempre el culpable recibía su castigo. Y triunfaba el bien por encima del mal.

Después llegó Carlota Brame con sus novelas en las que el inevitable triángulo lo completaba un guapo y arrogante baronet.

Ahora las novelas de ese estilo desaparecieron.

[158] *Novedades*, pp. tres y cinco, segunda sección. N-B.

Pero en la vida real las vemos y palpamos.

Y buena muestra de ello es el caso de un infeliz, que atosigado por la necesidad de llevarle a su madre moribunda medicinas, robó una silla. Fue un abuso de confianza, pero la necesidad no entiende de leyes.

Por el robo de esa silla fue consignado a la autoridad.

Y por el robo de esa silla, su madre murió sin recibir el último aliento [de] aquel hijo adolorido que eternamente recordará este drama. La ley fue inflexible. La ley no sabe de sentimentalismos. Ni de benevolencias. Había que aplicar la ley, y fue aplicada.

Cuando este hombre salga a la calle ¿aceptará resignado su destino?

Odiará a la humanidad.

Odiará a los jueces que lo condenaron, impidiéndole hallarse junto a su madre.

Y acaso mate, porque su corazón estará envenenado.

Y en el fondo, no le faltará razón, aunque no exista razón para el crimen.

Miles de multimillonarios, andan por esas calles del Señor en lujosos coches de ochenta mil pesos. Ninguno sería capaz de dar nada a un infeliz que le tendiera la mano; no dan nada a los pobres.

La ostentación y la vanidad andan del brazo en todas partes.

La iniciativa privada es, sin embargo, la única que realiza algo en favor de los desvalidos.

Lo tenemos en esas dos sociedades que son la Cruz Roja y la Cruz Verde.

La primera presta servicios eficientes, vive de la caridad del público. De las colectas que dos veces por año se llevan al cabo por damas de la mejor sociedad de México, y por los donativos particulares que dan algunas personas de buenos sentimientos.

La novela de folletín pasó a la historia en los libros.

Pero susbsiste [*sic*] en la vida real.

La vemos y la palpamos en esos niños que duermen en los um-[159]//brales de los zaguanes, en plena acera, envueltos en hojas de periódicos.

En esos chiquillos que a la salida de los cines y centros nocturnos de diversión imploran con una cajita de chicle la caridad.

Esos son el drama viviente.

El drama que no se remedia.

Porque, todo lo que se hace en silencio carece de interés. Si los nombres de muchos donantes no aparecieran, nunca darían un centavo.

Jesús predicó la humildad.

Predicó el amor al prójimo. Y dió el ejemplo él mismo.

Pero después de Jesús no sé de nadie que haya seguido sus huellas.

Sábado 30 de junio[160]

Cuando se despide un presidente rotario

El Club Rotario de la ciudad de México reúne en su seno a muchos miembros, entre los cuales figuran, industriales, profesionales, médicos, periodistas y artistas de verdadero mérito.

Lo fundó hace años un hombre de vasto talento que soñaba con el bello ideal de unir en un haz a los hombres.

Sus máximas, que figuran en el salón del club "Rotario" son la más bella enseñanza y el más hermoso ejemplo de amor: Dar de sí antes que pensar en sí y "se beneficia más quien mejor sirve".

La familia rotaria ha ido aumentando año por año.

Hace nueve meses que comparto sus comidas, que conozco los hogares de todos ellos.

He asistido a sus fiestas. Y he podido comprobar así, su espíritu de servicio.

[159] Comienza en la página 3 y continúa en la página 5, columna 3.

[160] *Novedades*, pp. dos y tres, segunda sección. N-B.

Cada vez que un presidente termina su período, se hace una nueva elección en la que jamás se encuentran, descontentos porque, la elección se hace a gusto de todos.

Grandes presidentes ha tenido el Club Rotario.

En sus sesiones tuve oportunidad de escuchar magníficos oradores, y de presenciar debates que dieron buenos resultados porque de la discusión sin duda que nace la luz.

Problemas graves se han tratado en él.[161] // Políticos y funcionarios han compartido estas sesiones, y gracias a ello se han resuelto muchos conflictos.

Días antes del trágico accidente en que perdiera la vida Ramos Millán, estreché su mano allí. En esa última sesión a la que él asistió nos mostró con películas datos certeros sobre su labor para poder aumentar en México la producción del maíz, tan necesario para la alimentación de nuestro pueblo. Fue el apóstol del Maíz, como fue el apóstol del árbol don Miguel Ángel [de] Quevedo, su más ardiente defensor. Yo he asistido ya a muchas tomas de posesión de juntas directivas. He visto cómo el nuevo presidente recibe las insignias y condecoraciones que le entrega el que se va. En sus manos entrega el martillo, con el cual se abren y cierran las sesiones.

Y todo sigue igual.

El que dejó de ser presidente sigue frecuentando el club y compartiendo con sus compañeros, el pan y la sal de la amistad.

La semana pasada, Adolfo Autrey, hizo entrega de una medalla de oro al licenciado Carlos Sánchez Mejorada que regirá los destinos del Rótary.

Ambos se estrecharon las manos y se dieron un afectuoso abrazo.

La música sonaba lenta. De las teclas de un moderno piano, un artista dejó escapar, esa dulce y melancólica canción con la que es costumbre entre nosotros, despedir a los que se van…

[161] Comienza en la página 2 y continúa en la página 3, columna 1.

"Las Golondrinas", se escuchaban lentas, dulces, apenas perceptibles pero después aumentaron en intensidad.

Y todo el salón se estremeció.

Fue cuando cerré los ojos para evocar despedidas, que he presenciado de artistas que nos abandonaban.

Cuando Fermín Espinosa desde el ruedo de "El Toreo" nos dijo adiós porque se marchaba a España…

Cuando cantantes y directores de orquesta, también la oyeron llenos de emoción. Celibidache fue uno de ellos.

Nuestras bellas tradiciones se mantienen, pese a los esfuerzos que muchos malos mexicanos hacen para borrarlas.

Nuestro espíritu debe ser inmortal.

Y nuestras leyendas deben conservarse como el mejor tesoro que podemos legarle a las nuevas generaciones.

Los pueblos sin historia son unos tristes pueblos.

México tien[e] la suya, una historia en la que cada episodio, es un ejemplo de valor, de hombría, y de virtudes cívicas.

Volvamos los ojos al pasado y hallaremos en él motivos suficientes para sentirnos orgullosos.

Y valor, el valor necesario para defender, si un día se necesitara, esta Patria de maravilla que nos fue legada.

El martes asistí a la despedida de Adolfo Autrey, que terminaba su período de presidente.

Y esas notas de las "Golondrinas" hicieron que mis ojos se nublaran, y los recuerdos, dormidos en el fondo de mi alma, fueran despertando uno a uno.

Domingo 7 de octubre[162]

Lo que sucede es siempre lo mejor

Muchas veces he repetido esta sentencia árabe: "Lo que sucede es siempre lo mejor". Y a medida que vivo más, más me doy cuenta de la verdad que encierra.

Todos tenemos, en nuestros primeros años de juventud, una idea equivocada de las personas y de las cosas.

Aun el amor, que más tarde nos llena y absorbe por entero, en esos años, no es sino una nebulosa en nuestro cerebro. No tiene forma definida y, sin embargo, cre[e]mos que es el amor que hemos leído en versos y novelas.

La juventud suele sentirse defraudada al primer desengaño.

El corazón intacto, siente que ese primer golpe lo deja para siempre inútil y enfermo.

¡Ay, cuando se han recibido muchos golpes, el corazón acaba por volverse duro e insensible aun para el dolor de los otros! Diríase que una recia coraza lo defiende para lo futuro.

Cuando dejamos atrás ese puente de oro de la juventud y entramos de lleno en la madurez reflexiva y serena, nos preguntamos:

—¿Cómo pude hacer lo que hice? ¿Cómo me dejé arrastrar de la pasión? ¿Por qué no seguí los consejos que me dieron?...

Esa voz que aconseja, se nos antoja la voz de la ancianidad desengañada y melancólica y nos negamos a escucharla.

Todos queremos vivir, aspirar la flor, cortarla y abandonarla en el camino…

Queremos correr por la senda clara.

Hundir nuestras manos en el agua del arroyo.

Y saturarnos del perfume salvaje de la campiña.

Nuestra sangre arde en las venas y se desborda como loca catarata.

No oímos ni vemos sino la imagen que el deseo coloca ante nosotros.

[162] *Novedades*, p. dos, segunda sección. N-B.

Por eso los poetas comparan a la juventud con la primavera.

Y a la madurez con el otoño.

Hay cosas que no podemos explicarnos en la juventud y que, sin embargo, después aparecen claras y perfectamente definidas.

No sabemos tampoco por qué el destino se vale de mil recursos para conducirnos por la senda que debemos seguir.

Cuando, hace tiempo, una muchacha que estaba terminando sus estudios químicos conoció a un joven estudiante de medicina, hizo proyectos halagadores para lo futuro.

Se hicieron novios.

Ambos pensaron completarse el uno en el otro al unirse.

Y fueron disponiéndolo todo. El ajuar se compró en abonos porque ambos eran modestos de posición. Se tomó el coqueto departamento y se hicieron las invitaciones. El traje de la novia estaba listo.

De pronto, al estudiante le presentaron a otra muchacha, hija de un médico que tenía una clínica ya establecida. Y él se dijo:

—Me conviene mejor la muchacha rica. Puedo quedarme al frente de la clínica de mi suegro.

Y rompió su compromiso.

La novia creyó morir, pero era inteligente y de un carácter enérgico, por lo cual se puso a estudiar con ahinco para olvidar su fracaso sentimental.

Ahora tiene un título. La consideración de sus compañeros y maestros. Obtuvo una beca y se fue a Europa a perfeccionar sus conocimientos.

Ya no recuerda a aquel novio ingrato y egoísta. De haberse casado con él, sería una de tantas mujeres más con un marido rutinario y vulgar, estaría llena de hijos… desengañada y fea.

En cambio, ahora puede elegir a un hombre digno de ella que la comprenda y la estime.

Está en la plenitud de sus facultades.

Y su porvenir es claro y lleno de rosas.

En este caso, la sentencia árabe, se ha cumplido: "Lo que sucede es siempre lo mejor".

Miércoles 17 de octubre[163]

Aprendamos a conocer nuestros defectos

Pocas personas aceptan sus defectos y los reconocen con humildad. ¡Error tremendo es este! Todos estamos llenos de faltas, no siempre voluntarias, pero que es necesario tratar de corregir con un poco de buena voluntad, despojándonos de esa falsa vanidad qu[e] nos impide ver las cosas con claridad.

Yo he opinado siempre, que para poder corregirnos de muchos defectos, debíamos vernos por ejemplo en una película. La pantalla nos revela, esos pequeños detalles que nosotros no vemos. Una artista camina con elegancia, sabe posar sin afectación y cada uno de sus movimientos está lleno de ritmo y armonía. Los gestos, ese terrible enemigo de la belleza femenina, podrían ser abolidos si nos viéramos tal como lucimos cuando los hacemos.

Nadie se ve cuando habla.

Nadie se observa ni "se oye a sí mismo". Si pudiera verse, seguramente aprendería a mover los labios con dulzura y a corregir el tono de su voz. Algunas son chillantes, o ríspidas y lastiman el oído. Nunca podré olvidar que hace años en una fiesta, alguien filmó un "noticiario" para el cine. Yo estaba en ese grupo y no me di cuenta cuando el fotógrafo me impresionó.

Días más tarde asistí al cine.

Pasaban aquel noticiario.

Y mi sorpresa fue grande cuando me di cuenta de que era yo, la que en aquella mesa hacía tales visajes ridículos que me sentí avergonzada. Probablemente los hago o los hacía ya que la lección me sirvió para dominar un poco mis nervios.

[163] *Novedades*, pp. tres y cinco, segunda sección. N-B.

Los "pequeños detalles" deben ser vigilados, más que las grandes faltas.

En una mujer distinguida, el olvido de uno de ellos, implica grave falta. Los directores de cine, incurren a menudo en equivocaciones lamentables cuando se trata de películas históricas.

Nunca olvidaré una en la que la acción, se remontaba a dos siglos atrás. Sin embargo, aparecían lámparas eléctricas y el atavío de las damas estaba completamente fuera de época.

Además las señoras aparecían fumando con el desplante con que lo hacen hoy. Entonces ninguna mujer lo hacía. Las que tenían ese defecto, se escondían en sus habitaciones como si cometieran un pecado.

Hay amigas sinceras que nos dicen la verdad.

Mas también las hay mal intencionadas que nos elogian precisamente cuando vamos peor vestidas.

—¡Qué bien te ves hoy! —oí decir a una dama la semana pasada a otra que tenía cara de muerta resucitada porque una enfermedad la postró varios meses en cama.

—¿De veras? —preguntó la otra crédula.

—¡Sí, te ves lindísima!

No tenemos necesidad de mentir.

En cambio, si queremos a una amiga debemos llamarle la atención si algo se le ha olvidado.[164] // Y hacerlo de modo que no se moleste.

Una muchacha cuyas cejas enormemente gruesas son del color del carbón, tiene la costumbre de pintárselas encima con rímel de tono café lo que le presta un aspecto raro y desagradable.

Nadie se había atrevido a decírselo.

Pero yo lo hice. Saqué un espejito de mi bolso y le indiqué:

—Mírate las cejas, creo que te equivocaste de color al pintártelas.

No sé si me lo agradeció o no, pero quise evitarle el ridículo que estaba haciendo.

[164] Comienza en la página 3 y continúa en la página 5, columna 5.

Nuestros amigos verdaderos nos dirán siempre su opinión.

Los que se gozan en vernos humillados, mienten.

La verdad es dura y difícil de aceptar. Solo los seres superiores la reconocen y saben agradecer un consejo oportuno.

Todos debemos conocernos por fuera y por dentro. Comprobar frente al espejo nuestros defectos físicos para poder disimularlos. Esas mujeres que se empeñan en desnudarse los hombros y las espaldas para ir a veces a fiestas sencillas, olvidan mirarse bien. Si lo hicieran vestirían con más recato.

Pudor, decencia, y sencillez. Se puede lucir muy elegante sin necesidad de aparecer como una artista de cine. Hay trajes preciosos que no necesitan que quien los lleva enseñe más de la cuenta.

Mil veces he observado, cómo un chal de encaje o de tul sobre la piel, produce un efecto mucho más bello que el de la piel desnuda en la que suelen haber manchas, pecas o lunares de feo aspecto.

Conozcámonos bien. Y nunca haremos el ridículo.

Lunes 29 de octubre[165]

Cuando no se tienen credenciales

El triste caso de una muchacha que para poder entrar en los salones y embajadas, dijo pertenecer a un periódico sin saber que el cronista que estaba en la fiesta iba a desmentirla, me ha hecho pensar en el sinnúmero de abusos que se cometen a diario por personas sin escrúpulos que se dicen "cronistas de sociedad" para estafar y explotar a los que ofrecen bailes o fiestas en sus casas.

Hace años que un individuo joven y audaz que portaba credenciales de varios periódicos y revistas, lograba colarse y de este modo robaba bolsos y objetos valiosos. En una ocasión llegó a las bodegas y se robó dos botellas de champaña.

[165] *Novedades*, p. tres, segunda sección. N-B.

Se dijo y publicó su retrato para poner alerta a los lectores.

Pero él siguió su labor, nadie sabe cómo.

Lo mismo acaba de ocurrir con un individuo que haciéndose pasar como representante de un periódico capitalino le ha sacado dinero a todo el que pudo, e inclusive, se ha hospedado en los hoteles más caros sin pagar un centavo.

El miedo que mucha gente siente hacia los periodistas por temor a que pongan su nombre o los calumnien injustamente, es una de las causas de estos abusos.

Conozco a un pseudo periodista que vive del chantage [*sic*] más cobarde, amenazando a los dueños de hoteles y cabarets con publicar que sus vinos son falsificados o sus platillos envenenan…

Por desdicha, la pluma sigue siendo lo que dijo Bartrina:

> Para asesinar la honra
> para envenenar la dicha,
> es un gran puñal la pluma
> y un gran veneno, la tinta…

Cuando, hace años, Enrique Fontanills, porque la empresa de un teatro se negó a proporcionarle seis palcos que pedía, en la noche del debut de la Compañía, se vengó diciendo al día siguiente que los artistas eran de cuarta clase y que en Madrid nadie los conocía, consiguió así que quebrara el empresario, quien tuvo que marcharse, es uno de los muchos ejemplos que conozco.

La credencial de un diario sirve para muchas cosas.

Da derecho a entrar en todas partes.

Hace mucho tiempo, una periodista polaca pasó por La Habana y exhibía credenciales de cuarenta periódicos de Europa con las cuales lograba colarse a los espectáculos públicos sin pagar.

Le tenía lástima al verla tan mal vestida y con cara de infeliz.

El uso y el abuso son cosas distintas.

Chantagistas [*sic*] por docenas, piden dinero por las informaciones sociales que los periódicos no cobran porque la crónica social es parte informativa para el público y por tanto es gratuita.

La semana pasada en una reunión donde estuve me contó una muchacha cómo, a pretexto de publicarle su retrato, le habían estafado doscientos pesos.

Algunos cronistas son temidos en todas partes.

La gente seria no los invita a sus fiestas porque sabe las consecuencias, los chismes y las falsas noticias que se propagan.

La hija de un embajador extranjero que [s]e fue a Los Ángeles a pasar una temporada, aparecía aquí en México, según un cronista, bailando mambo en los centros nocturnos.

De un conocido industrial, alguien también contó haberlo visto bailando en un cabaret. Como él jamás sale sin su esposa, fue a la redacción del periódico y pidió que llamaran al autor de la noticia, al que le preguntó si lo conocía.

—No señor, no le he visto nunca.

—Entonces ¿cómo se permite decir que me vió bailando con Fulana de Tal en un cabaré?

Hubo disculpas y todo quedó así.

Pero no todos son educados y mucho menos soportan bromas de esta clase, por lo cual el que escribe una columna debe primero estar seguro de que las noticias que da son verdaderas y no atenerse a lo que le digan por teléfono los agentes de que se valen para poder reunir un material que les hace falta y que no buscan ellos mismos por no tomarse la molestia.

Una credencial de periódico debe ser para quien la lleva una responsabilidad y nunca un vehículo para su conveniencia personal.

9 DE MARZO[166]

Nicté-Ha

Nicta-Ha [*sic*] nació en el legendario país de los mayas donde todavía se conservan las ruinas que nos hablan de viejas civilizaciones, donde aun pueden admirarse las escalinatas de sus templos y los cenotes sagrados, en los que las más lindas princesas, ataviadas con ricas vestiduras y cubiertas de joyas rutilantes, eran ofrecidas en sacrificio a un dios implacable y sombrío.

Fue una noche en que el poeta Luis Rosado Vega escuchó de labios de Nicté-Ha su propio poema que lleva este nombre, cuando la bautizó con él.

Antes se llamaba Josefina.

—¡Nunca creí! —dijo el poeta— que mis versos tuvieran tanta sonoridad hasta que los escucé en tus labios!

Y trémulo de emoción, con las pupilas turbias, besó la frente morena de su intérprete.

Desde entonces se llamó Nicte-Ha, que en el idioma nativo quiere decir Flor de Agua.

Es una muchacha dulce, de ojos alargados y negros como el ónix, de tierna sonrisa y de clara inteligencia, con un profundo sentido de la belleza.

Cuando habla su voz es caricia en el oído.

Es sencilla y afable y desconoce la vanidad.

Ama la poesía porque la siente en su interior.

[166] *Novedades*, p. dos. N-B.

Y cuando viste sus lindos trajes típicos, llenos de color y se enjoya el cuello y los brazos, morenos, diríase que, en efecto, Nicté-Ha es una auténtica princesa maya.

Así, dulces y amorosas como ella, debieron ser.

Yo conocí a Nicta-Ha [*sic*] no recuerdo dónde ni recuerdo quién me la presentó. Era apenas una adolescente, pero me cautivó su sonrisa.

Yo nací también en esa tierra misteriosa del Mayab, la tierra que "no se parece a otra alguna". Donde los pájaros cantas [*sic*] y su trino tiene un sentido oscuro que no todos perciben.

Donde la tierra es rojiza como mezclada con sangre.

Donde florece la flor romántica del framboyán.

Yo nací en ese país cuyas noches son únicas.

El aire se hace transparente, el cielo se vuelve como de aculado cristal y la tierra toda despide perfumes voluptuosos que enervan y adormecen.

Poetas de la talla de Antonio Mediz Bolio y Luis Rosado Vega han recogido en las páginas de sus libros esas leyendas que nos dicen el origen de muchas cosas. Ambos dominan esa lengua musical que yo, sin embargo, ignoro.

Cuando era niña, hace muchos, muchísimos años, se me prohibió aprenderla de los labios de las indias que formaban la servidumbre de mi casa.

Me encantaba escuchar las canciones que en lengua maya me cantaban para dormirme.

Nicté-Ha la habla.

Su voz acariciadora me ha cantado muchas veces esas canciones que arrullaron mi infancia.

Cuando viene a visitarme y toma asiento cerca de mí, yo contemplo sus ojos alargados y negros, que tienen el brillo de las piedras preciosas, sus labios carnosos y frescos, que fingen la pulpa de un fruto tropical donde asoman los dientes parejos y blancos.

Y la quiero porque es dulce y es buena.

Unida a uno que supo comprenderla, ha recorrido con él muchas ciudades donde su presencia despertó curiosidad y admiración.

Muchos la tomaron por una verdadera princesa.

Ahora quiere conocer Europa. Visitar Roma y ver de cerca el Vaticano. Besar la mano de Su Santidad el Papa y llegar hasta España.

Para despedirse de nosotros, se disponen ambos a ofrecernos mañana un festival de danza, música y poesía. Agustín Aragón tocará sus composiciones al piano. Nicta-Ha [*sic*] dirá los versos de los poetas y bailará las danzas rituales mayas ataviada con sus ricas vestiduras. Veremos, pues, un espectáculo nuevo y maravilloso.

Y escucharemos estrofas llenas de inspiración que en sus labios adquieren una nueva musicalidad.

Sábado 22 de marzo[167]

Mañanas de Mérida

Hoy me levanté más temprano que de costumbre. El calor era tolerable y abrí las ventanas de mi sala, que miran a la Avenida Insurgentes. A esa hora, todo dormía aún. El cielo, lucía de un gris suave y el sol no había comenzado a despedir sus rayos de oro.

Había una gran quietud en la naturaleza.

Ni una rama de los altos fresnos que bordean la calle, se movía. La calma era absoluta. Por encima de los edificios, alguna que otra copa azul de jacaranda. Hace tiempo que había muchísimas. Cuando me asomaba en este mes de marzo a mi ventana, recuerdo una sombra azul como una enorme sombrilla abierta.

No sé quién tuvo la malhadada idea de cortarlas.

Una a una fueron cayendo bajo el golpe de hacha.

[167] *Novedades*, p. tres, segunda sección. N-B.

Después se las llevaron. Alguna que otra pudo escaparse. Pero en muchos jardines las hay y en esta época del año, alegran con su lindo tono de una lila azul…

La jacaranda es hermana del framboyán.

El framboyán, florece por este mismo mes de marzo.

Es de un rojo violento, como la llama. Sus flores están salpicadas de amarillo y en el centro tiene unos pistilos que le dan una linda apariencia.

El framboyán crece en los lugares cálidos.

Allá en mi ciudad natal, el framboyán, adorna todos los barrios humildes. Sobre las piedras de las albarradas, se yergue orgulloso y brillante. Y el efecto de lejos, es como el de un incendio.

Sus flores se deshojan con gran facilidad y forman una tupida alfombra sobre sobre el piso.

El framboyán me recuerda mi infancia feliz allá en Mérida la blanca. Recuerdo que me encantaba escaparme de mi casa para recorrer las barriadas humildes donde a la puerta de los limpios bohíos de paja, las mujeres con el seno desnudo, molían el maíz inclinadas sobre el metate o alimentaban a sus pequeños libres de todo prejuicio.

Las chozas relucían de limpias.

Y había macetas floridas y ramas que trepaban sobre los techos. Me encantaba el olor de la tierra, y la fragancia de las flores que crecían en los caminos, libremente.

Un día, aprovechando el descuido de los sirvientes, abrí la puerta del zaguán y me escapé…

Nadie me había visto.

Eché a caminar por esos barrios, llenos de poesía. En los árboles oíase el trino de los pájaros. Los "azulejos", volaban de rama en rama y los zenzontles, cantaban como una maravillosa escala croática [*sic*]. Veía las mariposas volar también luciendo sus tonos multicolores. Algunas eran azules o amarillas o blancas y cuando alargaba la mano para atraparlas me dejaban en los dedos un leve polvillo y escapaban ligeras.

Las horas se fueron sin sentir.

Yo había caminado mucho, hasta que encontré solo el campo. Ni una choza en la extensión. El sol iba ya de retirada y comencé a sentir hambre y sed. A la poesía del paisaje, iba cubriéndole la sombra del crepúsculo y apagando sus tonos. Los framboyanes ya no eran rojos. La sed y el hambre me [a]tormentaban y mis ojos desolados buscaron inútilmente un lugar dónde refugiarme. Los ruidos invisibles de la Naturaleza comenzaban su extraña sinfonía. Los grillitos rezaban como en el Diario [de] Amiel,[168] su oración de la tarde. Los pájaros se habían refugiado en sus nidos.

Y yo estaba sola, perdida en medio del campo. Comencé a llorar. Era inútil ponerme a gritar y divisé uno de aquellos viejos "Tilburis" de dos ruedas, guiado por un señor de blancos cabellos. Al verme, detuvo la marcha y me preguntó:

—¿No eres Charito, la hija de don Juan?

—Sí, yo soy.

—¿Y qué haces sola en estos parajes?

Le conté mi travesura y el buen señor enjugó mi llanto y me condujo hasta la puerta de mi casa, donde mi madre y mis hermanas estaban llenas de ansiedad. Habían enviado a la servidumbre a preguntar por mí en todas partes sin que nadie diera cuenta de mi paradero.

Papá estaba en la hacienda y cuando llegó, me echó un buen regaño. Jamás volví a escaparme al campo…

Pero hoy, en que abrí mis ventanas a las seis de la mañana, recordé aquellas otras, las de mi ciudad natal, en las que el aire perfumaba con el olor de las flores silvestres y el framboyán abre su sombrilla roja, sobre las piedras blancas de las albarradas...

Y sentí deseos de echarme a llorar.

[168] Se refiere a la obra de Henri-Frédéric Amiel, Diario íntimo, publicado póstumamente por entregas a partir de 1884.

Domingo 23 de marzo[169]

La quinta de los alemanes

Seis meses antes de su muerte, papá adquirió en Mérida una hermosa quinta de recreo llamada "La Quinta de los Alemanes", por pertenecer a una familia germana radicada hacía muchos años en el país.

Aquella quinta era preciosa y decorada al estilo de la época. Las habitaciones tenían tonos claros y amplias ventanas que se abrían al jardín.

Ocupaba una manzana entera.

Al final del jardín, comenzaba la huerta. Era una huerta en la que las frutas más deliciosas crecían. Tenía agua en abundancia y la rodeaba una "albarrada" de piedras por encima de las cuales descendían las ramas de las guayabas y de los naranjos.

En el jardín crecían toda clase de plantas. Las rosas más lindas y perfumadas ponían su nota de color y de gracia en los anchos arriates y las azucenas de San Juan, blancas y perfumadas, alzaban sus tímidas corolas en las mañanas estivales.

Papá no pudo disfrutar de su adquisición.

Murió antes de que pudiéramos ocuparla.

Cuando él emprendió el viaje sin retorno, nos trasladamos a ella encantados de aquel paisaje de maravilla.

Estaba situada en las afueras de la ciudad. Más allá de la calle cincuenta y nueve.

Nada me agradaba tanto como levantarme con el alba y meterme en aquella huerta. Me trepaba a los árboles para mirar desde su copa el panorama de la calle. Los pájaros entonaban su concierto matinal. Y las mariposas volaban ágiles.

Yo tenía apenas trece años, y era espigada e inquieta.

En esa fecha, fue cuando tuve un novio español, trabajador y honrado, que decía adorarme.

[169] *Novedades*, p. seis, segunda sección. N-B.

En realidad a los trece años ninguna muchacha conoce el amor. Tiene el presentimiento apenas.

Y yo lo presentí hermoso y lleno de amables sorpresas.

Lo que me gustaba era verle llegar muy temprano y decirme palabras bonitas. Del otro lado de la albarrada, él se detenía y me entregaba invariablemente un ramo de claveles rojos.

Yo charlaba con él desde las ramas de los árboles y entre nosotros mediaba una respetable distancia que hacía imposibles los apretones de manos.

Era un amor de novela.

Había leído tantas, que mi imaginación estaba llena de romanticismo.

El día en que él no iba me dejaba oculta entre dos piedras que yo conocía, alguna cartita de amor llena de tonterías —ahora lo sé— pero que entonces se me antojaba maravillosa porque me hablaba de su amor infinito y de sus sueños para el porvenir.

Jacobo —era su nombre—, era sin duda un buen muchacho. Tal vez si me hubiera casado con él, mi vida no sería lo que fue. En vez de andar escribiendo en mi máquina sería una respetable dama llena de hijos y libre de toda inquietud.

El destino no lo quiso.

Y yo fuí la culpable porque cuando el idilio llegó a oídos de mi familia me propusieron aceptarle formalmente. No había nada que reprocharle. Sería muy bien aceptado.

Y un domingo, a las cinco de la tarde, le vi llamar a la puerta de la quinta. Iba peripuesto y muy peinado con grasa el negro cabello. Un terno azul marino y unos zapatos amarillos y detonantes que me causaron un efecto tremendo.

Yo estaba acostumbrada a verle siempre vestido de blanco, con el pelo un poco alborotado, y así, sencillo y limpio nada más me agradaba verle. Me seducía el paisaje. Y mi imaginzación [*sic*] era la que en verdad había formado todo aquello.

La realidad fue para mí demasiado cruda y fría.

Comprendí que nunca podría querer a aquel señor estirado dentro de su traje azul.

La poesía se derrumbaba.

Y cuando Jacobo me miró con ternura preguntándome si estaba contenta de verle en mi casa, volví la espalda y escapé con rumbo a mi querida huerta para cortar rosas y comerme las olorosas guayabas que pendían de las ramas…

Poco tiempo después abandoné esta hermosísima Quinta de los Alemanes para vivir en el centro de la ciudad y mi vida tomó otros derroteros.

Anoche, en una fiesta, saludé a un joven de apellido alemán. Al verme me dió saludos de su familia. Es el nieto del primitivo propietario de aquella finca cuyo recuerdo vive en mí.

—Ahora la compró un político —me dijo— y la han dejado espantosa.

Por un segundo surgió ante mis ojos la imagen de Jacobo, pero se desvaneció casi en seguida.

Y volví a la realidad con un suspiro.

Lunes 24 de marzo[170]

Las abandonadas

El número de mujeres abandonadas es infinito. Si se hiciera una estadística nos quedaríamos asombrados.

Miles de hombres enamoran a una mujer y la rinden. Le mienten. La embaucan. Le hacen soñar en paraísos de ventura. Le dicen al oído las eternas palabras que subyugan y embriagan.

Ellas caen. Ceden ante la tentación. Ninguna piensa ni analiza.

La mujer es ciega en la hora tremante de la pasión.

[170] *Novedades*, p. tres, segunda sección. N-B.

Cierra los ojos a la realidad. Se niega a escucharla. Si alguien le advierte el peligro, se encoge de hombros. Lo único que importa es sentirse amada.

Mientras más dócil y sumisa, más terrible es su desengaño después.

En la clase humilde, los resultados son esos frutos del amor, que después ruedan por las calles o van a dar a los hospicios y a los asilos infantiles.

Si también se averiguara el origen de tantos criminales, sabríamos que casi todos son los hijos sin padre y sin hogar que la aventura trajo al mundo en un segundo de inconsciencia.

Crecen como los animales salvajes.

Como las plantas silvestres.

Crecen sin calor, sin ternura, sin afecto, sin el consejo de una madre amorosa, sin el apoyo de un padre responsable.

Crecen en el arroyo. Se crían en él.

Y aprenden toda esa maldad que es como una lepra que después los invade…

"Cómo me dan pena las abandonadas", dice el hermoso poema de Julio Sexto.

Miles de esposas que dejaron de ser lindas porque el tiempo implacable marchitó su belleza, vieron llegar los silenciosos días de la madurez sintiéndose solas también.

Ellos se fueron detrás del placer persiguiendo a la nueva mariposa o buscando el cáliz de otra flor para aspirar su fragancia.

Yo conozco a muchísimas mujeres abandonadas.

No todas están completamente solas.

Los maridos, todavía, van a su casa a dormir ya de madrugada sin dignarse siquiera tocar a su recámara. Pasan de largo, en puntillas, para no despertarlas.

Pero ellas velan. Están alertas al menor movimiento, dispuestas a perdonar con tal de sentir un poco de ternura.

No la tienen.

Viven sollozando en la soledad de su cuarto, rezándole a la Virgen para que les devuelva el cariño del infiel. Esperando que un tardío arrepentimiento les haga reconocer su error.

¡Mas ninguno se arrepiente!

Otras mujeres tremantes —las intrusas— se aprovechan para llevárselos y los retienen en sus brazos.

Los atan a su vida. Los alejan de su esposa y de sus hijos.

Y si más tarde obtienen el divorcio, son las que se aprovechan y se casan, ocupando el lugar de la esposa abandonada.

Miles de mujeres llorosas y tristes me hicieron confidencia de su soledad y de su drama.

—¡Si supieras! —me dicen.

Yo lo sé. La voz de la calle me lo contó.

Pero finjo ignorarlo para darles la oportunidad de volcar en mí su angustia.

Algunas se aferran desesperadamente en busca de otro amor. Y encuentran otro hombre que les ofrece ese hogar y ese calor que perdieron. Entonces la ilusión florece de nuevo en sus almas y sonríen y tratan de recuperar la juventud que se fue entre llantos y desvelos.

Los salones de belleza están llenos de estas mujeres que buscan la manera de reparar los estragos que el dolor hizo en su rostro.

Las que pueden pagan un cirujano que les estire la piel.

Las que no son ricas se aplican todas las recetas caseras que pueden devolverles en parte la tersura y lozanía de la piel.

Detrás de cada mujer ansiosa de belleza, hay siempre un corazón sediento de amor y de ternura.

¡Ay, el número de abandonadas es infinito, tanto como lo son las arenas del mar y las estrellas del firmamento!

Sábado 3 de enero[171]

Un escritorio de mujer

En una de esas casas señoriales donde había fiesta, descubrí hace noches un lindo escritorio de pulida madera con finas incrustaciones de nácar en la tapa. Unido al escritorio, tiene un pequeño librero de cristal. La tapa, de este escritorio, se levanta y deja ver el interior lleno de minúsculas gavetas.

Una señal pequeñísima que yo recordaba, me hizo reconocer en él al mismo escritorio que fue mío.

Estaba en mi habitación cuando yo vivía en México en la que fuera calle de las Fuentes Brotantes y más tarde, de Lucerna.

Ahora ya no existe.

Era un edificio de siete balcones.

La entrada era angosta y el jardín, pequeño, estaba lleno de macetas floridas.

Gradas de madera sostenían esas macetas.

En los corredores colgaban las jaulas de seis canarios hamburgueses, que desgranaban todo el día sus trinos.

Cerrando los ojos, podría yo reconstruir cada una de las recámaras. La mía, amplia y hermosa, con muebles de madera ojo de pájaro. El lecho tenía un dosel rojo de damasco. Y estaba rematado por una corona.

Dos puertas se abrían sobre el corredor dejando entrar el sol y la luz.

[171] *Novedades*, pp. uno y seis, segunda sección. N-B.

El pasillo estaba decorado según el estilo de la época. Los techos pintados con guirnaldas de rosas y angelitos mofletudos.[172] // La sala tenía los muros revestidos de un tapiz rojo que parecía terciopelo con grandes lirios negros. En el centro, un gran candil de Murano en dos tonos.

Cortinajes de Damasco verde y azul y un gran búcaro de porcelana lleno de flores. Los espejos, herencia de mi padre, eran Luis XVI y estaban rematados por cabezas de mujeres peinadas con rizos.

Cada rincón de mi sala lo recuerdo.

El piano, en el que yo estudiaba las escalas por la mañana. Cuando daban las cuatro llegaba la profesora. Era una dama menudita y dulce que se llamaba Amelia.

Tomaba asiento junto a mí y me iba señalando las faltas.

—Esa nota no está bien. Repítala.

Yo me ponía entonces unas lindas batas de seda plisadas con grandes cuellos de encaje para disimular la excesiva esbeltez de mis diecisiete años.

Y mientras mis dedos recorrían las teclas de marfil, la loca de la casa escapaba invariablemente haciendo que la maestra dijera:

—No pone usted atención. Está pensando en algo muy diferente.

Yo me sonrojaba y daba disculpas. Trataba de oír sus indicaciones. Pero entonces el canario hamburgués rompía a cantar.

Y mis ideas se volvían a escapar de la jaula de mi cerebro.

Cuando Amelia se marchaba, yo respiraba a gusto. Cerraba el piano sobre el cual había un mantón filipino de largos flecos. Me miraba al espejo, colocado enfrente. Era un espejo ovalado, sobre el cual dos dragones verdes unían sus garras doradas.

Subía a mi recámara.

Y me vestía para ir a dar mi paseo acostumbrado por Chapultepec.

[172] Comienza en la página 1 y continúa en la página 6, columna 1.

Eran tiempos de abundancia en los cuales no necesitaba preocuparme de nada, sino de satisfacer mis caprichos de niña mimada.

En aquel escritorio me dedicaba a escribir mis versos. Unos versos llenos de romanticismo.

Tenía poca correspondencia que contestar.

Pero las gavetas estaban llenas de papeles que yo guardaba en ellos. El tintero era de cristal de roca con tapa dorada. Y las plumas tenían forma de tallos de flor.

Cuando escapé de la ciudad de México, mi casa quedó tal como estaba. Me dijeron que era necesario hacer aquello.

Y mi poca o ninguna experiencia hizo que lo aceptara sin protestas.

Quedó en la sala aquel lindo cuadro que me regalara un pintor de entonces. Representaba un búcaro colmado de amapolas rojas y blancas. Quedó todo, tal como estaba cuando yo vivía en ella.

Cuando años más tarde regresé, mi casa había cambiado de apariencia. Y poco tiempo después fue derrumbada y convertida en una fría casa comercial…

Cuando alguna vez paso frente a ella, el corazón se me encoje dentro del pecho.

Ese escritorio, con sus incrustaciones de nácar, que descubrí en el salón de una residencia, hizo que ese capítulo de mi vida volviera a mi memoria.

No sé quién lo vendió.

Pero lo adquirió el dueño de esa mansión. Y ahí está con su pequeño librero de cristal que yo tenía siempre lleno con libros de versos y novelas.

¿Qué diría este escritorio si hablara? Podría contarme todo lo que sabe desde que yo eché a caminar en pos de mi destino…

Domingo 4 de enero[173]

Detener el tiempo

Se dice que Josué detuvo la marcha del sol.

Ahora, miles de hombres de ciencia tratan de detener la marcha del tiempo para que la belleza de la mujer no se marchite.

Cuando se leen las viejas recetas de que Lianna de Pougy, escribiera en su famoso tratado "El arte de ser bonita" y se comparan éstas con los modernos procedimientos, dan deseos de reírse.

Lianna de Pougy recogió recetas de tiempos antediluvianos.

Muchas de ellas, imposibles de ponerse en práctica.

Eran además antihigiénicas y altamente molestas y desagradables de aplicar como las horribles máscaras de tela que se adherían al rostro y las cataplasmas de carne fresca, que al descomponerse por el calor, producían un mal olor insoportable.

Ayer pasé por una de esas elegantes librerías en las que hay de todo desde el libro de actualidad hasta la revista mejor presentada.

Y sentí curiosidad y adquirí algunos ejemplares de la revista francesa más bien presentada que se ocupa solo de la bella femenina.

Todas sus páginas son un culto a su coquetería.

Cuantos procedimientos pueden emplearse para conservar la belleza y evitar los estragos del tiempo, están expuestos en ella con ilustraciones sobre modelos vivos.

Nada de trucos ni de mentiras.

Cada parte del cuerpo humano puede ser tratado de modo que conserve su bella apariencia, y su aspecto saludable.

Ahora es el moderno procedimiento eléctrico.

Las hormonas extraídas de animales.

Tratamientos cómodos y agradables inclusive, que no causan molestias ni obligan a realizar esfuerzos siempre peligrosos.

[173] *Novedades*, p. ocho, segunda sección. N-B.

Los ejercicios exagerados después de cierta edad, hacen más daño que beneficio y en México debido a la altura afectan el corazón.

Entonces hay que buscar los medios de evitarlos.

Los masajes que también en un tiempo se creyó, que eran buenos, han demostrado no serlo a menos que la mano que lo dé sea realmente experta.

A la larga, apenas se suspende en [*sic*] tratamiento, caen los años como un alud destruyendo la buena apariencia.

Las páginas de esta revista impresa en un papel de primerísima calidad traen también vistas de París, la ciudad que no ha sido superada ni podrá serlo precisamente porque es la cuna del arte femenino. La mujer de Francia posee el secreto de la eterna gracia.

Contemplando esos rostros de líneas juveniles, se advierte en ellos la llama interior de la inteligencia sin la cual no existe la belleza completa.

Un rostro de muñeca boba, fatiga y cansa.

Pero mujeres que conocen muchas cosas y saben extraer de la vida la miel y el fruto, mujeres que con una sola mirada desnudan el corazón del hombre, mujeres que se mueven con un ritmo, inigualable, solo se encuentran en París.

Cada adorno, cada accesorio, cada perfume, es acabado modelo de buen gusto.

Los cabellos siguen conservándose cortos.

Los rizos suaves forman como diadema en torno a la frente.

Aquellos complicados peinados de la corte de María Antonieta, resultarían en nuestra época absolutamente fuera de lugar.

Hoy todo se simplifica.

Todo se hace agradable y sencillo.

Y nuestras mujeres lo saben puesto que en la actualidad, asistir a una reunión, del gran mundo, nos hace comprobar cómo la mexicana ha sabido adaptarse a la moda francesa y extraer de ella lo más conveniente para su silueta.

Aquellas mujeres obesas, han desaparecido para dejar su lugar a los talles esbeltos. La piel grasosa, es casi desconocida en nuestros días, donde miles de productos científicos conservan la piel lozana y fresca como los pétalos de las rosas.

Josué detuvo al sol.

La ciencia detiene el tiempo para que la mujer pueda prolongar su belleza y sus encantos y seguir siendo, como hasta hoy, la alegría del mundo.

Lunes 5 de enero[174]

Catalina D'erzell [*sic*]

Hace tres días, una esquela publicada en los diarios, invitaba a las misas que por el descanso eterno del alma de Catalina D'Erzell hacían sus deudos.

Muy poco tiempo hace que ella se fue del mundo.

La mató esa enfermedad terrible, que es el azote de la Humanidad: el cáncer.

En los últimos meses Catalina se negó a dejarse ver. No quería inspirar compasión a nadie. Su radiante hermosura se había apagado entre los sufrimientos espantosos del mal.

Yo fui su amiga.

A mi llegada a México, ella fue a buscarme y me dedicó en su sección "Digo yo como mujer", un bello artículo que tituló: "¿Cuál será la recompensa de Rosario Sansores?"…

Algunas tardes íbamos juntas a pasear por la ciudad.

Y me hizo confidencia de sus penas, que fueron muchas.

Toda su vida me la reveló.

Nacida en una época en que la mujer carecía de toda defensa, fue una víctima del destino.

Fue trabajadora incansable.

[174] *Novedades*, pp. uno y cinco, segunda sección. N-B.

Escribió cuentos y novelas que le fueron premiados en varios concursos.

Más tarde se dedicó de lleno al teatro. Sus dramas, calcados sobre la fría y triste realidad, le valieron el aplauso de todas las mujeres, que lloraban emocionadas cuando se representaban.

"Esos hombres" fue su drama más popular.

Para escribirlo, Catalina observó muy de cerca el escenario.

Y puso en él mucho de sí misma.

También su obra "Maternidad" le valió muchísimos aplausos y cuando el cine fue ya una fuente de trabajo, ella se dedicó a escribir para él. En la radio, adoptó casi todas sus novelas y sus dramas que se pasaban en forma de episodios.

Desde muy temprano, Cata, como la llamábamos, se sentaba a escribir frente a su mesa.

Estaba rodeada de los retratos de su juventud que la representaban en toda su espléndida hermosura.

Fue un poquitín vanidosa, pero este pecado es muy femenino y[175] // además muy natural en una mujer que como ella, tuvo halagos y recibió homenajes muy merecidos.

En el año de 1934 el Ateneo de Tampico nos invitó a ella y a mí para sustentar dos recitales.

Y allá nos fuimos encantadas.

Durante cinco días que duró nuestra estancia, fuimos objeto de cariñosas demostraciones de simpatía. Cata dio una conferencia sobre la juventud moderna. Yo, dije mis versos.

Después, el trabajo nos absorbió a las dos.

Ella tenía cada vez más oportunidades. Se fue a Hollywood para aprender, allá todo lo relacionado con la adaptación de obras para el cine. Y vió filmar su película "La inmaculada", que le produjo mucho disgusto, porque a su juicio el argumento lo cambiaron por completo.

[175] Comienza en la página 1 y continúa en la página 5, columna 1.

Después se filmaron otros dramas suyos también, que le dejaron dinero suficiente. Había adquirido, una casita en la colonia Narvarte, cerca de la madrecita, a la que siempre adoró y veneró.

Nadie hubiera pensado jamás que podría sobrevivir a su hija.

Y sin embargo, vive todavía. Sus cabellos son ya de nieve y sus ojos claros han vertido ya todas sus lágrimas.

Pedro, el hijo mayor de Catalina, se había casado ya. Y meses más tarde, se casó Elia. En su lecho de muerte, la amorosa madre quiso recibir el juramento de que el matrimonio se celebraría lo más pronto posible, para que no quedara en el abandono la hija por quien tanto luchó.

Las amigas más fieles asistieron a las misas.

Y todas elevaron sus preces por el descanso del alma de aquella que fue modelo de hijas, modelo de madres y ejemplo de mujeres laboriosas y esforzadas.

Yo no pude ir. Algo muy urgente me lo impidió.

Pero, mientras mis dedos corrían sobre el teclado de la máquina, el recuerdo de la dulce amiga surgió ante mis ojos.

Y sentí que las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

Miércoles 7 de enero[176]

Una aclaración

Hace más de siete años que conocí casualmente un bello pasillo ecuatoriano. Lo escuché de labios de unos trovadores en una reunión.

Descubrí que los versos eran míos.

Le habían cambiado el título. El original, se llama en realidad "Cuando tú, te hayas ido" y constan estos versos en mi libro "La novia del sol" publicado en México en el año del 32.

El autor de la música un señor Brito lo llamó "Sombras". Y esta música es preciosa y se adapta perfectamente a la letra.

[176] *Novedades*, pp. una y dos, segunda sección. N-B.

Como estoy acostumbrada a que nadie me pida mi opinión para hacer canciones con mis poesías, no dije nada. Si la música era hermosa, lo demás no me importaba.

Sentía un dulce placer cuando la oía cantar en muchísimas fiestas. En la propia embajada del Ecuador hace un año, la cantaron.

Pero, resulta ahora que los pájaros le tiran a las escopetas.

El señor que puso la música, se dice el autor verdadero de los versos y amenaza con acusarme de que digo mentiras.

De no ser esto, jamás me hubiera ocupado de semejantes tonterías, pero creo que en este caso, debo poner en claro las cosas.

Le [*sic*] letra de "Sombras" fue escrita en el año de 1930 en La Habana.

Cuando vine a México, la casa Botas editó mi libro "La novia del sol" y en él, están.

El pasillo, tendrá siete u ocho años de lanzado.

Así pues la diferencia de tiempo es mucha.

Y bastaría conseguir un ejemplar del libro para encontrarlos.

Realmente resulta muy gracioso todo esto.

Un joven compositor y cantante ecuatoriano me puso en antecedentes y me pidió que haga la debida aclaración para que no sigan creyendo muchos que esa letra es de otro.

La verdad tiene un sello inconfundible.

Y no creo necesitar de aclaraciones, pero, para quienes ignoran el origen, de todo, es preciso decirles cómo nació "Cuando tú, te hayas ido" y cómo le cambiaron el nombre y lo volvieron canción.

El pasillo, se canta en toda la América.

Una cantante mexicana me contó que ella misma había grabado varios discos de "Sombras" en muchísimas ciudades.

Yo jamás tuve noticias de nada.

Nunca he hecho tráfico de mi poesía por considerar que es lo único que realmente, me pertenece como expresión sincera de mis sentimientos.

Es en ellos donde me encuentro.

A veces recuerdo las palabras de Mata el español:

> Machaco prosa por ganar la vida
> y esculpo versos para darme gusto…

La poesía nunca dió para vivir.

Se escribe con sangre del corazón.

Y se escribe para deleite de nosotros mismos.

Si se pudiera vivir del producto de los versos, yo tampoco lo querría. Consideraría una profanación esto.

Desde que tenía siete años, los escribo porque son una necesidad para mi alma.

Heredé esta afición de mi familia materna en la que abundaron escritores, periodistas y poetas. Mi tío Joaquín Gonzalo Pren dirigió muchos años "El eco del comercio", en Mérida.

Tengo un primo poeta, y novelista: José Esquivel y Pren autor de muchos y bellísimos libros de versos.

Y los amo porque gracias a ellos puedo decir todo lo que llevo en mi interior.

Por eso nunca he reclamado cuando, sé que alguien los toma y le pone música. Sé que de este modo, se popularizan y van a todas partes como mensajeros de amor.

Y nunca me hubiera ocupado de contarlo si no fuera porque allá en el Ecuador, el que se dice autor de la letra sin derecho a ello,[177] // pretende diz que [*sic*] acusarme de mentir…

La novia del sol en la página sesenta los incluye:

> Cuando tú te hayas ido,
> me envolverán las sombras...
> Cuando tú te hayas ido
> con mi dolor a solas

[177] Comienza en la página 1 y continúa en la página 2, columna 3.

evocaré este idilio
con sus azules horas…

Esperemos que ese señor, se tome la molestia de comprobarlo así.

Jueves 5 de marzo[178]

Las dos casas[179]

El tema, por viejo y gastado, no merecería comentario si no fuera por la gran cantidad de historias que oigo todos los días, girando en torno de este problema angustioso que los mexicanos se crean por gusto.

La vida en sí sería sencilla, limpia y transparente, si viviéramos de acuerdo con las leyes de la Naturaleza y de la decencia.

Si en vez de enlodarse y de llenarse de complicaciones, los hombres dieran preferencia a una existencia tranquila y feliz.

Pero para algunos, la felicidad consiste en hacer la desgracia ajena.

En hundir a una mujer en un mundo de amarguras.

Hacerle creer cosas que más tarde el tiempo deshace como copo de espuma.

¡Cuántos hombres se casan a sabiendas de que otra mujer quedará llorando eternamente su abandono!

Alguna vez también ellas engañan y mienten en busca de un matrimonio de conveniencia que les dé la posición que ansían.

Un corto que vi anoche en el cine trataba de esto.

Mientras el sacerdote hacía la pregunta de ritual: "¿No existe ningún inconveniente para celebrar esta boda?" Él recordaba las

[178] *Novedades*, pp. uno y tres, segunda sección. N-B

[179] Debido a la encuadernación en volumen, no se alcanzan a leer letras de palabras o palabras enteras. Cuando se ha podido deducir, se ha anotado entre corchetes.

lágrimas de la mujer que todavía la víspera le rogaba no abandonarla [y] lo amenazaba con evitar su boda. Un frío sudor le corría por la [fr]ente y sus ojos azorados miraban en derredor temiendo que se [cum]pliera la amenaza que la mujer prefirió abandonar, acaso con un [espí]ritu de filosofía encomiable.

Cuando un hombre deja de amar, lo mejor es dejarle ir. ¿Quién [ti]ene un corazón que se va?...

Ella recordaba también su promesa. La promesa que hizo a un [hom]bre de esperarle todo el tiempo que fuera necesario.

Y había echado al olvido esa palabra para casarse con aquel que [i]ba a su lado, y ambos eran culpables.

Ambos habían faltado a su juramento.

Y aquella unión iba a cimentarse sobre las bases del perjurio.

Hace años vino a mi casa una mujer joven y hermosa. Tenía […] hijos y su marido la había engañado. Había formado "casa" [apa]rte con otra mujer.

Al saberlo, la esposa se alzó colérica y pidió el divorcio.

Más tarde le pesó, porque su marido, viéndose libre se casó con [la] otra, y sus hijos sufrieron las consecuencias puesto que, siendo [...], perdieron la posición, conformándose con la pequeña pensión [que] él les asignó.[180] // —Si hubiera tenido la experiencia que tengo hoy, ¡jamás lo hubiera hecho! —me confesó con los ojos turbios de llanto.

Continuamente recibo cartas de mujeres desoladas. Todas me dicen lo mismo:

—Me abandonaron con tres hijos.

—Me dejó por otra y tengo cinco hijos.

La inconsciencia eterna siempre. El eterno engaño, la traición, repetida hasta el cansancio.

Cuando, hace tiempo también, asistí a una fiesta en la que iban a celebrarse los quince años de una muchacha, encontré que el padre se negaba a que se hiciera público tal acontecimiento social.

[180] Comienza en la página 1 y continúa en la página 3, columna 3.

Existía de por medio otra hija que tenía la misma edad que la legítima.

¡Y como no quería hacerla sufrir, sacrificaba a una por la otra!

Mientras tanto, la esposa tuvo que afrontar la situación y dar disculpas a los cronistas que se presentaron en el salón.

La disculpa era inútil porque los que estaban en la fiesta sabían aquella historia.

Tener dos casas y hasta tres representa para muchos hombres el deleite supremo. Saber que besan una boca y la están traicionando, les produce, seguramente, una grata emoción.

Porque, de lo contrario, no lo harían.

Cuando mueren, si la muerte ocurre súbitamente, quedan miles de problemas a su espalda.

Los hijos legítimos y los bastardos disputan por la herencia. Las mujeres también disputan. La ley las ampara hasta cierto punto y reconoce derechos en las que llevan determinados años de unión, aunque sea ilegal.

Fue así como un médico fallecido hace años, mermó la herencia de sus hijos, porque una buena parte le tocó a los "otros".

Y en el fondo, un sentimiento de odio y de rencor se alzó en el corazón de la esposa cuando tuvo noticia de aquello. ¿Valía la pena el haberse sacrificado tanto para saber semejante historia de adulterio?

Desde que el mundo echó a rodar el hombre ha sido siempre adúltero y mentiroso. Adán no pecó porque en el paraíso solo existía una mujer. De lo contrario, el problema de la manzana se hubiera complicado muchísimo más.

Servicio doméstico

Mientras me servían el té en aquel saloncito elegante y acogedor, mis ojos observadores comenzaron a pasar revista a las mujeres que a esa hora —las seis de la tarde— iban llegando risueñas, muy maquilladas y envueltas en estolas de piel.

México adquiere en estas tardes todo el aspecto de las grandes capitales de Europa.

Junto a mi mesa, se sentaron tres amigas mías.

Después de los saludos de rigor, la charla derivó hacia el manido tema del servicio doméstico.

Las tres se quejaban de lo inútiles que son las fámulas, de lo ignorantes y zafias.

Una de ellas contó:

—Es cuestión de suerte. Fulana, por ejemplo, tiene sirvientas desde hace veinte años. Son como perros fieles.

—No sé lo que hará —repuso la segunda.

—Ya le pedí la receta —añadió la tercera, burlona.

En ese momento llegó una cuarta dama. Al verla la saludaron invitándola a sentarse con ellas y la conversación se reanudó sobre el mismo tema de la servidumbre.

La última dama, a la que conozco hace tiempo, es muy bonita y de aspecto muy dulce. Se sonrió y expuso su opinión.

—A mí no se me van nunca las criadas porque sé tratarlas. No les otorgo demasiada confianza, pero sí veo en ellas a seres humanos como nosotros y pienso que bastante humillación tienen en servirme para que yo abuse de mi posición y las reprenda injustamente. Si algo hacen mal procuro llamarles la atención con buenas maneras y hago lo posible por enseñarlas yo misma. Ellas acaban agradeciéndomelo y se quedan en mi casa encantadas porque, además, les pago un sueldo de acuerdo con las necesidades de esta época de carestía.

[181] *Novedades*, pp. tres y seis, segunda sección. N-B.

—Es tener demasiada paciencia —dijeron todas a coro.

—Sin paciencia, es inútil pensar en que nada salga bien en esta vida. Yo, por ejemplo, era muy impaciente antes. Todo quería arreglarlo en un momento. Mis nervios estaban siempre exaltados, hasta que un día cometí una falta imperdonable y la vergüenza me hizo reaccionar. He aprendido una cosa: que todo requiere su tiempo justo. He aprendido que la fruta necesita también un tiempo determinado para madurar. Y que todo está sujeto a un proceso. Cuando lo supe y adquirí paciencia, me di cuenta de que no tendría ya jamás ningúna mortificación, porque la mayoría de nuestros disgustos dimanan de la falta de comprensión y de paciencia para comprender a los demás.

Las otras amigas se habían quedado silenciosas.

Tal vez en el fondo, reconocieron que tenían mucha parte de culpa en la mala servidumbre.

Actualmente, la mayoría de las mujeres humildes prefiere el trabajo de la fábrica o del taller, que les asegure unas horas de absoluta libertad; en cambio, la que trabaja como sirvienta, jamás descansa. Se le llama para todo y a veces a medianoche la necesitan y le roban el sueño para hacerle algún encargo o darle alguna orden.

Hay señoras déspotas atrabiliarias y groseras que tratan a sus criados con palabras duras y violentas. No piensan que precisamente por la humildad de su origen, desconocen muchas cosas y que hay que enseñarlas pacientemente y no emplear jamás palabras ásperas.

Y difícilmente habrá nadie que se le resista.

Yo nunca he podido olvidar que una tarde fuí en busca de una amiga a su casa. No estaba vestida y me mandó pasar a la sala con la sirvienta.

—La señora vendrá en seguida.

Me quedé mirando un álbum colocado sobre la mesa, cuando llegó a mis oídos una voz destemplada que le reclamaba a la criada el haber planchado mal un traje. Aquello no era una

dama, sino una vulgar borracha la que se expresaba con conceptos indignos.

Cuando, diez minutos después, apareció sonriente, me saludó afable y me preguntó si había yo escuchado una discusión.[182] // —No, no oí nada. Estaba mirando un álbum.

Pareció tranquilizarse, pero aquella escena, escuchada involuntariamente, hizo que rompiera su amistad.

Y es que abundan los que delante de la gente son una cosa y otra muy diferente en el interior de su hogar.

Habíamos terminado de tomar el té. La reunión se fue dispersando. Mis amigas se fueron al cine y yo me marché a caminar por la avenida Madero, pensando en que la mayoría de los problemas los creamos nosotros.

Sábado 3 de octubre[183]

La primera periodista

¿Quién fue la primera periodista? El sexo fuerte ha tenido privilegios en todas las épocas; pero ninguna mujer se había arriesgado a practicar esta profesión, hasta llegar a Delfina Gay. Era una muchacha inteligente y sencilla, llena de ideas. Una mañana del año de 1830 se presentó en la redacción de "La Presse", y pidió hablar con el director.

—Deseo —le dijo— colaborar en su periódico. Estoy segura de que el número de sus lectores aumentaría.

—Es que ninguna mujer lo ha intentado hasta hoy —fue la respuesta.

Alguien tiene que dar el ejemplo.

Fue así como Delfina Gay comenzó a escribir. Era infatigable y cuando no existían ni la máquina de escribir ni el teléfono, ella iba y venía, buscando noticias. Las sabía escribir con un buen

[182] Comienza en la página 3 y continúa en la página 6, columna 1.

[183] *Novedades*, pp. uno y dos, segunda sección.

estilo. Escribía, sobre todo, crónicas sentimentales, páginas políticas o crónicas frívolas. Y fue la inventora del folletín.

Los folletines aumentaron notablemente la circulación de "La Presse". Los lectores se prestaban unos a otros el diario para continuar la lectura. Novelas románticas, truculentas y apasionadas eran las suyas.

Pero Delfina Gay no estaba contenta. Tenía más ambiciones y una mañana le propuso al dueño casarse con él.

Era joven y agraciada. El director, que era el propietario del periódico, midió las ventajas de esta unión y aceptó la proposición. De este modo, ella pudo dar rienda suelta a todas sus ideas, que eran muchas.

Veinte años trabajó infatigablemente. Durante veinte años los redactores la vieron llegar sonriente y tomar asiento, frente a su escritorio donde las cuartillas se llenaban rápidamente con su letra apretada y menuda.

Emilio Girardin era el esposo de Delfina y se sentía feliz teniendo como compañera y socia una mujer como ella. No tuvieron luna de miel, porque al día siguiente de haberse casado, los dos trabajaron igual que todos los días. Ella, dedicada a la búsqueda de noticias o a la crónica de boulevard, a las actualidades políticas, a sus folletines, que se sucedían unos a otros, con notable éxito.

El interés que despertaba en los lectores les hacía comprar el periódico al día siguiente.

Saint Beuve, crítico severo, tuvo para la labor de la señora Girardin, elogios merecidos. El señor Girardin se consideraba el hom-[184]//bre más feliz de la tierra. Había hecho un buen negocio reuniendo en una sola mujer a la esposa y a la socia.

Veinte años duró esta vida de trabajo. La periodista, ¿sofocó acaso sus ensueños llevada del amor a su profesión? Es lo probable.

[184] Comienza en la página 1 y continúa en la página 2, columna 3.

En el fondo no amaba a su marido, pero le fue fiel. Había buscado en aquel matrimonio el modo de llegar donde se propuso y nada más. Algo debió ocultar en el fondo de su alma. Algo que a nadie reveló.

Trató de ser una esposa intachable y ahogó toda rebelión sentimental. Fue también autora de comedias que no se estrenaron sino después de su muerte, ocurrida en el año de 1885. Entre sus papeles fue encontrado un manuscrito inédito. Tenía por título: "Una mujer que detesta a su marido". Era la confesión de una mujer que se había encadenado a un hombre llevada del amor a su profesión y del deseo de servir a su pueblo desde las páginas de un diario.

Delfina Gay pasará a la historia como la inventora de ese estilo de lectura llamado folletín, que más tarde popularizaron los novelistas del siglo diecinueve. Los que le siguieron continuaron la obra. Alejandro Dumás escribía para muchos periódicos y tenía a su servicio numerosos amanuenses encargados de darle forma a las ideas del gran escritor. Ocurría a menudo que Dumás olvidara lo que había dictado el día anterior y resucitara a los que había matado.

Entonces el amanuense le refrescaba la memoria:

—Señor, ayer lo mató usted de un tiro.

—Es verdad.

Y buscaba otra solución. También Pérez Escrich fue novelista de folletín. Sus obras prolijas en detalles tardaban meses enteros en terminar sin que decayera su interés.

La comedia de Delfina Gay se estrenó después de su muerte. Era la historia de su propia vida que no se atrevió a revelar en las cuartillas que escribió. Un resto de íntimo pudor se lo aconsejó así.

Muchas y buenas periodistas han existido y existen en el mundo pero fue ella la que tomó la iniciativa, en una época en que ninguna mujer se había atrevido a ello. Y dedicó a su profesión toda su vida fructífera.

Domingo 11 de octubre[185]

¡Libertad de prensa!

La función de la prensa implica una grave responsabilidad, porque el periodista honrado tiene el deber de cumplir con su elevada misión de darle al público la verdad siempre.

Sin embargo, amparados en este manto de libertad, hay muchos que se aprovechan para desfogar inquinas personales y atacar sin causas justificadas.

Las palabras de aquella mujer que en el cadalso reconoció esto se divulgaron por todo el mundo. ¡Libertad!, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

Yo siempre he pensado que la historia del futuro se escribiría al través de los periódicos.

De ahí que quien los escribe tenga cuidado al emitir sus juicios y sus apreciaciones.

La historia al través de los libros, escritos por hombres que se dejaron arrastrar por sus impulsos, es falsa en muchos de sus aspectos. Esto es fácil de comprobar leyendo simplemente un mismo episodio escrito por varios autores. Cada uno dice las cosas a su modo.

No cabe duda que la libertad de expresión es uno de los derechos de la civilización.

Mas no todos saben hacer buen uso de él.

Yo he leído críticas y burlas a gobernantes, a quienes pusieron en la picota del ridículo sus atacantes.

Se han introducido en su vida privada, y han hecho de ella mofa y escenario.

La vida pública es una. La privada, otra. En la primera todos pueden ahondar. La segunda debe ser respetada.

Muchos por el hecho de ostentar una credencial, se imaginan que son dueños del mundo. Nada tan falso.

[185] *Novedades*, p. doce, segunda sección.

El hecho de ser periodista es ya una distinción que debemos llevar con orgullo, procurando que nuestros actos se ajusten a la más completa honradez y veracidad.

Abultar los hechos o desfigurarlos, acaba por desacreditar.

Noticias que en realidad no debían publicarse con grandes caracteres, se colocan a veces en primera plana para atraer la atención. Recuerdo que hace años en la avenida del 16 de Septiembre, un voceador propalaba a grandes gritos la súbita muerte del licenciado Vicente Lombardo Toledado, uno de los hombres más combatidos por sus ideas. La gente arrebataba el diario de las manos de los vendedores. Y resultó una de tantas falsas alarmas.

Cada noticia debe ser comprobada antes de darse al público. Periodismo, debe ser verdad.

El que la ejerce, sabe que su profesión es un sacerdocio. Miles de periodistas encontraron la muerte por correr detrás de una información. Los corresponsales de guerra afrontaron valerosamente el peligro y muchos fueron víctimas de su profesión.

No basta hablar de la libertad de prensa. Hay que probar que efectivamente existe. Y defenderla. Levantar la voz contra todo lo que sea imposición y dictadura. La época que vivimos es de libertad y ésta debe brillar por encima de todo como una antorcha.

Ahora que se celebra el congreso de prensa en México, es el momento de fincar sobre sólidas bases la libertad de expresión y condenar a quienes le ponen a la prensa mordazas y yugos.

Lunes 12 de octubre[186]

¿Son felices las mujeres de los grandes hombres?

Para toda mujer que ama, el deseo más firme es la posesión total del objeto amado. La mujer es exaltada, apasionada con exceso y absorbente.

[186] *Novedades*, p. uno, segunda sección.

No quiere compartir con nadie lo que juzga suyo.

De ahí que a veces me ponga a pensar en esas mujeres que son esposas de grandes hombres y que nunca les tienen para ellas. Se deben a los demás, al público, a sus admiradores si son artistas. A sus correligionarios, si son políticos.

Ellas son las que menos disfrutan.

Cuando llega la hora del descanso miles de preocupaciones le asaltan. Piensa en los discursos que deberá pronunciar, en los actos en que debe tomar parte. Y sus ideas se encuentran muy lejos de todo lo que le rodea.

Hay mujeres que se satisfacen con esto. Su vanidad de ser esposas de un hombre famoso las lleva a aceptar este estado de cosas y aparentar una felicidad que no sienten.

Quien sabe leer entre líneas, debe haberse dado cuenta entre las declaraciones que han hecho muchas esposas de hombres ilustres, de que en su vida hay en realidad un vacío que tratan de llenar con trabajo. Hay que distraerse y hay que olvidar.

Mi marido —dijo una dama— tiene en mí su mejor lectora. Yo oigo la opinión pública y soy la encargada de hacérsela conocer para que a su vez, él sepa a qué atenerse. ¿No es un amable y dulce papel?...

—Mi marido —dijo otra— me consulta todo lo que va a hacer para estar seguro de que no le miento. Me conoce lo suficiente. En los otros, acaso el halago o el deseo de agradarle impida que se atrevan a externar sus ideas. Yo le digo lo que creo lisa y escuetamente…

Cuando la esposa es culta y posee un criterio propio, es una felicidad, sin duda alguna, para su marido.

Pero no todos los hombres cultos están casados con mujeres de su misma categoría espiritual.

Muchos han elegido muchachas sencillas, de hogar simplemente.

Muchachas para que fueran en su vida remanso, dulzura y paz.

Las mujeres demasiado "marisabidillas", como las llamaron nuestros abuelos, suelen tomar la delantera a sus maridos.

Y dárselas de sabias y conocedoras.

Recuerdo el caso reciente de una dama, a la que me presentaron en una comida. Es esposa de un funcionario público, hombre que pasa por honrado y juicioso. Él ya no es joven y su mujer, en cambio, sí.

Esta ventaja ha hecho que se sienta con el derecho de humillarle continuamente.

La charla había derivado hacía muchos temas. Ella daba su opinión siempre, y desbarraba en forma lamentable sin que él, por educación o miedo al ridículo, se atreviera a decirle nada.

Es cosa muy difícil sostener una conversación sobre temas de altura y mantenerse en el mismo plano siempre, a menos que se posea una cultura sólida y se tenga costumbre de hablar en público.

Hace años que la esposa de un "grande hombre" me confió, llorando, su desilusión y su amargura:

—Preferiría que fuera simplemente un hombre como los demás, pero que fuera mío. Nunca le veo, porque sus compromisos lo retienen fuera de casa…

["]¿De qué me vale ser la esposa de un hombre así? Mis amigas me envidian y me dicen siempre que debo sentirme orgullosa…

["]Pero yo te confieso aquí, en la intimiad, que dista mucho de serlo.

["]¡Mi marido es de todos, menos mío![”]

Ciertos privilegios se pagan muy caros.

El engaño

Una desolada esposa vino a contarme sus penas. Era una mujer pequeña, de piel morena y ojos tristes que el llanto bañaba. Su voz sonaba a lágrimas.

—Quiero pedirle un consejo —me dijo.

Y estalló su angustia.

Su problema, igual que el de miles de mujeres, es el del engaño y la traición. Su marido se puso a acariciar y besar a una criadita que ella tiene para que la ayude en los menesteres domésticos. Debido al quebrantamiento de su salud, tuvo que buscar quien la ayudara.

Y la semana pasada salió a la calle para llevar a su sobrina a tomar un poco de sol.

Entonces el marido, que al parecer estaba enfrascado escribiendo en la máquina, aprovechó la ocasión. La criadita, una chica de catorce años, estaba entretenida mirando los "Muñequitos" del periódico cuando él la tomó en sus brazos.

Pero tal vez alguno de esos oscuros presentimientos que nadie se explica, hizo que la esposa regresara antes de lo que creía.

Vió la puerta de la alcoba cerrada y tocó.

Salió él, al parecer malhumorado, y ella, disimulando también, fingió arreglarse el cabello. Pero después le contó la verdad.

Bueno, no había pasado nada malo. Simplemente, el señor la había besado.

—¿Qué hago? —me preguntó— ¿Le reprocho? ¿La echo a la calle a ella? ¿Y si él se va detrás? No sé qué hacer.

En casos como este, tan frecuentes, la esposa discreta finge no saber nada. Recuerdo que una amiga mía, que no siguió este consejo, tuvo que sufrir la humillación de que su marido le respondiera cuando ella se enfrentó para pedirle explicaciones:

—Si no estás conforme, ya sabes. Puedes irte.

[187] *Novedades*, p. tres, segunda sección.

Los hombres rara vez desaprovechan las oportunidades para satisfacer un capricho, porque en el fondo solo es esto. La ocasión de que nos habla Campoamor en sus poemas. La ocasión les pone delante la tentación, y ellos son incapaces de resistirla.

Si no se le concede importancia, el capricho pasa.

Y a veces acaban, incluso odiando a la mujer que los obligó a delinquir sugiriéndoles los malos pensamientos.

Este hombre, probablemente, quiere a su esposa. La ha tratado siempre bien. Y, además, tienen un hijo al que deben defender. Por él es necesario que ella no se dé por enterada. Resulta muy cruel tener que juzgar a su padre más tarde y perderle el respeto y la estimación.

Callando, todo recobra su aparente normalidad. Claro está que una esposa que sabe que la engañan, no puede de ningún modo volver a ser la misma. Le queda el escozor, los celos, el rencor, que forman una llaga en el corazón adolorido. Le queda la desconfianza, pronta a estallar. Ya no puede dormir tranquila, pensando que pueda repetirse el engaño.

Y entre ambos se abre ese abismo negro que tantos matrimonios sufren.

—Regrese a su casa y finja no saber nada —le aconsejé. —Es preferible que ahogue usted su dolor, a que su marido la humille descarándose.

Si usted no habla, él no se atreverá a decirle nada. Tal vez en el fondo sienta el arrepentimiento de su felonía y procure reparar su falta con atenciones. Es mucho mejor. Además, su caso es el de miles de mujeres que conozco. Es rara la que no tiene que lamentar algo semejante.

—¡Es que este secreto me está torturando! —gimió.

—De todos modos, es mejor que usted lo guarde a que lo revele.

Y cuando ella se marchó con una expresión infinita de pena en los ojos, yo pensé en la inconciencia de tantos hombres, que por un simple capricho rompen la fe en el alma de sus esposas y la condenan, como este, a vivir en una continua desconfianza.

ÍNDICE ONOMÁSTICO[188]

Acapulco: 41, 229, 230
Acuña, Manuel: 111
Adams, Evangelina: 197, 198
Adán: 115, 184, 443
Aída: 313
Alameda: 111, 113, 226
Alborada: 382, 384
Alejandro: 275
Alemania: 277, 278
Allan Poe, [Edgar]: 82
Alwin [Alwyn, William]: 284
"Amada Inmóvil": 113, 359
Amelia: 432
América: 108, 131, 198, 207, 209, 210, 302, 303, 439
América del Sur: 408
Aminta: 285
Anfiteatro [Simón] Bolívar: 293
Anitúa, Fany: 284
Antón Recio, calle: 217
Aragón, Agustín: 423
Argentina, calle de: 388
Arizona: 360
Ateneo de Tampico: 437
Australia: 66
Autrey, Adolfo: 411, 412

[188] Damos cuenta de los nombres propios de lugares y personas incluidos en el texto. La ortografía de los nombres ha sido modernizada. Realizado por Mariana Abreu y Sari Meléndez.

Avenida Culiacán: 397
Avenida de Plateros: 110
Avenida del 16 de Septiembre: 450
Avenida Insurgentes: 187, 188, 361, 398, 423
Avenida Juárez: 406
Avenida Madero: 252, 378, 446
Babel de Hierro: 264, 269
Bach, [Johann Sebastian]: 320
Balderas: 388
Barcelona: 175
Bartrina, [Joaquín]: 261
Bataclán, Teatro: 327, 328
Batista, [Fulgencio]: 267, 268
Bautista: 261
Bécquer, Gustavo Adolfo: 111, 112, 150, 151, 152, n. 49, 212
Beethoven, [Ludwig van]: 320
Belascoaín: 216
Belén, cárcel de: 343
Bellas Artes: 284, 306, 371
Benavente, Jacinto: 111, 118
Beuve, Saint: 447
Biblia: 209
Blanca: 266, 269, 270, 273
"Bohemia": 259, 260
Bonaparte, Napoleón: 277, 278
Botas, casa: 439
Brame, Carlota: 408
Brasil, avenida de: 61, 62
Bravo: 193, 350
Bravo Adams, Caridad: 197, 198, 199
Brígida: 229
Brito, [Carlos]: 438
Bro[a]dway: 268
Bronx: 268

Brummel: 153, 154
Bucareli: 388
Buenavista: 78
Caballero de Sánchez, Guadalupe: 220
Calle Catorce: 264
Calle Cincuenta y nueve: 426
Calleja: 165
Camagüey: 197
Cámara, Laura: 228
Campoamor, [Ramón de]: 173, 247, n. 90, 335, 454
"Cantaba el Mar Azul": 303
"Caperucita roja": 166
Caracas: 198
Cárdenas, [Lázaro]: 296
Carmen: 344
Carrere, Emilio: 149
Carretero, José María: 111
Carrillo, Julián: 284
Castilla: 349
Castillo del Príncipe: 131
Castro Andaluz: 101
Catalina: 377
Catalina de Médicis: 197
Catalina de Rusia: 177
Catalina la Grande: 197
Celibidache: 412
Cementerio Español: 138, 263
Cenicienta: 165, 405
Central Park: 264
Centro Rockefeller: 265
Centroamérica: 408
Cervantes, Miguel de: 349
César: 176, 210
Chapultepec: 350, 432

Charito: 165, 175, 180, 181, 262, 264, 425
Chelito: 329
Chile: 131, 347
Chilpancingo: 232
Chopin, Federico: 313
Ciudad de los Palacios: 232, 272
Ciudad de México: 224, 433
Chile: 347
"Claudia": 60
Claudio Coello, calle de: n. 49
Cleopatra: 176, 177
Club Rotario de la ciudad de México: 410, 411
Club San Carlos: 163
Cojímar: 63, 64
Colegio Teresiano: 165
Colette: 60, 61, 113
Comité Nacional "Pro-Derechos Civiles y Políticos": 347
"Concierto de Mozart": 284
Congo: 252
Convento de La Merced: 369, 370
Cortés, Hernán: 349, 350
"Cosecha": 286
Creador: 221, 299
Cristo: 313, 388
Cruz Roja: 409
Cruz Verde: 409
"¿Cuál será la recompensa de Rosario Sansores?": 436
"Cuando me muera": 102, 127
"Cuando tú me querías": 348
"Cuando tú, te hayas ido": 438, 439
Cuauhtémoc: 349
Cuba: 148, 175, 207, 213, 217, 221, 267
Culiacán: 297
D'Acosta, Helia: 337, 338, 340

D'Annunzio, Gabriel: 242, 243
D'Erzell [*sic*], Catalina: 375, 376, 377, 436, 437, 438
Damasco: 431, 432
Davis, Bette: 94
"Del país del ensueño": 102
Delgado, Juan B.: 303
Demófilo: 385
"Derechos Iguales": 347
Desdémona: 197
Diario [de] Amiel, [*Diário íntimo*]: 425
"Diario de la Marina": 259
"Diario de Yucatán": 303
Díaz del Castillo, Bernal, 350
Díaz, Porfirio: 124, 343
Diccionario de la Rima: 241
"Digo yo como mujer": 376, 436
Dios: 68, 90, 112, 132, 142, 167, 178, 249, 278, 300, 387, 389
Dolin, [Anton]: 306
"Don Juan": 285
Don Quijote de la Mancha: 246, 349
Donoso, Armando: 210
"Doña Sol": 347
Dr. Atl: 369, 370
Dumás, Alejandro: 448
Ecuador: 438, 439, 440
Edison, [Thomas Alva]: 112, 320
"Él": 376
El Alhambra, Teatro: 328
"El arte de ser bonita": 434
"El Caballo Volador": 166
"El Clavo": 350
"El Corazón Bandolero": 197
"El cuervo": 129
"El eco del comercio": 440

"El Genio del Cristianismo": 311
"El Heraldo": 347
"El Ladrón de Bagdad": 166, 167
El Molino Rojo: 328
"El Mundo": 259
"El Olor de las Ciudades: 272
"El País": 259
"El Redondel": 285
"El Rey Pastor": 285
El Salvador: 199
"El Semental": 394
El Señor de Santa Teresa, iglesia: 378
"El talismán": 88
El Talmud: 178
El Toreo: 412
Elia: 438
Empire: 267
"Epistolarios Sentimentales": 260
Escobar de Castro, Consuelo: 284
"Esos Hombres": 376, 437
España: 111, n. 49, 205, 348, 349, 412, 423
Esperanza: 313
Espinosa, Fermín: 412
Espíritu Santo: 110
Esquivel y Pren, José: 440
Estación de Radio de la Secretaría de Educación: 218
Estados Unidos: 148, 195, 266, 269, 271, 306, 331, 389
"Estampas": 347
"Estampas de la Biblia": 203
Estefanía de Austria: 374
Estrada, Jenaro: 348
Europa: 220, 221, 236, 250, 277, 281, 382, 414, 418, 423, 444
Eva: 184, 207
"Excélsior": 376

Filadelfia: 270
Finita: 262
"Flor de Niza": 111
Flores, Julio: 111, 112, 129
Flores, Manuel María: 113
Fontanills, Enrique: 418
Formoso de Obregón, Adela: 232
"Fra Diávolo": 345
Francia: 178, 235, 278, 320, 339
Frank: 269, 270
Fray Luis de León: 189
Fuentes, Aurelio: 285
Fuentes Brotantes, calle: 431
Gamboa, Federico: 293, 302
Gante: 388
García, Evaristo: 308
Garnica-Asencio: 310
Gay, Delfina: 446, 447, 448
Girardin, Emilio: 447
Gloria: 347
Goddard Paulette: 147
Goethe, [Johann Wolfgang von]: 259, 282
Gómez, José Miguel: 213
Gómez Velasco, [Antonio]: 398
Goyo: 389
Gran Bretaña: n. 78
Grayhound, Greenhound [Greyhound]: 269
Guadalajara: 286, 369
Guerra Margáin, Amparito [Amparo]: 283, 284, 285
Guillermina: 178
Güines: 148
Hacedor: 57
Hacedor Supremo: 113
Harry, Mirian [Myriam], [seudónimo de Maria Rosette Shapira]: 113

Heliodoro Valle, Rafael: 302
Hidalgo: 350
Hitler, [Adolf]: 278
Holanda: 177
Hollywood: 147, 171, 349, 437
Hospital Francés: 376
Hospital Militar: 220
Huacho: 347
Hubilá: 310
Ibarbourou, Juana de: 209, 211
"Idilio": 113
Inglaterra: 87, 177, 223
Ínsula Barataria: 246
Invernizzio [*sic*], Carolina: 408
Isabel de Inglaterra: 177
Isla del Sol: 91, 268
Islas Marías: 294
Jacobo: 427, 428
Jamainitas: 148
Jesucristo: 388
Jesús: 388, 410
Josefina: 262, 421
Josué: 434. 436
Juan: 79, 261, 456
Juana de América: 209, 210, 261
Juana la Uruguaya: 210
Juanas: 320
Judas: 338
Judea: 71
Julieta: 154, 155, 197
Június: 285
La Bruyére, [Jean de]: 316
La Escuelita: 187, 188, 189

La Habana: 65, 73, 78, 80, 92, 99, 101, 108, 118, 131, 134, 146, 147, 149, 165, 181, 199, 210, 219, 222, 259, 281, 292, 299, 303, 310, 313, 328, 347, 353, 373, 418, 439
"La Inmaculada": 376, 437
"La Moda Elegante": 311
"La novia del sol": 438, 439, 440
La Quinta de los Alemanes: 426, 428, 439
Laguna del Carmen: 137
Lamartine, [Alphonse de]: 311
Lardé, Alicia: 212
Laredo: 271, 272, 273
"Las hijas de Cádiz": 284
"La hebra de plata": 185
"La Presse": 446, 447
"La revista de Mérida": 128
"Las bodas de Fígaro": 285
"Las Golondrinas": 412
"Las horas pasan": 103
Las Lomas: 383
Laura: 175, 228, 263
Laurita: 262
Lavalle Urbina, María: 406, 408
Lázaro: 212
Lecumberri: 390
Legión Feminista pro Cultura: 347
Lenclós, Ninón de: 205
Lenin, [Vladimir Ilich]: 257
Leonardo: 140
Licenciado Verdad, calle: 378
Lila: 71
Lima: 346, 347
Lindavista: 273
Liverpool, calle: 378
"Lo que me ha enseñado la vida": 130

"Lo que solo el hombre puede sufrir": 376
Lombardo Toledano, Vicente: 450
Los Ángeles, California: 284, 419
"Los Paraguas": 283
Lucerna, calle: 431
Lucilo: 65
Luis XIV: 280
Luis XVI: 345, 432
Luises: 178
Luzbel: 326, 398
Madame Barbizio: 110
Madame Curie: 112, 320
Madame de Kollontai: 114
Madame Rasimí, Madame Razimí: 327, 394, 395
Mad [Madame] Swetchine : 384
Madame Themis: 214
Madrid: 150, 152, n. 49, 347, 418
Magerit, Paul: 201
Malinas: 281
Malecón: 147, 162
Manrique: 124
Manuel: 73
Mar del Plata: 209
Marcelina: 262, 310
Marco Antonio: 176
Margáin, César: 226
Margueritte, Paul: 140, 201
María: 175, 229, 262, 345, 378
María Antonieta: 435
María Estuardo: 177, 197, 346
Marianao: 148
Marisabel: 113, 114, 115
Mariscal, Ignacio: 124
Markova, [Alicia]: 306

Márquez González, calle de: 216, 217
Mata, Pedro: 119, 440
"Maternidad": 437
Mayab: 422
Mediz Bolio, Antonio: 422
Meighan, Tomás: 147
Menéndez, Carlos R: 303
Mercedes: 344
Mérida: 128, n. 61, 229, 281, 312, 423, 424, 426, 440
México: 73, 76, 77, 113, 123, 134, 149, 162, 163, 165, 187, 188, 195, 196, 197, 198, 200, 202, 206, 207, 208, 217, 218, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 229, 231, 232, 235, 236, 250, 251, 252, 253, 265, 266, 268, 269, 270, 271, 272, 274, 275, 276, 286, 291, 293, 294, 302, 303, 306, 307, 327, 329, 330, 331, 332, 333, 341, 343, 344, 346, 348, 349, 350, 352, 359, 360, 361, 369, 376, 380, 386, 389, 394, 402, 407, 409, 411, 412, 419, 431, 435, 436, 438, 439, 444, 450
"Mi vida de hoy": 287
Michoacán: 370
Milo: 139
Mison, René: 284
Modesta: 344
Modesto: 378
Moheno, Querido: 189, 219
Monterrey: 231, 283, 284
Monumento a los Indios Verdes: 273
Monvel, María: 210
Morelos: 349
Morro [Castillo de los Tres Santos Reyes del]: 149
Mozart, [Wolfgang Amadeus]: 285
Murillo, Gerardo: 199, 369, 370, 371
"Musgo": 286
Narvarte: 376, 438
Nervo, Amado: 113, 238, 359

Nicté-Ha, Nicta-Ha: 421, 422
Norteamérica: 251, 321, 349
"Nosotras": 347
Novedades: n. 38, 129, n. 39, n. 40, n. 41, n.42, n. 44, n. 46, n. 48, n. 50, n. 52, n. 53, n. 54, n. 55, n. 56, n. 57, n. 58, n. 59, n. 60, n. 62, n. 64, n. 66, n. 65, n. 66, n. 67, 194, n. 68, n, 69, n. 70, n. 71, n. 72, n. 74, n. 75, n. 76, n. 77, n. 79, n. 83, n. 84, n. 85, n. 86, n. 87, 238, 240, n. 88, n. 89, n. 91, n. 92, n. 93, n. 94, n. 95, n. 96, n. 97, n. 98, n. 99, n. 100, n. 101, n. 102, n. 103, n. 104, n. 105, n. 106, n. 107, n. 108, 295, n. 109, n. 110, n. 111, n. 112, 306, n. 113, n. 114, n. 115, n. 116, n. 117, n. 118, n. 119, n. 120, n. 121, n. 123, n. 124, n. 125, 337, n. 126, n. 127, n. 128, 346, n. 129, n. 130, n. 131, n. 132, n. 133, n. 134, n. 136, n. 137, n. 138, n. 139, n. 140, n. 141, n. 143, n. 144, n. 145, n. 147, 388 n. 148, n. 149, n. 150, n. 151, n. 152, n. 154, n. 155, n. 156, n. 158, n. 160, n. 162, n. 163, n. 165, n. 166, n. 167, n. 169, n. 170, n. 171, n. 173, n. 174, n. 176, n. 178, n. 181, n. 183, n. 185, n. 186, n. 187,Nueva York: 224, 225, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 275, 276, 306, 307
Núñez de Arce: 113
Núñez y Domínguez, Vate [José de Jesús]: 286
Nuremberg: 277, 279
Oaxaca: 252
Obregón, [Álvaro]: 303
Ofelia: 197
Olimpo: 345
"Orfeo": 284
Organización para las Naciones Unidas: 406
Orizaba: 262
Otelos: 212
Othón, Manuel José: 112
Palacio Nacional: 213
Palm Beach: 147
Pankhurst, Emmeline: 222, n. 78

Panteón Español: 175
Panteón Francés: 377
Papa: 423
Paricutín: 370
París: 110, 225, 435
Partido de la Revolución Mexicana: 212
Parque Central: 147
Paseo de la Reforma: 224, 273, 360
"Payasos": 284
"Pelusa": 166
Peréyo [Perelló] de Segurola, Andrés: 284
Pérez Escrich, [Enrique]: 448
Perfecta: 137
Perú: 346
"Petit Caporal": 278
Pilar: 184
Plaza de la Estrella de París: 224
Pougy, Lianna de: 434
Pren, Joaquín Gonzalo: 440
Prisciliano: 173
Puebla: 175
Queiroz, Eca [Eça] de: 155
Quevedo, Miguel Ángel: 259, 411
"Quijote" [*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*]: 246
Quinta Avenida: 68, 264, 265, 267
Quintero, hermanos: 149
Radamés: 313
Radio City: 265
Ramón: 54, n. 90
Ramos Millán, [Gabriel]: 411
Redentor: 338
"Regino": 328
Reina Ana: 345
"Remanso": 60

República de El Salvador, calle: 194
"Reververación" *[sic]*: 198
Rey Sol: 80
Reyes de Oriente: 71
Rivera, Diego: 265
Riverside: 265
Rodríguez, Abelardo: 296
Rodríguez Parra de García Rosell, Elisa: 247
Roma: 251, 423
Roncoroni, Luis: 197
Rosado Vega, Luis: 128, 421, 422
Rosario: n. 60, 67, 70, 73, 74, 93, 105, 108, 109, 114, 116, 118, 121, 128, 130, 141, 157, 159, 163, 164, 165, 171, 185, 186, 187, 188, 192, 194, 263, 344, 367, 386
Ross, María Luisa: 218, 219, 220, 221
Ruiseñor Mexicano: 118
"Rutas de emoción": 74, 97, 98, 129, 130, 131
Sabás Aloma, Mariblanca: 256
Safo: 209
Sagrado Corazón, colegio del: 283
Sala Schieffer: 284
Salazar, Adolfo: 284
Salomé: 261
Salones del Castro Andaluz de La Habana: 101
San Francisco: 198
San Isidoro: 385
San Jerónimo: 385
San Juan: 261, 263, 264, 426
San Juan Bautista: 199
San Martín: 254, 255
San Pablo: 388
San Patricio: 265
Sánchez Mejorada, Carlos: 411
Sancho Panza: 246

Sansores, Rosario: 130, n. 43, 376, 436
Santos monarcas del Oriente: 70, 71
Santos Reyes: 69, 70
Secretaría de Comunicaciones: 239
Secretaría de Educación Pública: 222
Señor: 90, 101, 129, 143, 248, 291, 295, 296, 324, 409
Sevilla: 150
Sexto, Julio: 429
Shakespeare: 197
Shearer, Norma: 147
Siboney: 164, 292
Singerman, Bertha: 395
Sociedad de Autores: 307
Sócrates: 384
"Sombras": 438, 439
Somohano, Pilar: 213
Sor Juana Inés de la Cruz: 210
Stella: 347, 348
Storni, Alfonsina: 209, 211
Suárez, Clementina: 211
Suárez Olivos, Fernando: 348
Suárez Olivos, Stella: 346, 348
Sux, Alejandro: 321
Talmadge, Norma: 147
Tapachula, calle de: 365
Tapia, Mariano: 308
Tatiana: 395
Taxco: 232
Teatro de la Comedia: 65
Tehuantepec: 310, 398
Tif[f]any, casa: 267
Tixkokob: 180, n. 61
Tixtla: 387
Tongolele: 327

Tribunal: 191
Tribunal del Perdón: 131
Trigo, Felipe: 111
Truman, [Harry]: 356
Tulipán, parque: 54
"Túnez la Blanca": 113
"Una muchacha se quiere casar": 403
"Una mujer que detesta a su marido": 448
Unión Femenina Iberoamericana: 219
Universo: 384
Uriarte, Chayo [Rosario]: 286, 287, 288
Valles: 272
"Vals del Beso": 284
Velasco, Gómez: 398
Vargas Villa, José María: 111
Vaticano: 423
Vázquez, maestro: 284
Velázquez, [Diego]: 270
Venus: 139
Veracruz: 77, 164, 291, 292, 294
Verlaine: 129
Verne, Julio: 112
Vía Blanca: 264, 268
Víctor Hugo: 154, 155
Victoria de Inglaterra: 177
Villaláin, Jesús: 379
Villalobos, Antonio: 214
Virgen: 394
Virgen de Covadonga: 346
Virgen Dolorosa: 181
Virgencita: 394
Waldorf Astoria, hotel: 267
Wall Street: 267
Wanamaker, casa: 267

Washington: 330, 406
Wyly [*sic*]: 60
Yate Club: 148
Yaxactun: 230
Zamacois, Eduardo: 161, 369
Zócalo: 331, 351

Rosario Sansores. Rutas de Emoción: 1939-1953

se publicó en acceso abierto en marzo de 2026

En su composición se utilizó la familia tipográfica Adobe Garamond Pro.

La formación tipográfica estuvo a cargo de Juan Carlos Rosas Ramírez.